



# **Jake Arnott** **Crímenes de película**

«Divertida, rápida, inteligente y brutal.»  
**David Bowie**

**Lectulandia**

Corren los años noventa y el crimen es el último grito en Londres. El periodista Tony Meehan ha logrado controlar sus tendencias homicidas y malvive redactando las autobiografías de otros. Julie McCluskey lleva toda la vida intentando alejarse de su herencia familiar criminal. Ir a ver *Pulp Fiction* con su novio parece un plan inofensivo hasta que este se empeña en escribir la historia definitiva sobre los gánsteres londinenses. Sus indagaciones suponen para Julie la oportunidad de averiguar de una vez por todas quién encargó la muerte de su mafioso padre años atrás. Mientras tanto, Gaz, un delincuente de poca monta pero con visión de futuro, acaba de salir de la cárcel. Con su instinto habitual para el dinero fácil descubre enseguida que el negocio está en la venta de pastillas de diseño a jovencitos. Durante una rave muere una chica y empiezan las complicaciones. Aunque no lo parezca, sus vidas están estrechamente vinculadas a un hombre: Harry Starks. *Con Crímenes de película*, Jake Arnott concluye magistralmente su trilogía dedicada al submundo gansteril de Londres de finales del siglo pasado.

**Lectulandia**

Jake Arnott

# **Crímenes de película**

**The Long Firm - 3**

ePub r1.0

Titivillus 10.10.15

Título original: *Truecrime*  
Jake Arnott, 2003  
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## ESCRITORES FANTASMA EN EL CIELO

En neolengua, la obsesión de la eufonía pesaba más que cualquier otra consideración, salvo la exactitud de significado. Si era necesario, siempre se sacrificaba la regularidad de la gramática en aras de la eufonía. Y con razón, ya que lo que se requería, sobre todo por razones políticas, eran palabras cortas y de significado inequívoco que pudieran pronunciarse rápidamente y que despertaran el mínimo de sugerencias en la mente del parlante. Las palabras del vocabulario B incluso ganaban en fuerza por el hecho de ser tan parecidas. Casi invariablemente estas palabras —*bienpensar*, *Minipax*, *prolealimento*, *sexocrimen*, *gozocampo*, *Ingsoc*, *corazonsentir*, *pensarpol* y muchas otras— eran palabras de dos o tres sílabas con el acento tónico igualmente distribuido entre la primera sílaba y la última.

GEORGE ORWELL, 1984,  
«Apéndice: Los principios de neolengua»

Transcripción de la conversación grabada entre Tony Meehan y Eddie Doyle.  
3-5-95

TM: ¿Te parece bien que empecemos?  
ED: Sí, claro. Pero, oye, quiero hablar de cómo va todo el asunto.  
TM: De acuerdo. Pero primero vamos a tratar ciertos temas.  
ED: Es que... bueno... no estoy muy contento con algunas cosas, ¿sabes?  
TM: Lo entiendo. Es un proceso difícil, pero vamos a ver si conseguimos grabar algo.  
ED: Está bien. Bueno, ¿por dónde quieres empezar?  
TM: Podríamos hablar del golpe de los lingotes de Hounslow, si te parece bien.  
ED: Ah, eso (*risas*). Muy bien, pero hay cosas de las que no puedo hablar. Lo sabes, ¿no?  
TM: Lo sé.  
ED: No llegué a ver un solo penique de mi parte. Doce putos años. Mantuve la boca cerrada, ¿y para qué?  
TM: Hablemos de lo que pasó ese día.  
ED: El puto guardia de seguridad que teníamos dentro... En cuanto se olió problemas se rajó. Manda cojones. Perdona, ¿quieres hablar de ese día?  
TM: Si es posible...  
ED: Déjame contarte algo de aquel día. No teníamos ni puta idea de lo que habíamos trincado, de lo gordo que era. A lo mejor, si solo hubiéramos cogido lo que habíamos ido a buscar, si solo hubiéramos cogido el dinero, la cosa no habría acabado tan mal.  
TM: ¿A qué te refieres?  
ED: Estaba maldito, ¿sabes? El oro. Abrir aquella cámara acorazada fue como abrir la tumba de Tutankamón o algo parecido. Aquel oro nos maldijo.  
TM: Oye, no es un mal enfoque para la historia.  
ED: Y te diré algo más. ¿Sabes cómo es en esas películas cuando abren una cámara acorazada y se encuentran todos los lingotes muy bien amontonaditos y brillando de la hostia? Pues no fue así.  
TM: ¿No?  
ED: No. Estaban todos en cajas de cartón con cinta aislante alrededor. Como putas cajas de zapatos. No nos habríamos fijado en ellas si no hubiéramos tenido problemas para abrir la caja fuerte. Íbamos a por el dinero, ¿sabes? Si hubiéramos podido abrir aquella caja... Con el dinero habría sido fácil. Billetes usados, sin marcar. Y solo habríamos tenido que repartírnoslo después del trabajo. En cambio, acabamos con todo aquel oro. Y entonces fue cuando las cosas empezaron a ponerse feas.  
TM: ¿Qué pasó con la caja fuerte?  
ED: Tuvimos problemas para sacarles la combinación a los guardias. Estaban cagados, pero tal vez los acojonamos demasiado. No se podían concentrar.  
TM: Bueno, les rociasteis sus partes con gasolina y amenazasteis con prenderles fuego.  
ED: Ya, bueno. Un momento...  
TM: Solo digo lo que pone en el sumario del juicio.  
ED: Ya, bueno, pues hablemos de eso.  
TM: Hablemos.  
ED: Deja que te cuente lo de la gasolina. Estaba aguada. Aunque le hubiéramos acercado una cerilla no se habría encendido. Olía mucho para que ellos se lo tragaran. Pero de eso se trataba: de asustarlos para que nos dieran la combinación.  
TM: Entiendo.  
ED: Pues ahí es donde está el problema. ¿Sabes a lo que me refiero?  
TM: No estoy seguro.  
ED: A la forma en que estás contando mi historia. Parece que siempre te centras en las partes más desagradables y violentas. Como si yo fuera una especie de matón.  
TM: Te aseguro que no intento hacer eso, Eddie.  
ED: Y he leído algunas cosas que hacen que parezca... en fin... que tengo problemas para expresarme. Se supone que tú eres el escritor, joder. Da la impresión de que va a ser un libro

muy cutre, ¿sabes?

TM: Bueno, al público le gusta el estilo brusco.

ED: Que le den al público. Quiero que mi historia se cuente como es debido.

TM: Los dos lo queremos, Eddie. Mira, estamos en los primeros días. Cuando lleguemos a la fase de edición podremos repasar eso, pero antes necesitamos grabarlo todo.

ED: Es como si solo te interesara la violencia y el escándalo.

TM: Bueno, eso es lo que va a hacer que se vendan libros, ¿sabes?

ED: Y todo el tema de Ruby Ryder.

TM: Ya hablamos de eso.

ED: No sé, Tony. No sé.

TM: Es el punto fuerte de tu historia. Al fin y al cabo, estuviste casado con ella.

ED: Pero está intentando relanzar de nuevo su carrera. Sé que no le hará ninguna gracia que vuelvan a remover su pasado.

TM: Oye, ¿podemos volver a la historia? Ya hablaremos de eso más adelante.

ED: No. Quiero aclarar esto ahora.

TM: Eddie...

ED: Para la cinta.

TM: Vamos con retraso, ¿sabes?

ED: He dicho que pares la puta cinta...

La cinta concluye.

—Ya está. —Apreté el botón de «stop». Eddie parecía a punto de agarrar la grabadora—. Está apagada.

—Muy bien.

Eddie se recuesta en su silla, se cruza de brazos y me lanza esa fulminante mirada suya tan ensayada. Una mirada que he visto en infinidad de maleantes y reincidentes.

—Bueno. —Suspiro, tratando de aliviar la tensión—. Pues entonces hablemos, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó él, encogiéndose de hombros de mala gana.

Supe que me esperaba otra sesión difícil, pero tenía que intentar hacerle hablar. Porque, bueno, esta no es mi historia. Yo soy al que se la cuentan, el que echa una mano.

Yo soy el fantasma. El escritor fantasma. El negro.

Una vez, estando ya borracho en una espantosa presentación de un libro y atrapado en una tediosa charla de esas de «¿Y tú a qué te dedicas?», respondí arrastrando las palabras: «Jinete fantasma». Me vino a la cabeza la vieja canción country «Ghostriders in the Sky», en la que unos vaqueros aúllan con cámara de eco, condenados a perseguir una manada espectral por el firmamento.

«Yippy-ay-oh, yippy-ay-eh.»

«Ghost writers in the sky.»

«Condenado» es la palabra correcta, como el holandés errante o el puto viejo marinero de Coleridge. Yo, Tony Meehan, periodista de sucesos durante veinte años para el *Sunday Illustrated*, antiguo director de *Murder Monthly* y autor de *Asesino de policías: la historia de Billy Porter* (saldado a la primera edición), estoy condenado a escribir en calidad de negro las repugnantes y jactanciosas memorias de delincuentes retirados para la editorial Groombridge. Y después de desperdiciar mi escaso talento literario a lo largo de décadas, estoy condenado a recrearme en infantiles juegos de palabras y perversas etimologías.

Aunque Eddie Doyle también parece muy capaz de hacer innecesarios ejercicios



semánticos.

—El caso es que se supone que tú eres mi negro, mi escritor fantasma, pero yo soy el que se siente como un fantasma —dice—. No parece real.

Joder, un delincuente profesional poniéndose en plan existencial conmigo. Lo que me faltaba.

—Bueno, solo tenemos que encontrar el tono adecuado —contesto.

«Encontrar el tono adecuado.» Todos sabemos lo que eso significa: rebajarlo. El mundo de las historias de crímenes reales es un negocio sucio. Prefiero reelaborar el término en un compuesto: *crimenreal*. Al igual que *crimental* o *sexocrimen*, las palabras en neolengua de Orwell, el término *crimenreal* se me ocurrió a partir de la antigua lógica estalinista: la manipulación del vocabulario para garantizar el pensamiento correcto. Pero esta neolengua está impuesta no por un Estado totalitario, sino por la dictadura de mi editorial, Groombridge. «Crimen» y «real», palabras que en otra época se oponían tanto entre sí como «coartada» y «detección», ahora conspiran para crear bestsellers baratos. Me viene a la cabeza otra combinación de la neolengua, *prolealimento*, aunque hoy día, con el declive del proletariado, me parece que, en lugar de alimentar a las masas, solo les servimos material para consumo suburbano. La masculinidad convertida en fetiche, las historias de hombres duros con las que introducir sucedáneos de emociones en las aburridas vidas de oficinistas que viajan en transporte público. Mi trabajo como negro consiste, según mi jefe Victor Groombridge, en «encontrar el tono adecuado». «Haz que parezca auténtico.» Es decir, haz que este delincuente profesional inteligente, emocionalmente complejo y retorcidamente manipulador parezca un matón atractivo, un monstruo curioso.

—Sí, pero es mi historia —me dice en tono casi suplicante.

—Por supuesto —respondo, asintiendo esperanzado.

El caso es que el de Eddie Doyle parecía un encargo bastante sencillo cuando Victor Groombridge firmó un contrato con él y me lo pasó para que diera forma al proyecto. Ladrón de joyas, atracador de bancos y cómplice conocido de gran parte de los delincuentes más importantes del mundo del crimen. Encarcelado en 1983 por el golpe de los lingotes de Hounslow, pasó doce años a la sombra y jamás confesó adónde habían ido a parar los aproximadamente quince millones de libras. Pero uno de los mayores ganchos de su historia era que había estado casado con Ruby Ryder en los años sesenta y setenta. La carrera de Ryder había tenido más bajos que altos, pero en la actualidad su aura kitsch ha alcanzado una especie de estatus de culto. Se rumorea que le van a dar un importante papel en una telenovela. De modo que la historia lo tiene todo: la iconografía criminal, los cotilleos del mundo del espectáculo las historias de atracos... todo.

El problema es Eddie. Tiene sus propias ideas, demasiadas. Ha estado encerrado demasiado tiempo. Años de vacío llenos de chorradas, cortesía de un mal concebido plan liberal educativo en las cárceles. Ha leído demasiado. Y es dolorosamente consciente de que no es el autor de sus propias memorias. No le hace gracia que le

hagan pasar por el aro. La mayoría de los delincuentes con los que he tratado están encantados de que te encargues de todo el trabajo. Se limitan a escupirlo todo gustosamente a la grabadora y dejan que tú hagas el resto. Cuando el libro se publica están tan contentos de ver su nombre en la portada, con una foto convenientemente amenazante, que se imaginan que lo han escrito ellos. Un buen negro jamás les hará creer lo contrario. Siempre es su libro. Tú te conformas con una parte de los derechos de autor y todo el mundo contento. Ellos no se acuerdan del dinero hasta que todo está zanjado. No se dan cuenta de que se la han metido doblada hasta que la partida ha acabado. Creen que la edición es una práctica de caballeros y no se dan cuenta de que se enfrentan a la forma más execrable de crimen organizado, de mentira organizada, hasta que es demasiado tarde. Pero, incluso sobre esto, Eddie hace preguntas.

—¿Qué hay del adelanto? —pregunta.

—¿Qué pasa con el adelanto?

—Pues que no he visto gran cosa.

—Ya te lo dije.

—Me dijiste que cobraría veinte mil. Solo he visto dos mil quinientas.

—Te dije que no lo cobramos todo de golpe. Una cuarta parte al firmar el contrato. Otra a la entrega. Otra con la edición en tapa dura. Otra con la edición en rústica.

La letanía familiar, los tejemanejes del negocio.

—Coño —exclama Eddie, furioso—. Y yo que creía que los gánsteres me habían dado por culo. Pero si es una cuarta parte, tendría que haber cobrado cinco mil al firmar, no dos mil quinientas.

—Ya te lo dije: todo va al cincuenta por ciento.

—Joder. Sí que os lo montáis bien. Tenéis un morro de la hostia.

—Oye, Eddie. Volviendo a lo del golpe de los lingotes, has dicho que el oro estaba maldito. ¿A qué te refieres?

—A que no estábamos a la altura para manejar aquello. Solo éramos una panda de rateros. Buenos, eso sí, los mejores del sudeste de Londres, pero rateros al fin y al cabo. Buscábamos un sustancioso botín de billetes usados que no nos dieran problemas. Pero ese oro... Cuando nos dimos cuenta de lo que teníamos entre manos, no podíamos creer en nuestra suerte. Y vaya si era cierto; ya lo creo que tuvimos suerte, una maldita mala suerte. Teníamos que buscar una forma de deshacernos de él. Y ya sabes lo que eso significa, ¿no?

—Dímelo tú.

—Significaba tratar con determinadas personas. Personas que pudieran vender esa mercancía. Y entonces fue cuando empezaron realmente los problemas. Había mucho más en juego de lo que nos pensábamos. Todo aquel oro precioso no tardó en mancharse de sangre.

—¿Quieres hablar de eso?

—Hum... No creo que sea buena idea.

—La cinta está parada.

—Mira, Tony, pasé doce años en la cárcel y mantuve la boca cerrada. No voy a empezar a cantar ahora, ¿no?

—Bueno, no tienes por qué dar nombres.

—¿Tan solo contar la historia?

—Parece una buena historia.

Y tenía algo especial. Una narración arquetípica, el tesoro que corrompía a los que lo encontraban, la muerte que se presenta en forma de oro. Como «El cuento del bulero».

—Oye, hablo en serio —insiste Eddie, alterándose aún más—. No quiero acabar con una bala en la cabeza, ¿sabes?

—No te preocupes —intento apaciguarlo.

—¿Que no me preocupe? —me interrumpe—. Déjame enseñarte algo.

Me conduce furtivamente hasta una ventana, se coloca a un lado y mira hacia abajo, a la calle. Apunta con la cabeza.

—¿Ves ese coche aparcado? No te acerques más a la ventana. ¿Lo ves?

—Sí.

—No te asomes. Ven aquí. ¿Lo ves? Mira a ese tipo. ¿Lo ves?

—No estoy seguro.

Intento verlo mejor, pero Eddie me echa hacia atrás.

—Que no, joder. Vamos, apártate de la ventana.

—¿Quieres decir que te están siguiendo? —le pregunto mientras volvemos a sentarnos.

Eddie asiente. Con una expresión resuelta en la cara. Paranoia, seguramente.

—¿Quién crees que es?

—No lo sé. Ahora que estoy fuera, ciertas personas podrían ponerse un poco nerviosas. Tal vez piensen que quiero mi dinero.

—¿Y es así?

—¿Qué?

—¿Quieres tu dinero?

Eddie sonrío.

—¿Tú qué crees? Pero no quiero que me maten. Esperaba ganar algo de pasta vendiendo mi historia, pero creía que iba a sacar un poco más por adelantado. ¿Dos mil quinientos? A lo mejor debería seguir dedicándome a lo que se me da bien.

—Bueno...

Eddie suelta una risotada seca.

—No te preocupes, Tony, me he quedado sin el jodido trabajo. Ya nadie roba bancos. Ahora todo es cuestión de drogas. El asunto de Hounslow... bueno, se suponía que iba a servir para retirarme. Mi golpe final. Y me lo quitaron todo.

—Entonces, ¿cómo vamos a contar la historia del golpe de los lingotes? —le

pregunto.

Eddie suspira.

—Hasta que me metieron en la trena, supongo. Yo mantuve la boca cerrada, pero otros no. El tonto del culo del guardia, nuestro maldito contacto dentro, se rajó. En cuanto le sacudieron un poco empezó a cantar.

—¿Puedo volver a encender la grabadora?

—Sí, pero no voy a decir una palabra de qué pasó con el oro. Y quiero que se cuente de forma inteligente, no como si fuéramos un hatajo de matones.

Después de la sesión, cuando salgo del piso de Eddie, paso por delante del coche que me ha señalado. No hay nadie dentro. Seguramente son imaginaciones tuyas. Es difícil adaptarse al mundo exterior después de tanto tiempo. Aun así, echo un vistazo rápido alrededor. No, nadie me está siguiendo. Una posibilidad mínima.

Una vida fantasma. Me dirijo a casa. «Yippy-ay-oh, yippy-ay-eh.» Nadie lo sabe. He conseguido controlarme todos estos años. No me han pillado.

Compro un ejemplar del *Evening Standard* junto al metro. El titular es: «EL CRIMINAL RONNIE KRAY MUERE CUMPLIENDO CONDENA». El primer párrafo reza: «El famoso criminal Ronnie Kray ha fallecido hoy en el hospital, dos días después de sufrir un colapso en el pabellón de Broadmoor. La policía ha informado de que Ronnie, de sesenta y un años, el más perturbado y peligroso de los temidos gemelos Kray, ha muerto a las 9.07 de la mañana...». La bestia ha muerto, eso será bueno para el negocio. Apuesto a que Victor ya está comprando a alguien, algún compinche o socio, para exprimir un poco más la vieja leyenda de los Kray.

Una vez en mi piso, escucho la cinta y repaso mis notas sobre Eddie Doyle. La vida de otra persona. Trato de imprimir cierto entusiasmo a este libro. Me gusta la idea del tesoro maldito, hay algo de alegórico en ello. Sin embargo, Victor querrá que lo escriba según la fórmula del *crimenreal*.

*Crimenreal* es una bestia de dos lomos. Adopta básicamente dos formas. Están los asesinos crueles, los destripadores, los criminales sexuales, los asesinos múltiples; el *crimensexual*, si se prefiere. Luego están los gánsteres, los maleantes, los socios de los Kray. Todos amontonados en ese rincón furtivo de la librería, una sección que se está ampliando; el *crimenreal* está en auge. A Victor Groombridge le ha ido muy bien con el género. Pero el libro de Eddie lleva mucho retraso y no está muy contento conmigo. Mañana voy a comer con él.

No es que yo esté muy interesado en las memorias de delincuentes, pero tomé la decisión consciente de trabajar en ese campo en lugar de investigar a los asesinos más espantosos. Bueno, consciente... Si conocieras mis tendencias, entenderías por qué me pareció menos peligroso trabajar en ese ámbito. Para mí era una tentación demasiado grande abandonarme a la rama *crimensexual* del *crimenreal*.

No he matado a nadie desde hace casi diez años, pero me pareció prudente evitar

todo aquello que pudiera despertar mis deseos latentes.

Además, el extremo de esa vertiente criminal corre el peligro de volverse respetable. Gordon Burn, Brian Masters, Gita Sereny. Es todo ese rollo moderno sobre la psicología. Colin Wilson tiene la culpa de esa obsesión existencial por el yo. Naturalmente, yo creía en todo eso. Pero eso fue antes de convertirme en asesino.

Ahora todo el mundo está obsesionado con la figura del «asesino en serie». En mis tiempos era más directo: «asesinos múltiples», los llamábamos. Pero en los años ochenta la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI introdujo un nuevo paradigma de *crimenreal*. Perfiles psicológicos, firmas de los criminales, victimología. Sin embargo, esta nueva «ciencia» tiene un tufo a literatura vulgar. Robert Ressler, el especialista en perfiles criminológicos del FBI, afirma que para acuñar el término «asesino en serie» se inspiró en los dramas baratos. «Cuando pienso ahora en aquel momento —se le atribuye haber dicho—, creo que también tenía en mente las aventuras en serie que solíamos ver los sábados en el cine.» La insatisfacción producida por las películas de suspense con finales que aumentan la tensión en lugar de disminuirla. Sin duda, eso es lo que mantuvo enganchados a los lectores de *Murder Monthly*. Y ese nuevo enfoque de psicología pop se ha convertido a su vez en fuente de inspiración. En 1993, un psicópata bastante sórdido llamado Colin Ireland ligaba con homosexuales masoquistas en el bar gay The Coleherne de Earls Court, los llevaba a sus casas y los estrangulaba, «JACK EL MANOSEADOR», lo llamó *News of the World*. Al *Sunday Illustrated* se le ocurrió un nombre mejor: «EL EJECUTOR SARASA». A Sid Franks, el redactor jefe en mi época, le habría encantado. Durante un tiempo su figura me intrigó, ya que su modus operandi me resultaba muy familiar, muy similar a las circunstancias en que yo había estrangulado a un homosexual en 1966.

Resultó que el Ejecutor Sarasa estaba de hecho inspirado por el libro de Ressler sobre asesinos en serie y, además de los útiles conocimientos forenses que había adquirido en la ejecución de sus crímenes, su máxima aspiración era entrar a formar parte de esa categoría sagrada. Una vez que superó el número de muertes exigido, estuvo listo para retirarse. «He leído muchos libros sobre asesinos en serie —afirmó en una llamada telefónica a la policía—. Creo que el FBI los considera como tales a partir de la cuarta víctima, así que ahora que he matado a cinco ya puedo parar.» Garantizada su celebridad en la prensa amarilla, se había realizado a sí mismo con la ayuda de los conocimientos del *crimenreal*. Autoayuda para asesinos en serie.

Pero yo he logrado controlarme. Después de todo, nunca he sido de los que se dejan llevar. Y no hay nada que me relacione. Todos mis crímenes son ahora casos cerrados. De hecho, eso es en lo que me he convertido: un caso cerrado. Estoy tan acabado como ellos. Me acuerdo de todos mis pecados, pero no me queda gran cosa dentro. No me queda ningún deseo de actuar, salvo el de observar y dejar constancia. Y me consuelo con este dato: no soy un asesino en serie. Ni por tendencia ni por estadística. Recuerda, solo maté a tres personas. Al marica de Earls Court, a la puta

de Shepherd Market y a Teddy Thursby. Y, por supuesto, la «victimología» de lord Thursby de Hartwell-juxta-Mare no encaja en el perfil. No disfruté retorciendo su cuello flácido. No, demonios. Ahí no hubo *crimenreal*. El *Manual de clasificación del crimen* del FBI define claramente mi oportunista estrangulamiento de Teddy Thursby como: «108.02 Homicidio calificado situacional. El delito contra la propiedad (robo, allanamiento de morada) es la principal motivación del homicidio calificado, mientras que el asesinato es una motivación secundaria». Lo maté por sus diarios. En mi provecho. Aunque, en cierto modo, la obtención de esos diarios es comparable a conseguir «un fetiche de la víctima», como en todas esas novelas sobre asesinos en serie. Después de todo, tengo muchas cosas de él en mi posesión.

Los diarios de Teddy Thursby... oh, sí, todo un pequeño tesoro en palabras. Por supuesto, no puedo explotarlos a fondo; es decir, no públicamente, porque eso me incriminaría. Pero, por otra parte, prefiero que no se publiquen y sean escudriñados por las masas ávidas. Son míos. También son una maravillosa obra de consulta, si bien incompleta. Thursby y Julian, su «biógrafo oficial», destruyeron parte del material más perjudicial cuando trabajaban en esa terrible limpieza de imagen que iban a ser sus memorias. Pero todavía quedan muchos escándalos e ignominias registrados por la pluma envenenada de ese viejo y depravado aristócrata. Especialmente las entradas de los años sesenta; por aquel entonces Teddy se codeaba con gente de la más baja ralea. Datos sobre el mundo del hampa que me podrían ser muy útiles en lo que estoy trabajando ahora; nunca se sabe. Estoy seguro de que incluso hay una referencia al golpe de los lingotes de Hounslow en alguna parte.

El de Thursby fue definitivamente mi último asesinato; creo que finalmente me curé al estrangularlo. Era un medio para conseguir un fin; no me empujaba una pasión frenética, ni disfruté con ello. De hecho, me repugnó bastante. No, lo que de veras me entusiasmó fue robar esos diarios. Estaba robando una vida, lo que siempre había deseado. Con ese montón de maltrechos diarios en mi poder, caí en la cuenta de que en realidad no era un asesino. Era un biógrafo.

Mi primer libro sobre Billy Porter, el célebre asesino de policías de Shepherd's Bush, debería haber sido mi gran oportunidad. La historia había sido mía desde el principio. Victor Groombridge me lo encargó, pero discutimos durante mucho tiempo por el manuscrito. Estaba «sobreescrito», dijo, sea lo que sea lo que eso signifique. Él quería un relato chabacano y sensacionalista, pero yo sentía que en esa historia había algo más profundo. Nuestras discusiones se volvieron muy acaloradas, y llegó un momento en que Victor dijo: «No puedo creer que conviertas un material fantástico en algo tan aburrido y farragoso». Al final llegamos a un acuerdo y el libro se publicó, pero no se vendió y Victor me echó la culpa.

Así que acabé trabajando de negro para él, lo cual está bien, pero no puedes tener el control sobre el tema que yo realmente busco. El libro con Eddie empezó siendo algo prometedor; al menos, él es inteligente y se expresa bien, no como algunos de los matones imbéciles para los que Victor me ha hecho escribir. Por supuesto, eso

hace que sea difícil ofrecerle el tratamiento estándar de la editorial Groombridge. Entre eso y los otros problemas que hemos tenido, no sé cómo va a salir este libro.

La cinta de Eddie y mis notas plantean gran cantidad de teorías sobre lo que fue del botín y cómo se colocó: blanqueo de dinero, turbios comerciantes de oro, fraudes bancarios en paraísos fiscales, etcétera. Algunos hombres de negocios corruptos y gánsteres fueron encarcelados por comerciar con material robado, pero había rumores de una operación internacional coordinada a gran escala. Varios asesinatos y desapariciones relacionados con el golpe de los lingotes. Aunque me gusta la idea del poder destructor y corruptor del dinero, no estoy seguro de cómo voy a hacer que funcione como historia.

Estoy harto de todo. Estoy cansado de tener que ganarme la vida a duras penas trabajando de escritorzuelo. Eddie Doyle dijo algo del asunto de los lingotes: «Iba a ser mi último golpe, después me iba a retirar». Supongo que todos soñamos con eso, con poder descansar. Yo también estaba deseando jubilarme hasta que descubrí lo que me iban a dar con el inútil plan de pensiones con el que me timaron y que contraté en los años ochenta. Nada de nada. Me horroriza pensar que vaya a quedar a merced del Estado en la vejez.

Necesito otra oportunidad de escribir un libro como es debido. No unas memorias escritas para otra persona, sino algo que consolide mi reputación, algo que se venda. Un clásico del género del *crimenreal*, algo importante y definitivo como *The Profession of Violence*, de John Pearson. Eso es lo único que deseo ahora, pero ¿volveré a tener otra oportunidad?

Hora de ir a la cama. Me cepillo los dientes y me miro al espejo. Un marica viejo y feo. Pero no soy un monstruo. ¿O sí? Mis crímenes no fueron tan graves. Los muertos no se han perdido gran cosa. Pienso en todo ese oro maldito y en todos esos muertos por su culpa, y me entra cierta excitación. No sé por qué. Me he mantenido limpio todos estos años, ¿y para qué? Una vida de fantasma, un monstruo en cautividad, un espécimen en un tarro. Una cara en el espejo. Todo eso del perfil psicológico es un poco como un retorno a la noción del criminal que Cesare Lombroso expone en *L'uomo delinquente*. La fisonomía, las señales externas en las que podemos leer la culpabilidad. Pero mi cara no revela nada.

Me limpio un poco de pasta de dientes de la barbilla. Apago la luz.

Almuerzo con Victor. El mundo editorial se mueve por el estómago. Si hay algún contratiempo, un asunto que discutir, una fecha límite acuciante, un problema con un manuscrito, pasan a la acción y se sientan a comer. Victor Groombridge había sido el cronista de sociedad del *Sunday Illustrated* antes de establecerse por su cuenta. Era conocido por su astucia para comprar a la gente y sacarle una historia rápidamente. Le cuento mi enfoque del asunto de Eddie Doyle. No le impresiona.

—¿El puto cuento del bulero? ¿De qué me estás hablando?

—Bueno, es una historia universal de cómo corrompe el dinero. Es como una parábola.

—Hazme un favor, Tony, abandona todas esas putas pretensiones literarias, ¿quieres? Ya llevamos retraso tal como están las cosas.

—Solo pensé que eso podría dar algo de forma a la historia. Él no quiere dar los nombres de los que se deshicieron del oro, así que pensé que si añadíamos un elemento moral a la historia, bueno, podría servir de gancho.

Victor suspira y sacude la cabeza.

—No quiere dar los nombres de los que participaron en el golpe, no quiere sacar trapos sucios sobre Ruby Ryder... Dime, ¿de qué habéis estado hablando todo este tiempo?

—Bueno, su historia no es precisamente fácil de escribir. Y entiendo su postura en el asunto de los lingotes. Ha habido más de un asesinato relacionado con ese golpe. Pero él quiere contar su historia. Solo que está un poco susceptible respecto a la imagen que se dé de él.

—Ya, ya. Mira, por mucho que queramos dar una perspectiva redentora y moral a la historia, cómo me rehabilité y me saqué un título de sociología o lo que sea, eso no vende. El público quiere monstruos adorables. Monstruos impolutos.

—Sí, ya.

—Y ahora que Ronnie Kray ha estirado la pata, es el momento perfecto. El final de una época y todas esas chorradas. Tiene que haber mucha gente dispuesta a soltar todo ese rollo nostálgico a cambio de pasta. Si la cosa no funciona con Eddie Doyle, a lo mejor, no sé, deberíamos dejarlo.

—¿Quieres decir...?

—Bueno, ya vamos con mucho retraso y Eddie no está colaborando demasiado, ¿no?

—No, ya, pero...

—Quiero algo para finales de mayo o nos olvidamos del asunto.

No sé qué decir. Tengo ganas de mandarlo a la mierda, pero necesito el trabajo. Necesito el dinero.

—Victor... —empiezo a decir.

—Sigue trabajando, Tony. Te preocupas demasiado por tonterías. Límitate a hacer de negro.

—¿Así que crees que solo sirvo para eso?

Victor suspira y mueve la cabeza con aire cansino. Seguimos comiendo un rato sin hablar.

—Mira —dice Victor finalmente—, al menos llévalo al funeral.

—¿Qué?

—A Eddie. Que lleves a Eddie al funeral.

—¿Qué funeral?

—El de Ronnie Kray, cuál va a ser. Conseguiré a un fotógrafo. Va a ser el evento



social más importante del calendario de los criminales retirados. Él tiene que dejarse ver. Tú consigues que aparezca con unos cuantos gánsteres de los sesenta. Eso quedará bien. E intenta hacerle hablar de Ruby Ryder.

De modo que una semana después estábamos entre el grupo de reporteros situados frente a Saint Matthew, en Bethnal Green. El funeral de un monstruo, con el jardín de la iglesia rebosante de viejos ex presidiarios y jóvenes aspirantes. Una falange de gorilas, la flor y nata de los porteros de Londres, formaban una guardia de deshonor alrededor de la verja de entrada. Un helicóptero de la policía zumbaba en lo alto. Llegó el vehículo fúnebre. Un carruaje negro y dorado de laterales acristalados, tirado por seis caballos con penachos negros. Kitsch Victoriano, como a él le habría gustado. El último héroe del imperio. Coronas y ofrendas de flores al patriarca de los psicópatas: «RON» y «EL CORONEL». Una de Reggie, su hermano gemelo: «A LA OTRA MITAD DE MÍ», como una expresión floral de esquizofrenia.

Yo estaba allí con Eddie Doyle, un doliente reacio. «Nunca tuve nada que ver con los Gemelos», protestó. Pero Victor insistió: «Consigue una foto de él con otros delincuentes famosos. La reputación, eso es lo importante». Y, efectivamente, nuestro fotógrafo Geoff andaba por allí cerca colocando pacientemente una pequeña escalera plegable de aluminio para obtener un buen ángulo por encima de la multitud.

También estaba con nosotros Piers, un joven periodista que trabajaba en la última apuesta editorial de Groombridge, la revista *Sorted*. *Sorted* va dirigida a lo que Victor me asegura que es un nuevo segmento de mercado en crecimiento: el «nuevo chico». Yo no tengo ni idea de lo que eso significa. Al parecer, tiene que ver con la posmodernidad y el posfeminismo. Es «irónico», según Piers. Pues a mí me suena a neolengua.

El tal Piers estaba de lo más excitado. Todos esos tipos duros le ponían cachondo. Sus vocales indolentes de colegio privado resonaban monótonamente en mi oído, deseoso de que pusiera nombre a aquellas caras. Sí, los conozco. Sí, Piers, ese es Frankie Fraser el Loco.

Dirigió su grabadora hacia Eddie.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Eddie? —dijo, apuntando el pequeño aparato hacia él.

—¿Eh?

Eddie parecía distraído, mirando a su alrededor, un poco nervioso.

Empezaba a preocuparme por Eddie y su paranoia. Todavía está convencido de que lo siguen y no está acostumbrado a esa clase de aglomeraciones. Cumplió toda su condena aislado en una cárcel de máxima seguridad. Una hora aproximada de patio o de trato con otros presos no te prepara precisamente para algo así.

—¿Qué opinas? —continuó Piers—. Es el final de una era, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes, la vieja escuela del crimen. Los códigos de honor y esas cosas.

Eddie hizo una mueca y se volvió hacia mí.

—¿De qué coño habla este gilipollas? —me preguntó.

Piers soltó una risita nerviosa.

—Oh, eso es bueno —afirmó—. Puede que lo use.

Geoff se tambaleaba sobre la escalera, mientras enroscaba un enorme objetivo en su cámara.

—Cuando usted diga, jefe —me avisó.

La idea era conseguir que Eddie se acercara a la puerta de la iglesia, pero este permanecía vacilante, contemplando la multitud.

—Joder —murmuró—. Mira toda esa gente. Parece el puto *Parque jurásico*.

—Vamos, Eddie —lo apremié—. Necesitamos que te acerques a la entrada.

Todo estaba arreglado. Eddie había recibido una invitación. Flanagan, una rubia que había sido habitual de las páginas de desnudos de los periódicos sensacionalistas, se encargaba de controlar la lista de invitados, y su nombre figuraba en ella. Lo único que teníamos que hacer era conseguir que se acercara a la puerta, a través del gentío, y entonces Geoff podría empezar a hacer fotos. Le di un golpecito a Eddie en el hombro.

—Espera —dijo—. Mira.

Estaba observando a alguien entre la multitud. Traté de distinguir de quién se trataba, pero solo veía una masa de caras solemnes. Él señaló con la cabeza a alguien.

—Allí —me susurró bruscamente.

—¿Qué? —dije, procurando no parecer impaciente.

La verdad es que me daba igual a quién estuviera mirando. Necesitaba que se pusiera en marcha.

—Vamos, Eddie —le rogué, esperando animarlo—. Es el momento.

—Un segundo —insistió él—. Es...

Le tiré de la manga. Estaba en una especie de trance o algo parecido. Se dio la vuelta un instante con cara de incredulidad. Pensé que había captado su atención, pero en ese preciso momento llegó Reggie Kray, esposado a un funcionario de prisiones. La multitud pareció despertar de repente y empezó a avanzar en tropel.

—Joder, no me lo puedo creer —exclamó Eddie, y miró hacia atrás—. Es...

El gentío empujaba hacia la iglesia, mientras los porteros contenían a todo el mundo, manteniendo el camino despejado para Reggie y los demás asistentes. Tenía que conseguir que Eddie se acercara hasta allí, pero él se estaba abriendo camino en la otra dirección, contra el avance impetuoso del gentío.

—¡Eddie! —grité tras él.

Lo observé dirigirse hacia alguien que permanecía quieto en medio de la muchedumbre en movimiento. Un hombre robusto, con el cabello peinado hacia atrás; me recordaba a alguien, pensé en ese momento, pero también me lo recordaban

muchos de aquellos dinosaurios. Un careto familiar. Pero el jardín estaba lleno de ellos. Recuerdo ver cómo una sonrisa resquebrajaba su cara de granito al percatarse de que Eddie trataba de llegar hasta él. Entonces se dio media vuelta y se alejó. Eddie seguía intentando abrirse paso a empujones para alcanzarlo.

Mierda.

El cortejo fúnebre estaba entrando en la iglesia y yo estaba perdiendo de vista a Eddie. Geoff me gritó desde arriba.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde ha ido ese tío?

—Quédate ahí —dije, al tiempo que me montaba en la escalera—. Voy a subir.

—¿Qué? Espere un momento, no creo que esto vaya a soportar el peso de los dos.

—No te preocupes. Tú aguanta.

Trepé. La escalera crujió y se balanceó un poco, pero llegué a lo alto y me agarré a Geoff.

—Tranquilo, jefe —se quejó.

Escudriñé a la multitud. Alcancé a atisbar al hombre al que Eddie perseguía. Estaba rodeando una furgoneta de una cadena de televisión aparcada al otro lado de Saint Matthew's Row. Se lo señalé a Geoff.

—Aquel tío —dije.

—Sí, ¿qué?

—¡Hazle una foto!

La escalera volvió a tambalearse mientras Geoff se esforzaba por conseguir una buena instantánea. De repente entendió mi urgencia y disparó una ráfaga de fotografías, su cámara zumbando furiosamente. Me agaché para equilibrar la escalera un instante, y acto seguido me levanté para ver cómo Eddie salía de entre el gentío y miraba a su alrededor. Vi que divisaba al hombre al que estaba siguiendo y que se dirigía hacia él.

—Allí está Eddie —le dije a Geoff—. Intenta sacarlos a los dos juntos.

Los dos hombres se quedaron mirándose un instante, mientras Geoff seguía disparando fotos. Entonces uno de los Daimler de la funeraria se deslizó lentamente entre ellos. Cuando pasó, Eddie estaba solo. El otro hombre había desaparecido. Eddie miró a su alrededor, luego se encaminó hacia Bethnal Green Road y, al poco, también lo perdimos de vista.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Geoff.

—No lo sé. Pero desde luego no es lo que estaba planeado. Bajemos de aquí antes de que nos partamos el pescuezo.

Bajamos.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora, jefe?

Suspiré.

—No lo sé. Esperar a que acabe y empiece a salir la gente. Puede que entonces consigamos algo.

No confiaba demasiado en ello. Victor iba a ponerse furioso. Las exequias

estaban en plena celebración. Por el sistema de megafonía de la iglesia podían oírse los compases de Frank Sinatra cantando «My Way».

Cuando todo acabó y el cortejo fúnebre, una extensa columna de Daimlers llenos de reincidentes, se dirigía al cementerio de Chingford Mount, Eddie entró tambaleante en el jardín de la iglesia. Estaba muy colorado y le faltaba el aliento.

—Bueno —dije—, por ahí va nuestra oportunidad de conseguir fotos.

Eddie se limitó a mirarme sin comprender.

—¿Estás bien? —preguntó Geoff, alzando la vista mientras guardaba su equipo en la bolsa de la cámara.

—Sí, sí —murmuró—. Lo siento, tíos.

—Eddie, ¿de qué coño iba todo eso?

Me hizo un gesto con la cabeza para que me apartara un poco, fuera del alcance del oído de Geoff y Piers. Eddie recobró el aliento.

—Era él —susurró, como hablando consigo mismo—. Estoy seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... puede que eso fuera lo que estaba pasando. El que me ha hecho seguir. Tendría sentido. Él también quiere saber adónde ha ido a parar toda la pasta que desapareció.

—¿Quieres decirme de qué cojones estás hablando?

—Ese tío. Al que estaba persiguiendo. Era Harry.

—¿Qué?

—Starks —susurró, abriendo mucho los ojos con mirada de loco—. Era el puto Harry Starks.

## CLÁSICOS CAMP

Dicen que el viejo nunca tiene nada  
pero es tiempo lo que ya no tiene.  
Para el joven la puerta es siempre ancha  
aunque solo el vacío luego lleve.

BERTOLT BRECHT,  
*El alma buena de Sezuán*

*La pequeña Julie, de diez años, sale sigilosamente al descansillo, oye voces roncadas abajo, en la cocina, y piensa: «A lo mejor papá ha vuelto después de todo». Escucha sentada en la escalera...*

Allí está ella.

Allí estoy yo. En un sueño. Bueno, no estoy soñando exactamente. A medio camino entre el sueño y la vigilia, lúcida pero todavía no consciente. Un recuerdo. Extiendo los brazos para cogerlo, para saber más, pero el movimiento se convierte en forcejeo, y el ensueño se transforma en pensamiento obstinado.

Y me despierto. Antes de descubrir lo que significa. Era sobre papá, eso estaba claro.

Papá. Lo echo de menos, aunque apenas puedo acordarme de él. No lo veía mucho. Estuvo fuera hasta que cumplí siete años. En la cárcel. Las horas de visita no ayudaban mucho. Y luego, cuando salió, no tardó en volver a marcharse. A España. Según mamá, allí se dedicaba a los pisos de multipropiedad a tiempo compartido. Aunque eso no le dejaba mucho tiempo para compartir conmigo. Luego se marchó para siempre. Y mamá tuvo que inventarse otra mentirijilla. Otra coartada. Pero sí que lo echo de menos. Y lo peor es que tengo muy poco a lo que aferrarme. Solo un gran vacío donde él debería haber estado. Y todos los recuerdos teñidos de maldad.

¿Sabes cómo se puede ir por la vida con todo ese rencor, esos temores y esas dudas que no puedes explicar del todo? Las inseguridades que te reconcomen y te minan la confianza. Te imaginas que todo se debe a que eres una neurótica. ¿Qué es lo que dijo aquella consejera de estudios? Sí... interiorizas todas las cosas que te han ido mal en la vida. Las vuelves contra ti y las conviertes en responsabilidad tuya. Y eso te corroe hasta que sientes que tienes que averiguar a qué debes culpar realmente de tu infelicidad. Lo único que puede dar sentido a todas esas emociones confusas. Algo a lo que puedas poner nombre.

Había enterrado a papá hacía mucho tiempo. La única forma que tenía de lidiar con el golpe era fingir que no había pasado. Y eso hice, fingir; mamá siempre me había animado a hacerlo. Fue ella la que me inició en la interpretación. Estaba proyectando sus propias ambiciones en mí, pero también era una forma para ambas de evitar la verdad. Un mundo de ensueño. Eso creía yo que era, como entrar en un mundo de nuevas posibilidades donde te podías convertir en otras personas. Claro que, cuando fui a la escuela de arte dramático, de repente se suponía que la actuación se basaba en la realidad, en canalizar emociones reales. Hacíamos lo que se denominaban «ejercicios de memoria sensorial», en los que se empleaban emociones recordadas para dar autenticidad a la actuación. En una sesión especialmente intensa tuvimos que revivir por turnos una experiencia traumática de nuestras vidas delante de todo el mundo. Yo fui incapaz. Me quedé paralizada. No se me ocurría otra cosa que lo que sentí cuando me enteré de la muerte de papá, y no podía recurrir a las mentiras que siempre utilizaba para explicar lo que le había pasado. Así que me fui de la clase. Al día siguiente, mi profesor de interpretación me mandó llamar y me dio

una charla sobre que un actor debía enfrentarse a sus demonios si quería llegar a ser bueno. Tendría que lidiar con ellos, insistió él, fueran los que fueran, o de lo contrario me bloquearía como intérprete. Me habló con tal tono de preocupación que, para ser sincera, me asustó mucho. Cuando me recomendó que fuera a ver a la consejera de estudios, accedí más que nada para tranquilizarlo. Pero tampoco le conté la verdad a ella. En vez de eso, utilicé la historia que mamá se había inventado años atrás. Y la consejera habló de «duelo» y «pérdida», «cerrar heridas» y todas esas expresiones modernas que no tenían ningún valor para mi viejo dolor. Mencionó algo llamado «síndrome de la memoria recuperada», que no me gustó nada cómo sonaba. Asistí a esas sesiones para que todo el mundo estuviera contento. Menos yo. La terapia no servía. ¿Qué bien podía hacerme? Pero aprendí una retahíla de palabras nuevas que podía usar para disimular lo que sentía realmente. Y a partir de entonces aprendí a fingir ese material interno cuando lo necesitaba.

Me sentía más cómoda con los aspectos externos de la interpretación, la parte técnica. La fonación despertó especialmente mi interés en la escuela de arte dramático. Más que cualquier otra cosa, deseaba poder hablar de forma totalmente distinta a mamá, convertirme en una persona totalmente distinta de la que habían determinado mis orígenes. Y cuando tenía que construir un personaje, lo abordaba siempre desde fuera en lugar de al revés.

Tal vez esa incapacidad de entregarme del todo a un papel fuera el motivo de que no alcanzara tanto éxito como podría haber tenido. Aunque fundamentalmente parecía cuestión de azar. A algunos de mis compañeros les fue muy bien después de la escuela de arte dramático, y otros apenas consiguieron trabajo. Yo me quedé en medio, me convertí en lo que se conoce como «actriz ocasional», y parecía bastante contenta con ello. Mis pretensiones eran sencillas, disfrutaba con el trabajo que me ofrecían y me sentía dueña de mi vida.

Me deprimía de vez en cuando, sobre todo entre trabajo y trabajo; «descansar», lo llaman algunos, aunque nunca se tiene esa sensación. Creo que durante un tiempo culpé a papá de ello, o más bien a su ausencia. Lo culpaba por no estar allí. Una enorme negativa que me permitía apartar más fácilmente las cosas de la cabeza. Pero la culpa no era de él. Era de otra persona. En el fondo yo lo sabía. Solo que había pasado demasiado tiempo de mi vida ocultándolo.

Y así quería que fuera. Me había reinventado como una joven segura con modales de clase media. Una vez que hube recibido suficientes contratos, solicité la tarjeta del sindicato de actores con un nombre nuevo, un nombre artístico. Julie McCluskey se convirtió en Julie Kincaid. Me sentí un poco culpable por deshacerme de esa forma del apellido de papá, pero quería abandonar el pasado. Y durante unos cuantos años me sentí totalmente liberada de él.

Entonces todo empezó a regresar. Los recuerdos perdidos fueron encajando en su sitio. Comencé a tener ese sueño —bueno, ese medio sueño— por las mañanas, justo cuando me estaba despertando. En el sueño era pequeña y oía voces abajo que



hablaban de mí. Y pasaba algo más.

La consejera de la escuela de arte dramático me había dicho que, en ocasiones, estímulos totalmente inesperados podían activar recuerdos traumáticos. De repente, un detalle aparentemente inofensivo de la vida cotidiana te podía desequilibrar.

Me acuerdo de cuando salí del cine Gate de Notting Hill con Jez, sería en la primavera de 1995. Habíamos ido a ver *Pulp Fiction*. Él estaba poniendo la película por las nubes. Era una «jodida obra maestra», anunció con su forma perezosa de arrastrar las palabras. A mí no me gustó, pero no pensé que aquello me afectara mucho en ningún sentido. Sin embargo, cuando él me preguntó qué opinaba, recuerdo que dije:

—No me gustan las películas de pistolas y gánsteres.

Apenas lo pensé antes de decirlo, pero cuando lo hice me quedé helada. Jez no reparó en que me quedé callada. Siguió hablando de la película. No había nada que le hiciera más feliz que parlotear ensalzando una película que le gustaba.

A mí no me había impresionado tanto, o eso pensaba. Era ingeniosa y efectiva; sí, una «jodida obra maestra» en su condición de gran guiñol moderno. Era la reacción del público la que me había parecido muy inquietante. La gente se reía mucho ante la exhibición de violencia. También se oían gemidos, pero resultaban perturbadores, porque sonaban a gemidos de decepción. Como si no hubiera habido suficiente sangre.

Sin embargo, una vez en la calle me di cuenta de que el tema de la película me había impactado. Tal vez por la frivolidad del tratamiento, que hacía atractivo algo que a mí me inspiraba un profundo y doloroso temor.

«Pistolas y gánsteres.»

Papá. Había pasado todos aquellos años tratando de mantenerlo a raya, y ahora la estúpida película de Tarantino lo había hecho revivir todo. El horror de todo aquello.

—¿Julie? —Oí a Jez decir mi nombre en voz baja. Sonaba lejano—. ¿Estás bien?

Me volví y forcé una sonrisa. No quería que Jez lo supiera. Le había dicho que papá había muerto en un accidente de tráfico. No me había costado contar esa mentira. Había sido la versión oficial de la familia durante años. Lo que mamá me había dicho que contara a la gente. En aquel entonces solo tenía diez años. Mamá me escondía los periódicos. Me decía que no hiciera caso de lo que decía la gente. No hablábamos del tema, no de forma abierta, de modo que una gran parte de lo ocurrido se mezcló en mi cabeza. A lo largo de los años, yo misma había llegado a creerlo. Pero algo se había despertado, eso estaba claro. Entonces supe que tendría que volver sobre los hechos y averiguar lo que había ocurrido realmente. Sin embargo, no quería que Jez se enterara de nada, todavía no.

—¿Qué pasa?

—Estoy bien. De veras.

Estábamos parados en la calle, mirándonos el uno al otro. Había algo encantador en el pequeño ceño fruncido de preocupación bajo la melena rubia de Jez. Significaba

que podía sonreírle francamente y mirarlo a los ojos.

—¿Vuelves a estar conmigo? —preguntó.

—Sí —contesté—. Claro.

Hacía tres meses que salía con Jez. Nos habíamos conocido rodando un cortometraje de presupuesto nulo en el que yo tenía un papel y él se ocupaba de la dirección. Era su primera gran oportunidad. Su tarjeta de presentación, le gustaba decir. Le encantaba considerarse un joven inconformista que luchaba por abrirse camino. En realidad, tenía contactos. Había trabajado de agente en una productora cinematográfica que dirigía un amigo de su padre. Había rodado unos cuantos vídeos musicales. Ahora intentaba escribir un guión para un largometraje, pero estaba teniendo problemas.

Lo extraño era que Jez mostraba tanto interés por ocultar su procedencia como yo. Había empezado a adoptar una pose de chico de la calle y un acento cockney falso y estúpido. Lo cierto era que se le daba muy bien. Es decir, era un buen imitador. Pero yo sabía cómo eran de verdad los tipos duros, y él no lo era. Creo que, en cierto modo, eso es lo que hizo que me encariñara de él. Había algo tremendamente vulnerable en la forma en que se daba esos aires. Parecía totalmente inofensivo, y eso es justo lo que yo buscaba en un hombre. Con él experimentaba una sensación de seguridad, algo exento de peligro que siempre había anhelado.

Exageraba el hecho de haber abandonado el instituto a los dieciséis años. Un instituto privado, claro. En cambio, yo había tenido que luchar mucho para entrar en la escuela de arte dramático. Mamá no quería que yo fuera a ese centro; creía que con la escuela de interpretación bastaba, pero allí no me habían enseñado gran cosa, salvo a poner la expresión toda ojos y dientes del mundo del espectáculo. A los catorce años me habían dado un papel hablado en la serie *Grange Hill*, y ella se había puesto muy contenta de verme en la tele. Pero las ambiciones de mi madre no eran suficientes para mí. Yo quería ser una actriz de verdad, con una formación clásica y una pronunciación cultivada. No quería quedarme estancada en un acento, la voz de mi desdichada infancia. Quería escapar, a pesar de la toda la palabrería de mi profesor sobre la «realidad». Para mí, el verdadero objetivo de actuar era la oportunidad de ser otra persona. Y había dado resultado, en la medida en que podía engañar a la gente. Jez me tomaba por una chica refinada. Y aunque no había tenido mucha suerte a la hora de conseguir trabajo después de la escuela de arte dramático, había interpretado pequeños papeles en un par de obras representadas en la sala superior del Royal Court y había participado en muchas obras experimentales en las que se repartían los beneficios. Pero había escapado, eso era lo importante. Había roto con el pasado. La idea de tener que volver sobre él me hacía sentirme ligeramente mareada. Y asustada.

Regresamos al piso de Jez, en la segunda planta de una casa de estilo georgiano junto a Portobello Road. Su padre se lo había comprado. Mientras abría una botella de Chardonnay, todavía tenía esa expresión inquisitiva en el rostro.

—Oye —dijo al ofrecirme una copa—, ¿qué pasa?

—Nada, de veras.

Pero mi cerebro estaba a punto de explotar. Bebí un trago de vino. Sus ojos azul claro me miraban fijamente. Suspiré, aliviada ante la distracción que suponía su hermosura. Y es que era hermoso, mucho más de lo que a él le hacía sentirse cómodo. De repente, sentí que si lograba despertar en él un deseo apremiante podría dejar de pensar en cualquier otra cosa.

Le besé en la boca. Mis labios estaban frescos y húmedos. Era consciente de mi aspecto despampanante. El largo cabello pelirrojo que había heredado de papá. Un amigo de mamá comentó una vez que me parecía a Maureen O'Hara. La altura también me venía de papá; había sido un hombre grande. Le sacaba unos cuantos centímetros a Jez. A él no parecía importarle que destacara sobre él; de hecho, estaba convencida de que era una de las cosas que le gustaban de mí. A él siempre le gustaba que me pusiera encima cuando teníamos sexo.

—¿Y esto? —dijo él, todavía con curiosidad.

—Te deseo —murmuré.

Y así era. Lo deseaba. Quería vaciar mi cabeza de todos los malos pensamientos. Sentir un simple deseo físico por la vida. Controlarla.

—¿Ah, sí? —susurró Jez, con su cara muy cerca de la mía.

—Sí —dije en voz baja y ronca—. Ahora.

Entramos en el dormitorio. Me dejó que le quitara la ropa y lo empujara sobre la cama. Me desnudé y me monté sobre él. Sentía la ira mezclada con el deseo, y le clavé las uñas al notar que me embargaba una oleada de alivio. Al final, se tocó las marcas que le había hecho en el torso. Inspiró un poco de aire.

—Me ha dolido —dijo gimiendo.

En efecto, había dolor en aquellos ojos azul claro. Sonreí con cruel regocijo.

—Creía que era lo que os gustaba a los chicos de colegio privado —dije en tono sarcástico.

—Déjalo ya —protestó él, malhumoradamente.

«Déjalo ya.» Sus vocales falsas sonaban anodinas. Cuando estaba enfadado se delataba a sí mismo.

Y sentí otra punzada de maldad dentro de mí. Me molestaba que se creyera, de algún modo, superior a mí. Yo sabía más que él y nunca decía nada. Yo no sentía aquella flaqueza, aquella culpabilidad de clase media. De modo que, cuando tenía la sensación de que Jez se acercaba a mí, es decir, de que estaba más cerca de descubrir mi pasado, pasaba al ataque. Le tomaba el pelo haciendo comentarios sobre su procedencia.

—¿Y qué hacíais en la residencia de estudiantes?

—¿A qué te refieres?

Al principio pensé que Jez tenía algo de afeminado. La desesperación con que deseaba proyectar aquella exagerada masculinidad. Su obsesión por los tipos duros, aunque él era guapo y muy refinado. Pero se trataba de algo más complejo.

—Ya sabes —continué—, tú y los otros chicos.

Jez se incorporó en la cama.

—Oye —dijo, muy indignado—. Yo nunca...

Su voz se fue apagando, sin saber cómo acabar.

—Pero algo debía de pasar...

—Sí, bueno.

—Entonces, ¿tú nunca...? Quiero decir, con otro chico.

Jez se me quedó mirando. Sus ojos azules se volvieron acerados.

—No —dijo de manera inexpresiva.

—¿Nunca?

—No. —Suspiró—. Nunca.

Parecía una respuesta definitiva. Una tristeza definitiva. Y había algo más en su expresión. Resentimiento. Una mirada melancólica que hacía pensar que se lo había perdido. Que carecía de ciertos conocimientos, de cierta iniciación. Fue entonces cuando se me pasó por la cabeza una idea que casi me hizo reír a carcajadas, aunque logré contenerme porque no quería herir aún más sus sentimientos. Pensé que a lo mejor Jez era un alumno de un colegio privado que había quedado traumatizado por no haber tenido una experiencia homosexual.

Él se durmió antes que yo. Me quedé tumbada a oscuras, tratando de vaciar la mente. Afuera, los ruidos de la vida callejera sonaban ásperos y malévolos. Por fin me invadió el cansancio, pero por la mañana el sueño acudió de nuevo a mí.

*La pequeña Julie, de diez años, sale sigilosamente al descansillo, oye voces roncadas abajo, en la cocina, y piensa: «A lo mejor papá ha vuelto después de todo». Escucha sentada en la escalera. Pero no es su papá. Son los amigos de su papá, aquellos hombres corpulentos y simpáticos que habían venido a veces a casa. Hablan en voz baja, tratando de calmar a su mamá, que está enfadada y llorosa.*

—¿Y qué hay de Julie? —está diciendo su mamá—. He tenido que decirle que ya no puede ir a la escuela de interpretación.

*La pequeña Julie se ruboriza al oír que están hablando de ella. Las voces murmuran unas palabras de consuelo. La pequeña Julie se levanta y baja la escalera de puntillas...*

Un ruido tenue de pasos pesados. Jez ya se había levantado y andaba torpemente por la habitación. Gemí.

—Lo siento —susurró Jez—. ¿Te apetece una taza de té?

Gemí de nuevo y me di la vuelta en la cama. Pensé en el sueño y traté de averiguar qué pasaba después, pero se había desvanecido.

Me duché y me vestí. Jez estaba en el salón tecleando en su ordenador portátil.

Parecía absorto.

—¿Estás trabajando en el gui3n? —pregunté.

No había escrito nada desde hacía semanas. Alzó la vista y sonrió, negando con la cabeza.

—No —dijo—. Estoy empezando uno nuevo.

—¿Qué?

—Sí. Y esta vez creo que tengo algo grande.

—Vaya, eso es estupendo.

Pretendía que fuera un comentario alentador, pero sonó insulso y amargo. Jez levantó la vista de nuevo y frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Suspiré. No quería hablar con Jez de lo que me rondaba por la cabeza.

—Nada. Lo siento, en serio. Todo va estupendamente.

Le dediqué una gran sonrisa cálida y fingida.

—Te dejo para que sigas —dije.

Entré en el dormitorio y llamé a mi agente. Había una prueba para una pequeña compañía de teatro que iba a hacer una gira representando una obra de Brecht. Salario mínimo. Anoté los detalles. Cuando volví Jez seguía frente al ordenador.

—Oye —dije, acercándome a él—, me voy a ir.

—Vale —contestó, sin apenas levantar la vista.

Parecía feliz, ocupado, su rostro embargado por una concentración infantil, los ojos azules moviéndose nerviosamente. Sonreí, esta vez de verdad, y le revolví el pelo rubio.

—Hasta luego —dije, y lo besé en la mejilla.

Volví a mi piso y me puse a dar vueltas arriba y abajo. Intenté mantenerme ocupada. Abrí el archivo de mi curriculum en la pantalla del ordenador e intenté reestructurarlo para que pareciera más convincente. Al cabo de una hora más o menos, seguía pareciendo una excusa desesperada. Repasé un nuevo texto para la prueba. Constanza, de *El rey Juan*. Pero no conseguía distraerme por mucho rato. Sabía lo que tenía que hacer. Con quién tenía que hablar.

Con mamá. Sé muy poco de papá, pero demasiado de mamá. Las dos nos conocemos perfectamente. Me impuso su ambición frustrada a una edad muy temprana. Quería que fuera la persona que ella podría haber sido. Las expectativas y decepciones se sucedieron a lo largo de los años. Y, sin embargo, hubo muy poco diálogo. Como si hubiera un juramento de silencio entre nosotras.

Sabía que no iba a ser fácil. La llamé para decirle que iba a ir a verla, esperando que mi voz no revelara que pasaba algo. No quería que se pusiera a la defensiva.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó, casi antes de que hubiera cruzado el umbral.

Ella siempre quería hablar del trabajo, «el negocio». Que yo recuerde, siempre hablábamos de eso. O, mejor dicho, ella me hablaba de eso. Clases de ballet y claqué

prácticamente desde que aprendí a caminar. Un anuncio de palitos de pescado cuando tenía cuatro años. Siempre diciéndome que debía «lucir una gran sonrisa y mucha personalidad» o lo que fuera. En la escuela de interpretación descubrí que no estaba sola. La mayoría de las niñas matriculadas (y también algunos de los niños) habían sido introducidos en «el negocio» por madres ambiciosas. Mujeres frustradas que no habían conseguido triunfar. Siempre me sentía un poco culpable por pensar en mamá de esa forma. Después de todo, ella quería grandes cosas para mí. Y aunque de algún modo sabía que estaba proyectando sus deseos en mí, yo sentía que sería cruel y desagradecida si no le seguía el juego.

Le hablé de la prueba para la gira, pero no se mostró muy impresionada.

—¿De verdad quieres molestarte en hacer eso, cariño? —dijo—. Ahí no te va a ver nadie.

Tenía razón, cómo no. Seguramente sería una gira mediana en pequeños teatros y centros sociales. Ni siquiera yo misma estaba segura de querer hacerlo. Pero puede que ahora necesitara trabajar más que nunca. Algo en lo que concentrarme que no fuera... en fin, que no fueran las cosas sobre papá que me rondaban por la cabeza. La interpretación siempre había sido un refugio para mí; nunca me había preocupado mucho si triunfaba o dejaba de triunfar, siempre que me sirviera para escapar.

Pero ella albergaba la fantasiosa convicción de que me esperaba una gran oportunidad a la vuelta de la esquina. Para ella, eso significaba la televisión o el cine. En su mente, no merecía la pena molestarse con el teatro a menos que fuera en el West End.

—El otro día vi a Ruby —anunció con orgullo.

Se refería a Ruby Ryder. Me encogí un poco, avergonzada de que mi madre no pudiera resistirse a alardear de conocer a famosos, ni siquiera delante de su propia hija, y además el de alguien que, en el mejor de los casos, era una famosa de tercera. Se habían conocido en los años sesenta, cuando mamá trabajaba de corista en un club del Soho. Bueno, en realidad de stripper, aunque ella jamás lo admitiría.

—Están pensando en ella para un papel importante en televisión. En una serie que lleva mucho tiempo en antena. De momento es algo secreto. A lo mejor ella podría ayudarte, ya sabes, con los directores de casting y todo eso.

—Verás, mamá, no necesito ninguna ayuda.

—Tesoro, en este negocio tienes que aprovechar todas las oportunidades que se te presenten. Te lo digo por experiencia.

Me entró un pánico espantoso ante la idea de que acabáramos repasando su carrera frustrada y las oportunidades que no había tenido. Parecía que disfrutara con sus desdichas, como si para ella conformaran un gran papel trágico. Se regodeaba en la desgracia. Hablaba de lo que había luchado para que yo entrara en la escuela de interpretación. El sacrificio que había hecho. Y se suponía que yo tenía que amortizar todo aquello de alguna forma. Ella nunca entendería lo que yo deseaba. Sentí rencor y algo más. Premura. No quería que acabáramos teniendo la misma conversación de

siempre.

—Quiero hablar de otra cosa, mamá.

—¿Qué quieres decir... de otra cosa?

—Me refiero a algo aparte del negocio.

—Está bien —dijo malhumorada.

Había pensado en sacar el tema con cierto tacto, pero al final no pude evitar soltarlo sin más.

—Quiero hablar de papá.

Sus ojos se abrieron mucho. Me maldije para mis adentros por ser tan brusca.

—Oh —dijo, lanzando un suspiro de decepción—. Oh.

«Oh», la gran «O». Entonces comprendí que no tenía la más mínima posibilidad de sacarle información. Su rostro se petrificó, y volví a pasar directamente del rencor a la culpa. Sabía lo mucho que ella había sufrido. Lo mucho que había tenido que aguantar todos aquellos años.

—Lo siento, mamá, es solo que...

No sabía qué decir. Ella encendió un cigarrillo mentolado y exhaló una larga bocanada de humo.

—Oh, cielo —dijo en tono quejumbroso—. ¿Qué quieres saber?

—Bueno, ya sabes... lo que pasó.

La situación era tan violenta que casi resultaba insoportable. Había sido un gran error. A mamá le temblaban los labios. Aspiró con avidez la sustancia del cigarrillo. El humo entró y salió con un siseo.

—¿Te refieres a eso...?

—Sí. A eso.

«Eso.» Siempre había sido «eso».

—A que lo mataran —dije.

Ya está, lo había dicho. Mamá se me quedó mirando.

—Julie, por favor —dijo en tono reprobatorio, como si hubiera dicho una grosería.

—Es que nunca hemos hablado de ello.

—Pero de qué sirve...

—Mamá.

—Lo siento. Sé que debería...

—No.

—Lo sé, lo sé. Pero eras muy pequeña. Quería protegerte de todo. Quería...

Hablaba con voz entrecortada. Un pequeño y desolado sollozo. Se le inundaron los ojos de lágrimas.

—Yo solo... solo... —balbuceó con voz ronca—. Yo solo quería lo mejor para ti.

—Mamá, por favor, no llores.

Me levanté, me acerqué a ella y la abracé mientras temblaba de pena. Me pasé aproximadamente la siguiente hora calmándola. Al final se tranquilizó, y me puse a

hablar de otras cosas para cambiar de tema. Mientras la había estado consolando, lo único que sentía era frustración por que no quisiera hablar conmigo de algo que necesitaba saber. Pero cuando la visita terminó, después de las sonrisas de rímel corrido y los alegres adioses fingidos, cuando salí de allí para volver a casa, mis sentimientos se habían transformado en algo muy distinto. Una ira que ardía lentamente en mi interior al ver cómo nos habían arruinado la vida a las dos.

Papá. ¿Qué recordaba yo de él? Jock McCluskey. Big Jock, como lo llamaba todo el mundo. Un hombre grande con una voz suave y ronca. Acariciadora y áspera al mismo tiempo, como el papel de lija. Cantándome en voz baja «Strangers in the Night» con su marcado acento de Glasgow, mientras me arrojaba. «Du, bi, du, bi, du.»

Luego lo metieron entre rejas. Vagos recuerdos de visitas a la cárcel. Sobre todo el olor. Y todo aquel estruendoso ruido de confinamiento. Mamá y papá hablando a través de la mesa. Él guiñándome el ojo, llamándome «princesa».

El resto consistió en mantener las apariencias. Mamá y yo poniendo al mal tiempo buena cara. Tapando las cosas ya en aquel entonces.

Luego salió y hubo una gran fiesta. Eso sí que lo recuerdo. Yo tenía siete años, así que debía de ser 1977. El salón para fiestas de encima de un pub. Mesas repletas de sándwiches y alcohol. Yo con un vestido de fiesta y mi largo cabello pelirrojo recogido. Muchos hombres bien vestidos con grandes manos llenas de joyas, sonriéndome desde arriba.

El tío Tam, que había venido de Glasgow. El pelo corto por delante y largo por detrás, y una chaqueta de traje con solapas enormes. «VTMJ» tatuado en los nudillos de la mano derecha.

—¿Qué es VTMJ? —le pregunté.

—Vive a Tope, Muere Joven.

Lo deletreó con una voz cálida y ronca como la de papá, levantando las letras entintadas de su maltrecho puño para que las examinara.

Papá en libertad condicional. Una vida honrada. Yendo a trabajar durante el día. Volviendo siempre tarde a casa. A veces no venía durante varios días seguidos. Mamá y papá discutiendo de noche. Yo creía que iban a separarse.

Pero entonces pasó lo de España. Papá fue a España en viaje de negocios. Regresó con fotos de la villa. Volvió a marcharse al cabo de solo una semana. «Papá vive ahora en España», recuerdo haber pensado. En una villa en Marbella. Mamá y yo fuimos allí durante las vacaciones. Un gran edificio blanco, una torre con incrustaciones de vidrios de colores. Suelos de mármol rosa y tapices marroquíes. Una chimenea de piedra con una escultura de madera encima. Una verja de hierro forjado al final del camino de acceso. Un castillo de cuento de hadas. Cielos azules. Recuerdos felices de las vacaciones, brillantes y nítidos como una película casera en



color. «Papá se dedica a la multipropiedad», es lo que me decía mamá. Multipropiedad. Viajes de ida y vuelta vía aeropuerto de Málaga. Nuestra casa soleada. Parecía que todo iba bien; mamá parecía bastante contenta. Una nueva rutina. Una vida en multipropiedad.

Zambulléndome en la piscina. Luciéndome delante de papá. Penetrando las quietas aguas de color turquesa. Sintiendo el fresco silencio al salir a la superficie en un arco perfecto. Me encantaba aquella piscina. La... oh, Dios, sí. La piscina. Zambulléndome en el pasado, cayendo. Me había olvidado de eso. No, la piscina. Papá cayendo...

La piscina. Encontraron a papá en ella boca abajo. La sangre manando de las heridas de bala. Tiñendo el agua de rosa.

Estábamos en nuestra casa cuando pasó. Una multitud delante de la vivienda. Cámaras con enormes objetivos. La prensa. Mamá intentó protegerme de todo. Ocultarme de todo. Esconderme los periódicos. Mierda, sí, ahora me acuerdo. Aquel titular del *Sunday Illustrated* que logré ver de reojo: «GOLPE A BANDA CRIMINAL EN ESPAÑA. Big Jock, muerto a tiros en Marbella».

Aquello fue demasiado. Los recuerdos posteriores a ese momento se centran en mis intentos por borrarlo todo de mi mente. Sabuesos de la prensa y mensajes recibidos por correo o metidos en el buzón. Llamadas de teléfono anónimas. «Tu papá era un soplón», susurró alguien cuando levanté el auricular. Mamá desconectó el teléfono. Y todo lo demás. Nos mudamos de casa. Ella elaboró una historia para contarle a la gente sobre nosotras. La ensayamos hasta tenerla muy clara.

Y, más adelante, la noche en que oí voces abajo. Las voces roncas de hombres como mi padre. El sueño que acudía a mí repetidamente. Significaba algo. Y no solo acerca de papá. También de mamá. Y de mí, algo acerca de la escuela de interpretación.

Me sentía agotada. Demasiados recuerdos volviendo en oleadas. Tenía la cabeza a punto de estallar y necesitaba hablar con alguien. Pero no se me ocurría con quién.

Todavía no podía hablar con Jez del tema. Todavía no quería que conociera mi verdadero pasado. No estaba muy segura del porqué. Me imagino que solo quería mantener la farsa el mayor tiempo posible. Me daba miedo aquello a lo que me enfrentaba ahora, mientras que en el engaño había seguridad. Si podía seguir mintiendo a Jez, al menos controlaría eso. Y necesitaba estar segura de algo.

Lo más extraño era que, cada día que pasaba Jez, se iba convirtiendo cada vez más en un falso chico de la calle. Todo tenía que ver con el guión en el que estaba trabajando. La película de Tarantino había desencadenado el cambio. «Una película clásica británica de gánsteres», en eso decía que estaba trabajando, y ahora tenía un coguionista, Piers, un periodista amigo suyo. Piers aseguraba que en su trabajo había conocido a algunos gánsteres auténticos. Era un cocainómano empedernido, de modo

que, como la mayoría de las personas de los medios londinenses, parecía tener un vínculo recreativo con el crimen organizado. Sin embargo, la investigación de Jez era más física. La voz de vendedor callejero y el ligero pavoneo arrogante empezaron a apoderarse de él. Pero con su cara de querubín y, bueno, su delicadeza, todo resultaba un tanto contradictorio. Estaba intentando volverse más duro, machacándose en el gimnasio, asistiendo a clases de thai boxing, pero eso no alteraba la realidad esencial de su persona: que era un joven agradable y de buena cuna, que era por lo que yo lo quería. Aquella rudeza era un poco ridícula, pero inofensiva, lúdica. No me gustó cuando él y Piers empezaron a alternar con un camello amigo de este que los llevaba a sórdidos pubs y locales de copas. «Es por mi investigación», insistía Jez, pero se veía claramente que todo aquello le entusiasmaba. No es que me preocupara que cayera en el mundo de la droga, Jez era demasiado íntegro para eso. Simplemente no quería que se metiera en líos.

Además, me sentía un poco excluida cuando estaba con Piers y Jez. Ellos se enfrascaban en la práctica rutinaria de repetirse líneas de diálogo el uno al otro. Podía resultar exasperante, pero los chicos son así. En una ocasión empezaron a burlarse de mí llamándome «niña pija». Esa vez estuve a punto de perder los papeles.

«Qué ironía», pensé. No es que considerara que mi situación se ajustaba a las normas de la ironía. Simplemente, en aquel entonces la palabra parecía estar en todas partes. Piers siempre la estaba usando. Trabajaba para *Sorted*, una nueva revista de moda masculina. Iba dirigida al «nuevo chico», que al parecer constituía un nuevo nicho de mercado. Además de fútbol y coches rápidos, contenía el típico y tímido porno blando. Pero era de un mal gusto intencionado, insistía Piers, era «sexismo irónico». Era un chiste, explicaba. Yo no lo pillaba.

Sin embargo, tal vez eso lo explicaba todo y mi situación era un chiste; tal vez participaba de ese «humor irónico» que estaba tan de moda. Aunque no resultaba cómica. Resultaba trágica. Jez se mostraba totalmente distinto cuando estaba a solas conmigo, sensible y cariñoso, pero yo no podía contarle por lo que estaba pasando. No hasta que me sintiera más fuerte. Pero su obsesión no resultaba precisamente de ayuda.

Tenía que hablar con alguien. Alguien que tuviera idea de por lo que yo había pasado. Estaba Joe Patterson, un actor al que había conocido trabajando en el Royal Court. El padre de Joe había sido un importante delincuente del sur de Londres. Joe había tenido mucho éxito a finales de los años setenta y principios de los ochenta, en 1979 había protagonizado la película punk *Fuga del reformatorio*, pero desde entonces no había trabajado mucho. Se rumoreaba que había estado dedicándose al negocio familiar. Yo había propuesto su nombre a Jez y Piers para su proyecto cinematográfico. A algunos actores del Royal Court les encantaba el hecho de que conociera a auténticos delincuentes, y él los complacía contándoles toda clase de historias, pero siempre se mostró discreto con respecto a mí. Estaba al tanto de mi pasado, pero guardaba silencio, cosa que yo le agradecía. Joe nunca habló

directamente conmigo de mi padre ni de nada parecido; sabía que yo no quería decir ni mu del tema, pero siempre sentí que en cierta manera él lo entendía. Llegué a conocerlo bastante bien, pero perdimos el contacto al finalizar la temporada. El negocio del teatro siempre es así. Ese negocio y el otro. Tienen muchas cosas en común. Muchos conocidos míos tienen un pie en cada uno.

Había metido la pata hasta el fondo con mamá. Si hubiera dedicado más tiempo a escucharla en lugar de interrumpirla y saltar con lo de «Quiero hablar de papá»... Después de todo, ella tenía ganas de hablar. ¿De quién se había puesto a parlotear? Ah, sí, de Ruby. Ruby Ryder. «Bueno —pensé—, una de las tuyas.» Y luego caí en la cuenta de que, después de todo, era alguien con quien podía hablar. Ruby Ryder.

*Es mío este cabello que arranco.  
No estoy loca. De Geoffrey fui la esposa,  
y me llamo Constanza; ¡Arturo es mi hijo,  
y está perdido! Yo no estoy loca;  
le pediría a Dios que lo estuviera,  
pues así quizá me olvidara de mí.  
¡Oh, si pudiera, qué pena no olvidara!*

A veces sabes cuándo te los estás ganando, cuándo el fragmento que estás representando los tiene absolutamente cautivados. Lo más difícil de una prueba es que estás sacando algo de su contexto, un parlamento que en una función habría seguido todo el proceso de la obra hasta acumular la intensidad que requiere. Pero en una prueba tienes que hacerlo en frío y, por lo general, a las once de la mañana en la nave de alguna iglesia dejada de la mano de Dios. Sin embargo, yo no notaba frío. Estaba ardiendo. Canalicé todo lo que me había pasado por la cabeza en los últimos días en el personaje de Constanza de *El rey Juan*. Aquello sí que era memoria sensorial; tenía el sufrimiento aprendido al dedillo. Y estaba dando resultado, lo notaba. Me los estaba ganando.

Red Rag era una compañía teatral feminista que había sido fundada en los años setenta. Tenía buena reputación, pero ahora estaba en decadencia. Iban a recortarle la subvención estatal, y tendría que solicitar ayuda a la Lotería Nacional. El teatro radical era cosa del pasado.

Estaban preparando un montaje de *La buena mujer de Sezuán*, de Brecht, tres semanas de ensayos y seis meses de gira. Estuve tentada de señalar que una traducción más correcta de *Der gute Mensch von Sezuan* sería *La buena persona* (o incluso *El alma buena*) de Sezuán, y que aplicar un género podría resultar engañoso. Pero eso podría haber suscitado un inútil debate sobre la política sexual; además, me estaba comportando como muy de clase obrera con aquella gente, instintiva en lugar de intelectual. Sabía que eso les gustaría (me sorprendí hablando como mamá). Pero conocía la obra. Había representado a Brecht en la escuela de arte dramático. Y me gustaba, sobre todo el papel al que aspiraba, la protagonista, una prostituta de buen

corazón, Shen Te, que se hace pasar por su cruel primo para protegerse de las personas que se aprovechan de su bondad.

Y además sentía cierta debilidad por Red Rag, aunque me parecía una compañía un tanto ridícula. Desfasada. Carente de sentido del humor y un poco solemne. Piers la habría considerado una «zona libre de ironía». Pero el grupo estaba comprometido con una postura, cosa que últimamente estaba pasando de moda. Tal vez era la sensación de causa perdida lo que despertaba mi simpatía. Me dijeron que me avisarían al día siguiente. ¿Me interesaba el trabajo? No estaba segura.

*—¿Y qué hay de Julie? —está diciendo su mamá—. He tenido que decirle que ya no puede ir a la escuela de interpretación.*

*La pequeña Julie se ruboriza al oír que están hablando de ella. Las voces murmuran unas palabras de consuelo. La pequeña Julie se levanta y baja la escalera de puntillas.*

*Entra en la cocina en pijama. Mamá y un montón de hombres de rostro serio están sentados alrededor de la mesa. Al principio no reparan en ella. Entonces, una de las caras rudas se ilumina.*

*—Oh —exclama—. Aquí está.*

*—Oooh —exclaman todos, sonriéndole.*

*Julie da unos cuantos pasos de ballet, elevándose para realizar una pirueta. Los hombres aplauden y ríen.*

Quedé con Ruby Ryder para comer en Elena's, en Charlotte Street. Ruby llegó media hora tarde. Entró majestuosamente mirando alrededor con los ojos un tanto desorbitados, pero todavía capaz de irradiar carisma. Me levanté para saludarla.

—Lo siento, cielo —dijo besándome en ambas mejillas—. He tenido una mañana horrible.

Su característico cabello rubio lucía impecable, con un sencillo corte a lo *garçon*. Puede que fuera una peluca, pero era imposible distinguirlo. Dejó que un camarero le quitara el abrigo. Llevaba un traje de chaqueta y falda con grandes cuadros negros y rosas. Botones dorados y montones de joyas.

—Gerry Wilman ha estirado la pata —explicó mientras se sentaba—. Lo encontraron ayer en su piso. Muerto y bien muerto. De sobredosis, al parecer.

Gerald Wilman era un cómico famoso por su papel en el veterano serial radiofónico *How's Your Father?* y por otros muchos trabajos en televisión. Ruby había rodado una película con él, *A Bird in the Hand*, en los años sesenta.

—La prensa y la televisión querían un puto panegírico y me han tenido toda la mañana al teléfono. Lo siento, cielo, estoy un poco nerviosa. Ni siquiera me acuerdo de lo que he dicho.

El camarero les entregó un menú. Ella se quedó por un instante mirando inexpresivamente la carta y levantó la vista de nuevo.

—A ver, ¿qué podía decir? Yo quería a Gerry a morir y todo eso, pero en realidad era una vieja reinona amargada. Triste y solo. Lo siento, estoy un poco atacada. He tenido que decir unas cien veces lo maravilloso que era como actor, que era una persona cálida y toda esa mierda. Bueno, cálido ya no.

Comenzó a soltar una risita que acabó en un gemido.

—Tal vez no sea un buen momento —dije.

—No seas tonta. Me alegro mucho de verte. —Volvió a mirar el menú—. ¿Sabes lo que vas a comer? Bien, pues pidamos y luego podemos hablar.

Llamó al camarero con una sonrisa y un leve gesto de cabeza. Tomó nuestros pedidos, y luego Ruby se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—Y bien, ¿estás trabajando?

Mi agente me había telefoneado esa mañana para decirme que Red Rag me había ofrecido la gira. Se lo conté a Ruby. Todavía no estaba segura de aceptar.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí, me gusta el papel.

—Entonces hazlo, querida.

—Pero estaré seis meses fuera de Londres, actuando en sitios donde nadie me va a ver.

—Entonces no lo hagas.

Me sonrió.

—Perdona, Ruby. Ya sé que tengo que decidirme.

—Yo sé lo que es eso. Llegas a los veintitantos, todavía no has hecho nada importante y empiezas a preocuparte. Pero no hay nada que tú puedas hacer al respecto. Nunca se sabe lo que te va a surgir. Toda la basura que hice en los sesenta, la película con Gerry, me está dando trabajo ahora. Lo llaman «clásicos camp».

Se encogió de hombros.

—El que siembra recoge —afirmó, cogiendo un pedazo de pan.

—Mamá dice que están pensando en ti para un papel importante en televisión.

—Ya, pues tu madre debería haber tenido la boca cerrada. Todavía no es seguro, y no puedo decir nada del tema. Creo que les preocupa mi pasado. Mi primer marido, Eddie, ha salido de la cárcel y va a vender su historia. Maldita sea, es lo que me faltaba. He intentado hablar con él, pero le pasa algo. Ve fantasmas o algo así. Cree haber visto a Harry Starks en el funeral de Ronnie Kray...

Su cuchillo de la mantequilla cayó al suelo con estrépito. Se quedó inmóvil un instante, mirando fijamente.

—Lo siento —murmuró—. No quería sacar a colación... —su voz se fue apagando, mientras hacía gestos lentos con el trozo de pan—... todo eso.

Ese nombre. Hacía años que no lo oía, pero lo conocía muy bien. Perfectamente. Las noticias de los periódicos que mamá intentaba esconderme: «Starks, el

sospechoso de doble homicidio en los asesinatos de la “Costa del Crimen”...». Un nombre siempre susurrado, fuera del alcance del oído. Harry Starks. Él fue quien...

—En fin, como iba diciendo... —continuó Ruby nerviosamente.

Él fue quien mató a papá.

—No, Ruby, es de eso. Es de eso de lo que quiero hablar.

—¿De qué?

—Del pasado.

—¿El pasado?

Me miró frunciendo el ceño.

«Sí —pensé—, el pasado. Quiero que vuelva. Starks. Él fue quien me lo arrebató todo.»

—Quiero saber cosas de papá —dije sin rodeos.

—¿De Jock? Era un tipo encantador. Realmente encantador. Un auténtico caballero. Algunas de esas historias en la prensa... ya sabes, exageraron mucho.

—Por favor, Ruby —la interrumpí.

—¿Qué?

—No busco una maldita coartada. Sé que papá hacía cosas malas. Pero quiero saber la verdad. Está todo muy liado en mi cabeza. Mamá no quiere hablar del tema, pero me está volviendo loca. Tengo un sueño que se repite y que no logro entender.

—Bueno, tienes derecho a saber acerca de esas cosas —dijo Ruby—. Pero ten cuidado, querida. Es todo...

—Quiero saberlo, Ruby. Todo. Quiero recuperar mi vida.

—¿Qué?

Volvió a mirarme frunciendo el ceño.

No podía explicarle a lo que me refería.

—Tan solo dime lo que sabes —dije.

—¿Por dónde quieres que empiece? —me preguntó encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Por el principio, supongo.

—Bueno, Jock pertenecía a la organización de Harry Starks cuando tu madre trabajaba en el Stardust. Era el club de Harry. Así es como se conocieron.

—¿Cuando mamá hacía de stripper?

—Sí, bueno... —Ruby se encogió de hombros—. Era un espectáculo tipo revista. No era obsceno.

—Y se quedó embarazada de mí y se casaron.

—Es una forma un poco brusca de decirlo. Tu padre era un gran seductor, ya sabes.

—Pero todo fue un poco precipitado, ¿no?

—Bueno... —Ruby suspiró—. En aquel entonces Jock estaba en prisión preventiva. Me acuerdo de la boda. En el registro civil de Brixton. Fue esposado al poli más grande que pudieron encontrar de la Brigada de Delitos Graves.

«El triste comienzo de mi existencia —pensé—. Apenas legítima. Se llevaron a

papá cuando todavía estaba en el útero. Luego se lo llevaron para siempre. Él lo hizo.»

—¿Y por qué mató Harry Starks a mi padre? —pregunté.

Ruby se sobresaltó ligeramente.

—Julie, yo...

—Necesito saberlo, Ruby.

—No lo sé, cielo. Negocios. Tu padre gestionaba el dinero de Harry a través de unos tratos comerciales en España. Y algo salió mal.

—¿Algo salió mal? ¿Negocios? Por Dios, Ruby, haces que suene como un error administrativo o algo así.

Ruby se removió un poco en su silla.

—Bueno...

—Cuéntamelo.

—Harry Starks era alguien muy, muy importante. Tu padre también, para el caso. Eran malos tiempos, Julie. Las cosas se enredaron. Estaba ese poli corrupto, Mooney. Era un auténtico cabrón. Fue horrible.

Se hallaba un poco encorvada, como si estuviera replegándose en sí misma, y temblaba ligeramente.

—¿Ruby?

Una mano temblorosa atravesó la mesa y agarró la mía.

—Lo siento, cielo. Yo también he visto cosas terribles, ¿sabes?

—Cuéntamelas.

—No, no puedo hablar de algunas de ellas. Mira —dijo alzando la vista hacia mí, recobrando la calma—, no sé lo que pasó entre Harry Starks y tu padre. Sé que después llegaron a un acuerdo con tu madre.

—¿Cuál?

—No sé nada más. Lo siento. Estoy un poco nerviosa. Entre la muerte de Gerry y todo lo demás, todavía estoy en estado de shock.

Estaba callándose algo; estaba segura de ello.

—¿Sabes qué es lo peor de lo de Gerry? —continuó, cambiando sutilmente de tema—. Murió dos días antes de que lo encontraran. Lo descubrieron porque un vecino notó que salía un olor raro de su casa. ¿No es terrible? Él, una persona tan conocida...

Me planteé hacerle más preguntas sobre la muerte de papá, pero lo dejé estar. De todas formas, aquello era lo máximo que podía aspirar a sacarle por el momento. Y más que suficiente para hacerme reflexionar.

—¿Señoras?

Era el camarero, que traía nuestros platos. De repente Ruby lucía su sonrisa para el público. Toda ojos y dientes.

Salí del restaurante con una peculiar sensación de alivio. Lo indecible había sido dicho, y tal vez ahora empezaría a entender las cosas. Era él; él era la respuesta a

todo. Mamá jamás permitiría que se pronunciara ese nombre. Había sido una palabra secreta para mí, una maldición cuyo significado nunca había conocido del todo. Me había pasado gran parte de mi vida volcando el odio sobre mí misma, cargando con un absurdo sentimiento de culpa por lo que le había pasado a mi familia. Ahora percibía el asomo de una especie de presentimiento. Ahora tenía un nombre para la profunda sensación de pérdida que había experimentado siempre, el vacío. Harry Starks. Era algo en lo que podía centrar mi ira. Podía ser una forma de descifrar quién soy, de lidiar con algunas de mis emociones neuróticas y de inseguridad. Iba a tener que averiguar más, recordar más. Y tal vez podría empezar a descubrir lo que significaba el sueño. ¿Y luego qué? No lo sabía.

De modo que las demás decisiones resultaron más fáciles de tomar. Acepté la gira con Red Rag. Estaba claro que necesitaba algo en lo que concentrarme para no acabar estallando. Necesitaba trabajar o me volvería loca.

El primer día de ensayo fue el lunes siguiente. Todavía no le había dicho nada a Jez del trabajo, de que iba a estar seis meses fuera. Después de las presentaciones, la directora dio un breve discurso sobre el montaje y luego procedimos a hacer la primera lectura del texto.

*La buena mujer de Sezuán* es una parábola. Los dioses bajan a la Tierra en busca de una persona verdaderamente buena (si no encuentran una, el mundo dejará de existir), pero de toda la gente de Sezuán solo Shen Te, una prostituta, les ofrece cobijo. La mujer es recompensada con dinero, con el que compra un pequeño estanco.

Sin embargo, cuando se difunde la noticia de su buena suerte, toda una horda de parásitos, supuestos familiares y acreedores invade la tienda. Para protegerse, Shen Te adopta la personalidad de un primo cruel, Shui Ta, un joven duro e implacable que ahuyenta a todos aquellos que se aprovechan de la bondad de Shen Te.

De nuevo bajo su auténtica identidad, Shen Te se enamora de un piloto sin trabajo que solo busca su dinero. Ella pierde el dinero y al hombre, pero no hace nada hasta que descubre que está embarazada. Entonces su primo Shui Ta regresa para hacerse cargo de la situación, comportándose de una forma totalmente despiadada en contraste con la generosidad personificada de Shen Te. Cuando Shui Ta es acusado de matar a Shen Te (llevaba tanto tiempo desaparecida que la situación había despertado sospechas), se celebra un juicio en el que los dioses actúan como magistrados. Shen Te revela finalmente que el terrible Shui Ta y ella son la misma persona. Solo bajo el disfraz de la avaricia y la crueldad, la buena persona de Sezuán puede aspirar a asegurar su futuro y el del niño que todavía no ha nacido. Y es que los buenos no pueden vivir en nuestro mundo y seguir siendo buenos.

Los dioses parten, satisfechos de que la única persona buena que han encontrado exista todavía. Cuando Shen Te se enfrenta a ellos, los dioses evitan el tema; insisten en que ella se las arreglará de algún modo. En el epílogo se implora al público que cree su propio final feliz; un mundo en el que los buenos no pueden sobrevivir sin



volverse malos debe ser cambiado.

Tras la lectura, el escenógrafo nos enseñó un modelo del escenario con el que íbamos a salir de gira. Luego hicimos un descanso para comer.

Me reuní con Jez al final del día. Estaba tomando una copa con Piers en el bar Atlantic, en Piccadilly. Mientras me dirigía hacia allí, me acordé de algo que había dicho Ruby: «Después llegaron a un acuerdo con tu madre». ¿Qué demonios podía significar eso?

Ahora también tenía la obra para mantener la mente ocupada. La mujer buena, Shen Te, se convertía en el hombre malo, Shui Ta, lo que no dejaba de contener un elemento premonitorio. Los recuerdos del pasado me hacían sentir débil y vulnerable. En el futuro tendría que sacar fuerzas de alguna parte. Tendría que volverme mala, pensé, sin saber realmente lo que eso podía significar.

Cuando llegué al bar, Jez y Piers estaban tomando martinis. Piers estaba perorando, hablando muy rápido y con seguridad. La charla producto de la coca, obviamente. Cuando me acerqué a ellos y Jez se levantó para besarme, Piers pareció perder el hilo.

—Ah. —Asintió en mi dirección—. Julie, estábamos... ¿de qué estábamos hablando?

Jez se rió y sacudió la cabeza.

—¿Estás bien, nena? —me murmuró.

—Sí —dije—. Tengo una buena noticia.

—Estupendo —dijo Jez.

—Bueno, tengo una buena y una mala noticia.

Piers se levantó.

—Esto... tengo que ir a empolverme la nariz —dijo, y se fue.

—Debería controlarse más —le dije a Jez.

—Sí. —Jez se encogió de hombros—. Supongo. Y bien, ¿cuál es la buena noticia?

—Tengo trabajo.

—¿Qué?

—Ya sabes, un papel.

—Eso es fabuloso. ¿Qué es? ¿Televisión o cine?

—Teatro.

—Ah.

La conversación decayó de repente. Pese a su carísima educación y sus orígenes de clase media, Jez parecía totalmente inmune a los valores burgueses. No tenía el más mínimo interés por el teatro. Adoraba la cultura popular. Eso era lo que él quería llegar a entender.

—Qué bien —añadió rápidamente, tratando de hacer acopio de todo el

entusiasmo del que fue capaz.

Sonrió y me besó de nuevo. Me gustaba que intentara ser siempre dulce conmigo, que tratara de mostrar interés, aunque este fuese nulo. Era la clase de chico que podías llevar a casa para que conociera a tu madre, pero yo no lo había hecho. Si conocía a mamá, bueno, se descubriría el pastel.

Piers regresó frotándose la nariz y sorbiendo. Tenía las pupilas como minas de lápiz. Apareció por detrás de Jez.

—Os he llenado los bolsillos de dinero —recitó con una falsa pronunciación arrastrada del East End—. Incluso cuando estabais pasando malos momentos. ¡Pues ahora ha habido una explosión!

Jez le dio un suave puñetazo en la barriga.

—Eres un tipo grandullón —contestó—. Pero no estás en forma. Conmigo tienes que dedicarte a tiempo completo. Y ahora compórtate.

Y los dos estallaron en carcajadas.

Cuando volvimos a casa de Jez, me sentía alegre. A lo largo de la noche había logrado olvidarme de todo. Pero aún tenía algo que contarle.

—Todavía no me has preguntado cuál es la mala noticia —dije.

—¿Qué?

—Te dije que tenía una buena y una mala noticia. No te he contado la mala.

—Ah. —Apuesto a que pensaba que la mala noticia era el trabajo en el teatro—. ¿De qué se trata? —preguntó.

—Es una gira. Voy a estar fuera seis meses.

—Mierda —exclamó.

—Sí, lo sé. —Me encogí de hombros—. Es trabajo. Ven aquí.

Se acercó.

—Pero aún no te vas a librar de mí. Primero tenemos tres semanas de ensayos.

—Bien —dijo, y me besó en la boca.

—Abrázame.

Me rodeó con los brazos.

—Te voy a echar de menos —dijo.

«Sí —pensé—, me vas a echar de menos. Apenas me reconocerás. Pero, de momento, abrázame.» Notaba el cuerpo de Jez. Sus músculos estaban más firmes y definidos que cuando lo había conocido. Se estaba endureciendo por fuera. Todo aquel ejercicio y entrenamiento con pesas. Pero yo me estaba endureciendo por dentro.

*La pequeña Julie se levanta y baja la escalera de puntillas.*

*Entra en la cocina en pijama. Mamá y un montón de hombres de rostro serio están sentados alrededor de la mesa. Al principio no reparan en ella. Entonces, una de las caras rudas se ilumina.*

—Oh —exclama—. Aquí está.

—Oooh —exclaman todos, sonriéndole.

Julie da unos cuantos pasos de ballet, elevándose para realizar una pirueta. Los hombres aplauden y ríen. Mamá se gira y sonríe. Tiene los ojos enrojecidos.

—No pasa nada, Julie —dice—. Todo va a ir bien.

—Sí. —Una de las caras curtidas se cierne sobre ella—. Vas a ser una estrella, cariño.

Me desperté con un sobresalto y desperté también a Jez.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Nada —dije—. Una pesadilla.

Me incorporé en la cama y pensé de nuevo en todo ello. En papá, en mamá. En mí yendo a la escuela de interpretación. Recordé algo.

—Eh —dijo Jez, tratando de arrastrarme de nuevo bajo las mantas.

Lo aparté. Tenía que pensar.

—Vuelve a dormir —le dije.

Después de la muerte de papá, mamá me había dicho que ya no podía ir a la escuela de interpretación, que ya no podíamos permitirnoslo, y me acordé de que me había sentido aliviada. Sabía que debería haberme sentido decepcionada, como mamá, pero no fue así. Ya no tendría que tomarme todo aquello en serio. Podría ser una niña normal e ir a un colegio normal.

Me levanté, me duché y me arreglé para ir a trabajar. Ahora tenía que pensar en la obra, pero estaba distraída. «Después llegaron a un acuerdo con tu madre», había dicho Ruby.

El segundo día de ensayos nos dedicamos a repasar el prólogo, en el que los dioses han bajado a Sezuán y Shen Te les ha dado cobijo. Hay un momento cómico, cuando los dioses ofrecen dinero a Shen Te por su hospitalidad. La gracia está en que a tan insignes seres les da vergüenza que los vean dando dinero a una prostituta. Yo no tenía ninguna línea de diálogo, pero recuerdo el punto del guión en el que estábamos:

EL PRIMER DIOS, *cohibido, a Shen Te*: Hemos sabido que no tienes dinero para pagar el alquiler. No somos pobres y, naturalmente, pagaremos nuestro alojamiento. ¡Aquí tienes! (*Le da dinero.*) Pero no digas a nadie que te hemos pagado. Podrían interpretarlo mal.

EL SEGUNDO DIOS: Muy mal.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté a la directora.

—Quédate quieta y acepta el dinero —dijo ella.

Así que me quedé allí quieta mientras los dioses mantenían su diálogo y de repente caí en la cuenta. El dinero. De eso trataba el sueño. De dinero.

No había caído del cielo. Ellos me habían pagado. Los hombres con voces roncadas. Él había pagado. Starks. El hombre que había matado a mi padre. Ese era el acuerdo. Y mamá lo había aceptado. Un dinero manchado de sangre.

No recuerdo mucho del resto del día. Afortunadamente logré pasar la jornada, metida en el personaje. Pero en cuanto acabó supe lo que tenía que hacer, a quién tenía que ver.

A mamá. Todas aquellas chorradas sobre el «sacrificio». Toda aquella culpabilidad, los años de traición. Esta vez íbamos a hablar de verdad.

—¿Quién pagó para que fuera a la escuela de interpretación? —pregunté en cuanto nos hubimos sentado.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. ¿Quién pagó?

—Pues yo, claro.

—No, tú no pagaste.

—¿Qué quieres decir, Julie? Puedo enseñarte los talones, si quieres.

—¿De dónde sacaste el dinero?

—Mira, Julie, cielo...

—Aceptaste el dinero de ellos, ¿verdad?

—Por favor.

—No. Estoy harta de ser Julie, la niña buena, contigo. Y con ellos. Quiero saber la verdad.

—Está bien.

Encendió un cigarrillo, sus dedos manchados de nicotina manejando torpemente el mechero. Se le empezaron a anegar los ojos de lágrimas.

—Lo siento, cariño —dijo—. Yo solo quería...

—No empieces con eso, mamá.

—¿Cómo?

—Todo eso de «Lo siento, solo quería lo mejor para ti. Solo quería que tuvieras las oportunidades que yo nunca tuve». Estoy hasta el coño de eso, mamá. Solo quiero saber. Solo quiero lo que es mío.

—¿Lo que es tuyo?

—Sí. Mío. Mi puta vida.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Me refiero a todo lo que me han quitado.

Ella se me quedó mirando, desconcertada.

—Bah, eso da igual —solté—. Solo dime lo que pasó.

—Tu padre no nos dejó mucho cuando murió. El negocio de las casas de multipropiedad... bueno... era solo una tapadera. Yo no tenía ingresos, y tenía que cuidar de ti.

—¿Así que aceptaste dinero del hombre que mató a papá?

—Bueno, directamente de él no, claro. Pero algunos de sus... ya sabes, socios, ellos...

—Zorra —la interrumpí fríamente.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Me levanté para irme.

—Julie, por favor, tienes que entenderlo.

—Put a zorra —dije, y me marché.

Furiosa. Estaba hecha una furia. Volví a mi piso y apenas pude contener las ganas de destrozar toda la casa. «Zorra, zorra, zorra», me estuvo cruzando por la cabeza durante horas. Pero eso no era todo. Estaba furiosa, pero se me pasó la cólera y desembocó en otra cosa. Tardaría mucho tiempo en perdonar a mamá, pero no podía odiarla ni culparla. En cierto modo, lo que sentía hacia ella era una sensación de liberación. Ahora yo era libre de toda culpabilidad. Y ella no tenía la culpa. «¿Qué otra cosa podía hacer?», había dicho. Lo que había hecho no estaba bien, pero lo había hecho con la mejor intención y de la única forma que entendía. No, se me pasó la cólera y desembocó en otra cosa. En otra persona. Starks. Él tenía la culpa; él se había llevado a papá y había determinado el curso de mi vida, él había pagado para que yo fuera a la escuela de interpretación, había hecho de mí lo que era ahora. No tuve alternativa, pero tampoco la tuvo mamá; después de todo, era lo único que ella sabía hacer. Yo podría haber sido una chica normal. Pero no lo era. Era una jodida actriz llena de rabia. Y todo se volvería contra mí si no andaba con cuidado. Tenía que superarlo o me destruiría. Tenía que entenderlo, tratar de descifrarlo de algún modo.

Por un momento me planteé volver a recibir terapia o asistencia. Tal vez existiera un tratamiento oral que pudiera reparar parte del daño que se le había hecho a mi vida. Pero no estaba nada convencida. Al menos podía concentrarme en el trabajo, en lo único que había conocido en la vida: la actuación.

Estaba intentando desarrollar los rasgos físicos de mi personaje. El modo en que Shen Te se convierte en Shui Ta. Una mujer que se transforma en hombre. La postura, la manera en que ella se desenvolvía como él. Los andares, los gestos, la arrogancia. La dureza con que se mueve un hombre. Me acordé de Joe Patterson en el Royal Court, que hablaba de «moldearse», la exhibición de agresividad, la afirmación de poder que a menudo constituye el momento decisivo en un conflicto. Tenía mucho camino por delante. En los ensayos solo conseguí una especie de contoneo cómico que despertó unas cuantas risas, aunque no era lo que yo buscaba. Había intentado moverme como papá, pero acabé pareciéndome a Jez.

Después de todo, era otro imitador de hombres. Tendría que hacerlo mejor que él.

Estaba demasiado ocupada para verme mucho con Jez. Él también estaba trabajando duro. Cuando estábamos juntos me hablaba del guión, y yo asentía y sonreía. Me parecía bastante estúpido, pero no quería desanimarlo. Me preocupaba más la «investigación» que estaba haciendo con Piers. Recopilaban personajes e historias que «tenían algo intenso», según ellos, como si la realidad para ellos existiera *in extremis*. No paraban de hablar de la «autenticidad», significara lo que significase. Habían tratado con «delincuentes reales» y creían cada palabra que ellos les decían, una actitud de lo más absurda por lo que yo sabía. Naturalmente, me

preocupaba que se pudieran acercar demasiado a mi propio pasado. Tendría que contárselo a Jez en algún momento, pero ahora, más que nunca, necesitaba guardármelo. Sin embargo, sí que deseaba que se dieran cuenta de lo terrible y brutal que era ese mundo en realidad. Ellos veían el glamour y no la fealdad. Y no me fiaba de Piers. Su fanfarronería estimulada a base de cocaína les haría pisar terreno pantanoso si no se andaban con cuidado.

Y me sentí obligada a hacer mi propia investigación sobre el tema. Encontré un par de manoseados libros en rústica en el escritorio de Jez. *The Profession of Violence: The Rise and Fall of the Kray Twins* y *London Underworld*. Libros de crímenes reales. Cogí *London Underworld* y lo hojeé. Había fotografías en la parte central. Borrosas imágenes en blanco y negro de hombres como los que aparecían en la cocina de mi sueño. Tenía un índice. Busqué a papá. «McCluskey, Big Jock, 201, 203 y 207.» Consulté la última entrada.

El 5 de diciembre de 1979, Big Jock McCluskey fue encontrado muerto en la piscina de su villa en Marbella. Le habían disparado en el pecho. Al día siguiente, en la vecina localidad de Llanos de Nágüeles, el detective inspector jefe retirado George Mooney murió a tiros en el balcón de su casa. El informe de balística reveló que se había utilizado la misma arma para matar a los dos hombres. Aunque la policía española todavía no ha resuelto oficialmente los dos asesinatos, siempre ha considerado como principal sospechoso a Harry Starks, que sigue en paradero desconocido tras su espectacular fuga de la cárcel de Brixton ese mismo año.

McCluskey, por supuesto, formó parte de la organización de Starks durante muchos años. George Mooney se jubiló anticipadamente del cuerpo policial en 1973, después de haber recibido numerosas distinciones a lo largo de su carrera, aunque se rumoreaba que Mooney pertenecía a la «organización dentro de la organización» de agentes corruptos...

Consulté las otras referencias, pero papá simplemente aparecía enumerado con otros individuos, parte de una letanía de delincuentes. Volví a dejar el libro en el escritorio. Todo estaba expuesto con mucho distanciamiento. Mi padre en aquella historia barata. Hombres. Bang, bang, muerto. Daba igual lo que había sido de sus familias. Todo estaba allí, la «verdad», los crímenes reales en blanco y negro. Sin embargo, los libros de ese tipo contenían una sorprendente cantidad de información sobre Harry Starks. Una parte de mí deseaba borrar aquel nombre de mi cabeza, pero otra parte estaba fascinada. Empecé a estudiarlo, incluso comencé a tomar notas. Me obsesioné con él, deseosa de averiguar todo lo que pudiera. Ruby había dicho que su ex marido Eddie lo había visto hacía poco, nada menos que en el funeral de Ronnie Kray. La idea de su presencia me inquietaba. Experimentaba sensaciones de simple temor, pero también algo más que no lograba entender, una sensación de excitación, de expectación.

Estábamos llegando a la última semana de ensayos, aproximándonos a la fase en que el montaje empieza a salir, tambaleante y entornando los ojos, a la luz. Se trata de una etapa angustiada para una compañía. Todas las decisiones importantes ya han sido tomadas, y si para entonces no has conseguido algo, es poco probable que salves la

obra por mucho que la rehagas. Realizamos un primer ensayo general. Fue laborioso, pero la cosa empezaba a encajar. Todos los elementos que acompañan a la interpretación estaban siguiendo su proceso. El vestuario se estaba confeccionando y se estaba construyendo el escenario. La música y las canciones se iban adaptando a la obra. Se trataba de un trabajo conjunto y se respiraba una atmósfera de intensa colaboración. Se tenía la impresión de formar parte de algo, y en cierto modo era reconfortante.

Sin embargo, una parte de mí se mantenía distante del resto del grupo. Me concentraba egoístamente en mi personaje. De una forma implacable que los demás actores debían de haber advertido, aunque nadie decía nada. Ya tenía a Shui Ta. Había roto con el efecto cómico de una mujer que se hacía pasar por un hombre y había hallado algo convincentemente peligroso. El vestuario ayudaba, y ahora el hombre mostraba una actitud y un porte de ostentosa crueldad. Entendía por qué Jez y Piers podían obsesionarse con una persona así. La sensación de poder, la falta de conciencia. Ahora sabía a quién estaba interpretando, quién era mi sujeto. Era él, por supuesto. Era Harry Starks.

Todavía tenía bastante trabajo que hacer con Shen Te, pero lo estaba logrando. Sentía que con mi actuación en aquella obra estaba dando un gran paso adelante en mi carrera interpretativa. Por fin había conseguido un profundo compromiso con un personaje, una verdad emocional que hasta entonces no había creído posible. Naturalmente, no era una interpretación precisamente brechtiana, pues estaba llena de la pasión y la insistencia en la empatía contra las que él siempre había clamado. Pero no me importaba. Había llevado algo mío a la práctica, había logrado sacar algo de mi triste y lamentable experiencia. A veces experimentaba un temor frío ante la idea de que él, Starks, se hubiera convertido en mi motivación, junto con todas las demás amenazas injustificadas a las que me sentía sometida por él. No podía evitar ese aterrador hecho, pero procuraba no pensar en ello, intelectualizarlo ni analizar cualquiera de sus implicaciones. Funcionaba, eso era lo único que importaba, y mi personaje se alzaba por encima de mis temores y dudas. Era algo que podía utilizar.

Además, estaba feliz por mi trabajo. Sentía que era lo mejor que había hecho jamás y estaba deseando que se viera en los teatros. Incluso tuve la suficiente confianza para desafiar a algunos directores de casting a que vinieran a ver la obra cuando regresara a Londres.

Iba a estar fuera de la ciudad varios meses, pero al revisar el calendario calculé que podría volver algunos fines de semana. Y a lo mejor conseguía que mi carrera despegara un poco. Volvía a controlar la situación y tenía un rumbo claro, una ocupación tranquila. Entonces pasó algo terrible.

Estaba durmiendo cuando recibí la llamada. Serían las tres de la madrugada del sábado.

—Esto... Jules... eh... ¿eres tú?

Era Piers. Parecía colocado, como siempre. Pero nervioso. Traté de despejarme.

—¿Qué pasa? —murmuré.

—Mira, será mejor que vengas. Se trata de Jez.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—Eh... en urgencias, en el Saint Thomas.

—Mierda. ¿Ha tenido un accidente?

—Sí, bueno, algo parecido. Se va a poner bien. ¿Puedes venir?

Me vestí y pedí un taxi por teléfono. Piers estaba fuera fumando un cigarrillo.

—Tranquila —dijo—. Lo están atendiendo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué coño ha pasado?

—Solo le han tenido que dar unos puntos.

—Oh, Dios. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Bueno... —Le entró una horrible risa nerviosa—. Estaba furioso. Todo pasó muy rápido. Empezó de repente.

—¿Os habéis metido en una pelea? —pregunté con incredulidad.

—No exactamente. En realidad fue más bien... eh... una especie de altercado. Entonces alguien nos atacó con un cúter.

—¿Qué? ¿Qué habéis hecho?

—Cálmate, Jules. No queríamos empezar nada. Solo estábamos echándonos unas risas, pero de repente la cosa se puso fea.

—Gilipollas. Estúpido gilipollas. Tú tienes la culpa de esto, Piers. Te crees tan jodidamente listo...

Piers estaba retrocediendo. Nunca me había visto tan violenta ni hablando de esa forma. Mi voz de «niña pija» desapareció y el áspero sonido de mi pasado brotó de mi boca sobre él.

—Oye, Jules —protestó—. Lo siento, ¿vale?

—¿Y dónde le han herido?

—En un club. Bueno, era más bien un antro de copas.

—No me refiero al lugar, sino a él.

—Ah. Sí, je, je. No. Hum. Bueno, esto... en la cara.

Su cara. Su hermosa cara. Lo vi salir de la sala de curas con un vendaje que le cubría toda la mejilla izquierda. Estaba aturdido, todavía en estado de shock. Tomamos un taxi hasta su piso.

Lo metí en la cama.

—Yo dormiré en el sofá —le dije.

—No —dijo él suavemente—. No te vayas.

—Pero tu cara... No quiero hacerte daño.

—Por favor —suplicó—. Tengo... tengo miedo.

Me metí bajo las mantas y me arrimé a él con cuidado. Estaba temblando.

—Tranquilo —susurré.

Rompió a llorar. Lo abracé y siguió sollozando en la oscuridad.

Al día siguiente estaba callado y hosco.



—¿Quieres hablar de ello? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Quiero irme a casa —dijo él, como un niño pequeño.

—Pero Jez —contesté—, ya estás en casa.

Entonces comprendí lo que quería decir. Quería ir a casa de papá y mamá.

Vivían en una gran casa cerca de Chalfont Saint Giles. Jez todavía no me había presentado a sus padres, y aquella no era precisamente la mejor ocasión para conocerlos, pero se mostraron bastante agradables. Él los llamaba por sus nombres de pila, lo cual me resultaba un tanto raro. Alex era un ejecutivo de publicidad, y Caroline había sido una modelo de éxito en los años sesenta. Eran auténticos pijos, pero adoptaban un aire de pretendida informalidad. Comprendí que esa era la clave. Mi pose de clase media siempre había sido demasiado formal, demasiado seria.

No obstante, en la casa se respiraba un ambiente un tanto crispado. Jez les había dicho que la herida había sido fruto de un accidente, que se había caído encima de un cristal roto. Ellos no parecieron muy convencidos, pero no dijeron nada. Jez se mostraba callado y pensativo, y tuve que intentar entablar conversación. En una ocasión en que Jez salió de la sala, Alex dijo:

—Estamos preocupados por Jez. Está bien, ¿verdad?

—Sabemos que las cosas no han sido fáciles para él —añadió Caroline.

Traté de tranquilizarlos. Reprimí el sentimiento de rencor que experimentaba. Jez había desperdiciado su juventud y fingía rebelarse contra sus privilegios, pero siempre podía contar con la red de protección que tenía allí. Yo tenía la impresión de haber caminado toda la vida en la cuerda floja, con apenas una gota de agua debajo.

Pero entonces me acordé de que tenía un benefactor rico. Starks. El fondo fiduciario de un gánster, qué idea tan espantosa. Cualquiera de mis señas de identidad, por precarias que fueran, estaba teñida por la influencia de su dinero ensangrentado. Para añadir más desgracia a mis males. Él no era un benefactor, pensé, sino un malhechor.

El domingo el abuelo de Jez vino a comer. Había sido un héroe de guerra, un comandante de la infantería de marina condecorado por su valor en combate durante la retirada de Dunkerque. Yo esperaba encontrarme con una especie de viejo patriarca aterrador, pero nada más lejos de la realidad. Era un veterano encantador, con una actitud picarona casi camp. Jez se alegró de verlo; saltaba a la vista que se querían mucho.

—Encantado de conocerte, Julie —dijo con un brillo en los ojos—. Menuda suerte tiene Jeremy.

Estaba claro que era el único miembro de la familia que podía llamar Jeremy a Jez.

—Dios santo Jeremy, has estado en la guerra. ¿Qué te ha pasado?

—Jez tuvo un accidente —explicó Caroline.

—Hum —continuó el comandante—. Debió de ser una buena trifulca. Conozco a mi Jeremy. Siempre metiéndose en líos, ¿verdad, muchacho?

—Papá, no deberías animarlo —protestó Alex.

—Tonterías, así se hará un hombre. Le quedará una buena cicatriz de duelo.

Jez se animó un poco al oír aquello. Más tarde, mientras nos preparábamos para acostarnos, lo pillé examinando la línea de puntos en el espejo del cuarto de baño, con los ojos azules muy abiertos de asombro ante su nueva cara. De pronto pensé que a lo mejor era lo que él quería. Una herida de guerra. Una señal de virilidad, de valor. Una marca de iniciación.

De vuelta en Londres se volvió más hosco. No quería salir, y el ruido y el bullicio de las calles parecían asustarlo. Andaba con cara mustia por su piso durante el día y dormía mal por la noche. Yo pasaba con él todo el tiempo que podía, pero estaba ocupada. Hubo un ensayo técnico y luego un ensayo con vestuario, y a finales de esa semana íbamos a hacer el preestreno de la obra. La herida de Jez estaba empezando a sanar; tenía una cicatriz que le recorría el lado izquierdo de la cara. Su atractivo poseía ahora un toque más intenso. Su expresión empezó a cambiar y a volverse más fría, saturnina.

Ese fin de semana me marché de gira. Durante bastante tiempo había tenido la sensación de que se estaba operando un gran cambio en mi vida, aunque no tenía ni idea de cuál podía ser. Sin embargo, no me había imaginado que Jez también fuera a cambiar. Había albergado la esperanza de poder contar con la seguridad de su vida, la sensación de estabilidad, de equilibrio, que él me inspiraba. Ahora ya no estaba tan segura. Nos despedimos y nos hicimos toda clase de promesas, pero yo estaba asustada. Me preocupaba en lo que nos estábamos convirtiendo los dos.

## BAJÓN EN ESSEX

Con el café sirvieron *soma*. Lenina tomó dos tabletas de medio gramo, y Henry, tres. A las nueve y veinte cruzaron la calle en dirección al recién inaugurado Cabaret de la Abadía de Westminster. Era una noche casi sin nubes, sin luna y estrellas; pero, afortunadamente, Lenina y Henry no se dieron cuenta de este hecho más bien deprimente. Los anuncios luminosos impedían efectivamente la visión de las tinieblas exteriores, «CALVIN STOPES Y SUS DIECISÉIS SEXOFONISTAS», destellaban acogedoramente las gigantescas letras en la fachada de la nueva abadía, «EL MEJOR ÓRGANO DE COLORES Y AROMAS. TODA LA MÚSICA SINTÉTICA MÁS RECIENTE.»

ALDOUS HUXLEY,  
*Un mundo feliz*

Ha empezado a nevar. Sí, el pronóstico del tiempo ha acertado por una vez: la nieve se extiende por todo Essex. La contemplo por la ventana. Puntos blancos contra el fondo negro. Como una vieja tele averiada. Interferencias. Como la confusión de mi cabeza.

El teléfono suena y me sobresalto un poco. Joder, estoy muy nervioso. Lo cojo.

—¿Sí?

—¿Gaz?

Es Beardsley.

—Sí. ¿Qué?

—La chica que estaba en coma ha muerto.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué?

—Oye, Gaz, no es una buena noticia. No. Es muy mala. La prensa se está volviendo loca, joder. Esto no son los bajos fondos de la ciudad. Esto es el centro de la puta Inglaterra. ¿Y sabes que su viejo...?

—Sí, lo sé. Era madero.

—Pues eso. La policía de Essex se nos va a echar encima. Tenemos que arreglar unas cuantas cosas.

—Ya, bueno, ¿crees que...?

—Mira, no deberíamos estar hablando por teléfono. Solo quería avisarte, nada más. Nos vemos en el sitio de siempre.

—De acuerdo.

La llamada se corta. Cuelgo el teléfono y trato de pensar. Preparo otro par de rayas en la mesita del café, enrolló un billete y me meto una por cada agujero. Más nieve. Fuera y dentro. Es un puto chiste. Tengo la cabeza como un jodido temporal de nieve. Ya sabes, esas pequeñas bóvedas de plástico llenas de líquido y esas cositas blancas de dentro que se arremolinan y caen, tilín, tilín, tilín, cuando les das la vuelta.

Trato de pensar, pero todo parece confuso. Como el paisaje de fuera. Descuelgo de nuevo el teléfono y llamo a Karen.

—Hola —dice.

—¿Karen? Soy yo, Gaz.

Ella suspira.

—Oye, Gaz, tengo una orden judicial.

—Lo sé, lo sé. Oye, no tenías por qué hacerlo.

—Pues ya está hecho.

—Sí. Lo siento. Por favor, vuelve a casa.

—Gaz, no puedo más con esto. No puedo más contigo.

—No volverá a pasar, nena. Te lo prometo.

—No. No puedo confiar en ti. Tienes que solucionar tus problemas. ¿Sabes qué? Necesitas ayuda, eso es lo que necesitas. Ayuda profesional.

—No pienso ir a ver a ningún loquero.

—Pues tienes que hacer algo. Tienes que cambiar.

Hay una pequeña pausa. No se me ocurre qué decir.

—¿Cómo están las niñas?

—Bien.

—¿Echan de menos a su padre?

—No puedo con esta situación, Gaz. —Su voz se convierte en un sollozo—. No puedo.

La línea se corta. Apoyo el tono de marcado del auricular contra mi cabeza durante un momento. Luego cuelgo. Cambiar. Tiene razón. Me he convertido en un monstruo. Yo no quería ponerme violento. La nieve está empezando a cuajar en el suelo, blanca como coca sin cortar. Necesito hablar con alguien. No con un puto loquero, eso seguro. Un amigo. Alguien como Dan. Él siempre parecía saber lo que iba a pasar. Pero no he visto a Dan desde hace cinco años.

Dan era mi mejor y más viejo amigo. Él había sentido la cabeza, mientras que yo había seguido por el mal camino. Dan siempre se había tomado aquello un poco en plan de broma. Algo que, supongo, siempre supo que acabaría superando. Para mí todo iba en serio.

Crecimos juntos en Stepney. En aquel entonces el East End era un barrio de mala muerte, que nadie te intentaba vender otra cosa. Patios de recreo de la Luftwaffe. Terrenos arrasados por las bombas que nunca se despejaban, con carteles municipales en los que ponía «ESPACIO ABIERTO TEMPORALMENTE». Mi padre trabajó como estibador hasta que lo echaron en los años setenta. Deslomándose toda su vida a cambio de una mísera indemnización por despido. Luego consiguió otro trabajo cuando nos mudamos a Dagenham. Esclavo de un robot industrial. Hacían huelga de vez en cuando para recordarse a sí mismos que eran humanos. Que podían desobedecer órdenes. Desde el principio decidí que no iba a ser un pringado como él.

No es que hubiera muchas oportunidades. Pero corrían historias y rumores. Personas que habían hecho algo por sí mismas sin que nadie les dijera lo que tenían que hacer. Delincuentes y gánsteres. Los gemelos Kray. Harry Starks. Nuevos cabrones ricos. Leyendas.

Yo quería ser alguien. Quería esa clase de poder y respeto. Recuerdo cuando fui de excursión escolar al museo de Madame Tussaud con Dan. Me acuerdo de que me alucinó la idea de que, si eras lo bastante famoso, hacían una copia de ti de tamaño natural que la gente podía contemplar boquiabierta.

—Es la hostia, ¿verdad? —le dije a Dan.

—Solo son figuras de cera, Gaz —contestó él—. Un montón de putos muñecos.

—Algún día yo estaré aquí —afirmé.

—La única forma de que entres aquí es que te pongan en la cámara de los

horrores, cabronazo.

Dan empezó a carcajearse y yo iba a soltarle un puñetazo. Pero recuerdo haber pensado que probablemente él estaba en lo cierto. Yo quería ser alguien. Y no me importaba si era por hacer el mal. Me sentía apartado del resto de la gente. Un gamberro, como me llamaba mamá. Marginado, más bien. Nunca tuve la sensación de poder encajar en ningún grupo. Tampoco lo quise nunca. En el colegio decían que era un niño problemático. Incluso me mandaron a un psiquiatra escolar. No sirvió de nada. En una ocasión, cuando él estaba fuera del despacho, eché un vistazo a algo que había anotado: «El comportamiento subversivo de Gary Kelly es una estrategia evidente para llamar la atención».

Pero tal vez tenían razón desde el principio y me pasa algo. Tal vez Karen tiene razón y necesito que me examinen la cabeza. No lo sé.

Al día siguiente conduzco hasta una gasolinera de la M25 para ver a Beardsley. Compro un periódico y una taza de té y me siento en el sitio de siempre. En primera plana aparece una fotografía de la chica que murió después de tomarse una pastilla en una fiesta en Basildon. Una maraña de tubos le salen de la cara. «ESTO ES LO QUE HACEN LAS DROGAS —proclama el titular—. La foto que sus padres quieren que Gran Bretaña recuerde.»

Llega Beardsley. Coge el periódico y le echa un vistazo. Sacude la cabeza y suspira.

—Terrible, ¿verdad?

Asiento. Él deja el periódico en la mesa. Me mira fijamente.

—Tú tampoco tienes buen aspecto, Gaz.

—Estoy bien.

—Tienes que solucionar tus problemas, hijo.

—Mira, solo he pasado una mala noche, ¿vale?

—Vale, vale. Bueno, ¿qué sabemos de esto?

Señala el periódico. Me encojo de hombros.

—La pastilla se compró en un club de Basildon. Hay quien dice que estaba contaminada.

Beardsley niega con la cabeza.

—No. No era una pastilla adulterada. Lo sé con seguridad. Era una manzana. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Las manzanas eran una nueva remesa de éxtasis procedente de Amsterdam. Extrafuertes. Beardsley había introducido un cargamento de contrabando hacía tan solo un par de semanas.

—Significa que pueden seguir el rastro hasta nosotros.

—Sí, hasta nosotros o hasta la gente de Tony Tucker. Ellos también están traficando con ellas. La poli de Essex querrá culpar a alguien de esto y no nos dará un

respiro hasta que encuentre a un culpable.

—¿Y...?

—Y vamos a intentar pasar desapercibidos hasta que todo esto pase. Sí, y a lo mejor alguien debería darles un soplo. Que la gente de Tucker cargue con el muerto.

—¿Estás diciendo que debemos delatar a alguien?

—Bueno, no tiene por qué ser así, ¿no? Se puede hacer, digamos, indirectamente.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ya se nos ocurrirá algo, ¿eh?

—Sí.

—Una cosa está clara: los tiempos felices han acabado.

—Beardsley —digo—, los tiempos felices acabaron hace mucho tiempo.

Nunca me imaginé que yo entendería de moda, y menos aún que podría ganar mucho dinero con ella. La verdad es que en el pasado la moda siempre me pillaba fuera de onda. No, era Dan el que entendía de estilo y todo eso. Desde el principio. Él seguía las tendencias, estaba al tanto de lo que se llevaba esa semana. A los doce años era un skinhead en miniatura. Camisa Ben Sherman naranja, tejanos blancos, tirantes y botas Astronaut rojo cereza. Yo no iba tan molón. Botas estilo Monkey Boots, pantalones de camuflaje y una camisa sin cuello. Éramos demasiado pequeños para aquello. Intentábamos seguir a los chicos mayores, pero nos mandaban a la mierda. Tengo que decir una cosa: me flipaba la música. El ska y el bluebeat. Papá siempre se quejaba: «¡Baja esa puta música de negratas!», gritaba. Yo me evadía con ella, con su salvaje ritmo desenfrenado.

Las modas evolucionaban, y Dan con ellas. Siempre iba un paso por delante de los demás chicos del colegio. Los setenta. Se dejó crecer el pelo. Se hizo suedehed y luego smoothie con el pelo hasta los hombros. Se lo dejó corto por delante y largo por detrás. Zapatos de plataforma. Pantalones de campana. Camisetas de tirantes con estrellas plateadas. También era un forfo del fútbol. Del West Ham, por supuesto. The Under Fives. Era como una banda de aprendices de hooligan que querían demostrar su valía espiando para los mayores a los hinchas rivales. Yo solía ir con ellos cuando jugaban en casa. Pero lo cierto era que no entendía aquello. Siempre he pensado que, si vas a meterte en líos, debería ser a cambio de algún tipo de beneficio. El rollo hooligan, el vandalismo, las palizas de pakis, eran cosas que se hacían solo por diversión. Tenía que haber algo más que eso.

Además, había empezado a fijarme en los auténticos delincuentes que veía por ahí. La ropa, el oro, los coches. Habían hecho algo con su vida. Algo más que buscar emociones cutres el fin de semana y un trabajo de mierda para el resto de tus días.

Nos mudamos al maldito Dagenham. Mi viejo consiguió trabajo en la cadena de montaje de Ford, fabricando los Cortina 1600E. Cambié de colegio y tuve que espabilarme. Pero ya entonces era un chico grande. Podía defenderme. A los catorce



ya daba miedo a los profesores. No tenía a Dan cerca y, en lugar de meterme en líos de adolescentes normales, me metía en problemas cada vez más serios.

La siguiente vez que vi a Dan fue cinco años después, en 1979. Yo acababa de salir del correccional por segunda vez. Robo. Me gustaba la idea, pero no se me daba bien. Era jodidamente grande y torpe. Para trepar por tubos de desagüe y mantenerse en equilibrio en las repisas de las ventanas había que ser ligero y ágil. Siguieron trincándome, claro. Acabé ante el tribunal de menores. Libertad condicional, reformatorio, correccional de menores, de todo.

Al cabo de un tiempo, mi madre y mi padre no me quisieron más en casa. No les culpo, porque les di bastantes problemas, y yo también quería librarme de ellos. De modo que me encontré de vuelta en el East End buscándome la vida, y entonces fue cuando me topé de nuevo con Dan. Aunque me llevé toda una impresión al verlo. No es que no lo reconociera. Era como si se hubiera vuelto demasiado familiar. El pelo largo, los cuellos grandes y llamativos, los pantalones acampanados... todo eso había desaparecido. Llevaba el pelo cortado al uno, un polo Fred Perry verde botella, unos tejanos Levi's de pernera recta y unas botas Doc Martens. Como si le hubieran cortado los setenta de cuajo y fuera una versión grande del pequeño Dan que había conocido diez años atrás. Lo que quiero decir es que el tiempo te juega malas pasadas cuando estás en la trena. Cada vez que sales tienes que intentar ponerte al día. Dinero nuevo, gobiernos nuevos. Pero aquello era como si el tiempo hubiera dado marcha atrás. Sacudí la cabeza con incredulidad.

—¿Qué ha pasado, Dan?

Él me dedicó su gran sonrisa de chalado.

—Los skinheads han vuelto, Gaz —anunció.

Me puso un disco nuevo. Era una versión de «Skinhead Moonstomp» interpretada por un grupo local llamado Earthquake. «Yeh-yeh-yeh-yeah, yeah, yeaah, yeaah, yeaah, yeaah.»

Me eché a reír.

—Joder. Qué recuerdos.

Me contó que aquello era lo último. Two tone, lo llamaban. Grupos de ska como The Specials y The Selecter, del centro del país, y Earthquake, que eran de Upton Park. Iban a tocar esa misma noche en el Music Machine, en Camden Town.

—Vente —dijo Dan—. Será divertido.

Resultaba un poco raro. Hacía diez años era demasiado pequeño para aquello y ahora era demasiado mayor. Pero, por otra parte, me había perdido la juventud entre el correccional de menores, la condicional y todo aquello. Y siempre me había encantado aquella música. Sonreí a Dan.

—Bueno, vale —dije.

—Solo tenemos que arreglar una cosa.

Naturalmente, yo todavía llevaba el pelo largo. Todo el mundo lo llevaba la última vez que me habían encerrado. De modo que Dan sacó su maquinilla eléctrica y

me afeitó la cabeza en la cocina. Qué curioso: es el tratamiento que uno espera recibir cuando entra en el correccional de menores, no cuando sale.

De modo que fuimos al concierto en masa. Todos los nuevos skinheads. Del West Ham, la mayoría. En aquel entonces se hacían llamar la InterCity Firm, pues habían empezado a viajar en el tren interurbano a los partidos que se jugaban fuera, en lugar de ir en los puñeteros trenes especiales para el populacho aficionado al fútbol. Así era más fácil evitar a la pasma o que los hinchas del equipo contrario te cazaran por sorpresa, y era muchísimo más molón. Y a ellos les gustaba llamar la atención. La imagen de la ICF/Earthquake consistía en botas, tejanos Levi's y vistosas cazadoras MA-1 verdes. Muchas caras conocidas y otras que me sonaban. Muchas invitaciones cada vez que Dan les decía de dónde acababa de salir. Desde luego, aquello se parecía más a una vuelta a casa que lo que había vivido con mis padres. Me metí una raya de speed con Dan en el tigre, deseando ponerme a cien.

Los Earthquake salieron al escenario y todos nos volvimos locos. Sentí el subidón del speed mientras daba brincos entre la multitud. Tocaban un ska tope acelerado, batería, bajo, guitarra, órgano, saxofón y dos tíos al frente. Uno blanco que cantaba y un chico negro con sombrero porkpie y gafas de sol envolventes, vociferando por encima del ritmo, «chaca, chaca, chaca, chaca», o soltando parrafadas sobre las canciones. Era muy raro, porque entre tema y tema algunos skins hacían el saludo nazi. Entre el público vi algunas cazadoras con chapas del Frente Nacional y del Movimiento Británico. Y cuando tocaron «Skinhead Moonstomp», el tipo negro, que se hacía llamar Caleb, gritó: «RECORDAD, OS HABLA VUESTRO SKINHEAD JEFE. RECORDAD, YO SOY EL JEFE», y la mayoría de los skins lo vitorearon, pero entre la muchedumbre también hubo burlas imitando ruidos de mono y saludos nazis. No intenté entender aquello. Me limitaba a sentir la excitación. Era como recuperar la infancia después de haber estado encerrado.

Después salió un puñetero grupo de punk, así que nos desmadramos. Acojonamos a todos aquellos punk rockers, aunque ellos eran cuatro veces más que nosotros. Prefirieron escurrir el bulto. Después fuimos a casa de Dan. Me dejó dormir en el sofá y me dijo que podía quedarme un tiempo hasta que encontrara alojamiento. Él trabajaba de yesero y dijo que estaría atento por si se enteraba de alguna oferta laboral. No me entusiasmaba la idea, pero no dije nada porque se estaba portando como un buen amigo, cuidando de mí y todo eso. Yo salía con su grupo de amigos, llevaba el uniforme, íbamos a los conciertos de Earthquake. Era divertido, supongo que era como pertenecer a una banda, pero no creo que fuera mi sitio. Entonces conocí a Beardsley.

Earthquake estaban tocando en el Hope and Anchor, en Upper Street, y surgieron problemas. Unos skins del norte de Londres se estaban comportando como si fueran los dueños del local. Empujaron a alguien y se desató una pelea. Yo arremetí y empecé a repartir golpes a diestro y siniestro. Era instinto pandillero, supongo. Ellos y nosotros. Yo puedo ponerme muy cabrón cuando quiero, y eso hice. Encabecé el

ataque y los echamos de allí.

Después estaba tomando una copa, convertido un poco en el centro de atención, rodeado por todo el mundo, cuando Beardsley se acercó. El corrillo se abrió para dejarle pasar; Beardsley inspiraba mucho respeto, y allí estaba de repente, delante de mí, mirándome de arriba abajo. Simon Beardsley era el mánager de Earthquake. Una leyenda entre los skinheads. Se decía que él era quien lo había iniciado todo en los sesenta. Por aquel entonces había disparado contra un par de Ángeles del Infierno en el salón de juegos Golden Goose, en Piccadilly. Todo un personaje. Y también todo un delincuente en aquella época. Había trabajado con Harry Starks y Jack «The Hat» McVitie. Había pasado muchos años a la sombra. Se suponía que ahora era honrado, pero el negocio de la música siempre ha sido una tapadera para toda clase de chanchullos, y todo el mundo sabía que nunca se había retirado. Y allí estaba, plantado ante mí, mirándome fijamente. Esbozó una pequeña sonrisa, pero, ojo, solo enseñando los dientes, su mirada seguía siendo fría.

—Te crees la puta bomba, ¿verdad? —dijo directamente, sin andarse por las ramas.

Me encogí de hombros. Asentí.

—Sí —contesté.

Él sonrió, esta vez también con los ojos.

—Bien. ¿Quieres trabajo, chico duro?

—¿Qué? —Solté una risita, sorprendido por la pregunta—. ¿A qué se refiere?

—Me refiero a trabajar para mí. Earthquake van a salir de gira. Vamos a necesitar más protección. ¿Qué opinas?

Así fue como me asocié con Beardsley. Hace mucho tiempo. He aprendido un montón de cosas de él a lo largo de los años. Ahora cree que me estoy echando a perder. «Tienes que solucionar tus problemas, hijo.» Ya, ya. Así que ahora todo el mundo está al tanto de mi jodida situación.

Vuelvo a casa y me duermo. Me despierto en torno a las siete y me preparo algo de comer. Veo un poco la tele. En las noticias hablan de la chica que murió. Los padres destrozados. Me afecta un poco. Pienso en mis hijas. Charlene y Donna. Karen no me deja verlas. Me sirvo una copa y le doy vueltas al tema. No puedo evitar pensar en la chica del coma. ¿Y si algo así le pasara a una de mis hijas?

Desconecto de todo eso. Esta noche tengo que ir a Southend. Me meto un par de rayas para espabilarme. Conduzco hasta Tiffany's, un club bastante hortera situado cerca del paseo marítimo, donde desde hace un par de años se celebran veladas de house y jungle. Yo me encargo de la seguridad del local, lo que significa que también controlo quién trapichea. Pero esta noche tengo que resolver la parte legal. Traigo todas las facturas para que los porteros puedan cobrar.

Frank, el encargado, está fuera esperándome. Normalmente, una noche de viernes

el local está lleno a reventar, pero esta noche parece un puto cementerio.

—¿Cómo va la cosa, Frank?

Él pone los ojos en blanco.

—Es por lo de esa chica —digo, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, creo que nos podemos olvidar del permiso de cierre a las cuatro por un tiempo —contesta él.

Frank había solicitado una ampliación del horario los fines de semana.

—Y hablando del tema —continúa—, antes ha venido un tío del ayuntamiento. Te estaba buscando. Quiere que lo llames.

Saca una tarjeta de visita y me la da. «Roger Wilbey —pone—. Programa de Registro de Sanidad y Medio Ambiente.» Mi permiso como encargado de seguridad podría estar en peligro. Ha habido quejas contra mí. Joder. Es lo que me faltaba.

Pago a los porteros y charlo brevemente con George, el jefe de seguratas. Me señala con la cabeza a un tipo de la barra.

—¿Ves a ese? Ese tío parece chungo.

Echo un vistazo lentamente. El pelo rojo corto, una camisa Ted Baker verde lima por fuera, unos chinos azul marino. Mueve los ojos de un lado a otro muy deprisa, como si estuviera buscando a alguien.

—Ha estado preguntando. Al parecer quiere pillar.

—¿Y ha pillado?

—No. Le he dicho a todo el mundo que se haga el loco.

—Bien. ¿Qué opinas? ¿Un poli?

George frunce el ceño.

—No lo creo. No sé qué es, pero no me da buena espina. ¿Lo echo?

—No. Yo me ocupo.

Me acerco y me planto junto a él en la barra. No paso precisamente desapercibido, así que no tarda en reparar en el cabronazo que se cierne sobre él.

—¿Ya has comprado? —le pregunto.

—Eh... no —contesta.

—Tenemos manzanas. Muy fuertes. A diez libras la pastilla.

Sus ojillos se iluminan. Se mete la mano en el bolsillo.

—Aquí no —le digo—. Sígueme.

Lo llevo hasta la salida de emergencia de la parte de atrás, le indico que se acerque a la barra de la puerta doble y le propino un terrible empujón que lo echa al callejón de fuera. Cae tambaleándose encima de un montón de cajas y basura. Hago un gesto a George para que se acerque y cierre la puerta tras de mí, y luego salgo. Agarro al tipo. Gimotea un poco.

—Por favor —dice—. Por favor, no me hagas daño.

—¿Quién coño eres?

—De prensa —jadea.

—¿Qué?

—Periodista —continúa, todavía sin aliento—. Del *Sunday Illustrated*.

Me echo a reír y lo suelto.

—¿Cuál es la noticia? ¿Cómo los malvados camellos se han apoderado de los clubes?

—Sí. Bueno, algo así.

Entonces se me ocurre. Podría ser nuestra oportunidad. Beardsley dijo que teníamos que delatar a alguien por la muerte de la chica. Esa podría ser la forma. Sin necesidad de acudir a la pasma. A través de los periódicos. Me echo a reír otra vez.

—¿Quieres una noticia?

Asiente.

—Pues te voy a dar una.

Vamos a la habitación de su hotel. Le digo:

—Para empezar, ya puedes guardarte esa puta grabadora. Limítate a escribir. ¿Quieres una exclusiva? Pues ahí va. No, no te preocupes por el dinero. Es un favor (y recuerda que me debes uno). Tú apúntalo muy bien todo.

Y se lo suelto. Le doy un par de nombres de camellos de Tony Tucker. Eso debería quitarnos a la pasma de encima durante un tiempo. Le doy unas pistas para que investigue y escriba un buen y jugoso artículo a tiempo para el domingo.

Me sirvo una copa del minibar. Al cabo de un rato empieza a darme el bajón y saco la coca.

—¿Te apetece un tirito? —pregunto.

Y el pobre gacetillero —Keith, se llama— abre mucho los ojos por un instante y esboza esa sonrisilla estúpida que esbozan los gilipollas de clase media cuando creen que están haciendo algo malo.

—Oh, sí, claro.

Esos tipos de la prensa me parecen lo puto peor.

La droga. La gran noticia. Nunca pensé que llegaría a ser algo tan grande. Beardsley y yo creíamos que podríamos retirarnos a Essex y vivir a cuerpo de rey. Pero el negocio se volvió muy competitivo. Se metieron delincuentes de todas partes. Nadie se molesta en cometer robos a mano armada cuando puedes ganar mucho más traficando con droga. El caso es que llevamos mucho tiempo en el negocio; Beardsley ya vendía anfetaminas en los sesenta. Pero no nos imaginábamos que llegaría a ser algo tan grande.

En 1979, cuando empecé a trabajar con él, solo eran «extras». Yo no sabía lo que pretendía al contratarme de guardaespaldas de Earthquake. Simplemente me dijo:

—Son cien libras a la semana más extras.

Así que acabé recorriendo el país con el grupo en un viejo y maltrecho autobús. Mi trabajo consistía en cuidar de ellos. Me reunía con la persona que organizaba a los empleados del local donde actuaban para hacerle saber quién era. Les correspondía a

ellos controlar la sala. Yo me quedaba con el grupo en el camerino y me colocaba en primera fila cuando tocaban. Luego, mientras nuestro personal de gira recogía el equipo, andaba cerca por si había algún problema. Me aseguraba de ir armado. Un frasco de amoníaco y un cúter.

Durante los conciertos las cosas se desmadraban. La mayoría de las noches, hacia el final de la actuación, tenía que subirme al escenario para evitar que el público lo invadiera. Para entonces ya estaba bastante colocado de anfetaminas y acababa bailando una especie de ska al ritmo de la música, empujando o pateando a los intrusos en potencia. Al cabo de un tiempo se convirtió en parte de la actuación, yo subido al escenario haciendo aquella danza demencial. Me hice popular entre los seguidores acérrimos de Earthquake, que me jaleaban «Gaz, Gaz, Gaz». Incluso acabé apareciendo en el vídeo del segundo single del grupo, «Ska Train InterCity». Me gustaba aquello. Exhibirme. Tener un poco de reconocimiento.

Y no tardé en descubrir a lo que se refería Beardsley con «extras». Tenía un laboratorio de anfetaminas en algún lugar de Canning Town que producía kilos de speed, y me encargó que controlara el trapicheo con el público. Kevin, uno de los miembros del equipo, se ocupaba de la venta, y yo tenía que vigilar por si surgía algún problema o había que lidiar con algún camello de la competencia. Beardsley no quería que el grupo se enterara ni se viera implicado. Ellos ya tenían un «problema de imagen», como él decía. Los elementos e insignias del Frente Nacional y del Movimiento Británico que lucían sus seguidores no les estaban haciendo ningún favor. Se publicaron algunos artículos absurdos en los que los llamaban «hooligans nazis» y chorradas por el estilo. Así que yo tenía que asegurarme de que el negocio del speed se llevara con discreción.

Era agradable. Me lo pasaba en grande y estaba ganando un montón de pasta. Además, había groupies por doquier. Chicas skins de cabeza rapada y flequillo rubio oxigenado. Y con el chanchullo paralelo del que me estaba ocupando, tenía una forma de acceder a las actividades más turbias de Beardsley. Algo que, estaba seguro, me vendría muy bien en el futuro. Pensaba a largo plazo. Después de la gira.

Fuimos al norte, al centro y luego de vuelta hacia el sur. Pero fue en el Queensway Hall, en Dunstable, donde las cosas se pusieron realmente feas.

Había un gran alboroto en la entrada. Se había presentado una turba en busca de skins del Frente Nacional o del Movimiento Británico. Algunos eran tipos de izquierdas con aspecto de fumetas, había pancartas de la Liga Antinazi y todo eso, pero entre ellos había también un grupo de moteros con cara de irlandeses y muy mala pinta. Uno de los empleados del Queensway Hall dijo que creía que eran los Southeast Outlaws, una banda de moteros local. Habían empezado a entonar: «¡Fascistas fuera! ¡Fascistas fuera!». Era inútil intentar razonar con aquella gente, hacerles ver que, por Dios, joder, había un negro en el grupo. Aquellos tipos habían venido con ganas de bronca, eso estaba claro.

Los empleados del local les impedían la entrada, pero ¿por cuánto tiempo? Llamé

por teléfono a Beardsley y le rogué que nos mandara refuerzos. Dan y algunos de sus colegas de la ICF habían venido al concierto, así que le pedí que reuniera a algunos de los más duros y que se armaran con lo que pillaran por ahí. Kevin, el miembro del equipo, se había provisto de una barra de un andamio. Así que reuní a mis efectivos y les dediqué unas palabras para motivarlos.

Media hora más tarde, cuando los teloneros estaban sobre el escenario, se oyó un fuerte estruendo procedente de abajo. Los moteros estaban pateando las salidas de emergencia de la planta inferior, donde estaban el guardarropa y los lavabos. Bajamos corriendo y en tropel la escalera justo cuando ellos entraban como un huracán. Algunos de los skins más veloces y que llegaron antes se vieron sorprendidos por la carga y empezaron a recibir de lo lindo. Grité a los demás que contuvieran el avance para poder ofrecer una buena resistencia.

Un motero feo y barbudo se acercó lentamente con una navaja de afeitar oxidada en la mano.

—¿Quién quiere un poco? —dijo en tono provocativo y con los ojillos relucientes.

Detrás de él, un pobre desgraciado estaba siendo pateado como un muñeco de trapo. Miré a mi alrededor. Muchos de los skins se habían rajado y se habían escondido en los lavabos de las chicas. Kevin y Dan estaban a mi lado, y detrás había unos cuantos más.

Saqué el frasco de amoníaco y se lo lancé al tío de la navaja directamente a los ojos. Empezó a chillar. Otro tipo avanzó, y Kevin lo dejó inconsciente de un golpe con la barra de andamio. Aparecieron más y más por las puertas de emergencia, y retrocedimos hacia la escalera para estar en una posición elevada, repartiendo golpes desesperadamente a todo lo que se movía. Un motero blandía una cadena contra nosotros y la sacudía tan salvajemente que no dejaba avanzar a los de su propio bando. Estábamos consiguiendo no ceder terreno, pero aquello no podía durar.

Entonces se oyó un fuerte estallido. Una escopeta, sin duda. «Joder —pensé—, se acabó; tienen escopetas.» Pero fuera había un gran alboroto. Alguien gritaba y los moteros salían por patas. Un leve olor a cordita, y de repente Beardsley apareció a través de las puertas de emergencia con una zamarra, seguido de un tipo con una recortada en las manos. Y el resto de los moteros salieron huyendo.

Después del concierto volví a Londres con Beardsley y el tipo de la escopeta, que se llamaba Declan.

—Te debo una copa —había dicho Beardsley.

Acabamos en un afterhours que él regentaba en Tottenham. Sonaba música rock suave de fondo.

—Bueno —dijo—. ¿Te apetece seguir trabajando cuando termine la gira?

—¿Con Earthquake?

—No. Tal y como están las cosas, no creo que vaya a haber muchos conciertos por un tiempo. Con todos los problemas que han surgido... Para ser sincero, nadie

quiere contratarlos. El grupo tendrá que refrenarse y replantearse sus actuaciones si quiere llegar a alguna parte. Estoy intentando hacer que cambien de imagen, que se conviertan en una especie de banda cómica. Ya sabes, tipo teatro de variedades. Un disco innovador, eso sí que estaría bien. Deberían conseguir seguidores más jóvenes y dejar todo ese jaleo de los skinheads. Ha sido malo para el negocio.

—¿Se refiere a que dejen de ser un grupo de ska?

Frunció el ceño y se encogió de hombros. Una nueva canción empezó a sonar por los altavoces. «I'm in a Dancing Mood», de Delroy Wilson. Beardsley sonrió al oírla.

—Escucha esto —dijo—. Esto sí que es bueno. Earthquake suena de pega comparado con esto. Mira, yo soy tan blanco como el que más, pero los chicos blancos no tienen lo que hace falta. La música que siempre me ha gustado es música de negratos. El rhythm and blues, la Tamla Motown, el reggae. Los chicos blancos intentan copiarla, pero no tienen alma. ¿Sabes a lo que me refiero?

Yo asentí vagamente. La verdad es que no estaba muy seguro de qué iba todo aquello. Había hablado de trabajo, y yo quería que retomáramos el tema.

—Entonces —dije—, ¿ese «trabajo» no sería con Earthquake?

—No. Creo que ya has hecho el aprendizaje. Estaba pensando en algo más... en fin... serio.

Me gustaba cómo sonaba.

—Sí —respondí, asintiendo y sonriendo—. Claro.

Y así fue como empecé a hacer trabajos para él con regularidad. Estaba el negocio del speed, que generaba muchos beneficios y que Beardsley amplió a la coca y el hachís. Había un tipo que lo sacaba de contrabando de Amsterdam y lo introducía en Essex con una enorme lancha motora. Beardsley nos utilizaba a Declan y a mí de guardaespaldas en los encuentros en que se intercambiaban grandes cantidades de droga y dinero.

Beardsley seguía oficialmente en el negocio musical. Era una tapadera útil para encubrir todos los chanchullos en los que andaba metido. Me enseñó que siempre era importante tener una tapadera legal. Earthquake publicaron su último single a finales de año. Fue un fracaso y la banda se separó, pero Beardsley siguió haciendo cosas. «Gestión y promociones», lo llamaba. También dirigía varias empresas fantasma, no a su nombre, claro está. Compañías fraudulentas que se fundaban y luego se disolvían, con grandes cantidades de impagos por artículos que acababan desapareciendo. Eso requería testaferros, «asociados», como los llamaba él, que a veces tenían que cargar con la culpa si se llevaba a cabo alguna investigación seria. A veces a esos pobres «socios» les entraban ganas de contar quién estaba detrás del plan cuando la poli les apretaba las tuercas. Y entonces era cuando nos llamaban a Declan y a mí para que aplicáramos unas suaves técnicas de persuasión, por así decirlo. Y así fue como volví a meterme en líos.

Un tipo llamado Duggie Kennedy se negó en redondo a entregarnos el cargamento de un almacén de electrodomésticos de Wood Green, así que fuimos a



verlo. El caso es que la cosa se puso bastante fea y el tío acabó hospitalizado. Luego nos delató a todos. Al final no consiguieron sacar nada en claro de la empresa fantasma, y nos habríamos librado si el tipo hubiera mantenido la boca cerrada. Pero a Declan y a mí nos acabaron cayendo dos cargos: uno por amenaza injustificada y otro por daños físicos graves.

Así que me encerraron de nuevo. Esta vez en la trena. Dos años. La cárcel fue un auténtico proceso de formación para mí. El reformatorio y el correccional de menores habían sido como el primer curso, pero aquello fue la universidad. El Real Colegio de Conocimientos Útiles.

Pasé los dos primeros meses en la cárcel de los Scrubs. Se trataba de un período de asignación en el que ellos determinaban a qué categoría pertenecías y dónde te metían. Era una cárcel victoriana masificada, con tres presos en cada celda diminuta. Durante la asignación se mezclan convictos de todo tipo. Me encerraron con un chalado que se había dedicado a robar estafetas de correos y un oficinista menudo y tímido que estaba allí por desfalco. Todo el mundo intenta apechugar a su manera, tratando de averiguar cuál es la jerarquía. Estás encerrado con gente verdaderamente terrible y también con perfectos gilipollas. Aprendes rápido a calar a la gente, a saber si alguien es realmente peligroso o si solo es tonto del culo.

Después de pasar unas seis semanas en los Scrubs, me destinaron a la cárcel de Coldingley, una prisión moderna de Surrey. Puertas electrónicas y cámaras por todas partes. Allí dentro llegué a conocer a auténticas figuras del mundo del crimen. Tommy Patterson, un delincuente del sur de Londres con gran reputación. Uno de los muchachos, como se suele decir. Y Chris Lambrianou, que había formado parte de la organización de los Kray.

Al principio desconfiaba un poco de Chris porque estaba encerrado por haber participado en el asesinato de Jack «The Hat» McVitie, ya que Beardsley y The Hat habían trabajado juntos en los sesenta. Paranoia carcelaria: siempre estás atento por si hay rencillas del pasado, cuentas pendientes, mierdas de ese tipo. No tenía por qué preocuparme. Chris había encontrado a Dios y había dejado atrás todo el rollo de los Kray. Era un cristiano renacido, grandote y apacible, que trabajaba en el jardín de la cárcel. Chris era un tipo listo; sabio, supongo que se dice. Me hizo un favor una vez, y se lo agradecí. Él sonrió y dijo:

—Un hermano nace para ayudar en tiempos de adversidad.

Pero, a decir verdad, yo no buscaba esa clase de sabiduría. No estaba preparado para que me salvaran; estaba dispuesto a seguir delinquiendo cuando saliera. Tommy Patterson estaba bien relacionado. Conocía a Beardsley y a otros tipos que yo había conocido estando fuera. Así que aprendí de él. Cómo granjearse una reputación y cómo utilizarla. Cómo conocer a las personas adecuadas. Y cómo conseguir que ellas te conozcan. Por lo general, la cárcel está llena de gente despreciable y de poco fiar. Acabas descubriendo en quién confiar y de quién mantenerte alejado. Llegas a distinguir lo que es la maldad, ser realmente malo, no solo ser un chico malo. Así

que, al llegar al final de mi condena, pensé que era un poco más listo que cuando había entrado. Había cumplido una pequeña pena. Un corto tiempo al principio de mi carrera que me podía resultar muy útil a largo plazo.

—¿Sabes? —le digo a Keith en su habitación de hotel—. Tengo montones de historias que contarte. Trucos del oficio, tipos que he conocido, cosas así.

—Sí —contesta él, asintiendo.

Parece un poco tenso.

—Podría contarte unas cuantas historias, Keith. ¿Te apetece otra raya? Mierda. Se me ha acabado. Puedo ir a por más.

—Oye, Gaz. Será mejor que duerma algo. Tengo que seguir con el artículo. Pero estoy muy interesado en eso que dices. Siempre me interesa una buena historia.

Me da una tarjeta.

—Estaremos en contacto —dice.

Vuelvo al coche. El aire helado de la noche me despeja un poco la cabeza. No quiero ir a casa. No quiero volver a una puñetera casa vacía. De todas formas, me he quedado sin material. Hay luces de Navidad por todas partes. Me siento jodidamente solo. Necesito escapar de aquí. De mi cabeza.

Llamo a Martin por el móvil. Uno de nuestros camellos. «Pásate por aquí», dice. Como si fuera bienvenido en alguna parte. Una casa de protección oficial semiadosada en Braintree. Martin ha estado ahorrando para comprarla a la baja. Luego tal vez la vuelva a vender. Para comprar propiedades de más valor, dice. Solo le preocupa el tema ese de la pérdida patrimonial.

Martin se pasa toda la noche levantado viendo televisión por satélite. Hace el turno nocturno de la venta de drogas. Siempre es fiable, y cobra un pequeño extra por la disponibilidad. Como los tenderos pakis que abren las veinticuatro horas del día.

Por supuesto, a mí me hace descuento. Pero siempre le doy a Martin algo por el servicio. Últimamente he pasado unas noches tan jodidas que lo he necesitado desesperadamente.

En cuanto entro por la puerta ya está hablando de la chica muerta.

—Déjalo, Martin —digo—. Ya he oído bastante.

Pasamos al salón y en el sofá hay una chavalita. Ojos oscuros irritados, vidriosos y parpadeantes, como pequeñas pantallas que reflejan la luz sombría de la tele.

—Pero fue una manzana, ¿no? He oído que eso es lo que la mató. Yo mismo las he estado vendiendo.

—Oye, Martin, déjalo estar por un ratito. Ya he tenido bastante.

Martin se encoge de hombros, levantando las manos a modo de disculpa. Me tiene miedo, como la mayoría. Sin que nadie se lo pida, saca la farlopa y empieza a preparar unas rayas grandes y largas sobre el espejo manchado de polvo de la mesita.

Me siento al lado de la chica. Ella gira la cabeza ligeramente y me dedica una

sonrisa muy jodida.

—Natalie —dice Martin—. Este es Gaz.

—Hola —suspira ella.

Esnifamos la coca. Martin lía un porro. Una botella de Jack Daniel's. Qué bien se está. Me siento entumecido. Calentito. Fuera ha empezado a nevar otra vez. El tiempo pasa volando. Llega la mañana gris. Dibujos animados para niños en la tele. Natalie se ríe tontamente en el sofá.

Tomamos ketamina. «Special K para desayunar», bromea Martin. Estoy tumbado en el suelo mientras el tranquilizante para caballos hace efecto. «Podría contarte unas cuantas historias», murmuro para mí mismo. Me siento muy pesado, hundiéndome en la manchada alfombra blanca como si pesara cien toneladas. El mundo gira, se desploma, da vueltas. El cuerpo muerto. La cabeza acelerada. Pensando. Recordando. Saliendo de la cárcel por primera vez.

Uno nunca está preparado para salir. Cuando estás dentro, lo único en lo que piensas es en la fecha de tu puesta en libertad, pero eso no te hace estar listo para ello. El exterior parece demasiado frenético y brillante después de haber estado en el mundo gris de la cárcel. Y luego están todos esos cambios, cosas que han pasado y que te recuerdan que todo ha avanzado mientras tú estabas parado. Era junio de 1982, había tres millones de parados y se había librado una guerra con Argentina. Pero fueron las cosas pequeñas las que me pillaron por sorpresa, como siempre, joder.

Estaba en el metro, en la línea central en dirección este, camino de la casa de Dan en Mile End. Yo iba vestido como antes de entrar en la cárcel. Botas Doc Martens, tejanos Levi's etiqueta roja, cazadora MA-1 verde. Y me acababa de cortar el pelo al uno, prácticamente lo primero que había hecho al salir. El caso es que un tipo se sube en Liverpool Street vestido exactamente igual, de skinhead como yo, y se sienta enfrente. Me fijo en él, pensando que a lo mejor es alguien a quien conozco, alguien de la época de Earthquake o uno de los colegas de Dan. Pero lo miro y nada. No lo conozco en absoluto, aunque es como si me estuviera mirando al espejo. Es un tipo grandullón, como yo. Le saludo con la cabeza y él me devuelve el gesto despacio. Tiene una media sonrisa en la boca, pero la mirada fría. Como si dijera: «Sí, te conozco». Pero yo no lo conozco a él. Y pienso: «Mierda, a lo mejor es un hooligan del Millwall o uno de los skins del norte de Londres con los que me peleé en aquella época». Aparto la vista. No quiero tener bronca con ese tipo. Acabo de salir de la trena, joder. Vuelvo a mirar y él me está observando de arriba abajo, como si estuviera pensando en la paliza que piensa darme. Le lanzo la mirada más furibunda de la que soy capaz, pero él sigue mirándome fijamente con esa estúpida sonrisa en la cara. Decido ignorarlo. «Podría zurrar a ese hijo de puta, pero no merece la pena», pienso para mis adentros. No vale la pena. Molestias innecesarias. Es una de las cosas que aprendí a evitar en la cárcel.

Llegamos a Mile End y me levanto para bajar. Le lanzo una última mirada en plan «Que te den» y salgo al andén. Cuando estoy subiendo la escalera, echo un vistazo hacia atrás y veo que él es el único que ha bajado del tren. Procuro no darle importancia, puede que también sea su parada. Pero cuando voy caminando por Burden Road, miro hacia atrás y ahí está. Decididamente me está siguiendo. Empiezo a prepararme para la acción. Pensando. A lo mejor va armado. Yo no llevo nada encima. Comienzo a mirar a mi alrededor, buscando un ladrillo o algo parecido.

Me meto en el descampado que hay junto a Mile End Park y me preparo. Decido que, definitivamente, me voy a cargar a ese tío. Me sitúo junto a unos arbustos, esperándolo.

—Aquí —le grito cuando pasa por delante.

Él me ve, sonrío y se acerca a mí.

—¿No está un poco descubierto? —pregunta.

Entonces me doy cuenta de que algo no va bien. Nada, nada bien. Su voz no se corresponde con la ropa que lleva. Es suave, un poco pija.

—¿A qué te refieres? —digo.

Se pega mucho a mí. Me cago en la puta, no me lo puedo creer.

—Bueno, si vamos a... ya sabes...

Me está tocando. El muy cabrón me está acariciando la puta pierna.

—Quítame las putas manos...

Lo aparto de un empujón. Me preparo para darle un buen puñetazo, pero él sigue mirándome con esa estúpida sonrisa en los labios, como si eso también le gustara. Así que retrocedo. No quiero tocarlo.

—¡Jodido maricón! —le grito.

Pero él continúa sonriendo. Y suelta un suspiro de reinaona.

—Oh, estás enfadado, ¿verdad?

—Oye, vete a la mierda, ¿vale?

Él se encoge de hombros y se da media vuelta para marcharse.

—¡Otra vez será! —grita.

Yo estaba hecho una furia. Tenía ganas de ir tras él y partirle la cara, pero sabía que eso solo empeoraría las cosas. Me sentía sucio. Y confuso. ¿Qué hacía un maricón vestido de esa forma?

Cuando me reuní con Dan me lo explicó todo, como siempre. Como siempre, las modas habían cambiado mientras yo estaba encerrado. Se habían trastocado de forma acojonante.

Ahora Dan parecía un sarasa. El pelo lacio con raya al lado. Un polo rosa y un jersey con cuello de pico, hay que joderse. Pantalones anchos y unos ridículos mocasines con calcetines blancos. Al parecer, esa era la pinta que llevaban ahora los chicos de la ICF. Le conté lo que me había pasado. A decir verdad, me dio bastante vergüenza. Dan se echó a reír como una hiena.

—Bueno, Gaz, es que ahora solo los maricas llevan esa ropa —dijo, señalando mi

vestimenta—. Ellos y los nazis.

—¿Quieres decir que los homosexuales visten como los skinheads?

—Sí. Es de locos, ¿verdad?

Y todos los hooligans llevaban ahora esa pinta de nenazas. Ropa de diseño. Una imagen informal, me explicó Dan. Obsesionados con las marcas. Pringle, Fila, Sergio Tacchini, Diadora, Ellesse, Lacoste. Todos intentando superarse unos a otros con las prendas más caras. Como una panda de chicas. Todos con ese peinado lacio con la raya al lado, «en cuña», lo llaman.

Yo no sabía qué pensar: maricas vestidos como hooligans, hooligans vestidos como maricas... En fin, creía que con eso ya lo había visto todo. Pensaba que si alguna vez volvían a encerrarme y me soltaban, la moda no cambiaría de forma tan disparatada. Me equivocaba, cómo no. La próxima vez sería todavía más raro, pero no adelantemos acontecimientos.

De modo que yo también empecé a llevar ropa de diseño. Me deshice de mis viejas prendas. No quería que la gente pensara que era un sarasa o un tarado del Frente Nacional. Pero mantuve el pelo corto. Me sentaba bien. Todo ese asunto de las etiquetas era un signo de los tiempos. No solo era cuestión de vestir de forma llamativa; la etiqueta también demostraba que algo costaba mucho dinero, que tenías pasta. El East End estaba cambiando, y todo aquel rollo del orgullo de la clase trabajadora era cosa del pasado. El puerto estaba siendo remodelado; se podía ganar mucho dinero, también de forma legal. Joder, pero si algunos amigos de Dan incluso trabajaban en la City. Fue una época rara. Mucha gente estaba sin blanca mientras que otra estaba forrada. Se vendía mucho, y el dinero circulaba a manos llenas.

Volví a trabajar para Beardsley. Había mantenido la boca cerrada y había cumplido la condena, así que me debía trabajo. Sus negocios también estaban en pleno apogeo. Aunque no eran precisamente legales.

Tenía un nuevo chanchullo. El oro. Lo metía de contrabando en el país y se lo vendía a un comerciante de confianza. El comprador tenía que pagar el IVA, un quince por ciento del precio de coste. Por supuesto, la «empresa» de Beardsley no era más que una compañía fantasma, con sede alquilada a corto plazo y papel de carta con membrete y un número de registro de IVA aleatorio, que quebraba al cabo de un par de meses sin hacer ninguna devolución. Así él podía embolsarse el quince por ciento de todos los tratos que había hecho. Era dinero rápido. Y fácil.

—¿Quieres decir que estás recaudando impuestos? —le pregunté.

—Sí —dijo él con una gran sonrisa—. En nombre de las Aduanas y Arbitrios de Su Majestad. Solo que ellos no llegan a ver ni un penique. Está bien, ¿verdad?

De modo que Beardsley llegó a saber mucho de oro. Y cuando se llevó a cabo el golpe de los lingotes de Hounslow, estaba en una buena posición para recibir una parte. Oro robado por valor de quince millones de libras. Todo el mundo del hampa comentaba adónde podían haber ido a parar los lingotes. Naturalmente, Beardsley se encontraba en una buena posición para trincar un poquito, pero actuó con mucha

cautela. Había mucho en juego y las cosas se pusieron un poco feas.

Descubrí lo que estaba pasando por las cosillas que él me iba contando cuando yo le hacía los recados. Y até cabos. Sabía que el oro tenía que refundirse antes de poder venderse. Y había un testaferro, Solly Blumberg, que tenía una joyería en Hatton Garden y se encargaba de hacer la venta a los comerciantes de oro y de preparar el papeleo para que la cosa pareciera legal. Yo, Beardsley o alguien de su organización íbamos llevando la mercancía a Solly poco a poco.

Teníamos que tener especial cuidado porque Beardsley se figuraba que habría mucha vigilancia. El C11, la Unidad de Inteligencia Criminal de la Policía de Londres, o los investigadores de aduanas. Yo nunca había pasado precisamente desapercibido, así que me disfrazaba. Me vestía como un mochilero australiano, con un ridículo sombrero para esconder mis facciones y mi corte de pelo al rape. Salía de la estación de Farringdon con una mochila que, evidentemente, estaba repleta de barras de oro refundido. Pesaba una puta tonelada. Iba hasta Hatton Garden y entraba en la joyería de Solly. Con un estúpido acento que había ensayado delante de Beardsley, anunciaba que estaba buscando un anillo de compromiso para mi chica de Wogga Wogga. Solly empezaba a enseñarme bandejas de joyas, y yo me quitaba la mochila. Y entonces, mientras hacíamos el paripé, la mochila era intercambiada por una idéntica que contenía solo ropa y demás.

Solly era un gran conversador. La mitad del tiempo yo no sabía de qué demonios hablaba, pero era muy divertido. Siempre estaba contando chistes de judíos.

Había otro tipo implicado. Manny Gould, un viejo contable corrupto que se encargaba del dinero obtenido con la venta de los lingotes. Blanqueo y operaciones bancarias en paraísos fiscales que a mí se me escapaban por completo. Una vez llevé una maleta llena de billetes de cincuenta libras al sur de España. El punto de entrega era Fuengirola, en el Pete's English Bar, regentado por un primo de Beardsley. Había una organización internacional que dirigía las operaciones. Yo tenía mis ideas acerca de quién podía estar detrás de todo, pero mantenía la boca cerrada y procuraba no pensar demasiado en ello. A veces es mejor no saber demasiado.

El caso es que nos estábamos sacando un dineral. Beardsley se compró una mansión enorme en Essex con piscina y todo. Y me pagaba una buena cantidad. Pero el dinero que gané durante esa época se esfumó pronto. Coches, ropa llamativa, fulanas, un poco de coca de vez en cuando, juego, salidas y fardar por ahí. Sabía que debería estar ahorrando una parte, invirtiéndola o lo que fuera. Pero en el fondo sentía que era dinero sucio. Dinero que había que gastar.

Seguía en contacto con Dan. Le iban bien las cosas. Había muchas obras en construcción en la zona del puerto. Había sentado cabeza con una chica, Marcia, y habían tenido un niño. Pero lo gracioso era que los fines de semana seguía saliendo con los de la ICF. Joder, y estaban muy organizados. Tipos que rayaban los treinta y seguían comportándose como hooligans. Como militares planeando la forma de atacar a sus enemigos. Incluso imprimían tarjetas de visita para dejárselas a los

hinchas rivales a los que habían apalizado: «Enhorabuena, acabas de conocer a la ICF», y cosas por el estilo. Yo no lo entendía, porque con eso no ganaban nada.

Entonces llegaron malas noticias. Beardsley había estado vigilando por su cuenta. Al parecer, la Brigada Móvil había visitado a Solly en su tienda de Hatton Garden, y él no había comentado nada al respecto. Luego desapareció oro. Beardsley creía que Solly podría haber hecho un trato con la pasma. Devolviendo oficialmente parte de la mercancía o utilizándola como soborno. Fuera lo que fuese, pintaba mal. Si Solly cantaba, nos podía joder a todos.

Beardsley y yo nos pasamos por la joyería cuando estaba cerrando. Solly actuó de forma jovial y amistosa, pero se notaba que estaba asustado.

—Simon —saludó a Beardsley, con los brazos levantados y las palmas de las manos hacia arriba—. Y el joven Gary. No te había reconocido sin el disfraz de colono salvaje.

A Beardsley le preocupaba que Solly pudiera llevar un micrófono encima, así que fue una especie de conversación en clave.

—No les he contado nada —insistió Solly.

—¿De verdad? —dijo Beardsley—. Entonces, ¿por qué no nos dijiste que habías tenido visita?

—No quería preocuparos. Puedo manejar esto yo solo.

—¿Manejarlo? ¿Has hecho un trato?

—No, me has entendido mal. No ha habido trato. Ni conversaciones. No ha habido nada.

—Entonces, ¿dónde está lo que ha desaparecido?

—He tenido que guardarlo en un sitio seguro por un tiempo. Ahora mismo no puedo decir dónde está.

—Querrás decir que no vas a decirlo.

—No. No puedo. Hay cosas que no pueden decirse. O, mejor dicho, que se explican de otra forma.

—Deja de hablar con acertijos, Solly.

—Sí. Bueno, eso es. Exactamente.

—Mira, Solly, no deberías estar tocándonos los cojones. Hay mucho en juego. Tenemos que saber dónde está.

—No, Simon, por favor. Trata de entenderlo. Está escondido pero —se inclinó hacia delante y susurró— hay un mapa.

—¿De qué estás hablando? ¿Un mapa?

—Por eso está seguro. Solo dame más tiempo.

—No puedo prometerte más tiempo. Lo siento, Solly. No solo depende de mí, ¿sabes? Vamos, Gaz.

—Por favor, Simon —suplicó Solly mientras salíamos de la tienda.

Dos días después Solly Blumberg fue tiroteado cuando estaba abriendo la joyería por la mañana. Una motocicleta en la que iban dos personas paró junto a él y le

pegaron tres disparos.

Beardsley no hizo ningún comentario directo acerca de si había sido él quien había ordenado el asesinato. «Qué lástima lo del pobre Solly» fue prácticamente todo lo que dijo sobre el tema.

Después de eso, el asunto de los lingotes se calmó. El oro desaparecido no fue encontrado nunca, ni por la policía ni por los nuestros. Circulaban rumores de que estaba escondido en alguna parte. Un tesoro enterrado. Beardsley dejó de involucrarse en el asunto y se aseguró de que no hubiera nada que pudiera relacionarlo con el golpe. Y yo traté de olvidarlo todo. De no recordar conscientemente ciertas cosas y de buscar toda clase de coartadas para aquella época. Poco a poco, muchos de los empresarios turbios que habían estado manejando el oro de Hounslow acabaron detenidos, pero Beardsley siguió libre de toda sospecha. Sin embargo, había una cosa que no conseguía apartar de mi mente. Se habían cargado a Solly. Yo también podía acabar así algún día.

Aquello me hizo ponerme un poco nervioso. Pero es normal, ¿no? Si te fijas en un animal en estado salvaje, verás que mueve la cabeza rápidamente de un lado a otro sin parar, atento a si un hijo de puta más grande va a atacarlo. Y al mismo tiempo mira a su alrededor buscando algo sobre lo que abalanzarse.

Cuando abro los ojos estoy mirando al techo. Pequeños remolinos de gotelé. Muevo la cabeza para mirar alrededor. Natalie está dormida en el sofá. No hay rastro de Martin. Joder, estoy tumbado en el suelo. Débil como un gatito. Trato de incorporarme un poco, pero estoy inmovilizado, como en una atracción de feria, mientras el resto de la casa de Martin da vueltas a toda velocidad. Mierda, estoy totalmente indefenso. Alguien podría entrar y cepillarme.

Echo un vistazo al salón. Hay un cuchillo de monte debajo de la mesita. Me arrastro hasta allí y lo cojo. Tengo que levantarme e irme. Pero debo descansar un poco más. Solo necesito un poco más de tiempo.

Un poco más de tiempo.

En 1985 volví a meterme en líos. La Brigada de Narcóticos puso mi casa patas arriba a las siete de la mañana. No encontraron lo que buscaban, pero sí un revólver que guardaba debajo de una tabla suelta junto a mi cama. Así que volvieron a encerrarme, esa vez en Parkhurst, en la isla de Wight. Reggie Kray estaba allí, y llegué a conocerlo un poco durante las sesiones de gimnasio nocturnas. Yo estaba un poco preocupado, una vez más por la relación de Beardsley con The Hat. Pero todas las cuentas del pasado parecían olvidadas. Dentro las cosas se ven distintas; es más probable ponerse a malas con alguien por un poco de tabaco o una piedra de costo.

Lo cierto era que Reggie parecía muy amable. Estaba obsesionado con el



entrenamiento con pesas, pero tenía una voz muy suave. Siempre estaba hablando de un amigo de su pabellón.

—Va a ser una estrella, ¿sabes? Tiene una voz fantástica y se mueve de fábula. Ha ganado medallas en bailes disco.

Era raro oír hablar a aquel famoso gánster como una colegiala. Y corrían muchos rumores al respecto. «No hay nada de eso», decía uno de los veteranos, pero con un cierto brillo en los ojos que te hacía dudar de si te estaba tomando el pelo o no. Daba que pensar. Por supuesto, allí dentro había mucho de «eso», y yo lo sabía. Pero no se trataba de sexo. Se trataba de otra cosa. De estar unido a otras personas. A mí siempre me había costado. Sin embargo, dentro no te quedaba más remedio. Allí no podías sentirte solo, solo de verdad. Una vez me peleé con otro preso y me alegré de que me metieran en el bloque de aislamiento por un tiempo. Pero tarde o temprano tienes que tratar con otras personas.

¿A quién había estado unido fuera? ¿A Dan? Ya, bueno, ni siquiera había estado tan unido a él. ¿A las chicas? Bueno, a las fulanas les pagaba. Las groupies de Earthquake y las skinheads, con la pinta que tenían, podrían haber pasado perfectamente por chicos.

Jamás se lo contaría a nadie, pero en aquella época llegué a pensar toda clase de gilipolleces. Desconectado, así es como me sentía. Era como estar nadando, esa sensación de abandonar el cuerpo, de que no pasa nada de cuello para abajo, o, en este caso, de cintura para abajo. Solo pensando. Sin saber una puta mierda. Con la cabeza dando vueltas. Recordaba cómo me había mirado el marica de Mile End, como si supiera algo. Ojalá yo lo supiera, joder.

Pero no sé nada. Una especie de aturdimiento agradable. Un embotamiento que alivia los malos recuerdos. Menos mal que ya estoy fuera de allí. De aquello.

Cuando estás encerrado, haciéndote pajas y quedándote sin cosas en las que pensar, como ya he dicho, no se trata solo de sexo, o más bien de la falta de sexo, sino de enfrentarse al hecho de estar hacinado con toda esa gente. El hecho de tener que pelear por el espacio que te rodea, algo que en circunstancias normales das por sentado. El espacio que necesitas para protegerte. Y que se convierte en parte de la cárcel.

Cansado.

Acurrucado. Tranquilo y caliente. A salvo.

No.

Noto que el suelo se mueve ligeramente. Alguien se está acercando despacio a mí. Mierda. Agarro el mango del cuchillo. Espero poder moverme lo bastante rápido.

Una mano me toca el hombro y me doy la vuelta. Cojo al hijo de puta por las piernas y lo derribo. Me pongo encima de él. Las rodillas encima de sus brazos, la mano sobre su cara, la hoja del cuchillo en su garganta.

Un fuerte grito. Miro hacia abajo. Es la chica. Natalie. Le suelto la cara y le aparto el cuchillo del cuello.

—¿Qué coño estás haciendo? —le grito.

Sus ojillos desquiciados me miran con terror.

—Yo, yo...

Está temblando. Me quito de encima y me levanto. La ayudo a ponerse en pie y la hago sentarse en el sofá. Enciende un cigarrillo con manos temblorosas.

—Iba... solo iba a despertarte —dice finalmente—. No quería asustarte.

—Sí, bueno. Creía que eras otra persona. Lo siento.

Ya ha empezado a preparar un par de rayas. Los dos nos espabilamos un poco y ella pone agua a hervir para hacer té. Fuera vuelve a estar oscuro. Hace días que no veo la luz. ¿Qué hora es? Miro el reloj del vídeo, pero solo parpadea el «00.00». Pensándolo bien, ¿qué día es hoy? Se lo pregunto a Natalie cuando vuelve con el té.

—Es sábado. Son las cinco.

—¿Dónde está Martin?

—Tenía que ocuparse de unos asuntos. Me dijo que cuidara de ti.

—¿Ah, sí?

Es guapa. Aunque está en los huesos. Y apenas es una cría. Saco el móvil y lo enciendo. Dos mensajes. Los dos de Beardsley. Los escucho. El primero: «Gaz, soy Beardsley. Llámame». El segundo: «¿Dónde coño estás? Oye, llámame. Ha pasado algo». Empiezo a marcar su número. Natalie se ha acercado. Está delante de mí, muy cerca. Tocándome.

—¿Te apetece una mamada? —dice.

—¿Qué? —La miro ceñudo. Le aparto la mano de mi entrepierna—. No —digo—. No, no, no, no.

—Venga. Son veinte libras.

—¿Cuántos años tienes?

Ella sonrío estúpidamente.

—Dieciséis.

Le miro la cara. Una sonrisa experimentada realizada con lápiz de labios. Mayor antes de tiempo. Me acuerdo de la cara de la chica de los periódicos, con todos aquellos tubos saliéndole. Me acuerdo de mis hijas. Charlene y Donna.

Natalie se aparta de mí y vuelve a encender la tele. Deambulo hasta la cocina y llamo a Beardsley.

—¿Dónde coño has estado?

—He estado ocupado.

—Sí, claro. Poniéndote ciego.

—Oye, he solucionado el tema del que hablamos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Qué has hecho?

—Da igual. Lee los periódicos del domingo.

Una pausa. Noto que Beardsley está intrigado. Lo he pillado desprevenido. Piensa que soy un jodido inútil.

—¿De qué se trata?

—No —contesto—. Cuéntame tú.

—¿Qué?

—Tú me has llamado. Así que, ¿de qué se trata?

—Reúnete conmigo mañana por la noche —dice Beardsley—. Ya te haré saber dónde.

Conduzco de vuelta a casa. Hay una carta de ese tal Roger Wilbey, del Programa de Registro de Sanidad y Medio Ambiente, en la que me informa de que mi permiso para operar en el distrito va a ser sometido a revisión el miércoles y solicita mi asistencia.

Todavía tengo el número de Dan, aunque no hemos hablado durante todo este tiempo. Ahora tengo ganas de hablar con él. Cojo el teléfono y llamo. No sé si se habrá mudado o habrá cambiado de número o algo. Suena seis veces y luego salta el contestador automático. La voz de Dan grabada. Todavía vive allí. No se me ocurre ningún mensaje que dejarle, así que cuelgo.

Salí de la cárcel en el verano de 1988. Esa vez creía que estaba preparado para cualquier moda estrafalaria que me esperara. Pero, como he dicho antes, me equivocaba. Fue todo un impacto, te lo aseguro, sobre todo después de haber estado en el lugar más sombrío y gris imaginable.

Fui a ver a Dan. Dijo que quería salir a celebrarlo, como hacíamos siempre. Cuando me abrió la puerta estaba hecho una puta piltrafa. Pero si llevaba puesto un mono, por Dios santo. Una camiseta hippy de teñido anudado, unas viejas zapatillas de caña y, para rematar, un jodido pañuelo con estampado de cachemir.

—Dan, ¿qué coño es esto?

—Tranquilo, Gaz —dijo dándome unas palmaditas en el brazo—. No pasa nada.

Nos sentamos y hablamos un rato. Intenté ponerme al día de lo que había pasado aquellos años. Se estaba haciendo tarde y solo habíamos tomado un par de cervezas. Yo estaba dispuesto a pillar una buena cogorza.

—Deberíamos prepararnos para salir —dije—. Son casi las diez.

—No te preocupes —insistió Dan—. Luego iremos a un local.

Di por sentado que se refería a un local de copas que abría hasta tarde.

—¿No te vas a cambiar? —pregunté.

Dan se rió y negó con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que me van a ver contigo con esa pinta?

—No te preocupes, Gaz. Vendrán algunos chicos de la vieja pandilla.

Total, que llegamos al local a eso de la medianoche. Es un puñetero almacén. Un

edificio portuario medio en ruinas situado en el lado sur del río, entre el puente de Southwark y el de Londres. Una extraña música electrónica con un ritmo machacón suena a todo trapo.

—¿Qué coño es esto? —le pregunto a Dan.

—No te preocupes —contesta, y sostiene algo entre el pulgar y el índice—. Tómate esto.

Es una pastilla. Se dispone a metérmela en la boca.

—Eh, eh —digo, agarrándole la mano.

Le quito la pastilla y la miro. Es una cosa grande y blanca.

—¿Qué es esto? ¿Speed?

—Ya lo verás —dice Dan.

Así que me la meto en la boca y me la trago.

Nos juntamos con algunos antiguos colegas de Dan de la ICF, y algunos tienen una pinta tan estrafalaria como él. Parecen alegrarse mucho de verme y se muestran de lo más amigables. Todos me hablan al mismo tiempo. «Me alegro de verte, Gaz.» «Esto es genial, colega.» «De puta madre.» «Píllate una». Todos están apiñados a mi alrededor. Demasiado cerca. Levanto las manos.

—Tranquilos —les digo.

Dan me ve un poco incómodo y me saca fuera del corrillo.

—Vamos, chicos —dice, riéndose—. Apartaos.

Recorremos el almacén. Se está llenando de chicos, jóvenes y mayores. Todos bailan espasmódicamente al ritmo de esa música chunda-chunda.

—¿Lo notas ya, Gaz? —pregunta.

—¿Qué?

—La pastilla.

Niego con la cabeza. Avanzamos entre la multitud y la gente nos deja pasar sonriendo. Dan parece conocer a un montón de gente aquí, porque le dan palmaditas en el brazo al pasar. Llevan puestas toda clase de cosas: camisetas con caras sonrientes, jerséis muy grandes, incluso hay alguien que lleva un puto poncho. «Can you feel it?», repite sin cesar la voz del disco. «No, joder, no lo noto», pienso. Entonces veo a un par de tíos imponentes mirando en nuestra dirección. Le doy un codazo a Dan.

—Dan —digo—. Esos tíos de ahí.

—¿Dónde?

Intento señalarlos disimuladamente con la cabeza. Pero ya se han fijado en que nos hemos fijado en ellos. Vienen hacia nosotros. Me pongo alerta. Dan se limita a sonreír.

—Dan, son unos putos hinchas del Millwall, ¿verdad?

Y yo pensando: «Ya estamos». Miro hacia atrás para ver dónde están el resto de los muchachos. Pero Dan se acerca a esos dos tipos y les estrecha la mano.

—Gaz —dice, volviéndose hacia mí—. Te presento a Billy y Johnno.

Los dos me sonrían y consigo devolverles la sonrisa. ¿Qué cojones está pasando?

—Necesito una copa, Dan.

—Quédate aquí. Te traeré una.

Empieza un nuevo tema. Un bombo machacón con unos platillos estridentes. Unos acordes de piano. Y, entonces, las palabras «all right» cantadas sobre el ritmo. «All right. All right. All right.»

Dan vuelve y me pasa mi copa. La cojo. Es una de esas botellitas de bebida energética Lucozade. La levanto.

—¿Qué coño es esto, Dan?

Esto es ya lo último. Estoy furioso, o al menos pienso por un segundo que así es como me siento. Entonces empiezo a reírme. Es jodidamente ridículo. Lucozade. Lo que mi madre solía darme cuando estaba enfermo, enfermo de verdad, no cuando quería escaquearme del colegio. Estoy sonriendo como un idiota. Como un crío de nuevo. Bebo un trago de la botella, y todas las burbujas me suben a la cabeza. «Lucozade te ayuda a recuperarte», pienso, sonriendo. «But it's gonna be all right — dice la canción—. 'Cos the music plays for ever.» Y, de repente, la cabeza me empieza a flotar. Toda la presión, la agresividad, la soledad, caen sobre el mugriento suelo del almacén. «On and on and on and on and on.» Y, sí, ahora lo sé. Sé de qué hablaban todos esos tontos del culo. Me he pillado una.

¡Zas! Todo pasa de repente. «All right.» Yo también me estoy moviendo espasmódicamente. «All right.» Estoy entre la multitud, bailando. «All right.» Me olvido del espacio sólido que me rodea. «All right.» Estoy sonriendo, tocando a la gente.

A las cinco de la madrugada estamos en la orilla del río viendo cómo amanece, pasándonos un canuto. Estoy sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

—Mirad a Gaz —dice Dan—. Parece el puto Buda.

Estaba feliz. Acabé saliendo con Dan y sus amigos durante un tiempo, yendo a todas aquellas diferentes fiestas acid. Rulaba mucho éxtasis. Lo suministraba un tipo llamado Brian. Era un pavo normal, no un camello ni nada parecido. Lo había descubierto en Ibiza el año anterior y había pillado suficiente para abastecer a sus colegas. Daba gusto relajarse y olvidarse de todo por un rato. Sobre todo después de haber estado en la trena. Y sentía que podía conectar con la gente. Estar a gusto entre ellos.

Pero al cabo de un tiempo pensé: «¿Y qué? A lo mejor las pastillas ya no me dan tanto subidón. A lo mejor me estoy aburriendo de ser feliz. Para ser sincero, esto no va conmigo». Era hora de volver al trabajo. Y aquella movida me había dado unas cuantas ideas.

Un lunes por la noche me encontraba en esa fiesta llamada Spectrum. Se celebraba en una discoteca que estaba debajo de los arcos de Charing Cross. Había subido a la galería de arriba para alejarme un rato del gentío. Recuerdo que contemplé el espectáculo de luz. Un láser verde desplegándose en abanico sobre la

multitud, como la fina capa de verdín de una piscina. Las manos levantadas para romper la superficie mientras por debajo se agitaba la vida en el estanque. Empecé a pensar en el montón de pasta que podía sacarles a todos aquellos bobos felices.

Claro que mentiría si dijera que fui el primero en pensar en todo lo que se podía sacar con aquel negocio. Ya había gente moviéndose. La ICF y otras bandas de hooligans estaban marcando el terreno en muchos de los clubes que estaban abriendo por todas partes. Pero eran los comienzos, y con un poco de organización alguien podría forrarse. Sabía a quién tenía que acudir.

En primera plana del *Sunday Illustrated* aparece una foto de uno de los camellos de Tony Tucker. «EXCLUSIVA: LOS HOMBRES INTERROGADOS EN LA INVESTIGACIÓN DE LA MUERTE POR ÉXTASIS.»

Beardsley está encantado.

—¿Tienes algo que ver con esto?

—Sí —contesto, y le hablo de mi encuentro con Keith.

—Muy buena, Gaz. Esto hará que estemos tranquilos por un tiempo. Lo cual me irá muy bien, porque ahora tengo otras preocupaciones.

—¿Qué pasa?

—Parece que ha vuelto a aparecer cierto individuo. O eso, o alguien está teniendo visiones.

Sé que no debo hurgar. Tan solo dejar que se explaye.

—Es ese maldito oro, Gaz —dice con expresión consternada—. Creía que ya habíamos acabado con eso, pero...

Enciende un cigarrillo. Me doy cuenta de que está nervioso.

—¿Te acuerdas de Solly? —pregunta.

Asiento.

—No sé, Gaz. —Suspira—. Puede que hayamos cometido un error muy grave.

—¿De qué estás hablando, Beardsley?

Levanta la mano y sacude la cabeza.

—No te metas en esto, hijo.

Vuelve a la primera página del diario.

—Has hecho un buen trabajo con este asunto —dice, dando unos golpecitos sobre el periódico—. A lo mejor ha llegado el momento de sacar para siempre a Tucker y sus amigos del negocio.

—¿Qué? ¿Delatarlos?

—¿Por quién me tomas, Gaz? No. —Se ríe—. Estaba pensando en algo más permanente.

Beardsley y Tucker no se llevan precisamente bien, aunque todavía hacen pequeños chanchullos juntos. Se supone que hay un acuerdo respecto a cómo está organizado el negocio, pero Tucker siempre está tentando a la suerte. Tiene fama de

estafar a la gente en asuntos de droga. Y ahora que su principal socio, Pat Tate, ha salido de la cárcel, se están creciendo cada vez más. A Beardsley le molesta la gente como Tucker y Tate. Los considera oportunistas que se han subido al carro, mientras que él ha construido cuidadosamente su organización y ha evitado problemas o llamar la atención sobre sus actividades.

—Lo que fácil viene, fácil se va —dice—. No debería haberles dejado meterse en mi negocio.

—Nuestro negocio —le recuerdo.

—¿Qué?

Hay veces en que me cabreo mucho con Beardsley. Él es el jefe, y a mí nunca me ha importado, pero en ocasiones se olvida de cómo fue la cosa. Después de todo, fui yo quien lo metió en todo esto.

En aquel entonces había llevado a Beardsley a la discoteca de Charing Cross.

—¿Qué coño es todo esto? —dijo, mirando desde la galería a los juerguistas desenfrenados que agitaban las manos en el aire.

—Lo llaman el Segundo Verano del Amor.

Se volvió hacia mí con una expresión agria en la cara.

—Pues es horrible.

Me encogí de hombros.

—Son negocios —le dije—. El éxtasis, las pastillas que toman esos chicos, vale veinte libras cada una.

—¿De veras?

—Sí. ¿Quieres probar una?

—No si te hace eso —dijo, señalando con la cabeza a la multitud de abajo.

—Da buen rollo.

—Te creo.

—El caso es que la venta está poco trabajada. No parece que haya mucha organización. Si pudiéramos conseguir unas buenas provisiones, podríamos vender más barato que la competencia y sacar un montón de pasta.

Beardsley meditó sobre ello un rato.

—No sé, Gaz. Ese supuesto Segundo Verano del Amor se acabará pronto. Por suerte. Después, toda esta movida podría quedar en nada. Y entonces nos veríamos endeudados con un montón de droga sin vender.

—No lo creo.

—¿No?

—No.

—Pues demuéstalo.

—¿Qué?

—Demuestra que puedes sacar pasta con esto. Entonces hablaremos. Y ahora me largo de este sitio. Me está entrando un dolor de cabeza de tres pares de cojones.

Fui a ver a Brian con Dan. Se mostró muy amigable, como si quisiera fardar un

poco. Sacó champán y coca y fue muy generoso. Era evidente que estaba ganando un buen pellizco con las pastillas, pero descuidaba mucho el negocio. No parecía que tuviera unas reservas en condiciones, y Brian no era precisamente un tipo serio. Además, había dejado que mucha gente se enterara de lo que hacía.

Le pregunté por las pastillas.

—Solo vendo a mis amigos —dijo.

Hablamos y hablamos, pero no conseguí que me dijera quién era su proveedor. No era tan tonto. Al final se lo solté directamente.

—¿Podrías conseguirme dos mil?

—Eso son muchos amigos, Gaz.

—Sí, bueno, yo... bueno, pensábamos dar una fiestecita.

—Hum...

Se quedó callado un rato. De repente parecía muy descolocado.

—¿Y bien?

—Sí, claro —dijo, haciéndose el despreocupado—. Pero dame un par de semanas.

—¿Cuánto?

—Esto, eh... quince... eh... quince mil.

Me preguntaba cuánto había aumentado el precio. No tardaría en averiguarlo.

—Genial —dije—. Avísame cuando las tengas.

Al cabo de diez días recibí la llamada. Me pasé a verlo de nuevo con Dan. Brian tenía las pastillas.

—Aquí tienes, tío —dice todo chulo, sujetando una bolsa llena de pastillas—. Hamburguesas amarillas, lo mejor que hay ahora en el mercado.

—Gracias, Brian —contesté, cogiendo la bolsa.

—Bueno... —dijo él sonriendo—. Esto...

—¿Qué?

Creo que sabía que algo no iba bien.

—Bueno... —dijo.

Se estaba poniendo muy, pero que muy nervioso. «Acabemos de una vez», pensé. Saqué el frasco y le arrojé amoníaco a los ojos. Él se llevó las manos a la cara, soltando unos chillidos horribles.

—Lo siento, Brian —dije.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó él gimiendo, mientras daba trapiés por todo el piso.

—Necesito saber quién es tu proveedor.

Respiraba con dificultad y gemía, jadeaba y resollaba. Maldiciendo.

—¡Joder! ¡Cabrones de mierda!

—Vamos, Brian —continué—, no querrás que te haga más daño, ¿verdad?

Lo cogí del pelo y le hice arrodillarse. No me costó mucho. Pero conseguir el nombre y la dirección fue más difícil. Holandés. Por suerte, Dan estaba allí para anotar el nombre correctamente. Lo llevamos al cuarto de baño a rastras y lo metimos



debajo de la ducha fría, llamamos a una ambulancia y nos largamos de allí.

—Eso no ha estado bien —me dijo Dan.

—Así aprenderá. Si no hubiera sido yo, habría sido otro.

—Joder, Gaz. No tenías por qué hacerlo.

—¿Qué te pasa?

Dan suspiró.

—No lo sé, Gaz. Creía que te habías tranquilizado.

Me encogí de hombros. Le habría dicho que estaba tranquilo. Que aquello eran negocios y que no había sido un acto de puro vandalismo. Pero sabía que él no lo entendería. Ni siquiera se quedó con una tajada de las pastillas que habíamos robado. El muy capullo no quería saber nada.

Fue entonces cuando Dan y yo nos distanciamos. No nos peleamos ni nada parecido; simplemente dejamos de pasar tiempo juntos. Él tenía a su familia y había dejado de salir con la gente de la ICF. Y yo estaba muy ocupado con lo que tenía entre manos.

Les entré a algunos tipos que conocía de las discotecas y de los que creía que podía fiarme. Les vendí las pastillas a veinte libras cada una, de modo que saqué casi veinte mil. Beardsley se quedó muy impresionado cuando dejé caer el montón de dinero en su mesa.

—Vaya, estoy impresionado, Gaz —dijo, sosteniendo el dinero como si estuviera pesándolo.

Le di el nombre y la dirección del contacto de Brian, pero Beardsley dijo que estaba planeando viajar a Amsterdam para hablar con unos amigos que tenía allí. Iba a devolverme el dinero, pero negué con la cabeza y levanté la mano.

—No —dije—. Es una inversión. En nuestro nuevo negocio.

Beardsley sonrió.

—Estás aprendiendo, hijo.

En aquella época corrían muchos rumores sobre quién controlaba qué en la escena del acid, como se llamaba entonces. Algunas bandas de hooligans se organizaron, y varios gánsteres y familias famosas querían meter baza. Pero era difícil estar al corriente de todo. Se abrían y cerraban locales continuamente. Se ocupaban almacenes durante una noche, y luego los organizadores cambiaban de sitio. Todo el mundo hablaba del acid house, pero nadie sabía con seguridad lo que iba a pasar a continuación. Beardsley tenía sus propias ideas sobre lo que debíamos hacer.

—Es cuestión de poder y control —dijo una noche que estábamos dándole un poco a la coca.

—Sí. —Asentí—. Claro.

—¿Sabes?, cuando estuve en la trena me dediqué a estudiar un poco.

Beardsley siempre se las daba de listo cuando tomaba algo de farlopa.

—Un romano —prosiguió—, Juvenal, se llamaba, dijo: «Quis custodiet ipsos

custodes?».

—¿Ah, sí?

No sabía de qué coño estaba hablando.

—¿Sabes lo que significa?

—No.

—Es latín. Significa: «¿Quién vigilará a los vigilantes?».

—Ah —dije, como si entendiera de qué iba aquello—. Ya.

—Lo que Juvenal quería decir es que aquellos a quienes el Estado o quien sea les confía el poder, son los que pueden acabar controlando el cotarro. Como esos países africanos en los que el ejército toma el gobierno.

—Sí. —Seguía sin comprender adónde quería llegar—. Claro.

—El que vigila las puertas, Gaz. Esa va a ser la clave de todo esto. No importa quién regente el club, quién organice el evento o lo que sea. Lo importante va a ser quién controla la seguridad. De esa forma tú decides quién puede meter la droga y venderla en el local. Son los vigilantes, Gaz, *ipsos custodes*.

Custodis Security, así es como he llamado a mi empresa de seguridad. Un nombre con clase, ¿verdad? Y me aseguro de que todo parezca en regla. Impuestos, IVA, seguridad social, todo el jodido lote. Cuando senté cabeza con Karen, la idea era enmendarme. No quería que nuestras hijas tuvieran a su padre en la cárcel.

Por supuesto, la empresa era una tapadera legal para los muchos chanchullos en los que andaba metido y también una forma de blanquear dinero, pero siempre me he cuidado mucho de que parezca legal. Entonces el ayuntamiento empezó a darme la vara. Todo ese asunto del Registro de Sanidad y Medio Ambiente. Ha habido quejas contra algunos de mis porteros y contra mí personalmente por «empleo excesivo de fuerza», y también ha habido sospechas de que mis empleados han permitido la entrada de droga en el local.

No hace falta decir que el asunto de la chica muerta no ha ayudado mucho. Es miércoles por la mañana y estoy sentado frente a todos ellos. Un par de tipos del departamento de permisos de la policía, algunos concejales locales, el tal Roger Gilbey que me mandó la carta y la mujer de Sanidad y Medio Ambiente que anuncia que va a presidir la sesión. Una farsa de juicio, más bien.

Ella empieza a hablar con voz monótona en esa lengua extranjera de normas y procedimientos, supervisión y directrices. Estoy a punto de dormirme. Otra mala noche y acabaré con la cabeza jodida. Al principio me limito a asentir todo el rato. Intentan mostrarse muy razonables y toda esa mierda antes de pasar al ataque.

Entonces empieza la agresividad. Quejas. Personas agredidas por mis porteros. Pruebas de la existencia de tráfico de drogas aparentemente autorizado por algunos de mis porteros. Los antecedentes penales de algunos de ellos. Mis antecedentes penales. Salto y digo:

—Espere un momento.

Pero la mujer me ataja y dice:

—Señor Kelly, por favor, no interrumpa. Tendrá ocasión de responder a los alegatos a su debido tiempo.

Y me mira como si fuera un puto colegial travieso o algo por el estilo. Intento mantenerme tranquilo. Pienso en lo que puedo decir para salir bien parado de esto cuando llegue el momento. Pero entonces todo se tuerce.

—Y tenemos entendido —está diciendo uno de esos cabrones— que su mujer, señor Kelly, ha solicitado una orden judicial contra usted como parte de las medidas emprendidas en una denuncia por agresión.

Entonces, claro, pierdo los papeles.

Estoy gritando. Estoy de pie y gritándoles.

—¿Qué coño tiene eso que ver con ustedes?

—Señor Kelly, cálmese, por favor.

—¡Eso no tiene nada que ver con ustedes!

Ahora sí que la he cagado. Resulta curioso que una parte de mi cerebro sea consciente de ese hecho, mientras que el resto está totalmente desquiciado. Voy a perder el permiso, y medio Essex sabe que maltrato a mi mujer. Genial. Cojonudo. No tiene sentido aguantar más mierda, así que me largo.

Voy a perder el permiso. Mi medio de vida legal al garete. Y ahora que Beardsley está cerrando puertas, ¿qué coño voy a hacer para ganar dinero? Se esfuma tan rápido, joder. El dinero sucio se consume y el dinero limpio que he pasado por la empresa... bueno, ese se lo va a quedar hacienda en su mayor parte.

Lo que más me fastidia es que estoy seguro de que mencionaron a propósito la orden judicial de Karen para provocarme. Para cabrearme y confirmar lo que opinaban de mí: que soy un matón sin dos dedos de frente. Y fue horrible ver que todo salía a la luz. Incómodo. Peor que eso. Vergonzoso.

Me he tomado unas cuantas copas y estoy a punto de romper a llorar. Lo siento mucho, joder. Me encuentro en un estado lamentable. Tengo que sobreponerme. Me lavo y me afeito. Se está haciendo tarde. Un par de rayas y me noto un poco más espabilado. Además, la coca anestesia un poco los problemas.

Tengo que salir. Tengo que demostrar que puedo mantener el tipo. Yo también necesito saber lo que está pasando. Si Beardsley no está dispuesto a hacer nada, tal vez encuentre a alguien que sí lo esté. Conduzco hasta el Club de Campo de Epping Forest. Un sitio bastante ostentoso. Conozco a los tipos de la puerta. Algunos han trabajado para mí. Charlo un poco con ellos.

Entro y veo unas cuantas caras conocidas. Cautelosos saludos con la cabeza por todas partes. Todos desconfían de todos desde la muerte de la chica. Han trincado a muchos camellos, han hecho redadas en clubes. Un montón de mercancía de primera tirada por el retrete en momentos de pánico. La Brigada de Narcóticos de Essex, extraordinariamente activa. El mundo del crimen de Essex, totalmente paranoico.

Diviso a Tony Tucker y Pat Tate en un rincón. Cuesta no verlos, los dos son unos cabrones enormes como yo. Lo primero que me pasa por la cabeza es: «Evita a esos dos. Estarán muy cabreados por lo que le he contado a la prensa». Pero entonces pienso: «Un momento, ellos no saben que fui yo, ¿no? Y no quiero que parezca que les estoy esquivando».

Les mando una botella de champán. Un gesto con clase que les gustará. Tucker me hace una señal con la cabeza y me acerco.

—¿Todo bien, Gaz? —dice Tony cuando me siento con ellos.

Se muestra bastante cordial. Un poco nervioso.

Pat Tate está farfullando. Renegando por lo bajo. Salta a la vista que está fuera de sí.

—Vamos a darles una paliza —está diciendo—. Vamos a coger a esos hijos de puta.

—Tranquilo, Pat —murmura Tony.

—¿Todo bien, colega? —Pat me sonrío—. ¿Cómo le va a Beardsley?

—Está bien.

No parece que sospechen nada, y su acuerdo con Beardsley sigue como siempre. Me quedo a tomar un trago con ellos. Tate está colocadísimo. Recuperando el tiempo perdido. Salió hace un mes de la cárcel. También quiere recuperar el tiempo perdido de otras formas. Está diciendo lo mucho que ha echado de menos ganar montones de dinero porque ha estado demasiado tiempo a la sombra. Mira a su alrededor y ve lo bien que les han ido las cosas a otras personas. Sé cómo se siente. Beardsley se ha comprado una gran mansión, y yo tengo una casita que vale menos de lo que pagué por ella.

Tate acaba de volver de Holanda. Ha ido a recuperar el dinero que le debían de una partida de costo chungo que había metido de contrabando. Ahora tiene algo de pasta, y él y Tucker están a punto de hacer un trato. Está hablando demasiado. Tony Tucker es un tipo callado. Me hace preguntas. Es evidente que quiere saber en qué andamos metidos Beardsley y yo.

—Beardsley no va a hacer nada hasta que el asunto de la chica muerta se calme un poco —le digo.

—¿Y tú? —pregunta Tucker.

Me encojo de hombros. No les digo que voy a perder el permiso como encargado de seguridad. ¿Qué voy a hacer? Tengo que empezar a ganar dinero pronto. Hay facturas pendientes, y se me está acabando la pasta. Tengo que pagar los impuestos y el IVA de Custodis Security. No sé lo que va a pasar con Karen, pero no quiero que a las niñas les falte de nada. Tantas cosas en las que pensar y tanto dinero que se me va por la nariz...

Todo el mundo está tomando demasiada droga. Sobre todo Tate. Y también tiene el cuerpo todo hinchado por los esteroides. Pat tiene una buena reputación en Essex. En 1988 se enzarzó en una pelea en un restaurante de carretera y acabó robando la

caja. Cuando lo detuvieron le encontraron un montón de material encima. Dos semanas después, en una audiencia para confirmar su encarcelamiento provisional en el juzgado de Billericay, saltó del banquillo de los acusados y escapó en una moto que le esperaba fuera. Se escondió una temporada en España, pero cometió el error de ir a Gibraltar, y allí lo trincaron. Acabó cumpliendo seis años de condena por lo que había empezado como una trifulca en un restaurante de mala muerte.

Más tarde me habla de sus planes. Alardea del dinero que va a ganar trayendo remesas de coca del continente en una avioneta.

—Todo el mundo ha ganado un dineral de la hostia mientras yo estaba en el trullo —dice—. Pues ahora me toca a mí. Si en este momento no estás haciendo nada con Beardsley, ¿por qué no te juntas conmigo?

—¿A qué te refieres?

—Pon una cantidad de dinero. Tengo algo preparado. Sí pones dinero, podrías doblarlo.

—¿Cuánto?

—No sé... digamos que treinta mil. En una semana podría doblártelo.

—No sé, Pat.

—Vamos, Gaz. Deberías empezar a ganar dinero para ti solo. No seas el puto socio minoritario de Beardsley toda tu vida.

—Sí, bueno. Me lo pensaré.

—Hazlo. Pero hazlo rápido. Como te he dicho, tengo algo preparado.

Vuelvo a casa. Pienso en ello. Treinta mil libras convertidas en sesenta mil. Con ese dinero podría ganar algo de tiempo. Solucionar las cosas con Karen. Apartarme un poco de todo esto.

También pienso en lo que Tate ha dicho acerca de Beardsley y de mí. Estoy harto de estar a su sombra. Él ha ganado mucho más que yo con todo esto, aunque fui yo el que vio cuánto se podía sacar con la movida rave.

Fue a finales de 1988. Yo había ido a una rave en las afueras que se celebraba en un hangar abandonado de Kent. El lugar era secreto; la dirección exacta se había dejado en el servicio de contestador de una central telefónica solo un par de horas antes de que empezara la fiesta. Un enorme convoy de coches apareció a la hora señalada. Paradise, se llamaba la rave, y fue la hostia. La carretera secundaria que llevaba hasta allí estaba bordeada de bengalas. Había hielo seco por todo el suelo, láseres parpadeando contra el cielo nocturno y un equipo de sonido descomunal que vibraba tanto que se te metía en los huesos. Había atracciones de feria e incluso un puto castillo hinchable. Los fiesteros iban todavía más estrafalarios que de costumbre, con guantes blancos y gafas protectoras, pintura facial fluorescente, un tipo con zancos paseándose por allí, y todos con las manos al aire como si estuvieran adorando a un dios. Yo me había tomado un éxtasis y me sentía muy feliz. Lo que me daba más

subidón, sobre todo, eran las cifras. Debía de haber casi diez mil asistentes en aquella rave, todos empastillados. Quince libras la entrada y otras quince una pastilla... la cabeza me daba vueltas calculando los números. Si pudiéramos meternos en algo así, sería para descojonarse.

Se lo conté a Beardsley y pasamos un tiempo averiguando quiénes estaban detrás de todo aquel rollo de Paradise. Resulta que el organizador era un tipo educado en un colegio privado llamado Ben Holroyd-Carter. Utilizaba a antiguos militares como miembros de seguridad, gente de fuera de Londres, palurdos. Reunimos un grupo increíble de matones para dar el golpe. Luego secuestramos al tipo y lo llevamos a un garaje que Beardsley usaba para esos fines.

Lo atamos a una silla y le atizamos un poco. Beardsley le informó del nuevo acuerdo. Nosotros nos quedaríamos con el cincuenta por ciento de los ingresos y controlaríamos toda la droga que entraba en las fiestas.

—Gracias por vuestra amable oferta —dijo Holroyd-Carter con su voz de pijo, tratando de aparentar serenidad—, pero ya tenemos nuestra propia seguridad.

Le puse mi cúter debajo de la nariz.

—¿Te gustaría tener una cara sonriente permanente? —le pregunté.

Beardsley me hizo un gesto para que me apartara. Tenía un gran teléfono móvil en la mano.

—Escucha, dame el número para llamar a tus muchachos. Les diré que vengan aquí, y podrás comunicarles cómo van a funcionar las cosas de ahora en adelante.

—No les va a hacer ninguna gracia. ¿Y si la pagan conmigo?

—No te preocupes por eso. Nosotros podemos tratar con esos paletos. Pero una cosa es segura: si tú no negocias con nosotros, te cortamos el pescuezo.

De modo que Holroyd-Carter los llamó, y llegaron en masa. Teníamos a todos nuestros hombres allí, armados hasta los dientes. Bates de béisbol, gas lacrimógeno, armas de fuego. Superábamos en número y pistolas a aquella banda de ex militares. Aun así no se achantaron ante la situación, pero nosotros llevábamos ventaja.

—Mira. —Beardsley estaba hablando con Holroyd-Carter—. Sabías que era cuestión de tiempo que una organización de Londres tomara el mando. ¿Acaso te pensabas que todos los delincuentes de la capital no querrán meter baza en este negocio tarde o temprano? Podemos ofrecerte mejor protección que este hatajo de pardillos. Así que díselo.

Holroyd-Carter suspiró.

—Lo siento, chicos —les dijo a los militares—. Voy a tener que quedarme con estos tipos.

Los paletos nos miraron y se miraron entre ellos. Por un momento pareció que fueran a hacer algo. Pero de repente su cabecilla se encogió de hombros y dijo:

—Oh, joder, tíos. Vámonos.

Y se marcharon.

De modo que Paradise pasó a ser nuestro, y durante el siguiente año Holroyd-

Carter organizó aquellas gigantescas raves por todo el sudeste. Ben era un hijo de puta listo. Beardsley creía que podría aportar algunos de sus conocimientos de promoción musical, pero acabó aprendiendo de él. También sabía de blanqueo de dinero.

Paradise Incorporated estaba registrada en las islas Vírgenes, un pequeño paraíso fiscal, de modo que era intocable para las autoridades.

—Nunca subestimes a un niño rico —me dijo Beardsley—. Tienen ojo para los negocios, lo maman de la leche de sus madres.

Además, Ben tenía muchos amigos útiles en las altas esferas: abogados avisados que hacían todo el papeleo, turbios contratos de arrendamiento de los terrenos, etcétera. Muchas de las personas que venían a las fiestas creían que asistían a un acto antisistema, pero Holroyd-Carter era todo un conservador.

—Es la cultura empresarial, Gaz —me dijo en una ocasión.

—Sí, más bien la puta cultura *Starship Enterprise* —contesté, mirando a todos aquellos flipados del espacio que había a mi alrededor.

También entendía de tecnología. Utilizaba el servicio de banco de voz de British Telecom, lo que significaba que podía conectar muchas líneas telefónicas con un contestador automático. Gracias a eso, podía dejar un mensaje informando a todo el mundo del lugar de la fiesta desde su teléfono móvil en el último minuto, y despistar así a la pasma.

Y la M25 acababa de inaugurarse. Todas las raves se montaban en algún sitio cerca de ella. Como era una gran autopista circular, resultaba más difícil que la poli pusiera controles. La noche de la fiesta se formaba un largo convoy de fiesteros, esperando la señal. «A ponerse en órbita», era lo que decía Ben.

Yo me sentía listo de cojones. Había mucho dinero de por medio, y esta vez me había adelantado a la competencia. La moda siempre me había jugado malas pasadas antes, pero ahora me estaba desquitando. Aprendí algunas palabras que usaban los aficionados a las raves. «Pitufos» para referirse a la policía, «guay» para casi todo, etcétera. Y me pusieron un apodo. Me llamaban «el Tronco Gaz». Al principio creí que se estaban cachondeando de mí, pero llegué a considerarlo una señal de respeto. Una señal de que yo era el tronco número uno, por así decirlo.

Es viernes y lo he arreglado todo para sacar treinta mil libras de la cuenta tributaria de Custodis Security. No queda mucho saldo. A la mierda. Podría perfectamente disolver la empresa. Meter el dinero en una bolsa de deporte, llevarlo a casa y guardarlo. Hoy entierran a la chica que murió. Me entero del funeral por las noticias que suenan en la radio del coche. El sacerdote se lamenta de que no es a ella a quien se debe culpar, sino que la culpa es de una sociedad que ha permitido que el cáncer de la drogadicción destruya tantas vidas. Etcétera, etcétera.

Por la tarde tengo una cita con el doctor. Es un consultorio, y me imagino que a

quien voy a ver es a un hombre. Pero no lo es. El doctor Hanson resulta ser una mujer.

De modo que me cuesta hablar del asunto. Es incómodo. ¿Qué digo? «He pegado a mi mujer, y ella tiene una orden judicial contra mí y cree que me he vuelto un psicópata, ¿me puede poner en tratamiento, por favor?»

Comienzo diciendo que he tenido problemas para dormir, pesadillas y todo eso. Le cuento que me cuesta controlar el genio y que a veces me siento paranoico. Y ella se limita a quedarse sentada asintiendo. Al final dice:

—Y bien, señor Kelly, ¿cuál cree que es el problema?

—Bueno —contesto—, no lo sé. Usted es la doctora.

—Hum, sí. ¿Cree que es un problema médico?

«Joder», pienso.

—No lo sé —digo.

—Porque podría mandarlo a un psiquiatra, si es lo que quiere.

—¿Un loquero?

La doctora Hanson suelta una risita.

—Sí, un loquero. ¿Quiere que haga eso?

—La verdad es que no.

—Verá, señor Kelly, hay muchas formas de considerar el caso. Usted tiene dificultad para dormir, sentimiento de ansiedad y problemas de agresividad y violencia. ¿Diría que es una persona violenta, señor Kelly?

Alza la vista y me mira fijamente a los ojos.

—Sí —digo—. Supongo.

Ella se levanta, se acerca a un archivador y empieza a buscar dentro.

—Mire, tengo algo —está diciendo—. A ver... ¿dónde lo habré...? Ah, aquí está.

Sostiene un pequeño folleto en la mano. Me lo da.

—AVME —dice.

—¿Qué? —replico con cara de tonto.

—Disculpe —continúa—. Asociación contra la Violencia Machista en Essex. Es un grupo de apoyo para hombres en su situación. Se reúne todas las semanas. ¿Por qué no lo intenta?

«Me cago en la puta», pienso. Un jodido grupo de apoyo. Sentémonos en un corro y presentémonos. «Hola, me llamo Gary y soy matón profesional.» Pero asiento y miro el folleto como si estuviera interesado. A lo mejor puedo convencer a Karen de que estoy haciendo algo para cambiar. A lo mejor eso da buena impresión si hay que ir a los tribunales.

La doctora Hanson está escribiendo algo en un recetario.

—Puedo darle algo para ayudarle a dormir. Pruebe a ver qué tal le va y vuelva a verme si no le hace efecto.

Compro las pastillas en la farmacia y conduzco de vuelta a casa. Hay mucho tráfico. Todo el mundo está de compras. Faltan menos de cuatro semanas para



Navidad. Todas las casas de mi calle tienen puestos los adornos. Solo una está a oscuras. Decido poner algunas lucecitas de colores alrededor de las ventanas. No quiero que los ladrones piensen que la casa está vacía. No quiero que los vecinos piensen que mi mujer y mis hijas me han abandonado.

Saco a rastras la caja de Navidad del armario de debajo de la escalera. Me pongo a elegir las luces y los adornos. Pienso: «Tal vez debería comprar un árbol». Pienso: «¿Para qué cojones?». Coloco las luces, y por alguna razón el esfuerzo me deja exhausto. Depresión, supongo.

Pido algo de cena y me tomo varias copas. Decido no tocar la droga esta noche. Acostarme pronto, sí. Examino las pastillas que me ha recetado la doctora. Temazepam. Sí, me tomaré unas cuantas.

Echo un vistazo al folleto. Mierda. No quiero hablar de mis problemas personales con una panda de tíos que no conozco de nada. Aun así, quizá debería contárselo a Karen. Después de todo, fue idea suya que fuera a ver a alguien.

La llamo por teléfono. Suena un par de veces y luego se oye una voz grabada. «El número marcado no existe. Por favor, inténtelo de nuevo.» Mierda, debo de haberme equivocado al marcar. Vuelvo a llamar. La misma voz cursi me dice que el número no existe. Joder. Karen ha cambiado de número.

Pero tengo ganas de hablar con ella. No estoy seguro de qué voy a decir. Que lo siento, supongo. ¿Que la echo de menos? Bueno, la verdad es que ya no sentimos gran cosa el uno por el otro. Pero hubo un tiempo en que fue bonito. Lo echo de menos. Me tomo otro puñado de temazepam y me voy a la cama dando tumbos.

La conocí en el verano de 1989, en una de aquellas raves. Era ya por la mañana y el sol estaba saliendo sobre un campo lleno de juerguistas colocados hasta las cejas que seguían aún de fiesta. Yo estaba dando una vuelta por allí, controlándolo todo. A veces la gente nos daba el toque si había alguien vendiendo que no era de los nuestros. Entonces lo agarrábamos, lo echábamos y nos quedábamos con su droga para venderla. Iba caminando por el margen del terreno donde se celebraba la rave. Los pájaros armaban un buen jaleo, como si estuvieran compitiendo con el ruido de la línea de bajo que sonaba de fondo. Me fijé en una chica que estaba agachada junto al cerco. Pensé que a lo mejor le había sentado mal algo que había tomado, así que me acerqué.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, plantado de pie junto a ella.

Ella levantó la vista con una increíble sonrisa en la cara. Unos ojos verdes luminosos a la escasa luz del sol. Las pupilas como puntitos.

—Solo estoy cogiendo flores —dijo—. No lo hacía desde que era una cría.

Me senté a su lado. La hierba estaba mojada del rocío, pero me daba igual.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo.

—Sí —contesté—. Muy bonita.

Había hecho una guirnalda de margaritas y me la puso sobre la cabeza como una pequeña corona.

—Venga ya —dije, riéndome.

—No. Te queda bien.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Karen.

—Hola, Karen. Yo soy Gaz. El Tronco Gaz.

Se echó a reír al oírlo y nos quedamos mirándonos un rato a los ojos, y luego empezamos a besarnos. Yo sentí un calor y un cosquilleo, todavía bajo el efecto de las pastillas. El «subidón del amor», como solían decir, y en ese momento supe lo que significaba. En realidad no era algo sexual. Sentía que quería estar cerca de aquella chica, tocarla con suavidad y delicadeza.

Volvimos andando a la fiesta cogidos de la mano. «It's just the sun rising», decía la canción que sonaba. Y así era: el sol estaba saliendo. Karen y yo nos miramos y nos reímos como si de repente hubiéramos pensado lo mismo. Como si estuviéramos conectados. Una voz de mujer cantaba unas extrañas notas por encima de la música. Repetitiva. Hipnótica. Murmullo, murmullo, murmullo. «Love is just a state of mind. You leave behind.»

Acabamos en mi casa a las tres de la tarde y nos acostamos. Fue algo sudoroso y torpe, pero estuvo bien. Era agradable estar simplemente tumbados el uno al lado del otro, los dos totalmente hechos polvo. Vacíos y en silencio. Solo un cálido zumbido para adormecernos.

Cuando me despierto hace una mañana fría y gris. Sombría. Pero el temazepam ha surtido efecto. He dormido de un tirón y no he tenido pesadillas. Pero tengo la cabeza un poco espesa.

Me levanto y me preparo una taza de té. En el felpudo hay una carta del Programa de Registro de Sanidad y Medio Ambiente. Le echo una ojeada: «... le informamos oficialmente de que, tras la debida consideración, hemos decidido suspender con carácter inmediato su permiso para ofrecer servicios de seguridad en establecimientos de ocio...». La tiro al cubo de la basura.

La casa está hecha una pocilga. Intento ordenarla un poco. Suena el teléfono y lo cojo. Un pequeño atisbo de esperanza; a lo mejor es Karen. Idiota. Es Frank, el encargado de Tiffany's.

—¿Qué pasa, Gaz? Acabo de enterarme de que te han quitado el permiso.

—Sí, así es.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Quién va a vigilar el local esta noche?

—No lo sé, Frank. Supongo que tendrás que solucionarlo.

—Pero hoy es sábado, Gaz. O sea...

—Bueno, ya no es mi problema. Me han quitado el trabajo, ¿no?

Él sigue largando. Le importa un carajo mi situación.

—¿Y qué les voy a decir a tus porteros cuando se presenten esta noche?

No necesito esta mierda.

—No lo sé, Frank, y me importa un carajo.

—Pero, Gaz...

—Mira, Frank, vete a tomar por culo. Y déjame en paz, ¿vale, inútil de los cojones?

Cuelgo y me pongo a pensar. Mierda. Todos esos cabrones me van a llamar por teléfono. Encargados de clubes, porteros contratados por mí, tipos que me pagan para utilizar mi empresa como tapadera y poder presentar a la gente facturas legales por sus servicios, etcétera. Que les den. Custodis ha entrado en liquidación. La semana que viene tendré que hablar con el contable.

Por supuesto, eso significa que no podremos controlar quién trapichea con drogas en todos esos locales. Y a Beardsley no le va a hacer ninguna puta gracia. En fin, ya lo he decidido, pienso ganar toda la pasta que pueda y mandar todo esto a la mierda. Empezar de cero en otra parte.

Llamo a Pat Tate y le digo que me apunto al negocio. Quedo con él en un café del centro comercial Lakeside, en Thurrock.

Meto la bolsa de deporte en la parte de atrás del coche y me dirijo hacia allí. El cielo tiene un aspecto frío, gris y encapotado. Parece que va a volver a nevar.

Entrego el dinero.

—¿Qué te parecería asociarte con nosotros, Gaz? —dice.

—No lo sé, Pat.

—Beardsley te tiene corriendo de un lado para otro haciendo el trabajo sucio, ¿y qué has conseguido con eso, eh?

—Bueno...

—Vamos a ser la organización más importante de Essex. Vamos a tomar el puto territorio. Tienes que asegurarte de estar en el bando ganador, Gaz.

Me encojo de hombros. No sé qué decir. Me levanto.

—Tengo que irme —digo.

—¡Piénsalo! —grita Tate detrás de mí mientras me marchó.

Vuelvo a casa y me encuentro un montón de mensajes. No escucho ninguno salvo uno de Beardsley. Que lo llame. Quiere que vaya a su casa.

Cuando llego está oscuro. Hablo por el portero automático y la verja de hierro forjado se abre muy despacio. La grava cruje bajo mis pies mientras camino hasta la entrada de la enorme mansión. Columnas iluminadas y ánforas griegas. Beardsley aparece en la puerta con uno de sus rottweiler. Parece nervioso.

—¿Estás solo? —pregunta.

—Sí, claro.

Deja suelto al perro y me hace pasar a un gran salón con bar. Se dirige a la barra para servir unas copas.

—¿Te va bien un coñac?

—Claro —digo sentándome en un gran sofá de ante blanco.

Beardsley se acerca y me pasa una copa enorme. Se sienta en un sillón.

—Bueno —empieza, sin andarse por las ramas—, ¿qué pasa?

—¿Qué?

—¿Qué es eso de que te han quitado el permiso?

Suspiro.

—Son esos cabrones de Sanidad y Medio Ambiente.

—¿Así que ya no controlas la seguridad en el Southend?

—No.

—Genial. Eso es cojonudo, Gaz. ¿Y qué voy a hacer yo ahora?

—No lo sé.

—Voy a tener que encontrar a otra persona para que se encargue. Ya no me sirves de nada.

—Joder. Muchas gracias, Beardsley.

—Es la puta verdad. Ahora ya no sirves de nada a nadie. Te pasas colocado casi todo el tiempo. Mira, sé que has tenido problemas personales, pero yo tengo un puto negocio que dirigir.

—Creía que con lo de la chica muerta teníamos que pasar desapercibidos.

—Sí, pero no me refería a que nos fuéramos al garete. ¿Y qué es eso de que te estás mezclando con cierta gente?

—¿De qué hablas?

—Lo sabes muy bien. Estás tramando algo con Tucker y Tate, ¿verdad?

—¿Has estado vigilándome?

—Mira, esa gente no está siendo precisamente discreta. El día menos pensado la van a cagar bien cagada. En fin, ya he tenido bastante.

—¿Qué?

—La cosa ya no funciona. Estás hecho un puto desastre. Y ya no puedo confiar en ti.

Eso estaba totalmente fuera de lugar.

—¿Que ya no puedes qué? —pregunto.

—Ya me has oído.

—Cabrón de mierda. Puto desagradecido.

—¿Qué?

—Después de todo lo que he hecho por ti.

—¿Que tú has hecho por mí?

—Fui yo el que te metió en esta movida. Yo. Siempre te has llevado más dinero que yo, pero la idea fue mía. Pues que te den por culo, Beardsley. Gracias por todo.

Y me largo.

—¡Yo te saqué del arroyo cuando no eras más que un pobre macarra! —grita detrás de mí.

«Que le den», pienso. No lo necesito. Puedo aceptar la oferta de Tate y asociarme con ellos. Vuelvo a casa y pienso: «Quince años trabajando con Beardsley para acabar así. Demencial. Antes todo parecía tan fácil... Era muy sencillo cuando solo nos dedicábamos a las grandes raves. Era muy divertido.»

Todo el mundo venía a Paradise. Me refiero a gente de todo tipo. Desde chicos de clase obrera que querían vivir a tope hasta yuppies capullos que solo buscaban ponerse ciegos los fines de semana. No había un estilo generalizado. Vale, los fiesteros acérrimos llevaban pequeños detalles curiosos (guantes blancos, chupetes, mascarillas embadurnadas de Vicks VapoRub, que supuestamente aumentaba el subidón), pero no parecía que hubiera surgido una gran moda. Mucha de la gente que venía era bastante mayor. Recuerdo estar mirando esa multitud variopinta y pensar que algo había llegado a su fin, que la moda había llegado a su fin... bueno, al menos como manifestación de juventud y rebeldía.

Claro que toda aquella gente tan feliz, tan sonrientes unos con otros, no habría dudado en liarse a hostias de no haber sido por las pastillas. La música se volvía cada vez más rápida y más dura. «Desfase», a eso se dedicaba todo el mundo aquel verano: a «desfasar». Pero eran lo bastante apacibles para dejarse controlar. Dóciles. En las raves casi nunca teníamos que hacer un trabajo auténtico de seguridad. Tan solo organizar la venta de droga y estar atentos por si alguna banda rival quería pisarte el negocio.

Beardsley me dijo que había leído un libro ambientado en el futuro en el que el gobierno daba a los ciudadanos una droga de la felicidad para mantener el orden. «Soma», se llamaba, y a él le recordaba al éxtasis. Dijo que el Estado debería repartirlo por la seguridad social si quería que las cosas siguieran tranquilas y en calma.

Sonrió.

—Claro que, si fuera legal, nosotros nos quedaríamos sin trabajo, ¿verdad?

Los que mandaban no pensaban como él y se estaban poniendo un poco nerviosos, «PONGAMOS FIN A LAS MALIGNAS FIESTAS ACID», era uno de los típicos titulares que aparecían en la prensa. «Malvados traficantes vendiendo droga abiertamente sobre un fondo de música alucinógena y láseres.»

La pasma empezó a organizarse para clausurar las raves. Los pitufos se estaban espabilando. Se creó una brigada especial para ocuparse de aquello; la Unidad de Fiestas, se llamaba. Su objetivo era evitar que las raves llegaran a celebrarse. Porque si había diez mil o veinte mil personas en un campo o un almacén, sería muy difícil detenerlos a todos, ¿no? Policías de incógnito rondaban las discotecas y las tiendas de discos y recogían folletos publicitarios. Escuchaban emisiones de radio pirata e incluso empezaron a emitir ellos mismos, remitiendo a posibles interesados a lugares equivocados. Helicópteros policiales sobrevolaban la M25 durante las horas previas a

la noche del sábado en busca de algo grande y sospechoso en movimiento, como atracciones de feria.

Holroyd-Carter era listo, pero se le estaba acabando la suerte. Una noche la Unidad de Fiestas siguió a los técnicos de iluminación de Paradise hasta el lugar de la celebración y lo cerró todo a eso de las seis. Había un local de reserva, un almacén del East End, de modo que todo el mundo se dirigió hacia allí. Pero la poli tuvo un día redondo, porque también consiguieron encontrar aquel sitio. Serían las diez, todo el montaje de Paradise estaba de nuevo en marcha y habría unos mil chicos en el edificio. De repente apareció todo un convoy de furgones de la bofia, antidisturbios, perros, de todo. Holroyd-Carter trató de razonar con ellos con todo su papeleo engañoso y sus modales pijos, pero no se tragaron nada. Un tipo con un megáfono ordenó a todo el mundo que se dispersara. Algunos chicos intentaron plantar cara, pero les hicieron retroceder rápidamente a palos. Yo tuve que largarme de allí porque llevaba un montón de material de primera encima.

Holroyd-Carter organizó una reunión con Beardsley y conmigo a la semana siguiente. Había malas noticias.

—Me temo que lo dejo —nos dijo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Unos problemillas de nada y ya te asustas?

—Mira, me tienen tan vigilado que apenas puedo tirarme un pedo sin que se enteren. Los inspectores de hacienda y los de aduanas me están investigando. No puedo permitirme tantos quebraderos de cabeza.

—¿Y en qué situación nos deja eso a nosotros?

—En fin, caballeros, ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

—¿Cómo sabemos que no nos estás engañando? —saltó Beardsley bruscamente.

Ben empezó a ponerse un poco nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sabemos que no te has asociado con otra organización?

—Te aseguro que no es así.

Lo agarré del cuello y lo levanté un poco de la silla.

—Deberíamos zurrarle de todas formas —le dije a Beardsley.

Ben respiraba con dificultad y se estaba poniendo de un color extraño. Beardsley se echó a reír.

—Suéltalo, Gaz.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Así que lo dejé caer sobre la silla.

Y eso fue todo. A finales de 1990 todo había acabado. La mayoría de las otras raves también fueron clausuradas más o menos por entonces. Algunos creyeron que fue por la poli y la Unidad de Fiestas, pero también fue por nosotros. Los delincuentes, quiero decir. La cosa había resultado un poco dura para alguna gente. Pero hubo algo que cambió para siempre: la droga. Todo el mundo la tomaba ahora.

Así que habría mucho dinero para el que estuviera dispuesto a involucrarse.

Pero también en mi vida estaba pasando algo muy importante. Karen estaba embarazada.

—Gary, ¿verdad?

—Sí, bueno, todo el mundo me llama Gaz.

Estoy en una reunión de la Asociación contra la Violencia Machista en Essex. Un centro social deprimente, sillas de plástico formando un corrillo. Té y café en una mesa en el rincón. He llegado pronto y solo estamos el tipo con el que hablé por teléfono y yo.

—Soy Bob —dice.

—¿Tú eres el profesor?

Se echa a reír ante mi comentario.

—No, soy el moderador del grupo.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, mi trabajo consiste en intentar que la gente hable y comparta sus experiencias. El objetivo de AVME es que los hombres acepten su responsabilidad y se apoyen entre ellos. El grupo pertenece a los hombres que lo forman y son ellos quienes lo manejan. Yo solo estoy aquí para ayudar a que empiece a funcionar.

«Hay que joderse», pienso. Bob nota que no estoy demasiado entusiasmado.

—No es fácil, Gaz. Pero recuerda que una de las cosas más difíciles es tener las agallas para decidirse a venir a las sesiones de grupo.

Voy a servirme un vaso de té. La gente empieza a llegar. Los miro a todos. Maltratadores, seguramente. Como yo. ¿Por qué no lo llamamos simplemente Maltratadores Anónimos? Oh, mierda. Un conocido. Me cago en la puta, no me lo puedo creer. Acaba de entrar por la puerta alguien a quien conozco. Es Trevor no sé qué; trabajó de portero para mí hace un par de años.

—Me alegro de verte, Gaz —me dice.

Me inclino hacia su oído.

—Mira —digo en voz baja—, la idea de venir aquí no ha sido mía. Y si alguien se entera de esto, te juro por mis cojones que te mato.

—Tranquilo, Gaz.

Luego nos sentamos todos en corro. Al lado de Bob hay una pizarra de papel sobre un soporte con las palabras «NORMAS BÁSICAS» escritas arriba del todo. Bob me presenta y todo el mundo dice su nombre. Luego se supone que tenemos que ir proponiendo cuáles serían esas normas, que Bob va escribiendo en la pizarra con un gran rotulador. Cosas como no interrumpirnos unos a otros ni emitir juicios. Una de las normas se llama «CONFIDENCIALIDAD DE GRUPO», y significa que todo lo que decimos en la sesión no puede repetirse en ninguna otra parte. En ese punto me aseguro de captar la atención de Bob y lanzarle un pequeño cabeceo y una mirada

significativa. La última es «SER POSITIVO», que Bob subraya dos veces. Me entra un terrible desasosiego.

Ahora todos nos turnamos para hablar. Siguiendo el orden del corro. Todas esas confesiones. Gente hablando de las palizas que recibieron de niños y diciendo que les enseñaron a ver la violencia como algo aceptable. Todo el mundo parece haber logrado averiguar por qué ha hecho cosas malas. Un tipo no para de decir que es como una adicción, el subidón de adrenalina y todo eso. Otro dice que siempre se sentía impotente y que la agresividad era una forma de imponerse.

Todo el mundo parlotea de sí mismo. Es como uno de esos programas de testimonios que le gustan a Karen. No lo entiendo, estos tíos se están delatando a sí mismos, examinándose de todo lo malo que han hecho en su vida.

Me llega el turno y no sé qué decir.

—No sé qué decir.

—No pasa nada, Gaz —dice Bob—. Basta con que compartas alguna cosa.

Mierda. «Sin comentarios —es lo que digo normalmente cuando alguien me hace preguntas—. Solo hablaré en presencia de mi abogado.» Todos me están mirando. Esperando a que suelte algo.

—No tengo ninguna excusa —digo por fin.

Hay una pausa.

—Continúa —dice Bob.

—No sé por qué soy tan cabronazo; simplemente lo soy. Puede que mi viejo me diera algún guantazo, y desde luego mi madre también lo hizo, pero eso no me hizo lo que soy. No puedo culpar a nadie. He hecho cosas horribles, y seguramente vuelva a hacer algunas.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunta uno de los tipos del grupo.

—Bueno... perdí el control, ¿no?

—¿Perdiste el control?

—Sí.

De repente me siento mareado. El círculo da vueltas como una atracción de feria. Rodeado de todas esas caras.

—Perdí el control por completo. No me acuerdo de todo. En parte, por la droga. Estaba muy colocado. A las cuatro de la tarde ya estaba colocado hasta las putas cejas. Pero también he borrado parte de eso. Joder, fue horrible. Me acuerdo de las voces. Las niñas llorando. Mi mujer chillando. Y alguien gritando. Me acuerdo de eso. Recuerdo haber pensado: «¿Quién está gritando?». Entonces me di cuenta de que era yo. Y paré. Miré a mi alrededor. Karen estaba en el suelo, y yo encima de ella. Y de repente se hizo el silencio. Ella me miró, con la cara toda hinchada por los golpes, llena de odio hacia mí.

La cabeza me da vueltas. Siento un sudor frío. Jadeo como un perro. Se ha hecho el silencio en la habitación. Aquí. Ese horrible silencio. Alguien tose.

—Dices que perdiste el control, Gaz —me dice Bob—. ¿Te sientes así? ¿Te



sientes perdido, Gaz?

—Sí —contesto con voz ronca.

Y entonces los otros empiezan a hablar. A decirme cosas. Como si intentaran animarme, que si es un proceso difícil y todo eso. Yo no estoy escuchando, simplemente trato de recobrar el aliento y de hacer que ese puto tio vivo aminore un poco la velocidad. Y entonces otro tío empieza a hablar de sus problemas y puedo relajarme un poco.

La sesión termina y salgo de allí lo antes posible. Bob me sigue hasta el pasillo.

—Gaz —dice—. Sé que ha sido duro, pero creo que has hecho un gran progreso. Buen trabajo. Nos vemos la semana que viene, espero.

Llego al coche. ¿Buen trabajo? Esa sí que es buena. Todavía estoy temblando cuando me largo de allí en el coche. Enciendo la radio. El parte meteorológico: se espera otra gran helada. «¿Te sientes perdido, Gaz?» Ya lo creo que me siento perdido. Perdido en el espacio.

Flashbacks de mí pegando a Karen. Tengo que borrarlo. Tengo que parar el espantoso vídeo que se reproduce en mi cabeza. Localizo a Martin por el móvil y me dirijo a su casa.

Cuando llego, él y Natalie han estado fumando chinos. Hay papel de aluminio por toda la mesita de café.

—¿Te apetece uno? —pregunta Martin.

Lo primero que pienso es: «No, no soy un puto yonqui». Pero luego pienso: «¿Por qué no? No hay nada malo en fumar heroína».

—Nat y yo lo hacemos de vez en cuando —dice Martin, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—Bueno, va —contesto.

Y antes de darme cuenta estoy aspirando el humo de la raya de caballo sobre el papel mientras la quemo con un mechero por debajo.

—Cuéntale la historia a Gaz —dice Martin.

Tengo náuseas. Voy a vomitar al váter de abajo. Me dan arcadas, pero apenas lo noto. Me lavo la boca en la cocina y vuelvo.

—Una amiga de Nat ha oído una historia. Venga, cuéntasela.

Me desplomo en el sofá. Me siento calentito, tranquilo. Atontado.

—¿Te refieres a la historia de la pizza? —pregunta Natalie.

—Sí. Escucha, Gaz, es lo último sobre Pat Tate. Cuéntaselo, Nat.

—Bueno, según Sharon, anoche la novia de Pat Tate estaba pidiendo una pizza a una pizzería de Basildon y quería que le pusieran distintos ingredientes.

—¿Cómo, en pizzas distintas? —digo.

—No, distintos ingredientes en la misma pizza. Ya sabes, en cada porción. El caso es que el tipo le dijo que allí no hacían esa clase de pizzas, y Pat Tate agarró el teléfono y empezó a gritarle: «¡Tráenos la pizza que queremos, hijo de puta, o si no iremos a buscarla!», cosas así, y el tipo le colgó el teléfono. Entonces Pat Tate se

puso como loco. Se presentó en la pizzería y le tiró la caja registradora al tipo. Este apretó el botón de alarma, y Tate saltó el mostrador, le estampó la cara contra el escurridero de la cocina y se largó cagando leches antes de que llegara la policía.

Mierda. Si han trincado a Tate, estoy jodido.

—¿Y qué pasó luego? —pregunto.

—En fin, la policía podía rastrear la llamada hasta la casa de Tate. Pero por lo visto unos amigos del pizzero le contaron quién era el que le había dado la paliza, bueno, ya sabes cómo se las gasta Tate, y... sorpresa, al día siguiente ya no quería presentar cargos.

Joder, menos mal.

Me meto un par de rayas y decido volver a casa. Ha empezado a nevar otra vez. Le cojo algo de material a Martin para ir tirando. Un poco de coca y algo de ketamina.

—¿Quieres un poco de esto? —pregunta Martin, sosteniendo en alto la bolsa de caballo.

Me encojo de hombros. Asiento.

¿Por qué no?

Al fin y al cabo, hace olvidar el dolor.

Vuelvo a casa a través de una nieve racheada. Los pequeños y delicados copos se derriten en el parabrisas. Estoy pensando en que le he dado treinta mil libras a un loco que pega a la gente por discrepancias sobre los ingredientes de las pizzas. ¿Qué cojones has hecho, Gaz? Aun así, la droga me mantiene calmado y atontado. Ya pensaré en ello mañana.

Casa. Luces de colores parpadeando en una casa vacía. Entro y enciendo la calefacción. Pienso en el grupo de apoyo. En mí diciendo todas aquellas cosas delante de unos extraños. Me estremezco de vergüenza. Y al recordar todo aquello que había pasado.

Fumo un poco de heroína. Ese polvo funciona, ¿sabes? Todas las cosas que me angustian desaparecen. Ya no me preocupo. No tengo que preocuparme. Mmm. Noto un hormigueo en mi interior al bostezar. Enciendo la tele. Me tumbo en el sofá y me dejo llevar.

Cuando el embarazo de Karen estaba bastante avanzado volvió un tiempo con sus padres. Entonces compré esta casa para nosotros. Había ahorrado suficiente dinero para hacerlo al contado. Lo puse todo a nombre de Karen por si acaso. Nos casamos en julio de 1990 en el registro civil de Southend. Me habría gustado que Dan fuera mi padrino, pero habíamos perdido el contacto. Así que Beardsley hizo los honores. Le habían ido muy bien las cosas con el negocio de las raves, mucho mejor que a mí. Pero entonces no me importaba. Tenía más de lo que había imaginado que conseguiría en la vida. Mi propia casa, una mujer a la que amaba, dinero en el banco

y, para rematarlo, el 1 de septiembre de ese año nació Charlene, una niña preciosa que pesó poco más de tres kilos.

Durante los siguientes meses, Charlene ocupó la mayor parte de nuestro tiempo. Fue una época estable y plácida, y durante una temporada me contenté con ser solo un padre de familia. Adoraba a nuestra hija. Probablemente fue el período más feliz de mi vida.

Fundé Custodis Security a principios de 1991. Aprendí todos los detalles necesarios para dirigir un negocio legal. Y también los resquicios. Beardsley estaba organizando la parte relacionada con las drogas. Yo tenía que intentar encargarme de la seguridad de todos los clubes que pudiera, y asegurarme de esa forma de que fueran siempre nuestra droga y nuestros camellos los que operaban en esos locales. Pero resultaba mucho más difícil que cuando nos dedicábamos a las raves. Había más competencia. En Essex tenían lugar bastantes luchas de poder. Beardsley acabó reuniéndose con Tony Tucker y se repartieron parte del territorio, una especie de acuerdo de paz. Pero, a decir verdad, las cosas parecieron ir a peor con el tiempo. Beardsley no se dio cuenta entonces, pero la época feliz de las caras sonrientes había acabado. La música se volvió más rápida y oscura. Las drogas se volvieron más duras. El acceso a las pistolas resultaba más fácil, y montones de imitadores baratos y trepas puestos de coca hasta las cejas corrían por Essex con armas automáticas.

Y la relación entre Karen y yo empezó a volverse tirante. Después de que naciera Charlene, de repente el sexo prácticamente desapareció. A mí eso no me importaba demasiado, pero no nos unían muchas cosas más. No teníamos mucho en común. Yo podía comprarle ropa bonita, un coche y todo eso, pero ella quería ser respetable. Nos habíamos mudado a una zona de clase media bastante buena, y Karen quería estar al nivel. Por supuesto, a mí me repateaba todo aquello. Cuando se enteraron de que dirigía una empresa de seguridad, me invitaron a asistir a las reuniones del grupo de vigilancia vecinal, pero no me hacía ni puñetera gracia. No congeniaba con los nuevos amigos de Karen y tenía la sensación de que a veces se avergonzaba de mí.

Karen volvió a quedarse embarazada. Debió de ser el fin de semana que viajamos a París y dejamos a Charlene con mis suegros. Yo tenía ganas de que fuera un niño. A ver, que no se me malinterprete. Cuando Donna nació, el 11 de marzo de 1992, me puse contentísimo. Me encantaba tener dos hijas. Simplemente me sentía un poco en minoría, nada más.

En el otoño de 1993 leí un artículo en el periódico local sobre un niño de nueve años llamado Darren Tyler que sufría un tipo de leucemia que solo se podía tratar en Estados Unidos. Su familia estaba intentando recaudar fondos para el tratamiento. Aquello activó algo en mi interior y decidí ayudarlos. Pensé que, si me implicaba en alguna buena obra, la gente vería que no solo era un matón descerebrado. Supuse que un acto de caridad me daría un poco de respetabilidad.

Empecé a escribir cartas a gente, famosos y personajes públicos, en las que les informaba del grave estado de Darren y les pedía ayuda. Escribí a Reggie Kray a la

cárcel de Maidstone y me contestó. Se acordaba de mí y me dijo que le había conmovido mucho la situación del pobre Darren y que quería participar organizando una especie de acto para recaudar fondos. Me envió una lista de números de contacto de amigos suyos que creía que podrían estar interesados en asistir. Había gente del mundo del hampa, pero también estrellas de pop y actores a los que había conocido. Su hermano Ron también se mostró muy interesado en participar y me llamó desde Broadmoor para ofrecerme su respaldo.

Yo estaba encantado de estar relacionándome con los gemelos Kray y ganándome su respeto. Pensaba que eso sería bueno para mi reputación. Pero Beardsley se mostró un poco despectivo cuando se lo conté. Pensé que podría ser por su relación con Jack The Hat en el pasado, pero dijo que no.

—¿Qué puede haber de malo en rodearse de gente famosa? —le pregunté.

—Gaz, algunos intentamos evitar ser famosos. ¿Sabes de lo que hablo? A los gemelos siempre les ha gustado recibir ese tipo de atención, pero al final no les ha beneficiado mucho, ¿no crees?

Hice caso omiso de su comentario. Sabía que, al igual que yo, mucha gente sentía un gran respeto por Ronnie y Reggie. Después de muchas llamadas de teléfono y conversaciones, se decidió que organizaríamos un espectáculo y una cena para recaudar fondos en un polideportivo de Romford. Poco después de que se tomara la decisión, un tal Harry Fraser se puso en contacto conmigo para decirme que los Kray lo habían designado organizador del acto. Al principio no me hizo mucha gracia aquel arreglo, ya que había dado por hecho que ese papel me correspondería a mí, pero confiaba en el criterio de los Gemelos y dejé que Fraser siguiera adelante con la organización.

El acto iba a celebrarse el 26 de noviembre, pero, por desgracia, Darren murió la semana antes. Había sido un cabroncete muy valiente, y llamé a su madre para darle el pésame. Y para asegurarle que el acto se llevaría a cabo en recuerdo y homenaje al niño por su coraje. Pero cuando vi a Fraser, lo primero que dijo fue: «Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora con el dinero?». Se me revolvió el estómago al oír aquello. La familia de Darren tenía numerosas deudas a causa de los viajes previos a Estados Unidos y de los cuidados especiales que su hijo había necesitado, y le dije a Fraser que todo el dinero recaudado debía ser para ellos. Pero en ese momento, por su actitud, debería haberme dado cuenta de que había algo oscuro en Fraser.

Los dos gemelos se entristecieron mucho al enterarse de la noticia y enviaron unos tributos a Darren que yo leí durante el acto. Conseguimos vender más de doscientas entradas a cincuenta libras cada una, y hubo una rifa en la que se sortearon muchos objetos personales, algunos autografiados, que habían sido donados por varios famosos. Charlie Kray asistió, así como Tommy Patterson y su hijo Joe, el actor, y Ruby Ryder también estuvo presente. Fue una gran noche, y me sentí muy orgulloso de haber ayudado a organizar algo así. Según mis cálculos, habíamos recaudado más de diez mil libras.

Al final de la velada, cuando fui a recoger el dinero, Fraser se había largado. El alquiler del polideportivo y los servicios de catering ya estaban pagados, pero Fraser se había marchado con el resto. Los intentos posteriores por contactar con él fueron en vano. Estaba furioso. Me puse en contacto con Reg y se lo conté, pero al final dijo que lo mejor era olvidarse de todo el asunto. La prensa se pondría las botas si se descubría que los Gemelos estaban relacionados con una estafa disfrazada de acto benéfico. Mientras tanto, yo tuve que enfrentarme a la familia de Darren. Intenté explicarles lo que había pasado, pero solo recibí su silencio por respuesta. Creo que se imaginaban que yo había sido el estafador.

Todo aquel episodio me dejó un mal sabor de boca. Karen tampoco se mostró muy comprensiva. Había estado tan implicado en aquel acto de caridad que había descuidado a mi familia. Fue por entonces cuando comenzaron las peleas.

Y la verdad era que yo había empezado a tomar muchas drogas. Eran gajes del oficio. No le daba mucha importancia porque todas las personas que me rodeaban hacían lo mismo. Nadie consideraba que estuviera enganchado ni nada parecido. La gente empezaba a tomar cada vez más éxtasis, intentando volver a experimentar el subidón de la primera vez. Todo el mundo decía que el material era mucho mejor en los viejos tiempos. Empecé a consumir más y más para intentar encontrar un equilibrio en mi situación. Alcohol y costo para relajarme. Coca y éxtasis para espabilarme y sentirme seguro. Y luego algo para atenuarlo, ketamina o fármacos como el temazepam o el rohypnol. Nunca pensé que fuera un drogadicto. Ah, no, yo controlaba. Podía dominar lo que sentía. Bueno, eso es lo que yo me creía. Y era consciente de que no era un estilo de vida precisamente sano y que debía mantenerme en forma, así que me propuse muy en serio volver de nuevo al gimnasio. Entonces empecé a tomar esteroides. Rayaba los cuarenta y me preocupaba mi forma física, pero por entonces podía entrenar duro y conseguir una buena complexión muscular.

Mi relación con Karen estaba empeorando cada vez más, pero los dos nos concentrábamos en seguir adelante con nuestras respectivas vidas. Ella tenía sus propios amigos, y mi trabajo me obligaba a pasar fuera de casa la mayoría de las noches. Estaba convencido de que las distintas drogas que tomaba me daban estabilidad, como si fueran medicamentos para hacerme fuerte, mantenerme relajado, darme subidón, equilibrarme, ayudarme a trabajar, ayudarme a dormir, etcétera. Pero no tenía estabilidad. Era como un arma química lista para estallar. Un arma de destrucción masiva.

Estaba siempre tenso. Empecé a preocuparme constantemente por cualquier cosa. No paraba de pensar en que vigilaban la casa o me estaban siguiendo. Comencé a sospechar que Karen me engañaba. Durante el día Charlene estaba en el colegio y Donna en la guardería, así que Karen empezó a salir de casa y a hacer actividades. Un curso de aromaterapia y clases de gimnasia. No me fiaba de ella. Estaba convencido de que tenía una aventura.

Estuve dándole vueltas al asunto durante meses. Me obsesioné con ello. No se

trataba ya de si se tiraba a otro tío, sino de quién era él. Cualquiera hombre con el que tuviera contacto era un posible sospechoso para mí. Estaba constantemente pensando en los tipos con los que pasaba tiempo, los nombres de los tíos que mencionaba. Jason, que vivía dos casas más abajo, del que se había hecho amigo y que se había divorciado hacía poco; Barry, su profesor de aeróbic, etcétera.

Los sábados, si estaba trabajando, podía pasar toda la noche fuera y no volver a casa hasta el día siguiente. Eso cabreaba a Karen y era otro de los motivos de nuestras discusiones. No es que me echara de menos; era solo que le preocupaba que me hubiera podido pasar algo. Así que accedí a hacerle saber por adelantado si no iba a volver a casa esa noche.

Pero la siguiente vez que pasó, a comienzos de noviembre, recuerdo que, justo después de colgar para avisarla, pensé: «Ahora sabe que no hay moros en la costa, ¿verdad, Gaz?». Fue como un susurro en el oído. No pude quitármelo de la cabeza en toda la noche. Que ella estuviera follando mientras su marido estaba fuera.

Pensé en volver a casa y pillarlos con las manos en la masa. Pensamientos homicidas. Pero acabé cogiéndome un ciego de alcohol y droga. Una fiesta en casa de uno de los camellos que duró hasta la madrugada. Luego algunos de nosotros fuimos al norte de la ciudad, a un club chill out en Old Street. Veinticuatro horas seguidas de fiesta: seguir y seguir y seguir parecía lo más normal del mundo. Eran casi las seis de la tarde del domingo cuando llegué a casa.

—No sé por qué te molestas en volver a casa —dijo Karen—. Las niñas han estado preguntando dónde estabas.

Charlene y Donna aparecieron con ganas de jugar, saltando y agarrándome. Pero yo estaba un poco perjudicado.

—Lo siento —les dije, apartándolas—. Papá está muy cansado. Ha estado trabajando mucho.

—Papá está muy colocado —me susurró Karen.

—Sí, bueno, a lo mejor mamá también ha estado pasándoselo bien —le contesté.

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó en voz alta.

—¡Que sé lo que estás haciendo, coño!

—Oh, genial. Soltando tacos delante de las niñas, ¿por qué no?

—Déjame en paz.

Pasé por su lado dándole un empujón y subí como pude la escalera.

Al día siguiente me tocaba recoger a Donna en la guardería, a Charlene en el colegio y a Karen en el gimnasio. Había dormido hasta la tarde, así que me metí un poco de coca para espabilarme. La profesora de Charlene salió a hablar conmigo a la puerta. Su comportamiento había sido muy problemático durante ese trimestre, y la maestra salió para decirme que la cosa seguía igual, que la niña se mostraba muy agresiva y negativa. Yo apenas escuché lo que decía. Me sentía agotado e irritable. Sabía que Karen también me echaría la culpa de eso. «Últimamente apenas pasas tiempo con ellas», me decía a todas horas.

Llego al gimnasio y espero a que Karen salga. La veo salir por la entrada hablando con Barry, su profesor. Parecen felices juntos. Se están riendo.

«Se están riendo de ti, Gaz.» La voz me vuelve a susurrar.

Se despiden. Barry levanta la mano, hasta luego. Karen le da una suave palmadita en el brazo, se gira y se dirige hacia el aparcamiento. Un gesto sencillo y delicado. Un detalle tierno e íntimo. Ella sigue sonriendo hasta que ve dónde he aparcado, y entonces la cara le cambia de nuevo. Mete la bolsa de deporte en el maletero y se sienta en el asiento del pasajero.

Entonces lo sé. Sé que es él. Barry. Es con el que ha estado follando. Barry, Barry, Barry, Barry. Apuesto a que se dedica a cazarlas. Son todas mujeres en esas estúpidas clases.

Llegamos a casa y las niñas van al salón a ver los programas infantiles de la tele. Sigo a Karen a la cocina. Estoy temblando. El fin de semana me ha dejado hecho polvo. Un sudor frío me corre por detrás de las piernas. Me siento como un puto zombi. Vacío. Como si no tuviera nada dentro, tan solo el pulso palpitando, la vena de la sien temblando. Me invade una ira encendida. Me inunda. Está caliente. Oh, sí, está caliente. «Es él —dice la voz—. Hum...»

—Es él —dice mi voz—, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Es Barry, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Disfrutas? ¿Con Barry?

—Gaz, no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Te lo estás follando, ¿verdad?

—¿Qué?

—A Barry.

Se me queda mirando, con los verdes ojos como platos y la boca abierta.

—¿Barry? —dice.

—Sí.

Y entonces se echa a reír a carcajadas. Se está riendo de mí. Y pierdo el control. Y le pego. Y ella cae. La risa se convierte en gritos. Y sigo pegándole. Y las niñas vienen por el pasillo llorando al oír el ruido. Y oigo los gritos. Y es entonces cuando pienso: «¿Quién está gritando?». Y me doy cuenta de que soy yo. Estoy gritando como un poseso.

Y paro.

Y se hace el silencio.

Y Karen me está mirando desde el suelo.

Con la cara hinchada y llena de odio.

Santo Dios.

Y las niñas se han refugiado asustadas en un rincón.

Y salgo de allí tambaleándome. Me monto en el coche y me voy. Cuando vuelvo

al cabo de tres horas la casa está vacía. Ella se ha marchado y se ha llevado a las niñas a casa de su madre. Voy allí y la madre de Karen me dice que Karen no quiere verme y empiezo a reñir con ella y amenaza con llamar a la policía. Y al día siguiente Karen consigue la orden judicial contra mí.

Vuelvo en mí por la tarde. El efecto del caballo ha pasado y me duele todo el cuerpo. Tengo la cabeza a punto de explotar. Ha vuelto a nevar con fuerza. Es bonito cómo lo cubre todo y hace que parezca limpio y nuevo. Me siento viejo y sucio. Me quedo tumbado dando vueltas a todas las cosas malas de mi vida.

Soy tan jodidamente idiota. Iba a ir a zurrarle a ese tal Barry. Pregunté por ahí sobre él y descubrí que era gay. Por eso Karen se reía de mí.

Suena el teléfono. Dejo que salte el contestador automático. «¿Gaz? —dice la voz. Es Karen—. Gaz, ¿estás ahí?» ¿Qué querrá? Parece preocupada. Lo cojo.

—Hola.

—Gracias a Dios que estás ahí.

—Sí. ¿Qué pasa?

—He visto algo en las noticias. Pensaba que eras tú.

—¿Qué has visto?

—Han disparado a unos tipos.

—No, yo estoy bien.

—Bueno. Entonces adiós.

—Espera.

—Mira, solo estaba preocupada por si te habían matado. Eso es todo.

Y cuelga el teléfono. Bueno, está preocupada por si me han matado. Qué encantador. Pienso en ello. ¿Han disparado a unos tipos? ¿Qué significa eso? Me levanto y todo mi cuerpo se queja. Salgo y compro un periódico local.

«NUEVAS PISTAS SOBRE LOS HOMBRES ASESINADOS EN UN RANGE ROVER», es el titular del *Echo*. Tres hombres han resultado muertos de un disparo en la cabeza cuando se encontraban en un coche, al parecer después de haber sido atraídos a un apartado camino vecinal de Essex. «Me cago en la puta», pienso. Recorro la página para ver si pone quiénes son, pero «sus identidades todavía no han sido reveladas». Beardsley tiene un Range Rover. A lo mejor es uno de ellos. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Alguien está pisando sobre mi tumba.

Camino hacia la entrada de casa cuando de repente veo que alguien sale de un coche aparcado enfrente, y sé que vienen a por mí. «Joder», pienso. Saco las llaves y corro hacia la puerta.

—¡Espere! —grita alguien—. Tranquilo. Soy policía.

Me doy la vuelta y veo que el tipo sostiene una placa.

—Soy el oficial Wilkinson —dice.

—¿Qué quiere?



—Parece un poco nervioso, señor Kelly. ¿Espera a alguien?

—¿Tiene una orden?

—Solo es una charla informal.

—No voy a dejarle entrar.

—Podemos hablar aquí fuera. Sabe por qué estoy aquí, ¿verdad?

—No tengo ni idea.

—Vamos, Gary. Todo Essex está hablando del tema. Los asesinatos del Range Rover. ¿Quién cree que lo hizo?

—No lo sé. Ni siquiera sé a quién han matado.

—A Tony Tucker, Pat Tate y un tipo llamado Craig Rolfe.

El poli ve la expresión de sorpresa en mi cara y sonrío.

—¿Amigos suyos? —pregunta.

—No especialmente.

—¿Ha visto a su socio últimamente?

—¿A quién se refiere?

—A Simon Beardsley. He oído decir que él y usted se han peleado.

—No sé de qué me habla.

Se acerca a mí y mira a un lado y otro de la calle.

—Si yo hubiera sido otra persona, digamos, alguien que tuviera algo contra usted, ¿cree que usted habría conseguido entrar en casa antes de que hubiera podido alcanzarle?

Me da una tarjeta con su nombre y su número.

—Piénselo, Gary. Llámeme si quiere hablar de ello.

Entro y cierro de un portazo. Un jodido poli listillo intentando asustarme. El caso es que estoy realmente asustado. Todos los detalles de los asesinatos aparecen en las noticias. Las cabezas casi arrancadas a escopetazos. Horrible. ¿Y si fue Beardsley quien lo hizo? Entonces estoy en serios problemas.

Y Pat Tate muerto. Mis treinta mil se han esfumado. Mierda. ¿Qué voy a hacer? Después de darle el dinero que saqué de la cuenta de Custodis, solo me quedan unas tres mil o cuatro mil libras. El teléfono no para de sonar. Personas que creen que yo pueda ser uno de los muertos en el Range Rover. Y podría haberlo sido. Estaba dispuesto a asociarme con esa gente. Tengo ganas de vomitar. Me vuelvo a colocar para calmar los nervios. Trato de evitar las pesadillas, pero no paso muy buena noche.

Al día siguiente ha deshelado un poco. Montones de aguanieve gris y sucia por todas partes, «LA POLICÍA ADVIERTE DE UNA GUERRA ENTRE BANDAS TRAS LOS ASESINATOS DE LOS NARCOTRAFICANTES», dice el *Echo*. Tal vez ha sido Beardsley. ¿Qué fue lo que dijo? «A lo mejor ha llegado el momento de sacar para siempre a Tucker y sus amigos del negocio.» Trato de mantenerme sobrio. Lúcido. Pero por la noche me entran los temblores. Estoy empapado en sudor frío. Me siento como una mierda. Intento dormir, pero tengo pesadillas. Me despierto aterrado. No dejo de pensar en lo que van a hacerme.

Tengo que escapar de esta puta casa. Conduzco hasta el banco y saco todo el dinero que queda en las cuentas. Solo unas tres mil quinientas libras. No es gran cosa, pero necesito hasta el último penique que tenga. Los de Tiffany's todavía me deben dinero. Me pagan a mes vencido, así que todavía me deben el trabajo de un par de semanas. Me meto un cuchillo de combate en la parte de atrás de los pantalones y un frasco de amoníaco en el bolsillo y me dirijo hacia allí.

George está en la puerta. Al verme se pone nervioso.

—Será mejor que te avise —dice—, Beardsley está dentro.

«Mierda», pienso. Pero no voy a echarme atrás. Entro. Frank se me acerca. Hay miedo en sus ojos y suda como un cerdo.

—Gaz —dice—, lo siento. No he podido hacer nada. Beardsley se encarga ahora de la seguridad.

—Olvídate de eso. Quiero mi dinero. El trabajo de dos semanas.

—Vale, vale —dice tartamudeando—. Voy a buscarlo.

Beardsley está en la barra. Acompañado de su equipo. El amo y señor. Me ve y se acerca seguido de un par de tipos. Todos me clavan la mirada.

—¿Qué quieres, Gaz? —me espeta Beardsley.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Tengo un asunto pendiente con Frank.

—Yo controlo ahora este club. Tú lo dejaste. Así que largo de aquí.

Frank ha vuelto con el dinero y parece que le vaya a dar un infarto.

—¿Qué es eso? —pregunta Beardsley.

—Eh... es el dinero que le debo a Gaz.

—No le debes nada, Frank. Dile que se largue de aquí.

Frank me mira. Los ojos como platos. La boca abierta.

—Dame el dinero, Frank —digo.

Se dispone a dármelo. Beardsley intenta cogerlo y, antes de darme siquiera cuenta, he sacado el cuchillo y lo sujeto contra la garganta de Beardsley. Lo agarro de la chaqueta y tiro de él muy despacio hacia mí.

—El dinero, Frank —digo.

Frank me lo mete en el bolsillo. Los hombres de Beardsley avanzan un poco.

—Atrás. O le rebano el puto pescuezo.

—Estás muerto, Gaz —murmura Beardsley apretando los dientes.

Sigo rodeándolo con el brazo y manteniendo la punta del cuchillo contra su cuello, y nos dirigimos hacia la salida arrastrando los pies.

—Tranquilo —dice George junto a la puerta.

—Cállate. Supongo que ahora trabajas para este cabrón, ¿no?

—No me queda otra, Gaz. Tengo que comer.

—Si vienes a por mí o vuelves a darme problemas —le digo a Beardsley—, te juro por mis cojones que te mato.

Le doy un fuerte empujón a través de la puerta y salgo corriendo hacia el coche.

Vuelvo a casa y meto un montón de cosas en el coche. Dejo encendidas las luces

de colores y me marchó. Me queda una última cosa por hacer. Pasar por casa de la madre de Karen.

—Se supone que no puedes acercarte a mí, Gaz —dice ella cuando sale a la puerta.

Le doy las llaves de la casa.

—Puedes volver. Me marchó.

—¿Cómo que te marchas?

—Me voy. Ya no queda nada que me retenga aquí.

—Muy bien. ¿Así que te largas y lo dejas todo?

—Bueno, tú ya no me quieres por aquí cerca, ¿verdad?

Me mira de arriba abajo. Sacude la cabeza. Debo de presentar un estado lamentable.

—Eres un desastre, Gaz.

—Ya, bueno. Tal vez tengas razón. Tal vez necesite un cambio. Lo siento.

—Es un poco tarde para eso.

—Quiero ver a las niñas.

—Están en la cama, Gaz.

—Sí, pero quiero verlas. Ya sabes, en el futuro.

—Bueno, ya veremos. ¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. A Londres, supongo. Ya te lo haré saber.

—Bien.

Intento explicarme.

—Verás, perdí el control. Estoy totalmente perdido. Tengo... tengo que recuperarlo de alguna forma.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—No lo sé.

Y nos quedamos mirándonos un par de segundos. Ella todavía tiene la cara un poco magullada donde le pegué. Ojalá pudiera decir algo, pero no se me ocurre nada. Así que me marchó.

—Hasta pronto.

Y ella dice:

—Sí.

Doy media vuelta y camino hacia el coche. Empiezo a conducir en dirección oeste por la A13. El brillo difuso del sodio sobre los sombríos pantanales. Me alegro de marcharme de esta jodida tierra. Fuera de Essex. Londres me llama, como la canción de The Clash. Llamo a Dan por el móvil. Espero que esta vez esté.

## PARAÍSO FISCAL

Hice que Geoff revelara la película que había usado en el exterior del patio de la iglesia y que trajera las hojas de contactos. Confiaba en que no tuviera ni idea de lo que podía haber fotografiado ese día. Yo tampoco la tenía. Eddie podía haber sufrido perfectamente una alucinación, una manifestación de paranoia ilusoria.

Bajo la mirada de Geoff, examiné las imágenes con una lupa lo más despreocupadamente que pude. No dejaba de pensar: «¿Es Starks?». Geoff había sacado unos cuantos primeros planos de la cara del hombre. Moví la lupa sobre uno de ellos.

Había explicado a Geoff el extraño comportamiento de Eddie diciéndole que creía haber visto a alguien que le había puesto los cuernos con su novia mientras él estaba en la cárcel y que se había puesto hecho una furia. No estaba seguro de si Geoff se lo había tragado. Me preocupaba que con su olfato de fotógrafo de prensa se oliera que había conseguido algo grande sin querer.

Había echado un buen vistazo a todas las imágenes que tenía en el expediente de Harry Starks. Fichas policiales y fotos de grupo de famosos. Incluso la que le habían hecho en 1979 cuando estaba fugado en Marbella. Traté de estudiar cada rasgo de su fisonomía. Se rumoreaba que se había hecho la cirugía estética, pero, por otra parte, Eddie aseguraba haberlo reconocido. Exhalé y miré a través de la lupa.

Con bastantes arrugas y de facciones demacradas, su rostro estaba coronado por un pelo canoso. Un viejo. Pero ya lo creo que era él. Su media sonrisa resaltaba la cicatriz de la mejilla derecha y las reveladoras cejas que se unían en medio. Casi me eché a reír a carcajadas. «Ya te tengo», pensé. Pero me contuve y fingí decepción. Suspiré y dejé caer la hoja de contactos sobre la mesa.

—En fin, me temo que no vamos a poder usar nada de esto —dije.

—Entonces, ¿quién es ese tipo? —preguntó Geoff.

—No tengo ni idea. Alguien que Eddie cree que ha estado tirándose a su chica.

—Pero me suena de algo.

—Ya, bueno, puede que haya salido en *Crimewatch*.

Geoff se disponía a recoger la hoja.

—¿Puedo quedarme con los contactos? —dije—. Eddie quiere echarles un vistazo. Puede que así se tranquilice un poco.

—Claro. ¿Qué le digo a Victor?

—No te preocupes. Yo me ocuparé de él.

Yo sabía lo que debía hacer. Tenía que mantener a Victor lejos de aquello. No iba a dejar que se quedara con nada. Era mi historia. Aquello era el puto *crimenreal* por excelencia.

Cada vez que una historia realmente nueva llegaba al *Sunday Illustrated*, Sid Franks, el redactor jefe, sacudía la cabeza y sorbía un poco de aire entre dientes. Entonces soltaba un suspiro que parecía en parte de placer, en parte de decepción.

—Esta historia es demasiado buena para nuestros lectores —afirmó—. No sabrán apreciarla.

Y eso era exactamente lo que sentía yo ahora. Aquella historia era demasiado buena para Victor. Era mía. Era lo que yo había estado buscando. Aquel podía ser el libro. Ahora que Ronnie Kray estaba muerto, Starks era el decano de la antigua mitología criminal. El último de la vieja escuela, y todavía en libertad. Si pudiera averiguar dónde se escondía, aquel podía ser mi golpe, como diría Eddie. Algo que me permitiría retirarme. Pero el problema era Eddie. Tendría que encontrar una forma de trabajar con él. Tal vez él podría llevarme hasta Starks. Y por el momento íbamos a tener que guardarnos todo esto para nosotros.

Así que dejé de devolver a Victor sus cada vez más airadas llamadas. Resultaba muy tranquilizador oír su frustración cuando despotricaba en mi contestador automático. Repetía su amenaza de abandonar definitivamente el proyecto de Eddie Doyle, lo cual me convenía. Lo único que tenía que hacer ahora era aclarar las cosas con Eddie.

Hice ampliar uno de los contactos y se lo enseñé.

—Es él —dije—. Pero se arriesgó mucho presentándose de ese modo.

—Sí. A lo mejor no pudo resistirse a una ocasión así.

—Espero que no se lo hayas dicho a nadie.

—Bueno...

—¿Qué?

—Se lo comenté a Ruby.

—¿Que hiciste qué?

—Ella me llamó. No paraba de hablar del libro, y se me escapó.

—¿Se te escapó?

—Oye, lo siento, Tony. No era mi intención. Simplemente estábamos hablando de los viejos tiempos. De todas formas, no estoy seguro de que me creyera. No eres el único que cree que estoy paranoico, ¿sabes?

—Tal vez deberías decirle que te engañó la vista o algo así. Y puedes tranquilizarla en lo referente a su historia. Ahora que tenemos esto, no vamos a necesitarla.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Harry Starks. Junto con descubrir el paradero de lord Lucan, esta es la noticia más importante de los últimos tiempos.

—Ah —dijo Eddie malhumorado—. Muchas gracias.

—Hablo en términos de puro sensacionalismo, Eddie.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué hay de mi historia? —preguntó.

—Bueno, ya tendremos tiempo para eso. Podremos hacerlo a tu manera, no en ese tono cutre que quiere Victor. Si conseguimos la historia de Starks, podremos hacer lo que queramos.

—¿Estás hablando de trabajar juntos?

—Sí. Podemos renegociar el contrato. Conseguir un buen adelanto. O podemos ir

a ver a otro editor y ofrecérselo a él. A la mierda Victor.

Eddie asintió lentamente.

—Sí, tal vez —dijo—. Tal vez deberíamos dejar aparcadas las memorias de momento. Puede que todavía no haya acabado.

—¿Qué es lo que no ha acabado?

—Mi historia —dijo—. Hay un asunto pendiente, Tony.

No me gustaba cómo sonaba eso.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, tú quieres tu preciada historia. Pues yo también quiero algo. Mi puta parte.

—Eddie, no quiero verme envuelto en...

—No te preocupes —me interrumpió—. Lo solucionaré yo solito. ¿Quieres la historia? Bueno, pues tendrás toda la puta historia. Y yo también. Quiero saber qué pasó con mi dinero. Sí, podemos trabajar juntos, Tony. Los dos podemos conseguir lo que queremos.

—Pero...

—Está todo relacionado, Tony, ¿no lo ves? Starks, el golpe de los lingotes, todo.

—Creía que no querías hablar de eso.

—Y así es. Puedes quedarte la historia, Tony. Es toda tuya. Yo solo quiero mi parte.

—Esto es ridículo, Eddie —dije, levantándome—. Totalmente ridículo. Pensar que querría verme envuelto en algo así...

Recogí el contacto y lo metí en el sobre. «Me marcho —pensé—. Voy a cortar con esto por lo sano. Llevaré la foto de Starks a un periódico sensacionalista. En el *Sunday Illustrated* me ofrecerán una buena suma por ella y un pequeño artículo.» Pero solo tenía las hojas de contactos, y si intentaba comprar los negativos originales, Geoff sospecharía. Puede que descubriera lo que había conseguido y los vendiera él. ¿Qué podría hacer entonces? ¿Volver arrastrándome ante Victor Groombridge con el rabo entre las piernas? ¿Renunciar a mi última gran oportunidad? Si tuviera algo de sentido común, supongo que lo habría hecho. Aquello podría meterme en muchos problemas. Había pasado décadas evitando seguir los impulsos peligrosos. ¿Y para qué? Tal vez solo fueran mis tendencias sociópatas, pero sentí una repentina oleada de fascinación infantil. Y, además, era una historia realmente buena; por encima de todo, quería saber lo que pasaría a continuación.

No había pensado mucho en cómo iba a ser mi colaboración con Eddie, y desde luego no había contado con esto. Pero iba a tener que ser así. Sentí que una vieja emoción recorría todo mi ser. Iba a volver a meterme en problemas, lo sabía.

Dejé caer el sobre en la mesa y me senté.

—¿Y bien? —preguntó Eddie.

—Bien —contesté—. Los dos estamos totalmente locos.

Eddie se echó a reír.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté.

—Cuando me metieron en la cárcel dejé mi parte en manos de alguien relacionado con Starks. Manny Gould, Manny the Money, como solíamos llamarlo. Era el viejo contable de Starks. ¿Cómo dicen los yanquis? Su puto *consigliere*. Él se encargaba de gestionarlo todo, y algunos tipos de la vieja firma supervisaban las operaciones. Utilizaban a un turbio joyero de Hatton Garden, Solly Blumberg, para refundir la mercancía. Pero entonces desapareció un montón de oro y se cargaron a Solly. Así que, cuando salí después de doce años, no había nada para mí.

—¿Y crees que Starks sabe dónde está el oro desaparecido?

—No lo sé. Puede que él también esté intentando averiguarlo. Puede que crea que yo lo sé. Puede que sea él quien ha ordenado que me sigan. Hay una persona que sabrá lo que está tramando.

—¿Quién?

—Manny Gould, quién si no.

Tenía su oficina en Charlotte Street, «EMMANUEL GOULD, CONTABLE COLEGIADO», rezaba la placa de latón que había junto a la puerta. Gould era un hombrecillo rechoncho de cejas espesas como escarabajos. Unos ojos saltones de párpados caídos guiñaban repetidamente tras unas gruesas gafas redondas. Nos hizo pasar hasta su escritorio arrastrando los pies entre montones de libros y carpetas. Moviéndose apresuradamente de lado, como un cangrejo, empezó a recogerlos y a moverlos de un lado a otro para vaciar un par de sillas en las que pudiéramos sentarnos.

—Por favor. —Nos indicó que tomáramos asiento mientras rodeaba pesadamente el escritorio—. Eddie —anunció con un pequeño encogimiento de hombros y un gesto conciliatorio de manos—. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es, Manny —respondió Eddie—. Ya lo creo que sí.

Manny suspiró.

—¿Qué puedo decir?

—No lo sé —dijo Eddie, inclinándose hacia delante—. ¿Qué puedes decir?

Manny se encorvó un poco en la silla. Se acarició la barbilla y me miró.

—No me has presentado a tu amigo —dijo.

—Este es Tony. —Eddie agitó un pulgar en mi dirección—. Es escritor, periodista.

Manny Gould frunció el ceño, y sus cejas se contrajeron como antenas.

—Vaya, Eddie —dijo—. ¿A qué viene esto? O sea —se encogió de hombros y puso cara agria—, un periodista.

—No te preocupes, Manny. No ha venido a hacer un artículo sobre ti ni nada por el estilo. Estamos trabajando juntos en un libro.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Manny.

—Un libro, ¿eh? —Sacudió la cabeza ligeramente—. Vaya, un libro.



—Estamos trabajando en las memorias de Eddie —dije.

Manny se me quedó mirando, con los ojos desorbitados aumentados por las lentes sin montura.

—¿Y tú eres su...? ¿Cómo se dice? ¿Su amanuense? No, ¿el ángel que registra sus obras?

—Es mi negro —dijo Eddie.

Manny se rió a carcajada limpia y se frotó las manos dando una pequeña palmada.

—Conque un libro, ¿eh? Pues espero que cuando se haga el balance final, por así decirlo, nada esté fuera de su sitio. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Manny, todo se va a hacer con discreción —dijo Eddie.

—Discreción, sí. Eso me gusta. —Señaló con las manos, las palmas hacia arriba, los rimeros de papel que había a su alrededor—. ¿Ves todos mis libros? Unos registros muy interesantes, te lo aseguro. Hay muchas historias ahí. A veces los repaso, ¿sabes? Te parecerá ridículo, pero estos son mis diarios. Las cosas que he ocultado. Ya sabes, siempre es cuestión de equilibrio. De equilibrar las cuentas. A veces una cifra por aquí, una cifra por allá.

Manny agitó los dedos en el aire.

—De lo que queremos hablar es todo extraoficial —le dije.

—Bien, bien —asintió.

—Queremos hablar de Harry Starks —dijo Eddie.

—Bah, Harry Starks. —Suspiró—. Todo el mundo quiere hablar de Harry Starks. ¿Estás seguro de que no es para un libro o un artículo? Mucha gente me ha preguntado por Harry Starks a lo largo de los años, ¿sabes?

—Creemos que tú puedes saber dónde está —continuó Eddie.

—¿Cómo voy a saberlo? Está fugado, Eddie. ¿Sabes lo que eso significa? Estar continuamente en movimiento. ¿Cómo voy a saber dónde está?

—Porque yo lo he visto.

—¿Eh? —exclamó Manny. Su boca colgaba abierta y sus gruesos párpados pestañearon lentamente—. ¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Lo vi, Manny. En el puto funeral de Ronnie Kray. Venga, ¿qué está pasando? Alguien está haciendo que me sigan. ¿Es él?

—¿Que qué está pasando? —replicó Manny, indignado—. ¿Qué está pasando? Te presentas aquí, con un periodista, haciéndome todas esas preguntas...

—Solo quiero saber.

—No. Creo que deberías marcharte, Eddie. Creo que tú y tu... tu biógrafo oficial deberíais llevaros esas ridículas historias a otra parte. Creo...

Eddie se sacó algo del bolsillo de la chaqueta y alargó la mano sobre el escritorio para enseñárselo a Manny. Tardé un instante en advertir que se trataba de una pistola.

—Eddie —le dije en tono reprobatorio—. Pero ¿qué coño...?

A Manny se le salieron los ojos de las órbitas al ver el cañón del arma apuntándole a la cara. Su boca formó una O perfecta y una burbuja de saliva afloró de

sus labios. A continuación levantó las manos despacio, más en gesto de súplica que de rendición, y ladeó la cabeza.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó—. Por el amor de Dios.

—¡Ya estoy harto, coño! —escupió Eddie con repentina vehemencia—. Pasé todo ese tiempo a la sombra por vosotros. Y ahora quiero respuestas, joder.

—Tranquilo —le imploré.

—Tú cállate —ordenó Eddie—. Lo vi, Manny. Hace tres meses que salí y nadie ha tenido siquiera la decencia de decirme qué ha pasado con mi parte.

—Eddie —Manny se encogió de hombros—, tenía entendido que no querías...

—Oh, sí —lo interrumpió Eddie—. Eddie Doyle se ha enmendado. No tenía muchas opciones, ¿verdad? Me enteré de todo lo que desapareció hace años. No tenía ninguna posibilidad de hacer un trato para que me rebajaran unos años la sentencia. No tenía nada que ofrecerles, así que no dije nada e intenté cumplir mi condena sin complicaciones. Me olvidé de todo. Declaré que era inocente y seguí adelante. Cuando salgo, estoy más que dispuesto a retirarme. Entonces me doy cuenta de que alguien está haciendo que me sigan. Y luego aparece Starks. Quiero saber qué está pasando.

—No sé nada sobre que te hayan hecho seguir, Eddie.

—¿Y qué hay de Starks?

Manny sonrió.

—A lo mejor quería presentar sus últimos respetos al querido y viejo Ronald —dijo.

—Hablo en serio. ¿Sabías que estaba en el país?

—Bueno, sí.

—¿Lo has visto?

—No. Y ya se ha marchado. Como el judío errante, ¿sabes? Vagando por la tierra, dando testimonio de todos nuestros errores.

—¿Qué anda haciendo?

—Está poniendo sus asuntos en orden.

—¿Qué?

—Es todo lo que puedo decirte.

—¿Y sus asuntos incluyen el oro desaparecido de Hounslow?

—Por favor... —Manny hizo un pequeño gesto con las dos manos hacia abajo—. Baja la pistola. ¡Ja! «Baja la pistola», suena a diálogo barato. —Se volvió hacia mí—. Escritor, deberías estar tomando notas, ¿eh?

Eddie se guardó la pistola en el bolsillo. Manny posó las manos en el escritorio. Suspiró.

—Bueno —comenzó—, ya estamos otra vez. Hay mucha gente que quiere saber adónde fue a parar el oro que desapareció.

—¿Incluido Starks?

—No hay nada que lo relacione directamente. Sus métodos de protección de

bienes son complicados por fuerza, difíciles de rastrear. De eso se trata, ¿no? Pero cuando las cosas se torcieron y los fondos empezaron a desaparecer...

—¿Quieres decir...?

—Lo único que digo es que Harry también perdió una suma considerable con todo esto.

—¿Que él perdió? No me jodas. ¿Y qué hay de los muchachos que dieron el golpe? Todo ese oro... Fuimos nosotros los que lo robamos, Manny. Fue nuestro puto golpe.

—Sí, Eddie, fue vuestro golpe, pero el negocio era nuestro. Es difícil manejar una cantidad así, como bien sabes. ¿Sabes cómo llaman los de aduanas a la venta de mercancía robada y al blanqueo de dinero? «Realización.» Muy bueno, ¿verdad? Porque eso es lo que es, Eddie: una forma de volverlo real. Hay que hacerlo real, hacerlo legal. Es como la alquimia a la inversa: convertir todo ese bonito y reluciente oro en algo gris y cotidiano. Algo que no llame la atención.

—Sí, muy ingenioso, pero al final todo se jodió.

—Hubo un fallo en la comunicación. Todo el mundo se estaba poniendo un poco nervioso. Había mucho en juego.

—Solly Blumberg —dijo Eddie.

—Buf, eso fue un asunto muy feo.

—¿Fue Harry...?

Eddie dejó la pregunta flotando en el aire. Manny aspiró y negó con la cabeza.

—No —respondió—. En absoluto. Alguien metió la pata hasta el fondo. Matar a un viejo de esa forma... Y con él muerto, nadie sabe adónde fue a parar.

—¿El oro?

—Mmm —dijo Manny en tono pensativo—. U otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—A que a lo mejor ya se había convertido en otra cosa.

—¿Y dices que Starks salió perdiendo con todo esto?

—Escucha —dijo Manny—, no he recibido órdenes de Harry respecto a este asunto, pero si tienes interés en recuperar tus bienes, podría hacer algunas averiguaciones. Podríamos intentar encontrarlo, si quieres.

—No sé —dijo Eddie, sacudiendo la cabeza.

—Si es que quieres sacar algo de todo esto.

—Pues claro que quiero, joder.

—Entonces tenemos que buscarlo.

—Sí, pero ¿por dónde empezamos?

—Por aquí mismo, claro —afirmó Manny abriendo las palmas de las manos—. Ya te lo he dicho: reviso mis archivos y mis cuentas. Ahí tiene que haber alguna pista, estoy seguro.

—Me dan igual tus queridas cuentas —dijo Eddie—. Solo quiero mi puto dinero. A todo el mundo le han ido muy bien las cosas menos a mí.

—Puede ser —dijo Manny—. Pero tenemos que encontrarlo. Y, ya sabes, ponerlo en circulación de forma legal. Tendrás que borrar tus huellas, Eddie. No puedes sacar una fortuna de la nada. ¿Dices que te están vigilando? A lo mejor son las autoridades las que te están siguiendo la pista. Tenemos que andarnos con cuidado.

—Quiero algo ahora. Por adelantado.

Manny suspiró.

—¿Quieres decir que no has recibido ninguna remuneración?

—Ni un puto penique.

—Vaya, menudo descuido. Simon Beardsley debería haberte suministrado algo.

—¿Beardsley?

—Sí, él se encargó de parte de la refundición.

—¿Esa puta rata?

—Te aseguro que hoy día no es ninguna rata. Tal vez un poco torpe en sus métodos. Él debería poder darte algo a cuenta, por así decirlo. Mientras tanto, deja que consulte mis archivos.

—No me jodas, Manny.

—No tengo intención de hacerlo. Resolveremos esto. Hablaré con Beardsley. Y me pondré en contacto con las otras partes interesadas. Y con mis libros. —Manny se frotó las manos con regocijo—. Repasaré mis libros.

Cuando nos marchábamos, Eddie inspeccionó la calle desde la puerta.

—Mierda —susurró bruscamente.

—¿Qué?

—Allí.

Señaló con la cabeza en dirección a un coche aparcado al otro lado de la calle.

—Ese es el hijo de puta que me ha estado siguiendo. Vamos —me apremió.

Cruzamos la calle corriendo hasta un pequeño callejón que desembocaba en Rathbone Street o Rathbone Place, no recuerdo cuál. Me volví hacia atrás y logré ver un fugaz atisbo del hombre del coche cuando alzó la vista.

—Vamos —insistió Eddie, y me escabullí por el callejón detrás de él.

Serpenteó por las callejuelas del distrito de Fitzrovia, girándose constantemente hasta que estuvo seguro de que no nos seguían. Redujo la marcha, se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—Crees que estoy paranoico, ¿verdad?

—No, no —dije jadeando, sin aliento—. El hombre del coche. Lo he visto. Me recordaba a alguien.

—¿A quién?

—No caigo.

—Pues intenta acordarte, joder.

Seguimos andando un poco.

—¿Crees que Manny decía la verdad? —preguntó.

—Es difícil de saber.

—Y todavía no sabemos lo que se trae entre manos Harry Starks, ¿verdad?

Me encogí de hombros. No sabía qué pensar de todo aquello. Pasamos por delante de un pub.

—Vamos —dijo él—. Necesito un trago.

Eddie bebió un sorbo de su vodka con tónica.

—A lo mejor solo estaba tomándome el pelo. Ya sabes, tomándome por un idiota.

La mano derecha le temblaba un poco. Alzó la vista hacia mí y me sostuvo la mirada. Una pequeña parte de la ira asesina que había descargado contra Manny todavía centelleaba en sus ojos.

—¿Tú me estás tomando por un idiota, Tony? —preguntó.

—Ni por asomo.

Y en ese momento no se me habría ocurrido hacerlo. La cólera de Eddie me había impresionado. Me había recordado que aquel hombre flaco de aspecto nervioso y con el pelo canoso era todavía un tipo duro. Y que estaba desesperado. Era esa desesperación, esa furia y desilusión, lo que me hacía sentir algo por él. Una suerte de afinidad, tal vez. A lo mejor lo había tomado por un idiota en el pasado, cuando Victor me había encargado que trabajara con él, pero ahora se había ganado mi respeto. Y me intrigaba todo lo que se estaba desvelando. Nuestra relación había cambiado; yo ya no era simplemente su negro. Nos habíamos embarcado en una extraña y peligrosa asociación. Aquello resultaba excitante. Pero ¿podía confiar en él?

—¿A qué vino lo de la pistola, Eddie? —le pregunté.

Eddie sonrió nerviosamente.

—Dio resultado, ¿no?

—Bueno, hizo que el señor Gould hablara. Pero, como has dicho, no nos lo contó todo.

—Es un cretino. Habla de sus libros como si él fuera la fuente de toda la sabiduría. Sí, vamos a tener que andarnos con un poco de cuidado con algunas de las personas implicadas en esto.

—Supongo —murmuré.

Me vino algo a la cabeza. Mi vista se desenfocó en un segundo plano. La imagen borrosa de la máquina tragaperras parpadeando en un rincón del pub.

—¿Qué te pasa? —estaba diciendo Eddie.

Fijé la vista de nuevo en él.

—Estaba pensando.

—¿Qué ocurre? ¿Es por el tipo del coche?

—No. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Qué?

—Algo que tengo que buscar, nada más.

Echaría un vistazo a mis propios libros, mis propios archivos. Del mismo modo que Manny Gould estaba consultando sus cuentas en busca de pistas, tratando de hallar un significado en las columnas de sus libros como si fueran las Sagradas Escrituras, decidí que yo también leería un poco. Desempolvé los diarios de Teddy Thursby y hojeé los distintos años. Había entradas correspondientes a 1984 que siempre me habían fascinado, aunque no las entendí del todo hasta ese momento. Empecé a leer y a tomar notas a pie de página.

*Viernes, 11 de mayo*

*Tánger*

Llegamos al aeropuerto de Boukhalef al mediodía y cogemos un taxi hasta el hotel El Minzah. La suite es bastante agradable. Julian y yo comemos en el hotel y luego salimos a pasear. Atravesamos el Gran Zoco hasta la medina. Se nos acercan chaperos por todas partes. Yo trato de ignorarlos educadamente, pero Julian empieza a bromear con ellos con aire cansino. Creo que se piensa que se sienten atraídos hacia él por su gran encanto. A lo mejor ve alguna afinidad con ellos; al fin y al cabo, él también fue chapero. Pero su belleza desapareció hace mucho tiempo. Su pequeño mohín enfurruñado se ha convertido en una desagradable mueca de desprecio.

Llegamos al Pequeño Zoco y nos sentamos en la terraza del Café Central a tomar un té con menta. Tánger ya no es lo que era. Todos los variopintos expatriados se han visto sustituidos por mochileros desaliñados y turistas grises. Nos vemos obligados a cargar con un «guía» pesado y totalmente innecesario llamado Mohamed, que nos sigue por toda la casba insistiendo en que visitemos la tienda de alfombras de su tío. Julian hace toda clase de insinuaciones obscenas al desdichado muchacho, que sonríe y le sigue el juego encantado. Al cabo de un rato decido que ya he aguantado suficiente, pago al chico un billete de diez dirhams y le grito a J. que deje de joder y muestre un poco más de discreción.

Volvemos al hotel totalmente agotados. Han dejado una nota en la recepción: «He venido, pero habíais salido. Reúnete conmigo mañana al mediodía en el bar de Dean, H.»<sup>[1]</sup>

La leo a escondidas. Julian tiene curiosidad, pero no le he dicho nada de esa parte de nuestro viaje. Por lo que él sabe, no es más que un viaje de investigación para las memorias y unas pequeñas vacaciones. He intentado trabajar algo esta tarde, pero J. estaba tan apático como siempre. He hablado largo y tendido de la primera vez que estuve aquí, en 1921, cuando Archie Clark-Kerr era cónsul general. La cacería del jabalí en la playa de la ciudad, cuando mi caballo se desbocó y estuve a punto de atravesar a un oficial de caballería francés con mi lanza, y el viaje hacia el sur hasta Marrakech con Walter Harris, el aventurero y corresponsal del *Times*. En aquella época era tremendamente divertido ser joven y británico.

Cenamos y tomamos una copa en el bar del hotel. Julian ha anunciado que va a dar un paseo. Sé perfectamente lo que piensa hacer, y con su sentido del saber estar, no me sorprendería que acabara muerto en algún callejón.

*Sábado, 12 de mayo*

J. aparece tarde a desayunar con un aire de suficiencia insoportable. Empieza a hablarme de lo que hizo anoche. Se pone irritable cuando le digo que no me interesa. Dice que él tiene que escuchar mis aburridas historias todo el tiempo, así que le digo que para eso le pago.

Me planteo librarle de él y acudir solo a la cita, pero decido que será más sencillo llevarlo. Puede que así se calle un poco.

Hay un corto paseo del hotel El Minzah al bar de Dean. Me fío de H. y de su elección de ese famoso local de copas para mantener «una reunión», como expuso sucintamente. En sus buenos tiempos en los años cincuenta, cuando Tánger todavía era una zona internacional, el bar de Dean atraía a un extraordinario y variopinto grupo de personas de la alta y la baja sociedad. Pederastas expatriados, bohemios del Soho, delincuentes y *contrebandiers*, beatniks estadounidenses. El propio Dean era también todo un personaje, un mulato. Algunos decían que su madre era una posadera de Ramsgate y su padre, un antillano de paso por Kent. Robin Maugham me contó que había hecho de gigoló en Londres antes de la guerra y que se había marchado a Marruecos después de haberse visto envuelto en el escándalo de la muerte de una corista en el fumadero de opio de Brilliant Chang, en Limehouse.

Había toda clase de historias extraordinarias en torno a él, pero, al igual que H., no hacía mucho por desmentirlas y a menudo las fomentaba claramente. Creo que H. tenía tratos con él. Había estado en Tánger cuando trabajaba para Billy Hill<sup>[2]</sup>. De hecho, nuestros caminos debieron de cruzarse en algún momento, seguramente en el bar de Dean.

Dean murió a principios de los sesenta, así que no tenía ni idea de lo que quedaría de su establecimiento cuando atravesamos la cortina de cuentas para entrar en el diminuto bar. La distribución y la decoración del local eran prácticamente las mismas, pero todos los clientes eran marroquíes de aspecto bastante rudo. Nosotros éramos los únicos occidentales del lugar, y cuando nos dirigimos a la barra nos miraron con recelo. Se había convertido en un bar «local», como tantas otras cosas de Tánger desde que sus días cosmopolitas parecían haber acabado.

El piano que Peter Lacy, antiguo piloto de cazas Spitfire y amante de Francis Bacon, solía tocar a todas horas para pagar sus deudas de juego había desaparecido. Tomamos un par de copas, en todo momento bajo las hoscas miradas de los nativos. Julian no paraba de sonreír con afectación, lo cual no resultaba precisamente de ayuda. Oí que uno de los clientes murmuraba «maricones» y hubo varios gruñidos despectivos en nuestra dirección. Pero entonces la cortina de cuentas se abrió y todas las miradas se dirigieron hacia la puerta. Había llegado H.

De pronto cambió toda la atmósfera del bar. Mientras avanzaba, lo iban saludando con gestos de cabeza y sonrisas de bienvenida. Iba seguido de un marroquí atractivo y corpulento. H. se quedó plantado delante de mí un instante, sonriendo. Estaba mucho más viejo que la última vez que lo había visto, pero tenía un saludable bronceado y resultaba tan carismático como siempre (sabe Dios lo que debí de parecerle yo; un cadáver en capilla, supongo).

—Teddy —dijo por fin, cogiéndome de los brazos suavemente—. Me alegro mucho de que hayas venido.

Nos sentamos a una mesa. Nos trajeron bebida y tapas. H. señaló con la cabeza a su compañero, al que presentó como Mustafá. Después de tomar unas cuantas copas y charlar de los viejos tiempos, H. comentó que era hora de marcharse.

—Tenemos que hablar —me dijo—. En serio, quiero decir. Y no me voy a quedar mucho en Tánger. Esto ya no es seguro. No es como en los viejos tiempos. Tengo una casa en la Montaña. Ven conmigo y hablaremos.

Mustafá nos llevó a todos en coche hacia el oeste de la ciudad, a la colina del distrito de Marshan, que los expatriados británicos llamaban la Montaña. Aquí y allá quedaban vestigios de la antigua colonia: callejuelas sinuosas, jardines agostados y pistas de tenis abandonadas. Lo que Cecil Beaton había descrito como «el Cheltenham oriental» había desaparecido en su mayor parte. Desde la terraza de la casa en la que vivía H. se contemplaba una maravillosa vista de la ciudad y la bahía. H. insistió en que habláramos en privado. Propuse que Mustafá le enseñara a Julian algunos lugares de interés de Tánger.

—Un poco de color local. Te ayudará a describir el ambiente cuando redactes el libro.

De modo que se marcharon. H. pidió unas bebidas y nos centramos en el tema que nos interesaba. Me explicó que todavía utilizaba Tánger como base de algunas de sus actividades de contrabando, usando el negocio de los tejidos como tapadera. Las empresas británicas utilizan mano de obra barata de allí y trasladan la mercancía a Gran Bretaña en vehículos pesados. Pero la mayor parte del tiempo había estado escondido en República Dominicana, desde la ruptura del acuerdo de extradición con Gran Bretaña tras la guerra de las Malvinas.

—El Caribe es un buen lugar para operar —dijo—. Puedes saltar de isla en isla.

—Como un pirata —sugerí.

—Es curioso que digas eso, Teddy. De algo así quería hablarte. —Se inclinó hacia mí, haciéndome una pequeña seña con la mano. Yo también agaché la cabeza como si estuviéramos conspirando, aunque no había nadie más en la estancia—. Un tesoro escondido, Teddy —susurró con voz ronca.

No pude evitar soltar una profunda risita. Me recosté y bebí un sorbo de mi copa. «El viejo H. de siempre», pensé. Me estaba sonriendo.

—Es verdad, Teddy. Hace un año más o menos hubo un golpe en Gran Bretaña. Un robo de quince millones en lingotes de oro<sup>[3]</sup>. Seguramente oirías hablar de ello.

Asentí. Me dijo que se habían deshecho del oro de varias formas y que se había formado una especie de consorcio.

—Entre aquellos de nosotros que entendíamos de esa clase de economía internacional —explicó.

Pero, inevitablemente, había habido algún tipo de enfrentamiento y había desaparecido una cantidad considerable.

—¿De oro? —pregunté.

—De oro, o del dinero obtenido con él. Nadie parece saber dónde está.

H. levantó los puños y abrió las manos. Dijo que en alguna parte había información detallada sobre el paradero del botín escondido.

—¿Te refieres a algo así como un mapa? —sugerí.

—Puede ser —dijo él suspirando—. O algún tipo de rastro.

—Fascinante —exclamé—, como en *La isla del tesoro*.

Él sonrió al oírlo, pero me propuso que le ayudara a recuperar aquellas ganancias ilícitas. Yo puse reparos, pero él insistió mucho.

—No hay mucha gente en la que pueda confiar para este trabajo. Los pocos de los que me puedo fiar están vigilados o han desaparecido —dijo.

No me gustaba cómo sonaba aquello. Él intentó tranquilizarme.

—Teddy, no habrá el más mínimo peligro para ti. Solo necesito que pases cierta información y que tal vez me traigas alguna aquí.

Esbozó su vieja sonrisa de tiburón y me sirvió otra copa.

Llegaron Julian y Mustafá. Más tarde fuimos todos a un local llamado la Disco de Scott, en la Ville Nouvelle. Era un pequeño y extraño club bastante hortera, con una bola de espejos colgando sobre una diminuta pista de baile de parquet. En las paredes colgaban ilustraciones bastante encantadoras de regimientos escoceses, y dos grandes óleos de unos hermosos chicos árabes, con el traje tradicional de las Tierras Altas escocesas, ocupaban el lugar de honor sobre la barra y la pared de enfrente. Tomamos unas copas y hacia la una el local empezó a llenarse. Los otros empezaron a estudiar seriamente las posibilidades, pero yo me sentía demasiado cansado, demasiado viejo. Los dejé. Quedé con H. para comer al día siguiente, domingo, en el restaurante de Guitta. Mustafá me llevó de vuelta al hotel.

### *Domingo, 13 de mayo*

Fui a la misa de la mañana en Saint Andrew's, la pequeña iglesia anglicana construida al estilo marroquí y enclavada junto al Gran Zoco. La combinación de decoración morisca y de iglesia de campiña inglesa me despertó un extraño sentimiento de melancolía. Al contemplar su techo de cedro tallado por artesanos de Fez, con el padrenuestro labrado en árabe sobre el coro y el presbiterio, me entró cierto sentimiento de nostalgia. Pero ¿por qué? Solo Dios lo sabe. La misa propiamente dicha es un poco vulgar, no lo bastante anglicana para mi gusto. Al salir me topé con Freddy Carruthers.

—¡Cielo santo, Teddy! —exclamó—. No sabía que estuvieras aquí. ¿Qué haces en Tánger?

De repente me sentí como un sospechoso, recordando la conversación con H. de anoche, pero logré murmurar algo apropiado. Freddy vino aquí a principios de los cincuenta, después de que lo metieran en la cárcel por mantener prácticas homosexuales en los urinarios públicos y de que su familia no pudiera soportar el escándalo. Dimos un pequeño paseo por el cementerio. Aquí están enterrados todos. «Walter Harris, amó al pueblo árabe y fue su amigo», y más allá una lápida agrietada y descuidada en la esquina: «Dean, añorado por todo el mundo». Freddy preguntó por Inglaterra y sorbió un poco por la nariz mientras le respondía.

—No voy a volver nunca, Teddy —dijo—. George Greeves<sup>[4]</sup> ha muerto, ¿sabes?

—Ese viejo y malévolo cotilla.

—Sí —dijo Freddy suspirando melancólicamente—. Lo echo mucho de menos.

Llegamos a la entrada del cementerio y nos despedimos. Enfilé la rue de Belgique hacia el restaurante de Guitta. Me las vi negras para encontrarlo. Han construido una nueva mezquita enfrente, y como está prohibido que desde el lugar sagrado se vean establecimientos donde se vende alcohol, han construido un muro enorme que lo separa de la calle. La entrada está ahora a la vuelta de la esquina. Otro recordatorio del poder que tienen ahora los condenados islamistas.

El local aún conserva parte de su viejo estilo. Regentado por una familia italiana desde los años cuarenta, creo que es lo único que queda de la época de la zona internacional. Una casa de estilo francés en un descuidado jardín ornamental. Aquí, en su elegante aunque bastante desvencijado comedor, la vieja guardia acude a comer el asado de los domingos. La menguante reunión de exiliados, repantigados como lagartos al sol. H. está esperando en la barra acolumnada. El camarero marroquí, espléndido con un esmoquin blanco, un corbatín negro, un fez con borlas y unas gafas de culo de botella, arrastra los pies y resuella al llevarnos hasta nuestra mesa. Parece que se vaya a caer muerto en cualquier momento.

—Dios —le digo a H. cuando estamos sentados—, esta es la antesala del cielo.

H. se ríe entre dientes siniestramente. De repente experimento una terrible sensación de vértigo, los años pasados precipitándose pero, aun así, lejos de tocar fondo. Una eternidad, claro. No soporto mirar al vacío. Tomamos cordero asado y un Côtes du Rhône bastante aceptable. H. me pasa un sobre por encima de la mesa.

—Ya sabes a quién tienes que llevárselo<sup>[5]</sup> —dice—. ¿Recuerdas que ayer mencionaste *La isla del tesoro*?

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo curioso es que ha salido a relucir antes. Es una pista de alguna clase<sup>[6]</sup>. Piénsalo.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Cogí el sobre. Supongo que no tenía más remedio que hacer ese recado para él. Después de comer salimos a pasear. Mustafá estaba esperando en un coche. Me dejaron en el



hotel. Julian estaba holgazaneando en la piscina. No ha dado un palo al agua desde que estamos aquí. He sido yo el que ha estado ocupado escribiendo. Menudo cabrón perezoso. Me temo que nunca escribirá la maldita biografía y que estaré a merced de los buitres cuando muera.

Busqué en el resto del diario para ver si había alguna referencia a lo que contenía el sobre que Starks le había dado a Teddy Thursby. No había nada. Le enseñé los extractos a Eddie. Al comentarle mi interpretación de ciertas partes del texto, esperaba que él se mostrara comunicativo y expusiera algunas de sus opiniones.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó.

—¿Los diarios? Bueno, era amigo de su albacea literario.

—Entonces ahora te pertenecen, ¿no?

—Esto... más o menos. Mira, olvídate de eso. Echa un vistazo a este fragmento.

Señalé las partes en las que aparecía Harry Starks.

—Bueno, tampoco parece que sepa adónde fue a parar el puto oro —fue el único comentario que hizo Eddie.

—¿Y lo de *La isla del tesoro* como pista? —le pregunté.

—Joder, es una referencia literaria bastante evidente.

—Pero ¿podría significar algo en concreto?

—Estás obsesionado con las historias, Tony. Aquí no hay ninguna jodida historia. ¿Cuáles eran las fechas?

Le pasé otra vez el diario.

—Es más o menos por la misma época en que se cargaron a Solly, ¿no? —dijo—. Esa es la clave de todo este asunto. Sabes quién se lo cepilló, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Siempre se ha dicho que fue Beardsley. Deberíamos preguntarle al respecto.

—Pero si fue él quien hizo matar a Solly Blumberg, ¿no sería peligroso?

Eddie soltó una risa seca.

—No me da miedo —bufó—. Me acuerdo todavía de cuando no era más que un mod que no sabía sorberse los mocos, el gamberro favorito de Harry Starks.

Eddie se mostraba cada vez más fanfarrón y atrevido. Encontraba aquello aterradoramente temerario, pero al mismo tiempo estimulante. Pese a lo mucho que él había insistido en que «aquí no hay ninguna jodida historia», yo tenía la sensación contraria. Una historia maravillosa y absurda. Una aventura. Y me veía arrastrado por ella.

Me sentía intranquilo. Me pasé toda la noche leyendo *La isla del tesoro*. La narración de Stevenson es maravillosa y fantástica, pero al mismo tiempo apasionante y extrañamente conmovedora. Evoca la fascinación infantil a través de la acción y el peligro. Pero busqué en vano pistas relacionadas con el robo de los lingotes. Tal vez Eddie estuviera en lo cierto y no fuera más que una burda referencia literaria.

Amaneció una mañana fría y gris mientras leía los últimos capítulos con los ojos doloridos por el cansancio. Entonces, al llegar a la parte en que el tesoro es

finalmente descubierto, topé con un pasaje que parecía saltar desde la página hacia mí e insistir en una especie de significado universal. El cielo empezó a teñirse un poco de rojo y, en un estado frenético de agotamiento, una desquiciada lucidez sonámbula, murmuré las palabras en voz alta como una alborada:

Era aquella una curiosa colección de monedas, como las del cofre de Billy Bones, por la diversidad de cuños, pero tanto mayor y tanto más variada que nunca experimenté deleite igual que el de ir las clasificando. Inglesas, francesas, españolas, portuguesas, jorges y luises, doblones y dobles guineas, moldores y cequíes, los retratos de todos los reyes de Europa en los últimos cien años, extrañas monedas orientales estampadas con dibujos que parecían trozos de tela de araña, monedas redondas y cuadradas, otras taladradas por el medio como para llevarlas alrededor del cuello. Casi todas las variedades de dinero del mundo debían de haber ido a parar a aquella colección; y en cuanto a cantidad, estoy seguro de que eran como las hojas de otoño, de suerte que la espalda me dolía de inclinarme y los dedos, de separarlas...

Como sumido en un trance, o en una duermevela que contiene algún oscuro conocimiento arcano, aquellas palabras y símbolos se grabaron en mi mente como emblemas o como la leyenda de un mapa. Como si entre líneas hubiera una clave, un mapa («o algún tipo de rastro», en palabras de Starks). Era un discurso sobre la naturaleza del tesoro... no, sobre la naturaleza del propio dinero. «Todas las variedades de dinero del mundo», capital, mercados monetarios internacionales, botín y posesión. Blanqueo de dinero, «realización», como lo había llamado Manny Gould, oro en lingotes transformado en mercancía, un tesoro escondido en interminables e innumerables cuentas. La cabeza me daba vueltas con laberínticos cambios de moneda y divisas. Por un instante intransable, tuve una clara noción de lo que era concebible, el pulso impalpable que palpita lleno de significado y claridad, para acabar reverberando en ensueños resonantes cual monedas que caen ruidosamente con el premio incobrable de una máquina tragaperras. Me dormí y me imaginé una acuñación inconsciente de inescrutables soberanos, dinero que se volvía inmaterial, una semántica abstracta, juramentos inscritos, un futuro en libras esterlinas —«Prometo pagar al portador que lo solicite»—, una multiplicación de posibilidades. Cambio: soñé con la acuñación, el anverso y el reverso, recuerdos atesorados, una mina de propiedades. De repente todo cobró sentido mientras perdía la conciencia en la oscuridad.

Me desperté terriblemente sobresaltado; mi debilitado cuerpo se desveló sacudiéndose en el sillón. El libro se me había caído de las manos y sentía la cabeza embotada y vacía. La claridad ilusoria se desvaneció en un sueño olvidado e inalcanzable.

Fuimos en coche a la mansión de Simon Beardsley en Essex. Manny Gould había concertado una cita. Eddie quiso que yo también fuera.

—¿Por qué? —le pregunté, ligeramente intimidado ante la idea.

—Necesito que alguien venga conmigo.

—Pero ¿por qué yo?

—Bueno, ¿quién si no? Las únicas personas en las que puedo confiar están muertas o en la cárcel. Ya no puedo confiar en nadie de fuera. Las cosas han cambiado. Hoy día todo gira en torno a la droga. Todos esos hijos de puta ganaron dinero a nuestra costa. El abogado corrupto que se encargaba de la parte de Charlie y Ray, los tipos que dieron el golpe conmigo, acabó convirtiendo dos millones en cinco. El boom inmobiliario, ya sabes, las reformas del puerto. Es decir, nosotros robamos el oro, y en cambio otra gente puede ganar todavía más sin mover el culo del asiento. Especulación. Claro que al final lo trincaron. Le cayeron doce años, pero cumplió solo cinco. Así son los delitos de guante blanco. Y puedes estar seguro de que escondió una parte en algún sitio. No, Tony, no me fío de ninguno de ellos.

—¿Y puedes confiar en mí?

—No lo sé, Tony, no lo sé. La verdad es que resultas bastante inofensivo. Y se supone que estamos trabajando juntos, ¿no es cierto?

—Cierto —asentí de mala gana.

—No te preocupes —dijo Eddie sonriendo—. Esta vez no habrá pistolas.

—Me alegra mucho oír eso.

—Todo es cuestión de fachada, Tony. Tú mantén la boca cerrada. Todo se va a hacer de forma muy educada y respetuosa. O sea, cara a cara.

Eddie soltó una risotada amarga.

—Luego nos liquidarán cuando menos lo esperemos —dijo.

La casa de Beardsley estaba en el campo, al otro lado de Braintree. Un dispositivo eléctrico abrió unas verjas de hierro forjado que daban a un camino de gravilla. Una gran casa moderna de ladrillo, con un ridículo pórtico acolumnado. Ánforas griegas y estatuas absurdas por todas partes.

—Vaya —dijo Eddie cuando paramos delante de aquel vulgar edificio—, algunas personas se lo han montado bien, ¿verdad?

Beardsley estaba en la puerta principal, reteniendo a dos rottweiler de aspecto diabólico. Sacudió la cabeza en dirección a nosotros y gritó:

—¡Dejad que guarde los perros!

Arrastró a los cancerberos hasta una habitación contigua y luego nos hizo pasar.

—Me alegro de verte, Eddie —dijo—. Creo que no conozco a tu amigo.

—Este es Tony —le contestó Eddie—. Es mi socio.

—Encantado, Tony —dijo Beardsley mientras entrábamos en un enorme recibidor.

Por un momento Eddie y Beardsley se quedaron mirándose el uno al otro, como si estuvieran midiendo sus fuerzas. Beardsley era un hombre musculoso de cuarenta y tantos años, con el pelo cortado al rape, ropa deportiva de marca y montones de abigarradas joyas de oro. En comparación, Eddie mostraba una constitución frágil, pero había en su porte una actitud de resuelta dignidad que resultaba conmovedora e impresionante. La cabeza de Beardsley se ladeó ligeramente y al sonreír dejó al

descubierto más metal amarillo.

—Eddie —dijo encogiéndose de hombros—, ¿qué puedo decir?

Eddie Doyle le devolvió la sonrisa.

—Es lo que pregunta todo el mundo —dijo.

—¿Un trago? —preguntó Beardsley.

—Me tomaría una taza de té —dijo Eddie.

Beardsley preparó una tetera, la trajo, y los tres nos sentamos en un tresillo de ante blanco. Metió la mano debajo de la mesita de cristal y sacó una bolsa de plástico que entregó a Eddie.

—¿Qué es esto? —preguntó Eddie.

—Es para ti —contestó Beardsley.

Eddie miró dentro de la bolsa. Soltó una pequeña risotada y alzó la vista hacia Beardsley.

—¿Es una puta broma?

—Eddie...

—¿Cuánto hay aquí? ¿Un par de miles?

—Hay cinco mil.

—Has hecho una colecta de mierda, ¿verdad?

—Mira, solo es para que vayas tirando.

—¿Dónde está el resto?

—Es todo lo que hay. No lo sabemos. Lo que le pasó a Solly...

—Sí, bueno, a lo mejor alguien se precipitó un poco. Si Solly estuviera vivo, tal vez podría contárnoslo.

—O contárselo a otras personas.

—¿Te dijo algo? —preguntó Eddie.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a antes de que se lo cargaran.

—No. No paraba de decir que había que esconder el oro en alguna parte para mayor seguridad. Hablaba de un mapa.

—¿Un mapa?

Eddie frunció el entrecejo y me miró.

—Sí —dijo Beardsley, soltando una risita—. El cabrón estaba perdiendo los papeles. Decía cualquier chorrada para ganar tiempo.

—Bueno, quizá deberías haberle dado un poco más.

—Mira, no tuve otra opción. Iba a cantar.

—Eso es lo que tú crees.

—No podíamos correr el riesgo. Sinceramente, Eddie, todo se jodió y tuvimos que borrar nuestras huellas. No sé si alguna vez llegaremos a descubrir adónde fue a parar el oro.

—Pues, joder, parece que tú y medio Essex lo lleváis encima.

Beardsley se rió de nuevo y con la manaza cargada de anillos de oro se puso a

juguetear con la gruesa cadena dorada que llevaba al cuello.

—¿Crees que es un poco excesivo?

—Hablo en serio, Beardsley. Y no soy el único.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy el único que puede estar interesado en lo que desapareció. Hace poco vi a alguien.

—¿Ah, sí? —comentó Beardsley mientras cogía su taza de té.

—A Harry Starks —dijo Eddie en voz baja. A Beardsley se le escapó el asa de la taza, que cayó con estrépito sobre la mesa de cristal.

—¡Mierda! —exclamó, levantándose para evitar mancharse con el té derramado—. Estás de broma, ¿verdad?

—Te lo he dicho, hablo en serio.

—Mierda —repitió, limpiándose el pantalón.

—Estamos un poco nerviosos, ¿eh, Simon?

Beardsley forzó una sonrisa.

—Ha sido solo el impacto. Ya sabes... el puto Harry Starks.

—Sí, y quizá también él piense que te precipitaste un poco.

—Mira, puedo explicar lo de Solly.

Eddie se levantó.

—Venga —me dijo—, vámonos.

Cogió la bolsa.

—Nos largamos —dijo Eddie.

—Pero si acabáis de llegar.

—Bueno, ya sabes, tengo cosas que hacer.

Beardsley nos siguió por el pasillo.

—¿De verdad has visto a Harry? —preguntó.

—En carne y hueso.

—Mierda. Eddie, en cuanto a lo de Solly, no nos quedó más remedio. Tienes que creerme.

Estábamos en la puerta. Eddie se volvió hacia Beardsley.

—Lo que yo crea no importa mucho, ¿verdad? —dijo—. Nos vemos, Beardsley. Que tengas suerte.

—¿Te fijaste en su reacción cuando mencioné a Starks? —me preguntó Eddie mientras volvíamos a Londres.

—Se puso un poco nervioso.

—Me imagino que Beardsley está preocupado porque se cargó a la única persona que sabía con seguridad dónde estaba el oro.

—¿Y eso adónde nos lleva?

—No lo sé. Pero te diré una cosa: ahora sí que estamos metidos en un buen lío.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, por remover las cosas. La gente empieza a ponerse nerviosa, y eso no es bueno.

—A lo mejor deberíamos... esto... tomárnoslo con calma.

—Demasiado tarde, Tony.

Regresé a mi casa y estuve dándole vueltas a la situación. La actitud de Eddie se estaba volviendo muy desconcertante. Era un hombre mayor y, sin embargo, mostraba la temeridad de un joven. Era ridículo. Y aun así se me ocurrió que quizá su comportamiento estuviera en sintonía con su edad. ¿Por qué no nos volvemos más desesperados conforme pasan los años? ¿Por qué cuando menos tenemos que perder más nos aferramos a lo que queda de una mísera existencia? También reflexioné que era propio de Eddie Doyle correr riesgos, invertir toda su energía en una gran jugada. En el fondo, todavía era un reincidente. Parecía que solo se iba a rehabilitar en la tumba.

Y mi vida sedentaria se hallaba ahora perturbada por la acción. Sentía que estaba perdiendo el control. Ya no me limitaba a registrar los hechos, sino que me estaba convirtiendo en parte de la historia. Tenía la cabeza a punto de estallar, tal era la insana excitación que me producía. Hacía años que no me sentía tan vivo. Me estaba viendo empujado por una narración impredecible. Estaba pasando algo. Y pasaría algo después. Además, estaba empezando a perder la noción de lo que era la auténtica historia y lo que eran tramas fruto de la imaginación.

Había multitud de referencias, reales y ficticias: rumores del mundo del hampa, interminables artículos de periódico y relatos de *crimenreal* sobre el golpe de los lingotes de Hounslow, las crónicas de Teddy Thursby y, en forma de ficción codificada, una oscura interpretación de *La isla del tesoro*. Cogí el libro de donde lo había dejado, tirado en el suelo, boca abajo, con el lomo agrietado. Leí las tres o cuatro páginas que me quedaban. El auténtico final del libro es algo decepcionante: el viaje a casa, el regreso a la normalidad. Incluso la huida de Silver resulta algo floja y anticlimática. En la conclusión, ninguna palabra ni frase parecía atestiguar u ofrecer la pista a la que había aludido Starks. Reparé únicamente en que, mientras que en la mayoría de las obras de ficción relacionadas con un tesoro es el botín el que está maldito, en la historia de Stevenson es el lugar donde está enterrado, la propia isla, el que parece embrujado. Al final Jim Hawkins la llama «aquella isla de maldición», y se alegra mucho de perderla de vista sobre la curva azul del horizonte.

¿Era la isla en sí lo importante, en lugar del tesoro? Las historias de islas, malditas o bendecidas, llevan contándose desde *La Odisea* y tal vez antes, con arcaica insistencia en el significado y en la importancia del modo en que navegamos por ellas. Símbolo de realidades alternativas, desde la Atlántida hasta el país de Nunca Jamás, la isla también es una metáfora del individuo (la contradicción frustrada de Donne no hace más que recordarnos lo fascinante de esa imagen de aislamiento). Tal vez nos acordemos de una insularidad primigenia; el feto como un atolón diminuto en

un mar amniótico.

Pero si la pista está en la isla, ¿cuál es? ¿Una especie de código para saber dónde está enterrado el tesoro? Todo parecía bastante fantasioso, dada la brutal realidad del golpe de Hounslow. Seguí leyendo. Stevenson escribió dos apéndices a *La isla del tesoro*. En el primero explica que el dibujo del mapa precedió a la redacción del relato; de hecho, fue al bosquejar un mapa imaginario cuando se le ocurrió escribir el libro, una narración conformada a partir de una topografía profética. Beardsley había dicho que Solly había hablado de un mapa. Pero ¿qué podía significar? ¿Acaso el libro esclarecía de algún modo profético el paradero del tesoro que buscábamos? No veía cómo. Leí hasta el final y no hallé nada.

Volví al principio con cierto desánimo. No al comienzo de la novela, sino a la introducción del libro a cargo de un tal Frank Simpson, un profesor de literatura estadounidense. Eché un vistazo a su pequeño ensayo sin demasiado entusiasmo, hasta que de repente mis ojos se posaron en este breve pasaje:

Los estudiosos han debatido mucho sobre la localización de la isla de Stevenson. ¿Tiene su isla ficticia una progenitora geográfica real? Las candidatas van de la Isla de Pinos, en la costa de Cuba, al contorno de Edimburgo visto desde las colinas de Pentland. La ubicación geográfica más evidente es la isla de Norman, en las islas Vírgenes Británicas. Abandonada y desierta a excepción de unas cuantas cabras salvajes, durante mucho tiempo se ha creído que la mayor de las islas deshabitadas del archipiélago alberga un tesoro enterrado. Pero más importante aún es el emplazamiento cultural de la isla...

Al principio no la vi, pues mi cabeza había estado saltando de isla en isla en un archipiélago entero de ideas insulares y desquiciadas cartografías. Entonces apareció: un promontorio súbitamente visible recortado contra el horizonte. «¡Tierra a la vista!», estuve a punto de exclamar en voz alta, como un vigía que divisa *terra incognita*. Tierra a la vista, coño. Resultaba tan obvio... Las islas Vírgenes Británicas, un vestigio del imperio y un importante paraíso fiscal y lugar de blanqueo de dinero. Eddie tenía razón: *La isla del tesoro* era una referencia literaria, pero también una analogía. De igual modo que los piratas del siglo XVIII habían enterrado sus tesoros en las islas del Caribe, sus equivalentes actuales hacían exactamente lo mismo, pero con empresas fantasma y cuentas bancarias numeradas. El botín perdido estaba en un paraíso fiscal. En algún lugar de las islas Vírgenes Británicas.

Le conté a Eddie mis hallazgos, pero no le convencieron.

—¿No te estás entusiasmando un poco? —preguntó.

—Bueno, merece la pena investigarlo, ¿no te parece?

—No lo sé. A ver qué dice Manny.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Seguramente no, pero es un experto en el tema. Si hay alguien que puede sacar algo en claro en todo esto, es él.

—Pero ¿y si es una trampa? ¿Qué haremos entonces?

—No lo sé —respondió Eddie—. Pero no podemos renunciar a hablar con Manny. Oigamos lo que tiene que decir.

De modo que se concertó otra reunión en el despacho de Emmanuel Gould, contable colegiado. Le conté mi teoría. El hombrecillo nos miró con el ceño fruncido a través del escritorio; sus negras cejas se erizaron en actitud pensativa.

—¿Una referencia en los diarios de lord Thursby, dices? ¿Una pista literaria? Un poco cogido por los pelos, ¿no crees?

—Eso le he dicho yo —comentó Eddie.

—Pero —prosiguió Manny— podría estar en un paraíso fiscal. ¿Y por qué no en las islas Vírgenes Británicas? Yo me he tomado bastantes menos licencias poéticas en mi investigación, pero tal vez haya alguna relación con esa... eh... imaginativa idea. Los activos de Solly Blumberg en el momento de su muerte parecen haber desaparecido por completo. Liquidados o transferidos a algún lugar. Y aunque una cantidad considerable del oro refundido parece haberse esfumado, puede que Solly ya lo hubiera vendido y hubiera escondido sus activos.

—¿En un paraíso fiscal? —pregunté.

—Tendría sentido, suponiendo, claro está, que se hubiera deshecho de los lingotes.

—Y en el supuesto de que lo hubiera hecho, ¿cuál habría sido el proceso? —le planteé.

—¿Para blanquear dinero en un paraíso fiscal? —preguntó Manny.

—Sí.

—Bueno, en el blanqueo de dinero hay tres grandes fases. La primera es la colocación; ya sabes, encontrar un sitio donde colocar tus activos, un sistema financiero para sacar dinero del país. Luego está lo que se conoce como «encubrimiento»: la creación de un negocio, una especie de empresa fantasma, de forma que puedas disfrazar esos fondos como procedentes de un negocio legal. Y por último la «integración», con una compleja red de transferencias de dinero, falsas amortizaciones de préstamos, ingresos de inversiones. A esas alturas resulta sumamente difícil distinguir el dinero legal del ilegal, y toda esa fortuna puede volver al país como si hubiera sido obtenida de forma totalmente honrada. Oh, sí, todo muy limpio y ordenado, ¿verdad? Solo hay un problema.

—¿Cuál? —pregunté.

—Que el dinero no volvió, ¿no?

—No, el condenado no volvió —dijo Eddie.

—Ahí está el quid de la cuestión. El blanqueo de dinero es deliberadamente complicado, los rastros tienen que ser difíciles de seguir para despistar a las autoridades, pero cuando se produce un fallo en la comunicación entre los que practican el blanqueo, se pierden cantidades enormes y los avariciosos que se supone que tienen que proteger los activos se llenan los bolsillos, y eso es lo que puede haber pasado.

—¿«Puede»?

Manny se encogió de hombros.



—No podemos estar seguros. Pero en las islas Vírgenes Británicas nos pillaron. Hubo una investigación. Una operación conjunta, una intervención angloestadounidense de Scotland Yard y la DEA. Un abogado británico especializado en derecho tributario, Joe Clement, había estado desviando fondos a la isla de Man y las islas Vírgenes Británicas. También tenía contactos con la mafia de Florida. Pero acabó haciendo un trato con las autoridades a cambio de inmunidad penal. Terminó en un programa de protección de testigos. Los activos fueron congelados y los fondos, confiscados.

—¿Incluía eso las ganancias obtenidas con el golpe de Hounslow? —le pregunté.

—Tal vez. A menos que fueran transferidas a otra parte de la isla. Eso es lo que podría significar tu pista. Que todavía esté allí, escondido en alguna parte.

—Pero ¿cómo demonios vamos a encontrarlo? —preguntó Eddie.

—Tenemos que ser metódicos —anunció Manny—. Tenemos que intentar encontrar un rastro de auditoría de la sociedad de inversiones de Clement a otra empresa fantasma.

Manny cogió una lista de empresas registradas en las islas Vírgenes Británicas.

—No sé por dónde empezar —se quejó.

—Déjame echar un vistazo —dije.

Me pasó la lista. No sabía lo que estaba buscando, pero sentía que debía de haber una pista en alguna parte. Y la encontré. En la relación aparecía Flint Investments, con dirección en Road Town, Tórtola.

—Deberías investigar esta —le dije a Manny, señalándola.

—¿Por qué esa? —Manny la miró con el ceño fruncido, y entonces sus cejas se arquearon de repente—. Oh, sí, claro, Flint, claro. Podemos intentarlo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Eddie.

Manny levantó la lista.

—¿No lo ves? —dijo—. Flint. Flint era el nombre del pirata cuyo tesoro fue enterrado en la isla.

—Hay que joderse —murmuró Eddie.

Pero yo estaba en lo cierto. Manny tardó un par de días en encontrar un vínculo entre Clement y Flint Investments, y entonces nos reunimos de nuevo en su despacho.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Eddie.

—Bueno, me he tomado la libertad de ponerme en contacto con el señor Starks. Él tiene gente en esa zona que, digamos, protege sus intereses, y ellos pueden intentar recuperar los activos que puedan quedar de esa empresa.

—¿Y qué hay de mis putos intereses? —preguntó Eddie.

—Por supuesto, también estarán representados, Eddie.

—Y entretanto yo me quedo con el culo al aire mientras otros se reparten mi dinero. Como siempre, joder. Como todo el tiempo que estuve en la cárcel.

—No veo qué otra cosa podemos hacer. Después de todo, ni siquiera sabemos qué puede haber en Flint Investments. Puede que no sea más que una empresa fantasma,

que no haya nada.

—Más motivo para que lo averigüemos nosotros.

—No estarás insinuando que nosotros... —comenzó Manny.

—No —lo atajó Eddie—. No tú y yo. Él y yo.

Eddie señaló con la cabeza en mi dirección.

—Iremos allí y lo investigaremos nosotros mismos.

—Un momento —protesté.

—Vamos, Tony. No podemos permitir que ni Starks ni nadie nos vuelva a engañar.

—Te engañó a ti, Eddie. No es mi problema.

—No, pero fue tu puñetera idea, Tony.

—¿Qué?

—La chorrada esa de *La isla del tesoro*. Vamos, serán unas pequeñas vacaciones.

Te sentarán bien.

—No lo creo.

—Será una buena historia. Tú puedes ser Jim Hawkins y yo seré el puto Long John Silver.

Viajamos en avión hasta Antigua y tomamos un vuelo de enlace hasta la isla de Beef, en las Vírgenes Británicas, donde cogimos un taxi a Road Town. El mar era de un intenso azul violáceo de genciana que se difuminaba hasta el horizonte; verdes colinas descendían suavemente hasta formar acantilados y calas. Nos dirigimos por una carretera costera y pasamos por delante de grupos de casas de madera con porche y chozas de una sola habitación. También había casas más grandes con vallas de rejilla metálica y caminos de entrada de hormigón.

—Fíjate en algunas de esas jodidas mansiones —dijo Eddie mientras avanzábamos entre sacudidas—. Siempre he soñado con esto, ¿sabes? Dar un último golpe y retirarme a una isla tropical. El trabajo de Hounslow iba a ser para eso.

—¿Y lo habrías hecho?

—¿Qué?

—Quiero decir, si no te hubieran pillado.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Venir a un sitio como este?

—Sí.

Eddie se volvió y me lanzó una mirada exasperada o desdeñosa.

—Pues claro que no —contestó—. Las cosas nunca funcionan así.

—¿Y qué harás si recuperas parte de tu dinero?

—No lo sé. Oye, ¿quieres dejar de aguar-me la fiesta? Estaba disfrutando un poco de esto.

Road Town era una pequeña y bulliciosa villa. Una población en auge. El puerto estaba repleto de yates, y un gran crucero se disponía a atracar. Entre las viviendas

destartaladas, los bares y las tiendas, había bloques de oficinas de hormigón y cristal que albergaban toda clase de servicios financieros. Numerosos todoterrenos atestaban las polvorientas calles. Las laderas boscosas que rodeaban la ciudad estaban salpicadas de bloques de pisos escalonados.

Nos registramos en el hotel Treasure Isle, en Waterfront Drive. Por todas partes había locales turísticos que promocionaban el glorioso pasado marinero de las islas. Tórtola alberga la mayor concentración de yates del mundo, y la localidad se ha enriquecido con la pujanza de la navegación a vela. Y un tesoro por descubrir en forma de empresas y compañías fiduciarias internacionales se estableció aquí debido a los nulos impuestos y las leyes de secreto bancario.

Nuestras habitaciones daban al puerto. Eddie se puso a estudiar una guía de viaje.

—Esta no es la isla del tesoro, ¿sabes, Tony? —anunció.

Señaló a través de la bahía un grupo de islas que se elevaban del refulgente mar plateado en el horizonte.

—Está allí —continuó, examinando un pequeño mapa de la guía—. La isla de Norman. Y aquella pequeña —señaló— es el Cofre del Muerto, donde Barbanegra dejó a quince hombres abandonados para que resolvieran sus diferencias con un sable y una botella de ron.

Eddie parecía de buen humor. Empecé a temer, con un miedo creciente, que tuviera espíritu de vacaciones.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —pregunté.

—Esperaremos a que alguien se ponga en contacto con nosotros.

—Genial.

—Relájate, Tony.

«Relájate.» Esa palabra siempre llega en forma de orden. Una orden que nunca deja de ponerme tenso.

—Podemos tomar un poco el sol mientras estemos aquí —continuó.

Pero a mí nunca me ha entusiasmado la brillante luz solar. Siempre me ha parecido que hay algo reptiliano en eso de holgazanear todo el día al sol. Y el calor me resulta opresivo y amodorrante.

Eddie, en cambio, disfrutaba enormemente. Se pasaba horas en la pequeña piscina del hotel tomando el sol.

—¿Qué pasa contigo? —me preguntó mientras me acuclillaba a la sombra, con una bebida en las manos—. Es terapéutico, ¿sabes? Toda esta luz. Todo este cielo. Es lo que más echaba de menos en la cárcel: no poder ver el cielo.

En el hotel se hospedaban muchas personas en edad de jubilación, así que Eddie y yo no desentonábamos. Había mucha carne vieja expuesta que me resultaba francamente repugnante. Asomando por todas partes, flácida y glabra, aceitosa y enrojecida bajo los fuertes rayos ultravioleta. Pero Eddie no estaba en tan mala forma. Tenía el cuerpo un poco fofo en la cintura, pero conservaba una musculatura firme. Semidesnudo, su cuerpo se movía con airosa desenvoltura. Una peculiar elegancia

animal que yo envidiaba.

Yo pasaba el mayor tiempo posible en la habitación del hotel, leyendo bajo el zumbido del aire acondicionado. Echaba de menos mi anodina rutina habitual. No estoy hecho para las vacaciones. Necesito la sensación de orden, la ilusión de controlar mi entorno. Por las noches, Eddie insistía en que saliéramos y probáramos la gastronomía local. Un pescado con demasiadas especias que me daba ardor de estómago. En uno de los restaurantes, una choza remodelada en el paseo marítimo con música reggae a un volumen atronador, me fijé en que alguien nos miraba desde la barra. Era el hombre del coche que había delante de la oficina de Manny Gould, estaba seguro de ello. Cuando me vio mirándolo, apartó la vista, pagó la cuenta y se marchó. Di un codazo a Eddie.

—Allí —susurré.

—¿Qué?

Se volvió. El hombre había desaparecido. Un joven negro estaba retirando un vaso y limpiando la barra.

—¿El camarero? —susurró Eddie.

—No. Hace un momento había alguien más. El hombre que nos seguía en Londres.

—¿Qué? ¿Seguro que no estás teniendo visiones?

—Seguro.

—Mira que te ha estado dando el sol...

—Estoy completamente seguro, Eddie.

Suspiró.

—Mierda. Entonces dijiste que lo habías reconocido.

—Sí, pero sigo sin caer en quién es.

Al día siguiente Eddie nos contrató una excursión en goleta a la isla de Norman. Yo no tenía ganas de ir.

—Escucha —insistió Eddie—, tenemos que hacer como si fuéramos turistas. Sobre todo si ese tipo nos está investigando. Venga. Podemos ir a ver la auténtica isla del tesoro.

Los otros excursionistas eran simpáticos estadounidenses y canadienses. Todos parecían emparejados.

—¿Te has fijado en que todos los que van en el barco son pareja? —le dije a Eddie.

—Sí.

—¿Crees que piensan que nosotros también lo somos?

—¿Que somos qué?

—Pareja.

Sonreí a Eddie.

—Vete a la mierda —murmuró.

Pero Eddie podría haber pasado perfectamente por un homosexual mayor. Incluso

con pantalón corto y polo estaba impecable. Su pelo canoso pulcramente cortado y su cuerpo bien conservado tenían todas las trazas de un viejo marica que se cuidaba. En cambio yo, en su compañía, apenas daba la talla como humano. Se respiraba un ambiente de camaradería que yo rehuía. La gente se presentaba con el desenfado que tan bien se les da a los norteamericanos, haciendo pequeños comentarios sobre sus lugares de procedencia. Eddie se mostraba abierto y hablador, contando sin duda toda clase de mentiras. Yo me retiré a un rincón debajo de un toldo mientras los demás charlaban, untándose generosamente la piel con protector solar y exponiéndose al abominable sol.

El barco se balanceaba de un lado a otro surcando las aguas. Sentía el estómago terriblemente revuelto. El movimiento bajo mis pies me producía una espantosa sensación de inquietud, de incertidumbre.

La nave amarró frente a la isla de Norman. Permanecí a bordo mientras los demás se dedicaban a bucear con esnórquel. Aparte de la tripulación, los únicos que se quedaron fueron una pareja de ancianos de Indiana. La mujer hablaba sin parar de sus achaques y operaciones con un lento y perezoso acento del sur. Estuve seriamente tentado de arrojar a aquella vieja zorra por la borda. Por suerte, había bebida en abundancia.

Eddie emergió al cabo de un rato, maravillado ante los secretos de las profundidades.

—Ha sido fantástico, Tony. Todos esos peces de colores tan llamativos... Y esas cosas con espinas...

Y continuó describiendo apasionadamente un grotesco catálogo de biología marina. Yo había empezado a tener ganas de vomitar, y pensar en toda aquella exuberante vida bajo la superficie no me hizo sentir mejor. Pero fue al volver cuando tuve náuseas de verdad. Abandoné la cubierta un rato, pero aquello no hizo más que empeorar las cosas. Allí abajo hacía mucho calor y el ambiente estaba muy cargado. El motor diesel hacía un ruido de lo más desagradable y el humo que desprendía era nauseabundo. Y la escora del barco era más pronunciada bajo la línea de flotación.

Regresé a cubierta tambaleándome y vomité enérgicamente por la borda. Fue humillante.

—Sigue, hijo mío —me animaba Eddie—. Sácalo todo.

Los demás turistas sintieron la necesidad de intervenir con jocosas palabras de aliento.

Cuando volvimos al hotel había un mensaje en recepción. Consistía simplemente en una dirección y una hora de encuentro para la mañana del día siguiente.

—Muy bien —dijo Eddie—. Ya está.

El taxi nos llevó a un bloque de edificios situado en una de las pronunciadas laderas que dominaban Road Town. Un atractivo hombre moreno de cuarenta y tantos años

abrió la puerta del apartamento.

—Soy Hector Orosco —anunció con acento hispano.

—¿Dónde está Harry? —preguntó Eddie.

—Vengo de parte del señor Starks —contestó Orosco.

—¿Quieres decir que te ha mandado aquí a hacer el trabajo sucio por él?

—Es una forma de decirlo, sí.

—Muy típico de él.

Hector Orosco sonrió y se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo son las cosas —dijo.

—Ya lo creo, amigo. Espero que no te moleste la pregunta, pero ¿quién coño eres?

—Soy cubano. Crecí con la revolución de los cojones, pero no era que digamos muy buen comunista. Me metí en líos prácticamente en cuanto empecé a andar. Me mandaron a un campo de trabajo cuando era adolescente. «Reeducación», lo llamaban. No sirvió de nada, porque luego me metieron en la cárcel. En mil novecientos ochenta, durante el éxodo del Mariel, cuando una gran multitud se refugió en la embajada peruana y los yanquis mandaron barcos para sacarlos de Cuba, ¿se acuerdan?, Fidel aprovechó la oportunidad para echar a la gente que no quería. Insistió en que también se llevaran a los indeseables, y se vaciaron cárceles y manicomios, «elementos antisociales», «escoria», nos llamaba el gobierno. Así que acabé en Florida. Miami era una gran ciudad para alguien como yo, pero no tardé en meterme en líos, y ahora los federales quieren deportarme otra vez a la puta Cuba.

—Bueno, vale —le interrumpió Eddie—. Pero ¿qué tiene que ver eso con Starks?

—Ahora iba a eso, amigo. Me marché de Estados Unidos con un poco de prisa. Acabé en República Dominicana. Allí fue donde conocí a Harry Starks.

—¿Cuándo fue eso?

—En mil novecientos ochenta y tres. Después de la guerra de las Malvinas se habían roto los lazos diplomáticos con Gran Bretaña, así que le pareció un buen lugar desde el que actuar. Había estado dirigiendo una operación de contrabando de marihuana entre Marruecos y España durante un tiempo, pero se le presentó la oportunidad de hacer algo mucho, mucho más grande. Durante una temporada fue realmente magnífico, tío. Teníamos cinco yates de lujo con tripulación de uniforme y unos ancianos que contratábamos para que parecieran jubilados ricos de crucero. Incluso había un viejo que fingía que se encontraba mal y una enfermera que en realidad era una puta de Key West. Así podíamos meter toneladas de maría de Colombia en Florida. Y lo mejor estaba aquí, en Tórtola. Hacía poco que las islas Vírgenes Británicas se habían convertido en un paraíso fiscal. Nos asociamos con un abogado fiscalista británico, Joe Clement, y blanqueábamos todo el dinero aquí. Nadie sabía nada ni sospechaba nada. Era una operación muy controlada. Pero entonces la puta mafia cubana de Miami se enteró y dijo que quería una parte. Esos gusanos de mierda creían que yo todavía les debía algo. Entonces Harry se implicó en

aquel golpe de los lingotes, ¿saben de lo que hablo?

—Sí —dijo Eddie—. Yo di el golpe.

—Vaya, sin ánimo de ofender, señor, pero ese trabajo nos trajo mala suerte. Desvió la atención hacia nosotros cuando menos lo deseábamos. Harry estaba intentando blanquear aquello a través de una de las empresas internacionales de Clement y, antes de que nos diéramos cuenta, se nos cayó el mundo encima. La DEA estaba investigando a la mafia de Florida, y la policía británica iba detrás del oro. Montaron una jodida operación conjunta. Clement no era más que un negociante corrupto, un tipo sin cojones, ya saben. No tardó en venirse abajo en el interrogatorio. Hizo un trato a cambio de inmunidad. Nosotros tuvimos que poner fin a nuestra operación. Pero el caso es que nunca se encontraron dos cosas: ni el dinero del oro ni los archivos que incriminaban a los cubanos de Miami. Así que tenemos que darnos prisa. Si los malditos cubanos se enteran de que estamos aquí desenterrando documentos que podrían llevarlos a la cárcel, no les va a hacer ninguna gracia.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó Eddie.

—Tengo la dirección del agente registrado de Flint Investments. Un tipo llamado George Peterson. Iremos a verlo, conseguiremos los archivos y averiguaremos dónde está el maldito dinero. Pero tenemos que darnos prisa, así que en marcha. Vámonos.

La calle principal de Road Town no es una calle principal en absoluto, sino una polvorienta y sinuosa carretera secundaria, llena de chozas de madera apretujadas junto a edificios de estilo colonial y bloques de oficinas de hormigón. Un transatlántico panzudo acababa de derramar su cargamento de turistas estadounidenses, que deambulaban por las llamativas tiendas de regalos y los restaurantes uniformados con gorras, pantalones cortos y camisetas. Tenían aspecto de haberse abrasado, con su carne rubicunda encendida, cubierta de manchas y fofa. Algunos parecían sufrir una especie de enfermedad por radiación, lo cual, de hecho, era cierto. Los isleños vestían con más formalidad y se ocupaban de sus asuntos con mucha mayor determinación y dignidad. Una gallina que cloqueaba conducía a una fila de polluelos a través de un charco en la cuneta.

Las señas que tenía Hector llevaban a lo alto de un edificio de madera de dos pisos al que se accedía por una escalera exterior. Subimos. Hector llamó a la puerta. Un hombre negro de mediana edad la entreabrió y se asomó a la luz del sol.

—¿Qué quieren? —preguntó secamente.

—Hemos venido a ver al señor Peterson.

—No está aquí —espetó el hombre en un inglés antillano, y se dispuso a cerrar.

Hector empujó la puerta con mayor fuerza que el hombre, que retrocedió tambaleándose. Entramos.

—No le importa si pasamos un momento, ¿verdad? —dijo Hector.

—¿Qué hacen? —El hombre estaba indignado—. Esto es un despacho privado.

No puedo dejar entrar a nadie.

—¿Dónde está Peterson? —preguntó Hector.

—Se lo aseguro, amigo. Se ha ido. Y ahora, por favor, salga de la oficina inmediatamente, señor.

Se acercó a una mesa y cogió el teléfono.

—Márchense, por favor. O llamo a la policía.

—Yo no haría eso —le recomendó Hector.

Había sacado una pistola de alguna parte y estaba apuntando al hombre.

—Pero ¿qué cojones...? —chilló el hombre, con los ojos muy abiertos por la impresión.

—Cuelga el teléfono —insistió Hector—. Muy bien. Y ahora dime dónde está Peterson.

—En serio, tío. Se ha ido.

—¿Y tú quién eres?

—Harrington Miller. El ayudante personal del señor Peterson.

—Está bien, Harrington. Vamos a registrar la oficina.

Pero en la oficina no había ningún documento. Había sido vaciada.

—¿Dónde está todo, Harrington? —preguntó Hector, apuntando con la pistola a la cabeza de Harrington Miller.

—Por favor, tío...

—Todos los archivos han desaparecido. Peterson ha desaparecido. Está metido en problemas, ¿verdad?

—Por favor.

—Y ha dejado al pobre Harrington cuidando del negocio.

—No, tío. Ningún problema. Todos los negocios son legales bajo la jurisdicción de la isla.

—Seguro que todo es legal según las autoridades locales, pero tal vez tengáis problemas con otras jurisdicciones.

—No sé de qué hablas, tío.

—Otras jurisdicciones menos oficiales, claro.

—Yo solo trabajo para el señor Peterson. No sé nada.

—Y tu jefe se larga así, sin más, y te deja con una oficina vacía. No es muy considerado. ¿Adónde ha llevado los archivos?

—No lo sé, tío.

—Vamos, Harrington. Seguro que puedes hacerlo mejor.

Apretó la pistola contra la sien de Harrington Miller.

—Él... él... —tartamudeó Harrington—. Él tiene una casa en las colinas.

—Danos la dirección.

Miller garabateó algo en un trozo de papel.

—Tu jefe está tramando algo. ¿De qué se trata?

—No lo sé.



—Tiene miedo. ¿De quién tiene miedo?

—Por favor, tío.

—Vamos, Harrington. ¿Qué sabes?

—Ya te lo he dicho. Nada.

—Con eso no basta. —Volvió a apretar la pistola contra su sien—. No tenemos mucho tiempo, así que cuéntanoslo o te mato.

—Por favor.

—Vamos.

Harrington Miller respiraba entrecortadamente a causa del miedo.

—Por favor, tío. Nada.

—Por el amor de Dios, cuéntanos algo. Lo que sea.

—¿Lo que sea?

—Sí, lo que sea.

—No entiendo.

—Cuéntanos... —Hector se quedó pensativo—. Cuéntanos un cuento.

—¿Qué?

—Ya sabes, algún cuento que sepas.

Hector estaba sonriendo.

—No sé ningún cuento.

—Sí que lo sabes. Todo el mundo sabe algún cuento.

—Hector —protestó Eddie—, ¿qué cojones estás diciendo?

Pero Orosco levantó la mano libre e hizo un pequeño gesto.

—Vamos —continuó—. Si es bueno, no te dispararé.

—Oh, Dios, tío.

—Harrington...

—¿Un cuento? —preguntó Harrington Miller.

—Sí.

—Está bien. —Miller respiró varias veces y trató de concentrarse—. De acuerdo, vamos a ver...

Soltó un largo suspiro. Cerró los ojos y su cara se relajó, asintiendo levemente como si estuviera acordándose de algo. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Pareció entrar en una especie de trance. Abrió los ojos y comenzó en su peculiar inglés de las Antillas:

—Hace tiempo en Spanish Town, Jamaica, oí hablar de tres hermanos. Unos hombres malos. Eran unos matones de mala calaña que mandaban y controlaban los negocios usando los puños, la navaja o la pistola. Tenían una hermana llamada Bella, y era la chica más guapa de la ciudad, pero sus hermanos la protegían celosamente de las atenciones de los hombres. Y aunque muchos la deseaban, Bella no tenía a nadie más que a sus hermanos. Ni marido ni ningún hombre.

»Pero llegó un chico llamado Lawrence, un joven muy guapo que tenía encanto y buenos modales. Trabajaba para los hermanos haciendo de camello de maría. Cuando

Bella vio lo guapo que era y su porte, le gustó tanto que le dio un vuelco el corazón y se quedó prendada de él. Lawrence también se enamoró de ella. Y como estaban colados el uno por el otro, no les importaba el peligro. Hasta que llegó un momento en que hicieron lo que más deseaban.

»Durante mucho tiempo nadie descubrió su secreto. Tuvieron muchas oportunidades de pasar tiempo en brazos del otro, pero no tardaron en volverse demasiado imprudentes, y los hermanos se enteraron de su secreto. Llenos de odio por la deshonra que creían que su hermana había sufrido a manos de aquel tal Lawrence, montaron en cólera y actuaron muy drásticamente.

»Simulando la mayor normalidad, se pusieron a hablar y bromear con Lawrence y lo llevaron hasta su plantación de maría. Allí lo mataron a tiros y lo enterraron entre la maleza. Luego dijeron que Lawrence se había ido a Estados Unidos para hacer un trabajo especial. Pero ella no paraba de preguntar por él, y el hermano mayor no tardó en enfadarse y le dijo: “¿Por qué no paras de preguntar por ese joven, mujer? ¿Qué te traes con él? Si vuelves a preguntar por él, recibirás lo que te mereces. ¿Entendido?”.

»Ella se puso muy triste y decidió no preguntar más a sus hermanos. Muchas noches lo llamaba a gritos, llorando y lamentándose. Una noche berreó tanto que lloró hasta quedarse dormida, y Lawrence se le apareció en forma de *duppy*.

—¿*Duppy*? —preguntó Eddie.

—Sí, tío —dijo Harrington Miller—. Un *duppy*. Ya sabes, un espíritu. Un fantasma.

—Vale.

—Así que Lawrence se le apareció como un *duppy* y le contó lo que había pasado. En el sueño le desveló el lugar donde estaba enterrado, y al día siguiente fue allí. Apartó las hojas muertas que cubrían su sepultura y se puso a excavar con las manos la tumba poco profunda. El cadáver no se había descompuesto demasiado, y cuando apartó la tierra de la cabeza, contempló la hermosa cara del joven que tanto había amado. De haber tenido suficiente fuerza, habría sacado el cuerpo para enterrarlo como es debido, pero como no podía, cogió un machete, cortó su hermosa cabeza, la envolvió en un trapo y se alejó con ella.

»La llevó a casa y, después de lavarla con sus lágrimas y besarla dulcemente, la enterró en una gran maceta de barro. Luego cogió unas semillas de maría, las plantó allí y las regó con más lágrimas. La planta creció rápidamente y, gracias a la tierra fertilizada con la cabeza descompuesta, dio la maría más dulce y suave del mundo. Ella arrancó las hojas alimentadas con lágrimas y las secó al sol. Por las noches, de la casa salía el humo más fragante, y aunque los hermanos estaban en contra de que ella fumara aquella maría, no pudieron hacer nada para disuadirla. Bella se apartó del mundo y se alejó de las miradas de los hombres y de la vida en la ciudad. Y no hacía nada, salvo dedicarse a cuidar de la maceta. Su belleza empezó a marchitarse y los ojos se le hundieron y se le enrojecieron. Las únicas alegrías de Bella eran la maceta y la droga de intenso color verde que contenía. Sentía que, pese a haber perdido a su

amado, cuando la fumaba aspiraba los pensamientos de él y bebía del mismísimo cáliz de su mente. La hierba era dulce, muy dulce, y habría podido inspirar al más deprimido y vulgar de los corazones. Pero Bella estaba ofuscada por la pena y se volvió totalmente loca. Los hermanos no tardaron en mostrar su enojo ante aquella extraña demencia, y cuando enfermó sacaron la maceta de su habitación mientras dormía. Al descubrir que había desaparecido, Bella la pidió a gritos. En estado febril y delirando en su lecho de enferma, no pedía otra cosa que la maceta. Los hermanos estaban perplejos, pero también sentían curiosidad. Así que sacaron la tierra del tiesto y descubrieron la cabeza. No estaba muy descompuesta y pudieron reconocerla. Vieron horrorizados que se trataba de Lawrence y sintieron un miedo terrible. Tan conmocionados y aterrados quedaron que toda su audacia se esfumó al instante por temor a que se descubriera el asesinato. Enterraron la cabeza, llenos de pavor, se marcharon rápidamente de la ciudad.

»Bella se quedó y siguió pidiendo a gritos que le devolvieran su querida maceta. Tenía muy mal aspecto y se dedicaba a vagar por las calles. Cuando toda la ciudad se enteró de su extraño anhelo, alguien escribió una triste canción que todavía se canta.

Miller empezó a cantar una melodía lúgubre y cadenciosa:

*¿Quién ha sido el malvado  
que la maceta me ha robado?*

Miller se había animado mucho contando el cuento, pero al llegar al final cobró conciencia nuevamente del artilugio mortal que tenía pegado a la cabeza y se calló de nuevo.

—¿Eso es todo? —preguntó Hector.

Harrington Miller asintió de manera casi imperceptible.

—Sí.

—Vaya —comentó Hector—. ¿Qué os ha parecido, amigos?

—Sí, muy bueno —contestó Eddie con entusiasmo—. Pero me recuerda a algo.

Hector se volvió hacia mí, sujetando todavía la pistola contra la cabeza de Miller.

—Bueno, tú eres el escritor —me dijo—. ¿Qué opinas?

Yo quería decir que era una maravillosa versión del relato «El tiesto de albahaca» de *El Decamerón* de Boccaccio, mejor aún que el largo poema de John Keats sobre el tema. Pero me imaginé que la crítica literaria no era lo más adecuado en aquel momento, así que simplemente dije:

—Creo que deberías bajar la pistola, Hector.

—¿A qué coño ha venido eso? —preguntó Eddie cuando volvimos a la calle—. Lo de hacerle contar un cuento.

—Es un método de interrogatorio que aprendí de la policía revolucionaria. Nos hacían hablar sin parar, decir cualquier cosa, para saber si mentíamos o no.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Hector.

—Te estás quedando con nosotros —insistió Eddie—. Lo has hecho por pura maldad.

Orosco se encogió de hombros.

—En cualquier caso, tenemos la dirección —dijo—. Iremos esta noche, ¿de acuerdo?

Eddie y yo regresamos al hotel. Salimos a tomar una copa a media tarde para matar el tiempo. Un poco de alcohol para envalentonarnos, había propuesto Eddie, y yo no me sentía con ánimo para llevarle la contraria. Encontramos un bar en el puerto y nos sentamos con un par de cubalibres. Nuestro perseguidor volvió a aparecer. Esta vez no hizo el menor intento por escabullirse, sino que se encaminó hacia nuestra mesa con un asomo de sonrisa en la cara.

—Buenas tardes, caballeros —anunció—. Soy Frank Taylor. ¿Les importa que les acompañe?

—Adelante —murmuró Eddie con expresión desconcertada.

Entonces recordé quién era. Frank Taylor. Un policía, por el amor de Dios. Había estado relacionado con el caso de Billy Porter. Un amigo suyo, un antiguo compañero, creo, había sido uno de los agentes asesinados en el tiroteo de Shepherd's Bush. Yo había intentado entrevistarlo cuando estaba escribiendo el libro, pero él se había negado a hablar. Eddie también parecía saber quién era.

—De la Brigada Móvil, ¿verdad? —dijo, señalando con el dedo.

—De la Brigada Móvil, secciones C1 y C11. Pero ya no estoy en el cuerpo, Eddie. Me he retirado.

—Pero me has estado siguiendo desde que salí de la cárcel.

—Te he tenido bajo vigilancia, sí. Verás, trabajo para la aseguradora que cubría el oro robado de Hounslow. Mis jefes están interesados en la restitución de los bienes, ya sabes a lo que me refiero. Esto no tiene nada que ver con la policía, así que podemos actuar civilmente. En los dos sentidos de la palabra, no sé si me entiendes.

—No sé de qué coño estás hablando, Frank.

—Vamos, Eddie. No me tomes el pelo. ¿Qué cojones estás haciendo en Road Town?

—Estamos de vacaciones. ¿Verdad que sí, Tony?

—Sí, y yo soy la reina de Rumania. Oye, participé en la operación de inteligencia criminal para investigar el blanqueo del dinero del golpe de Hounslow. Tu parte del botín nos llevó a la isla de Man y luego aquí, a Tórtola. Colaboramos con la DEA: Operación Pantera, se llamaba. Aunque, a decir verdad, fue una farsa. Los yanquis se dedicaban a dar órdenes, y nosotros nos creíamos los mejores detectives del mundo, la reputación de Scotland Yard y todo ese rollo, pero ya sabes cómo son los policías de Londres cuando viajan al extranjero: pierden el tiempo y se emborrachan a cuenta del contribuyente. El más patético de todos fue un policía de la isla de Man, donde Clement estaba siendo investigado. Aquello le iba muy grande y estaba desesperado

por que nadie pensara que era tonto del culo. Conseguimos que Clement declarara y trincamos a unos cuantos tipos. Fue bueno de cara a la imagen pública, aunque todo el mundo sabía que no habíamos cogido a los peces gordos.

—¿Como Harry Starks?

—Sí, aunque a decir verdad él era un don nadie comparado con algunos gánsteres de Florida. Aquella gente era algo muy serio. ¿Sabes cuál era su forma favorita de deshacerse de quienes los incordiaban? Los llevaban a mar abierto, los encerraban en un saco de dormir y los arrojaban por la borda.

—Horrible.

—Sí. Mira, no sé exactamente lo que estás haciendo aquí, Eddie. Yo no me encargo de la parte económica de la investigación. No tengo experiencia en la Brigada de Delitos Económicos. Otras personas se ocupan de eso. Mi trabajo consiste en vigilarte, y quizá convencerte para que colabores. Y advertirte.

—¿Advertirme?

—Sí, Eddie. ¿No te has dado cuenta? Las cosas han cambiado mucho mientras estabas en la cárcel. Tú y yo somos de la vieja escuela. Sí, somos unos putos dinosaurios. El trabajito de Hounslow fue algo con clase, Eddie, un golpe de los de antes, pero fue el final de una época. Ahora la droga lo es todo. La droga y los delitos de guante blanco, asociados con gente de lo más brutal y peligrosa. Y en nuestro bando las cosas también se han puesto más serias. Los yanquis han emprendido una cruzada contra la droga, con la DEA y el FBI, y ya sabes que ahora el servicio de guardacostas de Estados Unidos es más grande que la marina inglesa. Incluso los británicos se están poniendo las pilas, con las aduanas y hasta con el MI6, ahora que ya no tienen que preocuparse por los comunistas. Y en tu bando... bueno, tu sitio ya no está en tu bando. Créeme, ahora hay una gente realmente horrible con la que no te conviene mezclarte.

—Me conmueve tu preocupación, Frank.

—Hablo en serio, joder. Te estoy haciendo un favor, Eddie. Por los viejos tiempos. Creo que ya has sufrido bastante. Te voy a contar un pequeño secreto. Cuando estaba en el C11 e hicimos aquel trato con Solly Blumberg, ya sabes, poco antes de que se lo cargaran... bueno, no fue para recuperar los bienes, puedes creerme. Fue a cambio de una cantidad considerable de oro. Sí. Eso sí que habría estado bien, que el oro del robo hubiera aparecido. Se rumorea que no llegó a venderse. Que está oculto en alguna parte. Una de nuestras fuentes aseguró que estaba escondido en un almacén del East End, pero no conseguimos encontrarlo. Así que tal vez tu parte no esté aquí. Y si lo está, los investigadores de la compañía para la que trabajo no te dejarán largarte con ella. Si averiguan que tienes parte de sus bienes no recuperados, emprenderán acciones civiles contra ti por cada penique que caiga en tus manos, robado o no.

—¿Así que eso es lo que significa «civilmente»? —preguntó Eddie.

Frank Taylor torció el gesto y sacudió la cabeza.

—Como ya he dicho, he venido a advertirte. Vuelve a casa, Eddie. O pégate unas vacaciones y procura no meterte en líos. Y si quieres colaborar...

Taylor sacó la cartera y extrajo una tarjeta de visita. Escribió algo en el dorso.

—Es el número de mi hotel. Siempre podemos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —repitió Eddie con cara de incredulidad.

—Sí.

—¿Como en los viejos tiempos?

Taylor se echó a reír.

—Bueno, no exactamente, me temo.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Como ya he dicho, a la compañía para la que trabajo solo le interesa recuperar sus bienes.

—¿Quieres decir que recibiría una recompensa por devolver parte de la mercancía que yo mismo robé?

—Bueno, si llegáramos a un acuerdo tendríamos que ser jodidamente discretos. Pero digamos que se podría negociar. Lo principal, claro está, es que te los quitarías de encima. De lo contrario, te aseguro que investigarán tus cuentas el resto de tu vida.

Frank Taylor le ofreció la tarjeta. Eddie no la cogió.

—Ya te lo he dicho —afirmó—. Estamos de vacaciones.

Taylor dejó la tarjeta en la mesa y se levantó.

—Como quieras —dijo—. Pero piénsatelo.

La casa de George Peterson estaba en lo alto de las colinas que dominaban Road Town. Vi el crucero allá abajo en la bahía, decorada con un puntillismo de luces. Sobre las vertiginosas laderas, el oscuro bosque estaba decorado con bloques de edificios iluminados como calabazas de Halloween. La noche cayó y crepitó con el chirrido de pequeñas formas de vida. Hector se acercó a la puerta y llamó. No hubo respuesta.

Eddie había inspeccionado detenidamente la casa para comprobar la seguridad del edificio.

—Forzamos la puerta, ¿no? —dijo Hector.

Eddie le guiñó el ojo.

—Déjame a mí, amigo —contestó—. Creo que puedo colarme en la casa. Hay una ventana arriba por la que debería poder entrar.

—¿Y si hay una alarma?

—Creo que también puedo solucionar eso. Quedaos aquí. Os abriré la puerta.

Y tras decir esas palabras, Eddie se puso en acción con presteza, trepando por el lado de la casa sin perder pie. Ascendió rápidamente, sin dejarse amedrentar por la edad o la gravedad. Al cabo de unos minutos estaba dentro.

—Increíble —murmuró Hector.

Nos abrió la puerta principal.

—Harry Starks dijo que eras un buen ladrón —le comentó Hector.

—Sí, bueno, ha pasado mucho tiempo, pero siempre se me ha dado bien trepar. Nunca se pierde la habilidad.

En el salón de la casa había cajas por todas partes y un par de maletas.

—Parece que Peterson ha estado preparando la mudanza —dijo Hector.

—Sí —asintió Eddie—. Vamos a echar un vistazo a lo que hay por aquí.

Encontraron rápidamente la documentación empresarial y empezamos a examinar los papeles. Hector comenzó a apartar algunos archivos en un montón.

—Joder —dijo—. Aquí hay más de cien sociedades anónimas internacionales.

—¿Qué es ese montón? —preguntó Eddie, señalando la pila de papeles.

—Eso, amigo mío, son pruebas. Ahí puede haber pistas del dinero de la droga blanqueado por la mafia de Florida.

—¿Y qué vas a hacer con eso?

Hector sonrió.

—Vendérselo.

Eddie encontró por fin los archivos de Flint Investments. Empezó a hojearlos.

—Tony —dijo—, ven a echar un vistazo a esto. Yo no lo entiendo.

Me acerqué.

—Parece que solo es una propiedad —continuó.

—Puede ser —dije—. Mucha gente utiliza los negocios en paraísos fiscales para comprar propiedades.

—Quieres decir que hemos venido hasta aquí...

—¡Chsss! —siseó Hector.

—¿Qué pasa? —susurró Eddie.

—Hay un coche fuera.

—¡Mierda! —exclamó Eddie en voz baja—. Espero que no sean tus amigos de Miami.

—Ni se te ocurra bromear con eso, amigo —murmuró Hector, y sacó la pistola.

Pasos. El sonido de un grupo de personas acercándose a la puerta. Aporreándola.

—¡Policía! ¡Abran!

—Vamos —nos apremió Eddie—. Por la parte de atrás.

Pero Hector había empezado a arrugar algunos papeles y a meterlos entre el montón que había hecho.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Eddie.

—Tengo que quemar esto. Si se enteran de que dejé que la policía lo cogiera, soy hombre muerto.

Volvieron a oírse golpes en la puerta y gritos dando órdenes. Hector sacó un mechero y encendió una pequeña hoguera en el suelo.

—Mierda —dijo, mirando a su alrededor, y se dirigió a la cocina.

La policía había empezado a derribar la puerta principal. Hector volvió con una

botella de algo. Derramó el líquido sobre el montón que ardía lentamente, y estalló en una cortina de fuego.

—Vamos, Hector —insistió Eddie, y avanzamos hacia la parte trasera de la casa.

La policía entró finalmente, pero al momento tuvieron que retroceder debido al fuego que había empezado a arder por toda la casa. En medio del pánico y la confusión que siguieron, conseguimos escapar por la parte de atrás y atravesar el bosque sin que nos descubrieran.

Tardamos horas en volver a Road Town. Tuvimos que evitar las vías principales y avanzar a tientas entre la densa maleza. Cuando llegamos a Waterfront Drive, estábamos llenos de arañazos y con la ropa hecha jirones.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Eddie.

—Hay que largarse, tío —dijo Hector.

—¿Crees que Miller ha avisado a la policía?

—No. Creo que es parte de una operación mayor. Creo que deberíamos largarnos de aquí cagando leches.

—¿Y George Peterson?

Hector se encogió de hombros. Señaló al mar.

—Tengo la sensación de que podría estar ahí fuera en alguna parte.

Fuimos caminando hacia el puerto deportivo.

—He fletado un yate —dijo Hector—. Creo que sé en qué bar estará la tripulación. Lo siento, caballeros.

Eddie se encogió de hombros.

—Así son las cosas —dijo.

Me sorprendió lo tranquilo que estaba Eddie cuando se despidió de Hector. Yo estaba furioso.

—Todo ha sido una pérdida de tiempo —le dije a Eddie una vez de vuelta en el hotel.

—No exactamente, Tony.

—¿Qué?

—Lo he encontrado.

—¿Qué has encontrado?

Se sacó algo del bolsillo.

—Había un mapa, Tony.

—¿Qué?

—Esto —dijo, sosteniendo en alto un trozo de papel arrugado.

—¿Qué es eso?

—Una propiedad adquirida por Flint Investments a nombre de Solly Blumberg. Un almacén en el East End comprado un par de meses antes de que Beardsley perdiera la pista de dónde estaba el oro. Piénsalo.

—Pero ¿por qué comprar la propiedad en un paraíso fiscal?

—Por las leyes de secreto comercial. Así podía tener un sitio donde guardarlo



todo sin que nadie supiera que él era el propietario ni pudieran relacionarlo con el almacén. Además, comprar propiedades de esa forma es una buena medida comercial.

—Entonces, ¿qué tramaba Solly?

—A lo mejor solo estaba teniendo problemas para refundir el oro y venderlo. Las cosas se estaban poniendo demasiado difíciles. Tal vez Solly pensara aplazarlo un tiempo hasta que hubiera pasado todo el jaleo. Quizá estuviera a punto de hacer un trato con la poli... Acuérdate de lo que dijo Frank Taylor. El trato era a cambio del oro, y mencionó un almacén en el este de Londres.

—¿Y qué piensas hacer?

Se encogió de hombros.

—Todavía no estoy seguro —dijo sonriendo—. Pero ahora sé dónde está.

## LA CANCIÓN DEL HUMO

Durante una temporada la gira me vino bien; viajaba con poco equipaje y con el único objetivo de estar en movimiento. Me sacó del estado de introspección reflexiva de la sala de ensayo y me puso en plena trayectoria de vuelo. Escapé de los siniestros pensamientos que había estado teniendo; el movimiento me liberó de la sensación de estar atrapada. Estaba huyendo, por supuesto. Pero tenía miedo de que el pasado me persiguiera y me deparara un destino espantoso y desconocido. Por otra parte, la gira dividía la vida en una simple serie de destinos, cruzando el país en una gran furgoneta Mercedes roja, las llegadas y las partidas, la creación de un espectáculo para luego desaparecer en la noche. La vida en pensiones, las tardes perdidas en ciudades de provincias... Podía respirar un poco. Podía concentrarme en mi interpretación y en el hecho de formar parte de un grupo. Y dejarme llevar por el espíritu viajero que se estaba apoderando de mi persona. Sacándome de dentro de mí.

Sin embargo, a medida que me adaptaba a la rutina de la gira y adquiría esa sensación ligeramente embotada de familiaridad con el papel que se logra al cabo de unas semanas, empecé a pensar de nuevo en la falta de resolución en mi vida. No podía seguir huyendo del problema ni enfrentándome a él a través de la interpretación, pero ¿qué podía hacer? La propia obra de teatro no ayudaba a paliar la sensación de incertidumbre. *La buena mujer de Sezuán* no tiene un final feliz. Los dioses ascienden al cielo dejando que Shen Te lidie con las dificultades ella sola. El epílogo también exhorta al público a cambiar la sociedad, a plantearse «cómo se podría, sin que pasen pena, / ayudar ahora a aquella alma buena». Ese era, al fin y al cabo, el mensaje político de la obra. Pero a mí no me ofrecía muchas alternativas. Yo no podía cambiar el mundo. Ni siquiera podía cambiarme a mí misma. Pero debía de haber algún tipo de retribución; lo que me había pasado debía tener algún sentido. Cada vez que pensaba en que mamá había aceptado el dinero del hombre que había asesinado a papá, experimentaba una sensación terrible e insoportable. Me sentía manchada por ese repugnante intento de expiación, envenenada por él. Y por más que intentaba no pensar en Harry Starks, siempre estaba allí, acechando en las sombras de mi vida. Pero aun así intentaba olvidarlo. Porque no había mucho más que pudiera hacer al respecto, ¿no?

Estando de gira me encontraba en una especie de órbita estática, aunque me temía que la gravedad se acabaría imponiendo. Al menos, mi relación con Jez no se vio afectada por mi ausencia. De hecho, el estar separados durante ciertos períodos la hizo de nuevo especial. Teníamos que esforzarnos por encontrar tiempo para nosotros. Él venía a verme a Manchester, Newcastle o a donde fuera, y pasábamos juntos los fines de semana. Era un tiempo precioso, sin necesidad de explicaciones. Los domingos íbamos al cine o a pasear juntos y no hablábamos mucho, nos limitábamos a estar el uno con el otro. Pasábamos la mayor parte del tiempo en la cama. La falta de tiempo confería urgencia y pasión al sexo.

Las circunstancias adquirieron un componente romántico. Despedidas en andenes, breves notas y mensajes intercambiados cuando yo estaba en la carretera y

que expresaban sentimientos sencillos y cándidos, «te quiero», «te echo de menos», las maravillosas banalidades del afecto. Jez se había vuelto más callado y taciturno desde la agresión. Pero me alegraba de verlo lejos de Londres. Allí él también podía dejarse llevar y bajar la guardia. Podía dejar su pose de tipo duro y relajarse un poco.

Cuando la gira regresó a Londres se acercaba el invierno, y la ciudad estaba fría y gris. Me daba miedo el retorno, volver a poner los pies en la tierra; me sentía como si estuviera cayendo. La última semana representamos la obra en el teatro Bloomsbury. Recibimos algunas críticas favorables, y mi agente se alegró porque un par de personas importantes la habían visto. Tal vez recibiera algunas ofertas buenas gracias a aquello, me dijo. Pero yo estaba perdiendo todo el entusiasmo que eso pudiera haberme producido. Cuando los dioses ascendieron por última vez y me dejaron sola en el escenario, sentí una auténtica desesperación. ¿Qué demonios iba a hacer ahora? No había final feliz para mí, tan solo una creciente sensación de desastre.

Ahora podía pasar más tiempo con Jez, pero me sentía más distanciada de él que cuando me encontraba fuera. Todavía deseaba estar con él, y a veces me sentía muy segura en su compañía. Pero tal vez solo era la ilusión de creer que tener un novio atractivo demostraba que yo era una persona normal y deseable. No me sentía bien conmigo misma. Y era incapaz de ser del todo sincera con Jez. Él estaba ocupado, había acabado el primer borrador del guión y estaba empezando a reescribirlo. Y ya había reescrito algunas partes de su propia historia. Se mostraba deliberadamente despreocupado y relajado acerca del origen de su cicatriz. «Me la hice en una pelea», le oí decir a alguien. Ahora hablaba y se comportaba de forma bastante afectada. Aunque... bueno, supongo que yo hacía lo mismo.

¿A quién pretendía engañar? Siempre había arrastrado un miedo angustioso a que tarde o temprano me descubrieran. Y ahora que pensaba que podría sufrir una crisis nerviosa, no se producía aunque casi lo deseaba. Como Constanza, que ansía eso: «No estoy loca; le pediría a Dios que lo estuviera, pues así quizá me olvidara de mí». No, solo estaba paralizada por la pena y la pérdida y por una abrumadora sensación de humillación. No hacía más que pensar: «Quiero la revancha», sin saber lo que eso podía significar. Tenía que hacer algo, eso estaba claro.

Y un buen día se me ocurrió lo que debía hacer. Iba de camino a una reunión en el Teatro Nacional. Se iba a representar una nueva obra en el Cottesloe, y el director quería verme. Me había visto en el Bloomsbury y al parecer había quedado impresionado.

Podía ser mi gran oportunidad, no paraba de decirme todo el mundo. Era un día frío y ventoso. Había cogido el metro hasta Waterloo y caminaba hacia el gran edificio de hormigón gris de South Bank, pero, al llegar al Teatro Nacional, de repente pensé: «A la mierda. No quiero hacer esto más». Así que seguí andando en dirección al río y a lo largo del Embankment.

Mi mente funcionaba a toda velocidad, pero empecé a pensar con total claridad sobre mi vida. Decidí que dejaría de actuar. No podía seguir así, viviendo a través de

la interpretación, sublimando todas mis emociones en el trabajo. En primer lugar, yo no había tenido elección al respecto, mamá me había puesto en el escenario. Pero en realidad era él quien se había asegurado de que me convirtiera en actriz. Starks. Era él quien me había llevado a hacerlo, con el dinero manchado de sangre que me había permitido ir a la escuela de interpretación. Él me había estado controlando todo aquel tiempo. Si se lo permitía, acabaría convirtiéndome en una vieja neurótica. Tenía que impedírselo para siempre.

Claro, todavía estaba pensando en las cosas en términos dramáticos. Así era como me habían enseñado, no podía evitarlo. Después de todo, mi vida era un drama, pero ¿de qué clase? Ahora tenía que crear mis propios términos, decidir por mí misma en lugar de ser una actriz pasiva. Tenía una formación clásica; esa era la única decisión que había tomado respecto a mi vida, tal vez porque, instintivamente, era el único plano en el que podía entender lo que me había pasado. Eso era lo único que sabía o en lo que confiaba. No era una populista como Jez.

Aquello no era un culebrón ni literatura barata; era una tragedia.

Era una puta tragedia griega.

Y entonces lo supe, de repente supe lo que significaba el pensamiento que había tenido: «Quiero vengarme».

Era algo clásico.

Era venganza.

No hay final feliz, tan solo un mundo en el que las buenas personas tienen que volverse malas para sobrevivir. Starks me había convertido en lo que era. Y me volvería mala. Quería vengarme de él.

Había llegado al puente de Lambeth, curtida por el viento y ligeramente jadeante. El turbio Támesis se arremolinaba a mis pies. Las gaviotas revoloteaban en lo alto con chillidos fúnebres, volando hacia el interior para escapar de la tormenta que se avecinaba mar adentro.

Por supuesto, no tenía ni idea de cómo iba a cobrarme venganza. La propia decisión bastaba por el momento y daba sentido a las cosas. Y algunas pequeñas ideas empezaron a tomar forma en mi cabeza. Ruby había dicho que Eddie Doyle había visto a Starks en el funeral de Ronnie Kray. De modo que había estado en el país hacía poco, y tal vez volviera si algo lo atraía. Parecía la trama de una película de serie B, pero era un comienzo.

Mientras tanto tenía que enfrentarme a las consecuencias de la otra decisión que había tomado. Mi agente se puso furioso cuando se enteró de que no había acudido a la reunión en el Teatro Nacional. Pero cuando le dije que iba a dejar la interpretación para siempre se interrumpió en seco. De repente se quedó muy callado y consternado, como si alguien hubiera muerto o algo parecido.

Y, de algún modo, mamá también se enteró.

—Cielo, no puedes dejarlo ahora que todo te va tan bien —me dijo por teléfono.

Siguió y siguió hablando de la conveniencia de no tomar una decisión tan precipitada. No pude evitar sentirme un poco culpable. Era una vieja costumbre de la que esperaba librarme pronto, pero todas las ambiciones que ella había depositado en mí, y a las que se había aferrado durante años, se estaban convirtiendo en humo.

—No puedes dejar el negocio, cariño.

—Es lo que quiero, mamá.

—Pero es tu vida. Al menos plantéate probar algo relacionado, mánager, casting o algo así.

Yo sabía que ella quería desesperadamente mantener el contacto con su querido mundo del espectáculo a través de mí, de modo que le seguí el juego para tenerla callada.

—Está bien, mamá —asentí—. Me lo pensaré.

Todavía no se lo había contado a Jez. Por fin había terminado su guión y quería que le echara un vistazo. Se titulaba *Bulldog de desguace*. Una «película de atracos», explicó Jez. Tenía una trama y unos personajes disparatados, y estaba lleno de faltas de ortografía y de estallidos de violencia gratuita. Una banda de ladrones de joyas que trabajan para un gánster llamado Big Lenny pierden su botín tras un robo que se tuerce a causa de una traición. O algo por el estilo. Era una sarta de tópicos cinematográficos, llena de jerga exagerada, chistes copiados y acción digna de unos dibujos animados. Y aparte de una repartidora de cartas llamada Lady Manitas (un toque con cierto encanto, pensé al principio, pero resultó ser un plagio descarado de *El rey del juego*), no aparecía ninguna mujer.

—Creía que habías dicho que había un papel para mí —le dije.

Jez pareció avergonzado.

—Sí. Bueno, lo había. Pero desapareció con las reescrituras.

—Vaya, muchas gracias.

Él suspiró.

—Oye, lo siento mucho —dijo.

Me hice la enfurruñada. Estaba jugando con él, como hacía a menudo, pero también poniéndome a prueba, comprobando lo manipuladora que podía ser.

—Puedo recuperar un borrador anterior y reescribirlo de nuevo —propuso con aire vacilante.

—¿Podrías hacerlo, cariño?

—Bueno...

Se le veía incómodo y vulnerable. Yo sabía que aquella era la versión del guión que él quería. Y era lógico. La ausencia de mujeres era un mero resultado de la falta de cualquier sentido de congruencia en las acciones que aparecían en el guión. Era una parodia total del tormento que yo había sufrido en la vida. Violencia presentada como bufonada, tragedia convertida en comedia. Un gran chiste desagradable y burlón. Pero también había algo bastante brillante en todo ello. Me dio la impresión

de que eso era lo que mucha gente pensaba en realidad de los hombres como mi padre. Jez había conseguido algo. La risa de la crueldad. «Pero yo seré quien ría la última», pensé.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Jez, y entonces me di cuenta de que estaba sonriendo.

—No te preocupes —le dije.

—¿Qué?

—No quiero un papel en tu película.

—Ah.

—De hecho —continué—, no quiero volver a actuar.

—¿Qué?

—Lo dejo, Jez.

—¿Por qué?

Todo el mundo me iba a hacer esa pregunta, y no estaba de humor para responderla con sinceridad. Necesitaba una excusa. Me acordé de lo que le había dicho a mamá para tranquilizarla.

—Es un mundo demasiado inseguro —le dije a Jez—. Quiero seguir en el negocio, pero he pensado buscar trabajo en el sector de la producción, o tal vez del casting.

—Pero eres muy buena —insistió él.

Qué encantador por su parte.

—No, en serio, cariño. Hay que luchar demasiado. A la larga será para bien, créeme.

—Bueno, si es lo que quieres...

Aquello pareció satisfacerle. Probablemente le gustaba la idea de que su novia tuviera una profesión más estable. Y noté que su curiosidad empezaba a desaparecer. Sabía que quería conocer mi opinión sobre el guión. Tosió con nerviosismo.

—Bueno, Julie, seguramente no es el tipo de material que te gusta, pero ¿qué opinas del guión?

Sonreí de nuevo, y él me miró muy tenso. Se me ocurrió una idea; era algo que podía utilizar, algo que encajaba en mi trama. Me vino a la cabeza Hamlet, la obra dentro de la obra, la farsa que emplea para poner al descubierto la culpabilidad de Claudio. Una idea tal vez pretenciosa y teatral, pero si había algo de lo que yo sabía era de pretenciosidad y teatralidad. *Bulldog de desguace* era desde luego una farsa, pero Jez y Piers habían estado hurgando en los mismos lugares que yo necesitaba investigar ahora. Se habían puesto en contacto con auténticos delincuentes. Si me involucraba en el proyecto, podría empezar a introducirme en ese mundo sin levantar sospechas. Podía trabajar en el guión, pensé; me serviría de tapadera.

—Creo que has conseguido algo muy bueno, Jez. Necesita algunos retoques, pero es muy bueno.

Lo que en realidad quería decir era que yo había conseguido algo muy bueno.

Pensaba utilizarle, desde luego. Pero de ahora en adelante era así como iba a tener que actuar. Jez me miró con los ojos muy abiertos.

—¿De veras lo piensas? —preguntó con incredulidad.

—Sí, tiene mucha... eh... —Me esforcé por dar con una palabra—. Energía.

—Gracias.

—De hecho, me encantaría trabajar en él.

—¿Cómo?

—En las labores de producción. Podría ser el comienzo de mi nueva carrera.

Jez adoptó una expresión ceñuda.

—Un momento, Julie.

—Podríamos trabajar en equipo —continué.

—Es que Piers va a ser el productor.

Parecía inquieto, receloso incluso. Tenía que tranquilizarlo de algún modo. Tenía que conseguir que él formara parte de mi historia. Había ido demasiado deprisa.

—Podría encargarme del casting —propuse.

—Todavía no estamos precisamente en esa fase.

No podía mostrarme demasiado insistente. Jez protegía celosamente aquel mundo de chicos que había creado con Piers, y temía que dejar entrar a una chica les aguara la fiesta. Tendría que demostrarle que podía ser útil. Mientras tanto, tenía que serenarme. Estaba muy alterada y hacía que Jez se sintiera inquieto. «Cálmate —pensé—, actúa con normalidad. Tranquilízalo.»

—En fin. —Suspiré—. Deberíamos salir a celebrarlo.

—¿El qué?

—Esto, qué va a ser —dije, levantando el guión.

Tenía que localizar a Eddie Doyle, así que intenté ponerme en contacto con Ruby Ryder. Pero estaba fuera de la ciudad, ensayando *Cenicienta* en el Teatro Real de Brighton. «Dios —pensé—, ya es la temporada de los musicales navideños.» Probé a telefonar y dejé un par de mensajes al personal del teatro, pero al final pensé que lo más sencillo sería tomar el tren e ir a verla.

Deambulé por detrás del patio de butacas mientras observaba a Ruby y alguna estrella de telenovela ensayar los pasos de un número. Musicales navideños. Recuerdo a mamá empujándome para salir al escenario del teatro Yvonne Arnaud en Guildford cuando tenía seis o siete años. *Niños en el bosque*.

Cuando pararon para comer, Ruby me divisó y bajó.

—Me dieron tu mensaje, cielo —dijo—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo quiero hablar un momento contigo.

—Pues vamos al paseo. Podemos comer pescado y patatas, ¿vale?

Fuimos a un restaurante de marisco del paseo marítimo. El paseo estaba vacío y barrido por el viento. Charlamos. Ruby me preguntó por la gira, y yo le pregunté por



su trabajo.

—Maldita hada madrina —dijo con cansancio—. Te lo aseguro, Julie, en el teatro las cosas ya no son como antes. Hoy no se respeta a los mayores. Con toda la experiencia que tengo, y esos jóvenes piensan que solo soy una vieja gloria.

Miré al otro lado del inhóspito paseo marítimo. El muelle del oeste a lo lejos; destartado, esquelético.

—En fin —continuó Ruby—, no has venido hasta aquí para hablar del negocio. Te conozco, Julie. ¿De qué se trata, cielo?

—Quiero hablar con Eddie Doyle.

Ella suspiró.

—Es por lo de tu padre, ¿verdad?

—Dijiste que Eddie había visto a Harry Starks.

Ruby se encogió de hombros.

—No sé, Julie. Acaba de salir de la cárcel después de doce años. A lo mejor está tocado, ¿sabes?

Se dio unos golpecitos en la sien con el índice.

—Me gustaría verlo.

—A mí también, cielo.

—¿Qué?

—Te dije que está escribiendo un libro, ¿verdad? Dios sabe lo que saldrá de ahí. Yo también estuve a punto de verme implicada en el robo de los lingotes, ¿sabes? Él utilizó a mi contable para que ingresara un montón de dinero poco antes de que lo detuvieran, y creían que yo tenía algo que ver con el asunto. Por poco me trincan. Llevo casi veinte años divorciada de él y todavía me persigue. Y a mi carrera, ya sabes. El caso es que a mí también me gustaría hablar con él.

—Entonces, ¿no sabes dónde está?

—Está desaparecido. Al parecer, fuera del país.

—¿Sabes dónde?

—En algún sitio del maldito Caribe, es todo lo que sé. Tengo su dirección y su número de teléfono, pero no tengo ni idea de cuándo va a volver. Lo siento, cielo.

—No, gracias, Ruby. Por dedicarme tu tiempo.

Ella alargó el brazo por encima de la mesa y me dio unas palmaditas en la mano.

—Eres como de la familia, cielo. Ha sido muy duro todo por lo que has pasado, pero procura no culpar a tu madre.

—¿Te ha hablado ella de mí?

—Sí, claro. ¿Con quién va a hablar si no? Mira, por aquel entonces las mujeres no lo tenían fácil en este mundillo. Te hablo por experiencia. Las cosas que pasaron... bueno, eran cosas entre hombres. Así es como vivían.

—Y morían.

Ruby se encogió ligeramente de hombros y suspiró.

—Sí. Mira, tu madre se siente mal por lo que hizo, ya sabes, por haber aceptado

el dinero. Pero procura no ser muy dura con ella. Entonces le pareció que era lo mejor.

—Supongo —dije.

—Y me ha dicho que vas a dejar el negocio. ¿Es eso verdad?

Ruby me miró con el ceño fruncido, pero sin emitir ningún juicio. Yo sabía que, a causa de su propia experiencia, era la única persona a la que no tenía que dar explicaciones.

—Sí —dije—. Bueno, no lo voy a dejar del todo. No quiero seguir actuando, Ruby. Había pensado dedicarme a labores de casting o algo parecido.

—No me extraña, cielo. Mírame a mí, haciendo musicales de mierda a mi edad.

—Pero tienes una oferta para hacer una serie de televisión, ¿no?

—No preguntes, por favor. Si ves a Eddie, dile que me puede joder bien jodida si se publica otra historia en plan «Ruby y el robo».

—De acuerdo.

—Y que tengas buena suerte con lo que decidas hacer. Si puedo hacer cualquier cosa por ayudarte...

—Gracias.

Me volvió a dar unas palmaditas en la mano.

—Lo digo en serio. Bueno, será mejor que vuelva —anunció.

Se estaba haciendo de noche cuando el tren llegó a Londres. Mientras cruzaba traqueteando el río por Battersea, me giré para contemplar las luces del puente de Chelsea. Se veían preciosas. Sentía escozor en los ojos por la tristeza. Parpadeé, y la luz se difuminó a través de un velo de lágrimas. Por un instante sentí lástima por mamá. Y por Ruby. Y por mí. Pero sabía que no podía permitirme sentirme así. Lo había decidido, y empecé a sentir una fría certeza respecto a mis actos. No iba a acabar como ellas. Me convertiría en Shui Ta, me volvería cruel, utilizaría todo y a todos para conseguir lo que quería. Utilizaría a Jez, utilizaría a mamá, utilizaría a Ruby. Y de repente se me ocurrió cómo podría utilizar a Ruby. Aparté la vista de las bonitas luces y miré al otro lado del vagón. Vi un reflejo apagado de mi cara en el cristal oscurecido.

Había quedado con Jez en un bar de Ladbroke Grove. Cuando llegué estaba con Piers. Este se mostró más amistoso conmigo de lo habitual.

—Jez dice que te gusta el guión —comentó, con una expresión maliciosa en el rostro.

—Sí, me gusta. Y acabo de tener una idea.

—¿Ah, sí? —dijo Piers.

Jez frunció el ceño.

—Sobre el reparto.

—Oye, Julie —intervino Jez—. Te dije que todavía nos falta mucho para llegar a eso.

—Bueno, déjala que diga de qué se trata —insistió Piers—. Me interesa.

—Es solo una cosita.

—Adelante —me animó Piers.

—En realidad es un cameo. Ruby Ryder podría hacer de Lady Manitas, la repartidora de cartas.

Jez se echó a reír despectivamente. Piers se llevó la mano a la boca, pensativo.

—Un momento —dijo—. Sí, es cojonudo. Funcionaría.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jez.

—Encaja perfectamente en la estética iconográfica de los sesenta que buscamos —afirmó Piers con entusiasmo.

—¿No nos estamos adelantando un poco a los acontecimientos? —dijo Jez—. Ni siquiera tenemos apoyo financiero todavía.

—Pero tal vez si hablamos con personas interesadas en actuar en la película despertemos el interés de alguien. Sería estupendo que consiguiéramos a una de esas estrellas de rock con ganas de saltar al cine, ya sabéis, como Sting. Así ellos mismos pondrían el capital. ¿En quién más has pensado? —me preguntó Piers.

—En Joe Patterson para el papel principal.

—¿Quién?

—Ya sabes, el de *Fuga del reformatorio*.

—Ah, sí. ¿Qué ha hecho desde entonces?

—Su padre es un gánster, ¿no? —dijo Jez.

—Y también el marido de Ruby Ryder —añadió Piers—. Sí, es genial. Podemos jugar con todas esas referencias.

—Joe es un viejo amigo tuyo, ¿verdad? —dijo Jez, con un ligero tono de crispación en la voz.

—Sí —repliqué—. Y Ruby también.

—¿Conoces a Ruby Ryder? —preguntó Piers, con los ojos muy abiertos.

—Es amiga de la familia.

—¡Eso es fantástico! Tenemos que utilizarla. Es todo un icono camp. El mundo del crimen auténtico unido al mundo del espectáculo de la vieja escuela. Con esta película podremos ser de lo más posmoderno.

Jez torció el gesto al oírlo.

—A veces dices cada chorrada —le soltó a Piers—. Me voy a mear.

—Está de mal humor —dijo Piers cuando Jez se marchó.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Piers se inclinó sobre la mesa, en plan confidente.

—Se toma las cosas muy en serio. El guión es genial, pero ¿sabes qué? Por el amor de Dios, no le cuentes a Jez que he dicho esto, pero creo que funciona mejor como comedia. Una comedia negra, pero una comedia al fin y al cabo. A Jez se le ha metido en la cabeza que ha escrito un guión de cine negro. Y yo no pretendo desilusionarlo, pero quiero que haga lo mismo que en sus vídeos musicales. Quiero que sea rápido, llamativo, pasado de rosca, ¿sabes?

No lo sabía, pero asentí de todas formas.

—Y me gustan tus ideas sobre el reparto, Julie, eso destacaría las referencias intertextuales del guión. El estilo retro le viene perfecto.

—Me gustaría participar —dije—. Pero creo que Jez desconfía un poco.

—Bueno, en este momento necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Jez volvió del servicio y se sentó en silencio.

—¿Qué hay de Big Lenny? —me preguntó Piers—. Habíamos pensado en Keith Alien.

—¿Keith Alien? —Negué con la cabeza—. Oh, no, él no. Necesitáis a alguien que intimide de verdad. Alguien que dé miedo de forma convincente.

Piers se echó a reír y dio un codazo a Jez.

—Es buena. Muy buena. ¿Sabes qué?

Piers levantó el dedo índice delante de su cara.

—Deberíamos conseguir a un delincuente de verdad para interpretar a Lenny.

—Piers dice un montón de gilipolleces —comentó Jez más tarde, cuando estábamos en la cama.

—Hablo en serio respecto a lo de participar en la película.

—Bueno, parece que a él le han gustado tus ideas.

—¿Estás diciendo que también son gilipolleces?

—No.

—¿Entonces?

—Me parecen buenas elecciones. Solo que no lo entiendo.

—¿El qué?

—Lo que tú sacas de esto.

—Ya te lo he dicho. Un cambio en mi carrera. A lo mejor mi auténtico talento está en el casting.

—¿Y la interpretación? ¿La vas a dejar así, sin más?

—Sí.

—Pero le has dedicado toda tu vida. Tiene que haber algo más.

Quería decirle: «toda mi vida se ha basado en una mentira». Pero no lo hice. Le dije:

—Quiero encontrar algo más estable. Tal vez podría conseguir trabajo en una agencia de casting y aprender el oficio. Pero también quiero trabajar en tu película.

—Sí, bueno, primero tenemos que encontrar productores.

—A lo mejor también puedo echaros una mano con eso.

—Tienes mucho interés. Si ni siquiera es tu estilo de película...

Decididamente Jez sospechaba. Tenía que andarme con mucho cuidado. Estaba sobreactuando en mi entusiasmo por el guión. Y aunque había conseguido ocultarle muchas cosas, él podía percibir claramente que mi estado de ánimo no era normal.

Estaba ocurriendo lo que había temido: estaba despertando su curiosidad.

—Y no me habías dicho que conocías a Ruby Ryder —continuó.

—¿De veras?

—¿Una amiga de la familia?

—Sí, ya te lo dije, mi madre trabajó en el negocio.

—No hablas mucho de tu familia.

—Bueno, tú tampoco dices nada de la tuya. No te gusta que la gente sepa que eres un buen chico de clase media cuando te marcas tu numerito de chico de la calle.

Normalmente, esa clase de ataques contra el personaje falso de Jez le hacían callar. Pero esta vez no hubo forma.

—Yo solo me estoy divirtiendo —dijo—. Pero tú parece que intentas ocultar algo de verdad.

Así que cambié de táctica.

—Bueno, las cosas no fueron fáciles después de la muerte de mi padre.

Añadí un pequeño sollozo a mi voz.

—Lo siento —dijo Jez—. No quería...

—No pasa nada. Simplemente me cuesta hablar de ello, nada más. Supongo que el accidente nos destrozó como familia.

Jez me rodeó con el brazo y me estrechó. Cada vez se me daba mejor aquel papel frío y calculador.

—No es mi intención hurgar en el pasado —susurró—. Pero si te apetece hablar de ello, puedes contar conmigo.

Probablemente parecía suave y cálida entre los brazos de Jez. Pero era una fortaleza inexpugnable. No se enteraría de la verdad por mí. Jamás me derrumbaría ante su interrogatorio.

Había recopilado parte de mi investigación. Recuerdos fragmentarios, cosas que se habían dicho y referencias de libros sobre crímenes reales. El negocio de la multipropiedad era, obviamente, una tapadera. Mi padre había estado blanqueando el dinero del tráfico de pornografía y de los fraudes cometidos en Londres. Al parecer, mi padre se había mezclado con un policía corrupto llamado George Mooney, que se había retirado a la Costa del Sol. Harry Starks se había fugado de la cárcel de Brixton en 1979. Según se decía, papá había traicionado a Starks por dinero y también dando el soplo de su escondite a la policía. Starks había ido a España y había matado a mi padre y al poli corrupto. Y luego había desaparecido. Circulaban toda clase de rumores acerca de su paradero y algunas personas afirmaban haberlo visto, aunque no se había podido confirmar nada. Eddie Doyle era la última persona que aseguraba haberlo visto. Pero Eddie seguía fuera del país.

Fui a casa de mamá por Navidad, y Jez fue a la de sus padres. Seguí el consejo que me había dado Ruby de no ser demasiado dura con ella. Hice las paces con

mamá. Me di cuenta de que era una pérdida de tiempo mostrarme agresiva por lo de papá y todo lo que había pasado, y de que no podía culparla por haber aceptado el dinero de Starks. Estuvimos las dos solas hasta el día de San Esteban, lo cual puede parecer un poco triste, pero estábamos acostumbradas. Todas las veces que papá había estado en la cárcel o en el extranjero, y después de su muerte, mamá y yo habíamos estado solas la mayor parte del tiempo. Había un intenso y tácito vínculo entre nosotras que yo había roto al preguntarle directamente por papá, pero que se restableció mientras preparábamos juntas la cena de Navidad en la cocina, entonando fragmentos de canciones de musicales, contándonos viejos chistes que solo ella y yo entendíamos, empleando apodos privados para referirnos a objetos y personas. Me había olvidado de lo unidas que habíamos estado y de lo mucho que me había costado independizarme. Lo había conseguido gracias a la escuela de arte dramático: pronunciación cultivada y formación clásica. Eso me había permitido distanciarme de ella.

Y siempre había sabido, desde que soy capaz de recordar, que no quería acabar como mamá. Solo que ahora ya no me sentía culpable con respecto a ese sentimiento. Ni con respecto a ella. Bueno, me daba lástima en un aspecto. Fumaba y bebía demasiado. Estaba deprimida. Ruby tenía razón: no debía ser dura con ella. No debía malgastar mi dureza con ella.

Después de comer nos sentamos y vimos la tele un rato. Mamá echó una cabezada en el sofá. Por algún motivo, cogí todos los viejos álbumes de fotos de la estantería y me puse a hojearlos. No había muchas imágenes de papá, y algunas páginas tenían marcas de pegamento y trozos de papel de las fotografías que habían sido arrancadas. Un retrato de él, con el cabello pajizo peinado hacia atrás, la gruesa mandíbula relajada en una media sonrisa y una vulnerabilidad en la cara propia de alguien a quien le han roto la nariz. La arranqué y me la guardé en el bolso.

Había muchas fotografías de mí. Posando para la cámara desde una edad muy temprana. Julie con zapatos de claqué y una cinta en el pelo. Con disfraz de hada, con vestido de fiesta, con tutú. Toda ojos y dientes, deseando agradar, resultar seductora. En el pasado esas fotos me horrorizaban y me avergonzaban. Puede que incluso me indignara que mamá me hubiera obligado a mostrar ese comportamiento de buscar aprobación. Pero ya no me despertaban ninguna emoción. La niña de las fotografías ya no existía. Recogí los álbumes y los coloqué de nuevo en la estantería.

Tal vez fuera una sensación de pérdida, de que no iba a recuperar la infancia, de que había pasado demasiado tiempo de mi vida fingiendo para ocultar la pena. Me preocupaba sentirme tan fría e insensible respecto a las cosas, pero tenía la impresión de que ahora podía adoptar una perspectiva objetiva y contemplar mi vida como era realmente. Después de años y años de confusión, por fin lo entendía.

Y tenía algo con lo que mantenerme ocupada, algo que de algún modo podía conducir a mi objetivo. Aunque Jez recelaba de mi participación en la película, Piers me animaba. Él y Jez tenían ideas muy diferentes con respecto al enfoque de *Bulldog*

*de desguace*, pero Piers no quería entrar en conflicto.

—Es mejor que no sepa lo que está haciendo —me confió Piers—. El humor del guión solo funcionará si él se lo toma totalmente en serio.

Había estado haciendo circular el guión entre agentes cinematográficos, tratando de conseguir un representante. No había tenido suerte.

—Ese cabrón de Nick Marsten, de la agencia Curtís Brown, ha dicho que es burdo y que está lleno de faltas —dijo Piers—. No lo entienden.

Piers se había ocupado de la mayoría de las gestiones para despertar interés por el proyecto; creo que era consciente de lo sensible que era Jez a las críticas y quería protegerlo. De modo que hablaba conmigo. Me estaba utilizando como intermediaria en su relación con Jez, pero no me importaba, ya que convenía a mis planes.

Me había ofrecido a corregir el texto para hacerlo más legible. Jez siempre se tomaba a risa el hecho de ser disléxico, pero yo sospechaba que sus verdaderos sentimientos al respecto eran más profundos. Sin embargo, Piers se había mantenido inexorable en su negativa a cambiar una coma.

—Es una obra maestra de la incoherencia —afirmó—. La película funcionará gracias a las imágenes, las referencias, la banda sonora. Tenemos que conseguir una banda sonora cojonuda. Lo importante es el estilo. Ahí reside el genio de tu novio, créeme.

Piers y yo nos convertimos en unos aliados insólitos. Él debía de pensar que yo estaba de acuerdo con todas sus ideas. Repetía sin cesar todas aquellas palabras: «posmodernidad», «autoconciencia», «retro chic», etcétera. Creía saber lo que era la ironía, pero no tenía ni idea. Y yo me mostraba de acuerdo porque sí sabía lo que significaba esa palabra. Juntos nos aseguraríamos de que la película se llevaba a cabo. En mi mente, iba a ser una parodia... bueno, parecía bastante apropiado. Mi argumento era una tragedia: la obra dentro de la obra sería una comedia.

Naturalmente, Jez ignoraba por completo todo eso. Él se dedicaba a pavonearse con su pose de chico de la calle, algo que, a su manera, a Piers y a mí nos parecía bien, pues podía resultar útil a la hora de despertar interés por el proyecto. Era increíble la cantidad de gente que parecía tragárselo. La cicatriz ayudaba. La gente no podía evitar fijarse en ella, y parecía conferir cierta autenticidad a su actitud de tipo duro, como si fuera una prueba. Como si lo llevara escrito en la cara.

Sus contactos también eran de ayuda. Estaban tratando de conseguir financiación privada, y el padre de Jez tenía muchos conocidos en el mundo de la publicidad y el cine. Encontraron a un director de anuncios que estaba interesado y que podía aportar grandes fondos al proyecto, pero quería dirigirla él. Piers también tenía contactos; su padre había sido un productor musical de éxito en los años sesenta y setenta. Los dos pertenecían por nacimiento a la aristocracia mediática. Era un mundo del que yo no sabía nada, pero del que quería aprender. Empecé también a considerar otras formas de conseguir fondos y financiación para las películas.

Sin embargo, yo nunca podría hacer contactos como Piers y Jez. Ellos conocían a

gente muy rica y se sentían relajados en su compañía. Piers conocía a una chica llamada Georgina, la hija de Albert de Brett, un banquero increíblemente acaudalado. El plan consistía en que él intentaría convencer al padre de la chica para que invirtiera dinero en la película. Las dos parejas quedamos un viernes por la noche en el bar Met, en Park Lane.

Georgina de Brett era rubia y menuda. Tenía una voz ronca de pija y una actitud despreocupada. Se comportaba con gran coquetería con los hombres. La idea era que Piers encabezara la ofensiva con su encanto, pero al poco quedó claro que quien más le interesaba a ella era Jez.

Tenían conocidos comunes de los que hablar. Comunes para ellos, claro está. Los famosos, los ricos, los triunfadores. Georgina no pronunciaba los nombres, sino que más bien los dejaba flotar a través de la sala con la ligereza de la familiaridad. Yo no tenía mucho que decir. Me daba miedo meter la pata. Todas mis palabras parecían como el plomo. Observaba cómo ella flirteaba con Jez y me sentía insulsa. Me sentía robusta y pesada, torpe.

La noche pareció ir bien para ellos. Georgina prometió que «hablaría con papá». Piers la llevó a casa, pero ella se despidió de Jez con una actitud bastante descarada. Yo hice todo lo posible por ocultar mi indignación. A aquella gente no le importaba nada, pensé, y traté de adoptar algo de aquella indiferencia.

Temía parecer inútil en aquel mundo enrarecido, pero podía demostrar mi valía con mis conocimientos sobre actores y casting. Había propuesto a Joe Patterson para el papel principal de Mickey y había concertado una cita con él, aparentemente para hablar de la película. Pero yo tenía mis propios motivos para ponerme en contacto con Joe. Su padre, Tommy, había sido un delincuente importante del sur de Londres. Había pasado una temporada en España antes de que se reimplantara la extradición. Tal vez él supiera algo de mi padre y Starks.

Al final Piers no pudo asistir a la reunión, pues tenía que cumplir con una entrega para la revista *Sorted*, de modo que solo fuimos Jez y yo. Con anterioridad llamé a Joe para ponerle al tanto de la situación:

—No sabe nada de mi pasado.

—¿Y no quieres que lo sepa?

—No, así que, por favor...

—Oye, Julie, ya sé de qué va la cosa. Mantendré la boca cerrada al respecto.

Y eso hizo. Pero habló mucho de sus contactos con el mundo del hampa, y Jez se empapó de todo. Vi cómo observaba los gestos de Joe y escuchaba sus entonaciones vocales para servirse de ellos en el futuro. Jez le explicó el guión mientras Joe asentía impasible.

—Un rollo a lo Tarantino, ¿no?

—Sí —dijo Jez—. Pero británico, ¿sabes a lo que me refiero? Quiero que se respire el ambiente del auténtico mundo criminal de Londres.

Joe soltó una risita y me miró de reojo a través de la mesa.



—¿Has rodado alguna película desde *Fuga del reformatorio*? —preguntó Jez.

—No. He hecho un poco de tele. Y algo de teatro. Pero sobre todo me he dedicado a trapichear. ¿Sabes a lo que me refiero?

Jez asintió y fingió una risa cómplice.

—Sí —dijo, levantándose—. Oye, tengo que...

Y apuntó hacia los servicios con la cabeza.

—Parece un buen chico —dijo Joe cuando Jez ya no podía oírnos—. Aunque un poco capullo. Lo siento, Julie, no quería...

—No importa. Escucha, Joe...

—¿Y cuándo vas a hablarle del «auténtico mundo criminal de Londres»?

—Todavía no. Solo tengo que...

—¿Qué estás tramando?

—Nada, Joe, de veras.

—¿Te has metido en algún lío?

—No. Bueno. —Lo miré a los ojos—. Lo primero es lo primero. Echa un vistazo al guión. Sé que puede parecer un poco... en fin... ridículo, pero podría funcionar. Podría ser un éxito.

Joe frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿Y...?

—Quiero ver a tu padre.

—Te has metido en líos, ¿verdad?

—No, solo quiero preguntarle unas cosas. Nada más.

—Bueno, lo veré esta noche. Vamos a la presentación de un libro. Es en un sitio llamado estudios Tardis, en Turnmill Street. Te incluiré en la lista. Cuidado, vuelve tu novio. Pásate por allí hacia las siete y media u ocho.

Se trataba de la presentación de un libro titulado *El Machacador*, de Georgie Lewis, campeón de boxeo sin guantes y auténtica leyenda del mundo del crimen. En la portada aparecía una fisonomía maltratada y unos enormes puños llenos de anillos de sello con el subtítulo: «¡Si voy a por ti, te enterarás!». El propio Lewis se hallaba presente, posando para toda una serie de fotos de grupo. Había otros delincuentes famosos mezclándose con periodistas y personajes de los medios. Freddie Foreman, Frankie Fraser, uno de los hermanos Lambrianou y Tommy Patterson. Nick Reynolds, el hijo de Bruce, el cerebro del gran asalto al tren, tenía algo que ver con los estudios Tardis. Se me ocurrió que, con la presencia añadida de Joe Patterson y la mía, allí había bastante material sobre hijos de delincuentes famosos. Seguramente, un productor de televisión ya estaba ideando una propuesta para un documental.

Solo que mi historia era distinta. Mi padre estaba muerto. Joe se acercó y me presentó a algunos personajes del hampa. Ellos sabían quién era yo, conocían la verdad sobre mi vida. Ese era el mundo del que había intentado escapar. Se mostraron

educados y respetuosos. Jamás he visto mayor sentido del protocolo que entre las personas de ese mundo. Pero también se mostraron recelosos. Yo era la hija de McCluskey, Big Jock, que había muerto en circunstancias sospechosas. Los pecados del padre. Recordaba la voz que había oído de niña por teléfono: «Tu papá era un soplón». Pero, por encima de todo, creo que era la superstición la que contribuía un poco al distanciamiento en su actitud. Yo traía mala suerte.

Reparé en la excitación de los asistentes ante aquella lista de la infamia. A los reporteros les invadía una ávida fascinación por todos aquellos delincuentes bien vestidos. Un interés decadente por la mitología violenta. Jez y Piers no estaban solos, la sala estaba llena de admiradores de gánsteres; y se me ocurrió entonces que su película podría ser todo un éxito, algo desagradable en la cultura que ellos habían mamado. Aquella, medité, sería su venganza.

—Joe dice que quieres hablar.

Era Tommy Patterson. Bajo y tirando a rechoncho, con un traje a medida y gafas con montura de diseño, parecía un banquero o un abogado. Se rumoreaba que había matado a Jimmy Murphy en los sesenta, pero el cuerpo nunca se encontró. Según la leyenda, había acabado en los cimientos del paso elevado de Westway.

—Sí —dije—. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo?

Nos dirigimos al rincón más alejado del bar. Alguien lo saludó estrechándole la mano al pasar entre la multitud.

—Menudo circo —dije.

—Sí, hoy día a todo el mundo le ofrecen escribir un libro.

—¿A usted también?

Él se encogió de hombros y puso una expresión un tanto avergonzada.

—Al parecer hay mucha demanda.

Nos sentamos.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Julie? —preguntó Tommy.

—Mi padre —comencé, sin saber muy bien qué decir.

Tommy asintió ligeramente, a la espera de que yo siguiera.

—Usted estuvo en España —continué.

«Mierda», pensé de repente. A lo mejor Tommy Patterson había tenido algo que ver con la muerte de mi padre. Pero su cara no revelaba nada. Sus facciones permanecían firmes, imperturbables.

—Julie —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—, estuve en la Costa del Sol después de que muriera tu padre. Estuve en los ochenta hasta que los muy cabrones me deportaron y me trajeron de vuelta para seguir disfrutando de la hospitalidad de Su Majestad.

—Quiero saber todo lo que pueda sobre lo que pasó.

—Bueno, fue Harry Starks.

—Ya lo sé. Solo quiero... no sé... atar cabos. Una parte de mi vida está borrada.

Tommy suspiró.

—A lo mejor eso no es tan malo. No me malinterpretes, Julie, pero hay cosas que es mejor dejar como están, ¿sabes? Lo que le pasó a tu padre fue terrible. Una tragedia. Pero ¿de qué sirve volver sobre eso? Ahora todo el mundo quiere hablar, airear sus problemas, contar su historia. Los que salen por televisión discuten entre ellos sobre quién tiene la culpa y por qué sus vidas son un desastre. En mis tiempos, manteníamos la boca cerrada y seguíamos con nuestras vidas. Es mejor, créeme.

Aquella actitud era perfectamente lógica según mi modo de pensar, pero tenía que fingir lo contrario.

—Pero usted también va a vender su historia, ¿no? —dije.

Él sonrió.

—Sí, pero no voy a contarla exactamente como ocurrió. Solo daré al público lo que quiere. Ni siquiera lo escribiré yo, tienen a un tipo que lo hará por mí.

—Han visto a Harry Starks —dije.

—¿Qué?

—Ruby dice que Eddie Doyle lo vio.

—¿Cómo, en el país?

—Sí. ¿Sabe algo al respecto?

—Mira, Julie, te juro...

—¿Qué sabe, Tommy?

Él se rió.

—¿Qué es esto? Al final tendré que pedir que venga mi abogado. Verás, no he vuelto a tener ningún tipo de trato con Harry Starks desde que volví. Lo vi en España un par de veces, pero oí que se ocultaba en algún sitio del Caribe. No sabía que había estado en el país. Eddie y él... bueno, se rumorea que Harry participó en el blanqueo de la mercancía de Hounslow, ya sabes, el golpe de los lingotes.

Ruby también había mencionado el golpe de los lingotes. Quizá fuera eso lo que relacionaba a Eddie Doyle con Harry Starks. Tal vez pudiera utilizar eso, utilizar a Eddie. Pero, por lo que se decía, seguía en el extranjero. Tommy había comenzado a mirarme fijamente. Me daba la impresión de que estaba empezando a sospechar.

—Mira, Julie —continuó—, todo cuanto sé sobre lo que le pasó a Jock es lo mismo que sabe todo el mundo. No puedo contarte nada más. Lo siento, preciosa.

—Es que quiero... —Busqué las palabras. ¿Qué sonaría convincente? Ah, sí—. Cerrar heridas —le dije.

«Muy buena —pensé—, hazte la víctima, borra tus huellas.» Tommy asintió solemnemente al oír mis palabras. Me levanté para marcharme. Él se puso de pie y me apretó las dos manos con la suya.

—Bueno —dijo mientras me besaba en las mejillas—, si puedo hacer cualquier cosa para ayudar...

Avanzaba entre la multitud hacia la salida cuando vi entrar a Piers. «Mierda», pensé. Podía enterarse de cosas. Ni siquiera le había dicho a Jez que iba a ir allí. Al verme pareció sorprendido. Me acerqué a él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—He venido por trabajo, más o menos. Es una presentación de la editorial Groombridge. Ya sabes, los amos de la revista *Sorted*. Y por cierto, ¿qué haces tú aquí?

—Estoy con Joe Patterson. —Busqué a Joe—. Allí está. Vamos y te lo presento.

—¿Dónde está Jez? —preguntó él mientras avanzábamos.

—Esto... no ha podido venir. ¡Joe! —grité por encima del rugido apagado de la conversación.

Joe se giró y alzó la cabeza en nuestra dirección.

—Perdón —dije, abriéndome paso entre el grupo que lo rodeaba—. Joe, te presento a Piers. Es el productor de *Bulldog de desguace*.

—¿Qué tal? —dijo Joe, tendiéndole la mano.

—Nos encantaría tenerte en nuestra película, Joe —dijo Piers mientras le estrechaba la mano—. Tu trabajo es... fantástico.

Joe se encogió de hombros.

—Vaya, no lo sabía. Yo diría que es más bien escaso.

—*Fuga del reformatorio* es un clásico —continuó Piers—. En nuestro proyecto queremos explorar la iconografía de la idiosincrasia británica. Y tú formas parte de ese mundo, ¿sabes?

—No sé de qué me estás hablando, colega —dijo Joe sonriendo.

Piers se echó a reír a carcajadas.

—Genial —dijo al fin con una sonrisa maliciosa—. «No sé de qué me estás hablando, colega.» Genial.

Joe me miró de reojo con el ceño fruncido.

—¿No es fabuloso? —continuó Piers, echando un vistazo a la sala con los ojos brillantes de emoción—. Todos esos gánsteres famosos. Será mejor que me acerque a saludar a Victor. Ya sabéis, es el jefe. Además, quiero ver si puedo entrevistar a Frankie Fraser el Loco para la revista. Hasta luego.

Y se marchó.

—Menudo par —comentó Joe—. Tu novio y ese. ¿Qué les pasa a los chicos de clase media, que están tan obsesionados con el lado peligroso de la vida?

—No lo sé, Joe. Pero tienes que reconocer que es algo de lo que se puede sacar provecho.

—Tal vez. Pero ¿qué sacas tú de esto?

—Solo es algo en lo que estoy involucrada. Creo que podría funcionar.

—Sí, sí —dijo Joe displicentemente—. La Julie de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre jugando con las cartas tapadas.

—Mira, Joe...

—Está bien. Conozco el juego. Ya he guardado antes tu secreto. Pero esta vez...

—Suspiró—. Bueno, cuéntame algún día en lo que andas metida. ¿Lo harás?

—Bien —dije—. De acuerdo.

—¿Has hablado con el viejo?

—Sí. Gracias, Joe. Me marchó. Échale un vistazo al guión, ¿vale?

—Sí, sí. Puede que lo haga. Si te soy sincero, ahora mismo necesito el trabajo. Ya sabes cómo están las cosas.

Piers calculaba que el presupuesto de *Bulldog de desguace* se podría reducir a un millón de libras. Todo se haría con muy poco dinero, y el reparto tendría que acceder a cobrar en pagos diferidos. A mí me tocó convencer a los actores que queríamos de que teníamos entre manos un posible bombazo. Piers estaba reuniendo financiación privada a través de sus contactos y los de Jez, además de mendigar donaciones de película y equipo. El plan de rodaje iba a ser muy apretado, pero Piers confiaba en que eso sacaría lo mejor de Jez. Al tener poco espacio para maniobrar, se vería obligado a usar el estilo veloz, brusco y simple que había desarrollado en sus vídeos y anuncios.

Jez no las tenía todas consigo. En esa fase de la película no tenía mucho que hacer, salvo darle vueltas al guión y preocuparse por lo que Piers estaba haciendo con el mismo. Se volvió hosco y parecía resentido por mi entusiasmo. Supongo que sentía que ya no tenía el control del proyecto. Exageraba su pose agresiva como un niño huraño.

Pero yo no podía evitar emocionarme por cómo se estaban desarrollando las cosas. Lo que podría haber sido una tediosa ronda de llamadas telefónicas, citas, reuniones y comidas se vio estimulado por la sensación de tener un objetivo mayor. Incluso Jez tuvo que reconocer lo bien que se me estaba dando vender su idea. Pero ¿qué significaba todo aquello desde el punto de vista de mi venganza? Todavía no lo sabía; simplemente tenía la corazonada de que iba por el buen camino.

Estábamos a punto de conseguir la inversión que necesitábamos, pero nos faltaban unas doscientas mil libras. Se me ocurrió solicitar financiación a la Lotería Nacional, pero cuando llegó el formulario resultó ser una auténtica pesadilla. Teníamos que definir los objetivos de nuestra organización, desglosar minuciosamente el presupuesto, realizar una previsión de ganancias, identificar quién y cómo se beneficiaría con el proyecto, etcétera. Pero lo más fuerte estaba en la página siete: ¿cómo satisfaría el proyecto las necesidades de los discapacitados?

Cuando hablé del asunto con Piers se echó a reír.

—¿Y no podríamos dejar ese espacio en blanco? No damos mucho el tipo para eso, ¿verdad? —dijo.

—No creo que sea buena idea.

—Bueno, podemos decir que pretendemos concienciar a la gente sobre la discapacidad. Al fin y al cabo, las víctimas de Danny, el cobrador de morosos, acaban todas con las piernas rotas.

—Piers, hay que tomarse esto en serio. No nos darán la pasta a menos que cumplamos el criterio de igualdad de oportunidades.

—Oh, Dios. Pues no sé qué decirte.

—Mira —le dije—, veré lo que se me ocurre.

Llamé a Sally, que había trabajado recaudando fondos para Red Rag. Ella lo sabía todo sobre formularios y sobre el lenguaje que había que usar.

—Pon que planteáis el problema de los accesos a partir de los recintos que aparecen en la película —me dijo.

—¿Qué más?

—Bueno... ¿el tema de la película tiene algo que ver con la discapacidad?

Lancé un gemido al recordar el comentario de Piers. *Bulldog de desguace* sería con toda probabilidad una de las películas menos políticamente correctas jamás rodadas.

—Hay una cosa muy evidente que podéis hacer —continuó.

—¿Qué?

—Contratar a un actor discapacitado.

Le comenté la idea a Piers. Se echó a reír de nuevo.

—Bueno, tú eres la encargada del reparto —dijo—. Pero, por favor, no se lo digas a Jez. Ya sabes cómo se pondrá.

Piers imitó a Jez haciendo su imitación de chico de la calle:

—«No pienso tener a ningún tullido de mierda en mi película» —exclamó, sacudiendo espasmódicamente los hombros.

Me reí a mi pesar. De repente, Piers se puso serio.

—¿Cómo está Jez? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Últimamente no parece muy animado. Está de mal humor la mayor parte del tiempo.

—Creo que tiene la sensación de que no puede hacer mucho hasta que empecemos a rodar.

—Sí, pero... —dijo Piers, y se detuvo—. Mira, será mejor que me meta en mis asuntos.

—¿De qué se trata?

—¿Va todo bien entre Jez y tú?

—Sí —mentí rápidamente—. Claro.

—Es solo que... bueno, no quiero entrometerme.

—Ve al grano, Piers.

—Me ha gustado mucho trabajar contigo, Julie. Ya sé que en el pasado no siempre estábamos de acuerdo...

—Piers...

—... pero mi responsabilidad es asegurarme de que nada afecta al proyecto. Si os enfadáis, las cosas se podrían joder.

—No sé de qué estás hablando.

—Es algo que no me puedo quitar de la cabeza.

—¿El qué?

Piers suspiró.

—La noche de la presentación del libro. Jez no sabía nada.

—¿Y...?

—Bueno, tú estabas allí con Joe, pero no le habías dicho nada a Jez. Hablé con él del tema, pero no tenía ni idea.

—¿Y le dijiste que estuve allí?

—No, me pareció lo mejor.

—¿Crees que estoy liada con Joe Patterson?

Piers se encogió de hombros.

Rompí a reír a carcajadas, de alivio más que nada. Por un instante creí que Piers me había descubierto.

—Por supuesto que no —le dije.

—Está bien —contestó él.

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

—Vale, vale, lo siento.

—Por cierto —dije, cambiando de tema—, tenemos que decidir lo que ponemos en ese apartado del formulario. Tal vez deberíamos decir que tenemos pensado contratar a un actor discapacitado.

—¿Puedes ocuparte tú de eso? Tú estuviste en esa compañía teatral de lesbianas y estás al tanto de lo que es políticamente correcto.

—No era una compañía teatral de lesbianas, maricón.

—Ya sabes a lo que me refiero. Yo soy un inútil en esos asuntos. Y, además, tengo pendiente un trabajo muy importante para *Sorted*.

—¿Ah, sí?

—Sí. Uno de los principales artículos de la edición de «Cool Britannia».

El espíritu de «Cool Britannia» estaba por todas partes. La gente hablaba del BritPop y del BritArt, y del «Swinging London, segunda parte». La portada de *Sorted* de mayo de 1996 era una chica de grandes pechos con un biquini con la bandera del Reino Unido.

Piers estaba convencido de que todo eso ayudaría a convertir *Bulldog de desguace* en un gran éxito.

—Estamos en sintonía con el *zeitgeist* —anunció.

Nos enseñó a Jez y a mí la composición de su artículo. «LONDRES LLAMA AL INFRAMUNDO», se titulaba. Había fragmentos de películas de género británicas clásicas: *Un trabajo en Italia*, *Asesino implacable*, *Veinticuatro horas al día*, etcétera. Fotos de sesión de delincuentes reales y aspirantes a gánsteres que estaban en la

nómina de la editorial Groombridge. Una prosa sobreexcitada, salpicada de falso acento cockney, recorría el texto y los pies de foto. La generación de los gemelos Kray aparecía presentada como herencia cultural. Incluso había una página doble dedicada a la moda.

—Tenemos que conseguir el look idóneo —le insistió Piers a Jez, señalando las fotografías de modelos masculinos con traje y botas.

Jez se encogió de hombros, sin demasiada convicción.

—A mí solo me parece otro revival mod —dijo.

—Sí, bueno —prosiguió Piers—. Es una puesta al día retro chic. Tenemos que conseguirlo en la ropa, el diseño de decorados, los exteriores, todo.

—Creía que teníamos un presupuesto ajustado —dijo Jez.

—Bueno, deberíamos buscar patrocinadores, publicidad indirecta, esas cosas. Podemos venderles todo eso.

—No sé —murmuró Jez.

Piers se volvió hacia mí.

—Tú entiendes lo que quiero decir, ¿verdad, Julie?

—Sí —asentí—. Claro.

Los dos miramos a Jez. Él se encogió de hombros de nuevo y lanzó un pequeño gruñido de resentimiento.

Más tarde, cuando volvíamos andando a casa de Jez, se quejó ante mí:

—Piers se cree que la película es un gran anuncio.

—Solo quiere conseguir que se haga, Jez. Tenemos que tener en cuenta todas las perspectivas.

—A lo mejor cree que solo sirvo para eso.

—¿Para qué?

—Para hacer anuncios. No me toma en serio. No se toma el guión en serio.

—Claro que te toma en serio. Solo que ahora tiene que pensar en los aspectos más superficiales de la producción. Cuando empecemos a rodar, tú estarás al mando.

—Sí —dijo Jez, sonriendo ligeramente—. Supongo. Oye, Julie...

Me miró de forma suplicante.

—Tú me tomas en serio, ¿verdad? —dijo.

Y entonces sentí una repentina punzada de ira. Estaba continuamente buscando que lo confortaran. Yo le había dado muchas cosas a aquel niño malcriado, y él seguía pidiendo. Me había pasado los últimos meses ayudándolo sin descanso a hacer aquella estúpida película y no había hecho nada por mí. Y seguía sin tener ni idea de cómo iba a conseguir lo que quería. Mis planes no habían dado ningún resultado hasta la fecha.

—¡Hay que joderse! —le espeté.

Jez se quedó muy sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Siempre hay que preocuparse por ti, ¿verdad?



—No lo entiendo, Julie.

—¿Te preguntas alguna vez cómo me siento yo?

—Eso no es justo.

—¿Que no es justo?

—No, no es justo, maldita sea —protestó él—. Tú nunca me cuentas nada. Cuando te pregunto por ti, siempre me cortas.

—Bueno...

—Y luego me acusas de no mostrar interés. Eso está fuera de lugar, coño.

Yo no tenía nada que responder a aquello. Supongo que él tenía razón. Caminamos un rato en silencio.

—Lo siento —le dije cuando nos estábamos acercando a su casa.

—Yo también lo siento. Me he pasado, lo sé. La verdad es que estoy muy nervioso por la película.

Estábamos delante de su casa. Jez empezó a subir la escalera.

—Jez.

Se volvió.

—¿Qué?

—No voy a subir.

—¿Qué?

—Creo que necesito un tiempo para mí.

—Julie...

Bajó e intentó abrazarme. Me aparté.

—Lo siento —dije.

—Por el amor de Dios, Julie, habla conmigo.

Comencé a alejarme. Él me llamó a gritos. Pero eso era lo que yo temía: hablar con él. Contárselo todo.

A la mañana siguiente me sentía muy mal por cómo habían ido las cosas. Había sido excesivamente crítica con Jez. Él no podía evitar ser como era y se preocupaba por mí a su manera. Tal vez podía contarle algo más sobre mí. No la verdad, por supuesto, pero podía compartir parte de mis sentimientos con él.

No tenía la más remota idea de cómo hacerlo. No quería hablar por teléfono, así que decidí pasarme por su casa. Bajaba ya por su calle cuando vi que alguien salía por la puerta. Era una mujer. Se volvió en la entrada para despedirse con un beso de Jez. Me acerqué un poco más. Cuando bajó los escalones dando saltitos pude ver que se trataba de Georgina de Brett.

Retrocedí. No quería que ella me viera al cruzar la calle. Caminé de vuelta a la estación de metro, aturdida y furiosa.

Naturalmente, descargué la mayor parte de esa rabia contra mí misma. Me sentía como una fracasada, una farsante. Una gran parte de lo que me atraía de Jez era su

clase social. El hecho de poder hacer realidad mis patéticas aspiraciones estando con él. Pero me estaba engañando a mí misma. Nunca podría ser como Georgina. Nunca podría tener su sofisticación natural. Y me di cuenta con terrible amargura de que, más que nada en el mundo, envidiaba lo que ella era.

Era inútil tratar de escapar a lo que yo era. Tenía que enfrentarme de lleno a ello y acabar con lo que había arruinado mi vida, pero no había hecho ningún progreso. Me había pasado todo aquel tiempo trabajando en la película, pero todavía no tenía ni idea de qué iba a hacer. Entonces me llamó Ruby.

—Hola, cielo —dijo—. He leído el guión.

—¿Qué te parece?

—No es que sea un gran papel, querida.

—Bueno, es un cameo.

—Sí, supongo. Mira, lo haré.

—Gracias, Ruby.

—A mi agente no le hace gracia lo del pago diferido.

—Hablaré con él.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—¿Todavía quieres hablar con Eddie Doyle?

—Sí.

—Pues ha vuelto. Y si vas a verlo...

—Ajá...

—Dile que, si va a vender su historia, si podría evitar ahorrarme más sufrimiento.

—¿No sería mejor que se lo dijeras tú?

—No puedo pasar por eso otra vez, Julie. Es demasiado. Acabaremos peleándonos o algo por el estilo. Solo quiero que lo sepa, nada más. Si te arreglo una cita con él, ¿harás eso por mí, cielo? Dile que he hablado con mis abogados.

Quedamos por la tarde en un pub de New Cross. Eddie era alto y delgado. Llevaba un traje azul con el cuello de la camisa desabrochado. Tenía la cara arrugada y como hundida por su estancia en la cárcel, pero seguía conservando un cierto atractivo adusto.

—Así que tú eres la hija de Jock McCluskey —dijo.

—Sí.

—Encantado de conocerte, querida. La última vez que te vi eras así de alta.

Acarició la cabeza de una niña imaginaria y a continuación me tendió la mano. Mientras estrechaba la mía, sus ojos azul grisáceo me miraron fijamente. Sacudió la cabeza un poco, tal vez pensando en todos los años transcurridos, todas las condenas pasadas. Nos sentamos.

—Ruby dijo que querías verme.

—A Ruby no le hace ninguna gracia lo del libro, Eddie.

Él suspiró.

—¿De eso se trata?

—Bueno, no solo de eso. Pero Ruby quería que se lo dijera.

—Podría haber venido ella misma. No sé por qué se le han subido tanto los humos.

—Habla en serio, Eddie. Ha ido a ver a un abogado.

—Por el amor de Dios. —Se inclinó hacia delante—. Pues dile que no tiene de qué preocuparse. Ya he acabado con eso.

—Muy bien.

—Bueno —continuó él con sequedad—, ¿eso es todo?

—No. Mire, lo siento, Eddie. No hemos empezado con muy buen pie, ¿verdad? Solo quería quitarme eso de encima cuanto antes. Le prometí a Ruby que se lo diría. Eddie se recostó en la silla y me miró otra vez de arriba abajo.

—¿Qué quieres, querida?

—Quiero hablar.

—¿De tu padre?

—Sí. Usted lo conoció, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué pensaba de él?

—¿Que qué pensaba?

Sonrió.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Bueno, para serte sincero, querida, Jock me hacía cagarme de miedo.

Yo también me reí. De alivio, de que alguien fuera sincero con respecto a mi padre.

—Tu padre era duro como el acero —continuó Eddie—. Por aquel entonces, muchas organizaciones de Londres empleaban a tipos de Glasgow. Tenían cierta fama, ¿sabes? —Soltó una breve risotada—. Nadie se atrevía a meterse con tu viejo.

—Pero alguien lo hizo.

La sonrisa de Eddie se desvaneció súbitamente.

—Sí —murmuró—. Bueno...

No se le ocurrió nada que decir, pero deslizó la mano sobre la mesa y me dio unas suaves palmaditas en la mía.

—Fueron malos tiempos, querida. Ha debido de ser muy duro para ti.

—La gente dice que era un soplón.

—La gente dice muchas cosas. No debes hacer caso a todo lo que digan.

—Pero quiero saber lo que pasó.

Eddie suspiró.

—Yo no puedo contarte mucho, preciosa.

Noté que la conversación estaba llegando a un punto muerto. Nadie quería hablar del asesinato de mi padre. Era un asunto espinoso. Así que decidí hacer que Eddie siguiera bebiendo. Que siguiera bebiendo, que siguiera hablando. Me contó un par de

anécdotas de mi padre. Me preguntó por mi trabajo y le hablé de la película. Él tenía algunas ideas sobre ciertos detalles técnicos de la parte del robo. Iba por el cuarto vodka con naranja cuando volví sobre el tema.

—Ruby dice que usted ha visto a Harry Starks.

—¿Qué?

Me miró con el ceño fruncido. Tenía la voz un tanto enturbiada por el alcohol.

—¿Es verdad?

—Mira, Julie... —Eché un vistazo nerviosamente al pub medio vacío—. No hablemos de eso, aquí no.

—Quiero saber dónde está, Eddie.

—Ojalá lo supiera, querida. En serio. —Eddie bajó la vista y murmuró—: Ese cabrón me debe algo.

Lo sacudí por el brazo.

—¡Pues a mí también me debe algo, joder! —mascullé.

Eddie se me quedó mirando al verse arrancado del ligero estupor del alcohol. Me tocó la mano, que todavía le estaba agarrando el brazo.

—Tranquila, muchacha —murmuró.

—Entonces tenemos algo en común, ¿no? ¿A qué se refiere con que le debe algo?

—Es la vieja historia de siempre. —Volvió a echar un vistazo al local—. ¿Sabes cómo llamaban antes a la gente como Starks? «Chulos de ladrones», así es como los llamaban. La gente como yo corría todos los riesgos y los gánsteres, los peces gordos, siempre querían su tajada.

Me acordé de lo que me había contado Ruby.

—¿Se refiere al golpe de los lingotes? —le pregunté.

Se llevó un dedo a los labios.

—Aquí no, querida. No podemos hablar de eso aquí.

—¿Dónde, entonces?

Eddie apuró la copa y la estampó torpemente contra la mesa. Suspiró.

—¿Qué quieres, Julie?

—Quiero lo que es mío.

Él asintió despacio. Creo que pensó que estaba hablando de dinero.

—Vamos a mi casa —dijo—. Allí podremos hablar.

Todavía brillaba un sol radiante cuando fuimos caminando a la zona de Deptford donde Eddie vivía. Por el camino empezó a contarme una historia.

—Hace mucho tiempo, y cuando digo mucho quiero decir mucho, a finales de los cincuenta, yo solía robar grandes mansiones en el campo con un par de tipos más. En aquel entonces era más fácil, no había tanta seguridad como hoy, y yo estaba en forma y podía trepar por las cañerías. El caso es que le echamos el ojo a una casa de Surrey. Era una gran mansión. En la revista *Tatler* había aparecido un reportaje fotográfico sobre la casa y su dueño. Por aquel entonces yo siempre estaba al día de las páginas de sociedad; mis «publicaciones especializadas», las llamaba. La

residencia era muy lujosa, así que nos imaginamos que habría mucho material, ya sabes, joyas y toda la parafernalia de la riqueza. Pero el principal problema eran los perros. El dueño tenía cuatro dóbermans muy feos que dejaba sueltos en los jardines por la noche. Yo había leído en algún sitio que lo que de verdad asustaba a los perros era el olor de los tigres o los leones, porque son sus depredadores naturales. Así que hablé con uno de los cuidadores del zoo de Londres, me lo llevé a tomar una copa y lo convencí para que me diera una bolsa con mierda de león. No recuerdo para qué le dije que la necesitaba, pero sí recuerdo que negociamos un precio y decidimos que la tarifa normal de la mierda de león era de seis libras el kilo. No era una mala fuente de ingresos para un guarda del zoo de aquella época. El caso es que al día siguiente quedé conmigo después del trabajo, llegó cargado con una gran bolsa de mierda y le pagué. Cuando llegamos a la mansión, colocamos una escalera de mano contra el muro y me subí a lo alto esperando que aparecieran aquellos perros tan fieros. Y, efectivamente, en cuanto mi cabeza asomó por encima del muro, allí estaban todos aquellos perros del demonio, enseñando los dientes, gruñendo, con una mirada feroz y asesina. Agaché la cabeza, cogí la bolsa y lancé el contenido por encima del muro. De repente todo quedó en silencio y volví a asomar la cabeza, esperando ver a los perros huyendo al olfatear aquel temible olor a león. Pero, en vez de eso, los animales estaban revolcándose alegremente en la mierda como si fuera lo más delicioso del mundo. Entonces comprendí que, aunque aquello diera resultado con los perros de África, que saben cómo huele un león, de poco servía aquí, donde no han tenido ocasión de oler a ninguno.

Llegamos a su piso. Estaba en la segunda planta de un bloque bajo de hormigón y ladrillo. Muchas de las ventanas de las demás viviendas estaban cerradas con tablones.

—Bueno, no es precisamente una mansión —dijo al girar la llave en la cerradura—. Entra y verás si el delito compensa.

Lo seguí hasta la cocina. Puso agua a hervir.

—¿Una taza de té? —preguntó.

Asentí. Cogió una taza del escurridero y miró dentro.

—Podríamos unir fuerzas —dije.

—¿De qué estás hablando?

—Los dos podríamos vengarnos de Starks.

—¿Qué?

—Tiene que haber una forma. Ya ha entrado antes en el país. Tal vez podríamos encontrar una forma de que vuelva a hacerlo.

Dejó la taza y se volvió hacia mí. Me agarró de los dos brazos. Notaba temblar ligeramente sus manos huesudas.

—No te conviene saber nada del tema.

—Sí que me conviene.

—Óyeme bien, chica, es peligroso.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabes de verdad?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que yo sé cómo huele un león.

—¿Qué?

—La historia que te he contado. Yo sé de qué hay que tener miedo. Sé cómo huele.

Me soltó y dejó caer los brazos a los costados. Se encogió de hombros y dijo:

—He estado rodeado de mierda de león toda mi vida.

Una fina sonrisa, sus ojos de color azul lechoso mirándome una vez más. Alargué la mano y le toqué el pecho. Se estremeció.

—No te conviene mezclarte en esto —dijo—. Créeme.

Y entonces supe lo que tenía que hacer. Tenía que involucrarme con él, manipularlo, como a todos los demás. Le toqué la cara. Lo besé suavemente en los labios. Respiraba entrecortadamente en pequeños sollozos.

—¿Qué? ¿A qué viene esto?

—Vamos —murmuré, acercándome más a él.

—No, por favor.

Intentó apartarme, pero tenía tal necesidad de que lo abrazaran que no pudo resistirse. Su delgado cuerpo temblaba contra el mío.

—Hace tanto tiempo... —susurró—. Maldita sea, tanto tiempo... Creo que ya no sé cómo se hace.

—No te preocupes —dije, y lo llevé al dormitorio.

Fui dulce con él. Quería sobre todo que lo tocaran. Y tocar. Después de hacer el amor, hundió la cabeza entre mis pechos y lloró un poco. Luego se apartó de mí y se tumbó boca arriba. Tenía la cara húmeda, relajada, aliviada. Acaricié suavemente su pelo canoso.

—Cuéntame —le dije en voz queda—. Cuéntamelo todo.

Sonó un claxon abajo en la calle. El taxi que Eddie me había pedido. Me marché de su casa poco antes de la medianoche. Él me acompañó a la puerta arrastrando los pies en una especie de trance. Su nervudo cuerpo parecía haberse suavizado un poco, ablandado por el alcohol, el sexo y la conversación.

—Buenas noches, Julie —dijo con voz ronca.

Lo besé en los labios.

—Te llamaré pronto —le dije—. Se me han ocurrido algunas ideas.

—Julie...

—No, Eddie. Estoy metida en esto. Vamos a hacerlo juntos. Me lo has prometido. Parpadeó despacio. Su rostro cansado asintió.

—Está bien —susurró.

—Te llamaré —repetí, y me di la vuelta para marcharme, taconeando por la escalera hasta salir a la noche azul oscuro.

—¿McCluskey? —preguntó el taxista.

Eddie le había dado mi nombre auténtico.

—Sí —dije, y subí al coche.

Le di mi dirección y el taxi arrancó. Ya tenía un plan.

El plan implicaba que Piers y Jez dieran el visto bueno a que Eddie participara en la película como asesor técnico. Primero se lo propuse a Piers.

—Conque Eddie Doyle, ¿eh? —dijo—. Vaya, sí que tienes buenos contactos.

—La verdad es que no. Lo conozco por Ruby.

—Y a Tommy Patterson también.

—Bueno, a él lo conozco por Joe.

Soltó una débil risita.

—Es difícil saber dónde acaba el mundo del crimen y empieza el del espectáculo, ¿o es al revés? Todo es tan posmoderno e irónico, ¿verdad? Es difícil saber si alguien está actuando o no.

Su voz había adquirido de repente un tono mordaz.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que es difícil saber si alguien ha dejado de actuar o no. O si está actuando todo el tiempo.

—Piers, ¿de qué coño estás hablando?

—De ti, Julie. Lo he descubierto, ¿sabes?

—¿Qué has descubierto?

—A ti. Te he descubierto. Sé quién eres, cariño. Lo sé todo de ti.

Lo miré fijamente. Él volvió a reírse.

—Es increíble. Menuda historia, Jules. La hija de Big Jock McCluskey.

—Piers, escucha...

—En la presentación del libro pensé que algo raro pasaba. Pensé que estabas engañando a Jez, que por eso te mostrabas tan reservada. Pero cuando llamé a Frankie Fraser para sacarle una cita para el artículo de *Sorted* y le comenté que lo había conocido allí, dijo: «No esperaba ver a la hija de Jock McCluskey». Eres tú, ¿verdad? Él se había fijado en ti, ¿sabes? Tu padre era un gánster. Te lo tenías muy callado.

—Puedo explicarlo.

—Y has estado engañando a Jez, ¿verdad? Porque él no sabe nada de esto, ¿no?

—No, pero...

—Eso no está bien, Jules. Es una cabronada.

—Deja que te lo explique.

Piers se cruzó de brazos y echó ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Adelante.

—Has hecho los deberes y ya lo sabes todo de mi padre, ¿cierto?

—Así es.

—Entonces ya sabes lo que pasó. Yo tenía diez años cuando lo asesinaron, Piers. Una niña. Piensa en el efecto que tiene algo así. A esa edad, me hicieron sentir culpable y avergonzada todo el tiempo. Tenía que mentir sobre mi pasado. Y me acostumbré, Piers. Siempre quise escapar de mi vida miserable. Quería ser una buena chica de clase media. La gente como tú y como Jez no sabéis lo que es no tener esa seguridad en la vida. Sentir siempre que hay algo malo en ti. Por eso he ocultado la verdad.

—Sí, pero...

—A todo el mundo le gusta fingir. Fíjate en ti y en Jez, con vuestra pose de chicos de la calle.

Piers soltó una risita.

—Sí, bueno, tiene gracia que, mientras tú estabas fingiendo, nosotros estábamos...

—Pero en mi caso... —continuó.

—En fin, es...

—No lo digas.

—¿El qué?

—Esa puta palabra.

Piers se encogió de hombros.

—Lo que quiero decir —continuó— es que yo me vi obligada a fingir. Por eso empecé a actuar.

—¿Y Jez nunca ha sospechado nada?

—Bueno, ya sabes lo que le gusta mirarse el ombligo.

—Supongo. Aun así, debe de ser difícil tener una relación con alguien y mantener todo eso en secreto.

—Piers, lo llevo haciendo toda la vida. Incluso antes de que mi padre muriera. ¿Qué crees que les decía a los niños en el colegio?

Frunció el ceño.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Qué?

—Pues que quieras mantener oculta esa parte de tu vida y luego te involucres en la película. ¿Es que no te trae malos recuerdos?

—Intento reconciliarme con mi pasado. La película es... bueno, es parte de eso. Es, ya sabes... —Busqué la palabra correcta—. Catártica.

—Hmmm. —Asintió—. Supongo.

Podía notar que no estaba del todo convencido.

—¿Y se lo vas a contar a Jez?

—Lo haré. Solo necesito un poco más de tiempo. Quiero que las cosas se solucionen entre nosotros. No se lo contarás, ¿verdad? Todavía no.

—Es mi mejor amigo, Julie. Va a ser difícil ocultarle algo así. Esto me coloca en



una posición difícil.

Pensé en contarle a Piers lo de Jez y Georgina de Brett, pero eso no habría hecho más que complicar las cosas.

—Dame algo de tiempo —dije—. Primero acabemos de rodar la película. No queremos que las cosas se tuerzan, ¿verdad?

—No. Pero quiero algo a cambio.

—¿Qué?

—Quiero que participes en el guión. Todavía hay que pulirlo.

—¿Cómo?

—Mira, *Bulldog de desguace* funcionará si muestra una realidad sórdida a través de una especie de conocimiento íntimo. Y me parece que tú eres una experta en el tema.

—Eres un hijo de puta calculador.

—Y tú una zorra muy lista. Una buena combinación, a mi modo de ver. Si quieres que tenga la boca cerrada, ese es el trato.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo sin que Jez se entere?

—Bueno, has hablado de utilizar a Eddie Doyle como asesor. Podríamos hacerlo a través de él, ¿no? Estoy seguro de que Eddie tiene propuestas que hacer, pero son tus ideas las que me interesan. ¿Y bien? ¿Qué dices?

## DOBLE ENJUICIAMIENTO

El East End había cambiado la hostia. Dan trabajaba en Shoreditch y Hoxton, transformando viejos almacenes en lujosos pisos, estudios de artistas y galerías. Todos aquellos viejos y mugrientos edificios se estaban convirtiendo en propiedades deseables. No me lo podía creer. Y Dan se estaba haciendo de oro.

Me quedé con él unos días. Tenía una gran casa de estilo Victoriano en Mile End, que había reformado él mismo. Era preciosa. Muy sofisticada. Tenía a Marcia, su mujer, dos hijos adolescentes y su propio negocio. Dan nadaba en la abundancia. Ahora era muy adulto y respetable. Era como si hubiera expulsado toda la maldad de su organismo. Todo lo desagradable. Yo, en cambio, había vuelto a empezar desde cero.

Le hablé a Dan sobre la ruptura de mi matrimonio, aunque no le conté los detalles escabrosos.

—A lo mejor estás pasando la crisis de los cuarenta, Gaz —dijo.

—No me gusta como suena eso.

—Podría ser bueno. Ya sabes, una oportunidad para cambiar.

—¿Cambiar? ¿Qué tiene de bueno cambiar? Tal y como van las cosas, acabaré pidiendo el cambio. Ya sabes, como un puto pordiosero.

—Todo irá bien, Gaz. Solo tienes que solucionar tus problemas.

Tenía razón. Hice algunos encargos para él, lo cual me vino muy bien. Había mucho trabajo. Dan estaba seguro de que se avecinaba un gran boom inmobiliario. Encontré un piso encima de una tienda en Roman Road y me puse a pensar en lo que iba a hacer. Dan me ofreció un trabajo fijo en su empresa, pero lo rechacé. Sabía que ese no era mi estilo. No tenía profesión y era demasiado mayor para aprender ahora.

Se acercaba la Navidad. Una época deprimente cuando estás solo. Unos días antes de las fiestas, en un supermercado, vi a una pensionista con medio pollo y una caja de pasteles de fruta en su cesta. Supongo que era todo lo que se podía permitir. Si no tienes a nadie, es una época de mierda.

La mañana de Navidad, Karen me dejó ir a darles los regalos a las niñas. Charlene me ignoró por completo. Donna se sintió un poco cohibida al principio, pero cuando llegaron los regalos se puso en plan juguetera. Karen se mostró fríamente educada. Hizo un poco de teatro para no disgustar a las niñas. Cuando estábamos solos en la cocina, intenté hablar con ella. No quiso saber nada.

—He hablado con un abogado —dijo.

«Feliz Navidad a ti también, cariño», pensé.

Volví a Londres al mediodía. La ciudad estaba en silencio. Muerta. Todo el mundo atiborrándose de comida, emborrachándose y viendo una dosis doble de *EastEnders*. Dan me había invitado a cenar a su casa. Por algún motivo, no pude enfrentarme a ello. Me inventé una excusa. No quería que supiera que estaba más solo que la una. No quería más compasión que la mía.

No tenía trabajo, así que me pasé solo la semana siguiente viendo la tele y poniéndome ciego de alcohol. Había decidido apartarme de las drogas por un tiempo,

pero acabé bebiendo como un cosaco. Deambulaba arriba y abajo por el pequeño piso y apenas salía a la calle. No me molesté en lavarme ni afeitarme durante días. No dejaba de darle vueltas a todo en mi cabeza, pero ya nada parecía tener sentido. Empecé a pensar que tal vez Dan tuviera razón y estaba sufriendo una especie de crisis nerviosa. Quizá estuviera perdiendo la chaveta. Tenía accesos terribles de pánico y paranoia. Pesadillas. El alcohol ayudaba a borrarlo todo, pero por las mañanas me entraban los temblores y empezaba a preocuparme otra vez por todo.

Dan vino a verme y fue una situación muy embarazosa. La casa estaba hecha una pocilga. Al principio no quería dejarle entrar, pero al final logró abrirse paso empujando la puerta.

—Santo Dios, Gaz —dijo, mirándome a mí y al piso—. ¿Qué coño te pasa?

Suspiré.

—No lo sé, Dan —contesté—. Supongo que he perdido la puta cabeza.

—Vamos, Gaz. No digas eso.

—Es verdad, joder.

—Escucha, Gaz, puedes recuperarte. Sé que puedes. Solo estás pasando por una mala racha.

Me dio una palmadita en el brazo. Estaba siendo tan bueno conmigo que estuve a punto de venirme abajo. Me sentía totalmente bloqueado, como si fuera a echarme a llorar o algo así. Como cuando había ido a la reunión del grupo contra la violencia. Una parte de mí deseaba dejarse llevar, pero tenía miedo. Temía desmoronarme por completo.

Pero no pasó nada. Conseguí mantener el tipo. Quería decirle a Dan lo mucho que lo apreciaba como amigo, aunque en su día no había sabido valorar todas aquellas veces que había estado a mi lado cuando salía después de cumplir condena y todo eso. Quería pedirle disculpas por la vez que dejamos de hablarnos. Pero no sabía cómo. Así que yo también le di una palmadita en el brazo y logré decir con voz ronca:

—Gracias, amigo.

—Mira. Vas a arreglarte un poco y a salir con nosotros esta noche. He venido para eso.

—¿Esta noche?

—Sí, claro. Es Nochevieja, ¿no?

Ni siquiera lo sabía. Había tocado fondo. Pero de repente pensé: «Bueno, no creo que pueda caer más bajo, quizá haya llegado el momento de volver a salir a flote. Un nuevo comienzo».

—Vale —dije—. Está bien.

—Vamos a ir a un local al sur del río. Se llama Groove Corporation. Es una de esas nuevas macrodiscotecas. Por lo visto es la hostia.

Llegamos al local poco antes de la medianoche y había una cola enorme, aunque Dan había comprado entradas. Me acerqué a la puerta y, efectivamente, había alguien

a quien conocía junto a las vallas protectoras. Era Jason, que había trabajado para mí en la época de las raves. Hablé un poco con él y nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos.

La Groove Corporation era un almacén reformado, pero no como aquellos del pasado utilizados para montar fiestas. Todo había sido remodelado, con distintos pisos, barras y pistas de baile. Era enorme, y alguien se había gastado una fortuna allí. Me di una vuelta. Me mantenía sobrio, así que me fijé en que la mayoría de la gente se colocaba a base de pastillas o coca, como siempre. Pero había algo distinto en el ambiente del local, algo frío y calculado, como una especie de hospital. Un gran palacio de la diversión, pero cuidadosamente controlado y regulado. Había una zona VIP separada, con una galería que daba a la pista de baile central. Vi a alguien allí de pie solo, con un vaso en la mano, que no estaba mirando hacia abajo sino al conjunto del edificio. Lo reconocí. Era Ben Holroyd-Carter.

Me dirigí a la entrada de la zona VIP. Había dos porteros allí. No me sonaban, y por sus caras supe que ellos tampoco me conocían de nada. Ni el más mínimo atisbo de reconocimiento. Muchos porteros me conocían, pero al parecer aquellos dos no. Sin embargo, yo tenía una reputación.

—Gaz Kelly —dije.

Uno de los tipos miró su carpeta sujetapapeles.

—Lo siento, amigo —dijo.

—Estoy con Ben Holroyd-Carter —probé a decir.

El de la carpeta se rió y se volvió hacia su compañero.

—Seguro que sí, amigo —dijo—. Todos lo estamos.

—¿Sabes a quién me refiero?

—¿Estás de broma? Te refieres a nuestro jefe, ¿no? El dueño de este local.

Así que Holroyd-Carter llevaba aquel antro. Siempre me pregunté qué había sido de él. El tipo de la carpeta sacudió la cabeza despacio y se volvió de nuevo hacia el otro.

—Podrían probar algo más sutil, ¿verdad, Dave?

Procuré no cabrearme ante aquel comentario. Respiré.

—Oye, colega, no me estoy cachondeando. Soy un viejo amigo de tu jefe. Dile que estoy aquí y verás como quiere verme.

El tipo se me quedó mirando un momento y se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Hablaré con él. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Gaz.

—¿Gaz? ¿Gaz qué más?

No creo que Holroyd-Carter supiera mi apellido.

—El Tronco Gaz —dije—. Dile que el Tronco Gaz está aquí.

Se fue y al cabo de cinco minutos volvió con una estúpida sonrisa en la cara.

—Pasa —dijo.

Entré sin prisa en aquel ostentoso reservado. La sala VIP estaba llena de grandes

sofás, mesas de cristal y lámparas estrambóticas. Había tías buenas por todas partes y reconocí a un tipo de la tele con un llamativo traje. Holroyd-Carter estaba en un rincón rodeado de gente, como si estuviera dando audiencia. Yo me quedé rondando, sin querer interrumpir al grupo, que estaba charlando y riendo. Me sentía como un auténtico capullo. De repente me vio.

—¡Gaz! —gritó él, y me saludó con la mano—. El Tronco Gaz.

Me acerqué. Me pareció que se estaba burlando. Todo el mundo se giró para verme. Mirándome con la boca abierta, como si fuera un animal raro o algo así.

—Mira, Piers —continuó, volviéndose hacia alguien que tenía al lado—. Seguro que Gaz te interesa. Es el Tronco, ¿verdad, Gaz?

Me puse tenso. Me entraron ganas de darle una hostia.

—Vigila esa puta boca, Ben —le dije.

El grupo estalló en carcajadas, como si aquello fuera un número cómico o algo así.

—¿Ves a lo que me refería, Piers? —Todo el mundo estaba pendiente de cada palabra que decía. Se volvió hacia mí—. Piers es escritor. Le va a encantar tu material. —Se giró de nuevo hacia Piers—. Gaz fue uno de mis... digamos socios cuando organizaba las raves de Paradise.

—Por entonces todos tenían apodo y todo se solucionaba a plomo, ¿verdad? —dijo el tal Piers.

—Sí, muy gracioso. Se cree que sabe manejar las palabras. Como escribas algo sobre mi pasado, te demandaré hasta sacarte el último penique.

Risas. Holroyd-Carter se acercó a mí.

—Ahora todo es legal, ¿ves, Gaz? —dijo—. Bueno, ¿cómo te va, Tronco? Feliz Año Nuevo. Los viejos conocidos nunca se olvidan, ¿verdad?

—No te cachondees de mí —mascullé.

El miedo de antaño asomó a sus ojos por un segundo. Pero solo por un segundo. Suspiró.

—Gaz, jamás se me ocurriría... —Su voz se fue apagando—. Ven. Déjame enseñarte algo.

Me hizo atravesar el salón y subir una escalera. Acabamos en un enorme despacho, como una gran jaula de cristal suspendida en el techo del edificio. Había una hilera de monitores de televisión, donde se podían ver todas las áreas de la discoteca.

—Bienvenido a la Groove Corporation —dijo.

—Vaya, te han ido bien las cosas.

—Ah, sí. Claro que tú eres parte de ello, Gaz.

—¿A qué te refieres?

—A que aprendí mucho de gente como tú. Sobre la explotación. Claro que tus métodos eran un poco primitivos. Oye, Gaz, no me estoy cachondeando. Lo que quiero decir es... bueno, ¿cómo he conseguido todo esto? De forma legal, la verdad,

totalmente legal. ¿Quieres saber cómo?

Me encogí de hombros.

—Sí, supongo.

Me llevó a una de las ventanas y señaló con el dedo.

—Todo es cuestión de saber explotar el mercado. Sí, tú tuviste buenas ideas. Pero debo decir que te faltaba sutileza. Hay unos dos mil quinientos cuerpos ahí abajo. Solo podemos dejar entrar en la discoteca a un número limitado de personas, pero la Groove Corporation no es solo una discoteca. Es una marca.

Se acercó a una mesa. Había un montón de objetos encima. Empezó a coger cosas y a arrojarlas por la habitación.

—El compacto *Groove Corporation Club Mix*. El *Ibiza Club Mix*. Camisetas de Groove Corporation. La revista *In the Groove*. Podemos vender la marca de muchas formas. Franquicias, patrocinios. Es dinero fácil, Gaz. Más de lo que jamás has imaginado. ¿Qué hay que hacer? Exprimirles hasta la última gota. Mira, hay un ejemplo muy sencillo.

Me hizo acercarme a uno de los monitores. Señaló la pantalla que mostraba las puertas.

—¿Ves todas esas personas haciendo cola? ¿Por qué hacen cola, Gaz?

—Para entrar en la discoteca.

—No. Hacen cola porque yo quiero que la hagan. Podríamos hacerles entrar en el local mucho más deprisa. Pero yo quiero que haya una cola. ¿Y sabes por qué? Pues porque es una especie de anuncio de la discoteca, hace que parezca popular. Pero también porque, con el tiempo que hace, se necesita un abrigo para estar ahí fuera. Y un abrigo implica que tienes que utilizar el guardarropa. Eso supone cinco mil libras cada fin de semana solo por hacer que la cola vaya despacio. Son los pequeños detalles, Gaz. Ah, y por si te estás preguntando quién se encarga de la seguridad del local, eso es algo que aprendí de ti. Contrato empresas de forma rotatoria; me aseguro de que ninguna organización se atrinchera demasiado. Y, por supuesto, pueden meter a sus camellos, pero solo mientras sean muy, pero que muy discretos. Este es un negocio respetable, Gaz.

—Ya veo.

—¿Sigues trabajando para Beardsley?

—Bueno, no exactamente.

—Parece que las cosas se han puesto muy feas en Essex.

—Por eso he vuelto a Londres.

—Sí, aquí es donde está la acción. La gente vuelve a llamarlo el «Swinging London», ya sabes, como en los sesenta.

—¿Quiénes?

—Ya sabes, los medios. Es una época de expansión, Gaz. Y Groove Corporation es el *zeitgeist*.

—¿El qué?

—El espíritu de los tiempos, Gaz. Cool Britannia marca tendencias y toda esa mierda.

A esas alturas ya no intentaba entender lo que Holroyd-Carter estaba diciendo. Pero lo que había explicado acerca de su operación comercial estaba bastante claro. Lo había arreglado todo perfectamente. Todo legal. Y era demasiado importante para que tipos como yo pudieran amenazarlo.

—Supongo que no te interesaría contratarme para llevar la seguridad del local, ¿verdad?

Bueno, había que intentarlo. Holroyd-Carter sonrió.

—Los tiempos han cambiado, Gaz. —Se frotó la barbilla—. Aun así, puede que surja algo. Algo que requiera tus aptitudes especiales.

—¿Ah, sí?

—Nunca se sabe. Toma.

Me dio su tarjeta de visita.

—Bueno, pues hasta pronto, Ben.

—¡Estaremos en contacto, Gaz! —gritó mientras me marchaba para ir al encuentro de Dan y Marcia.

Mis propósitos para el nuevo año fueron: dejar la droga y el alcohol por un tiempo; empezar a ir otra vez al gimnasio con regularidad, pero evitando los esteroides, y conseguir entrar de nuevo en el negocio. De vez en cuando me salían trabajillos de portero y cobrador de morosos, pero había perdido todos los contactos que tenía a través de Beardsley. Se había corrido la voz de que nos habíamos peleado. Y la gente no dejaba de preguntar por los asesinatos del Range Rover. Había toda clase de teorías sobre los responsables. Tenía gracia, pero a algunos tipos y organizaciones les gustaba dar la impresión de que tenían algo que ver con el incidente. Que sus nombres sonaran, por así decirlo. No a oídos de la policía, claro está, sino de otros delincuentes. Era como reclamar un poco de poder. Y con todas las traiciones y robos que se estaban dando, podía ser útil que la gente pensara que te habías cargado a aquellos tres. Para mí tenía su lógica. Un poco de respeto me podía venir bien.

Me enteré de que la policía de Essex todavía quería hablar conmigo del tema. Pero yo no pensaba acercarme por aquellos pagos. Quería pasar desapercibido y encontrar alguna fuente de ingresos. Algo un poco más relajado. Pensaba en Charlene y Donna. Quería mantenerlas, pero también que crecieran con un padre del que pudieran sentirse orgullosas. Para ser sincero, estaba harto de la vida que había llevado. Pero ¿qué podía hacer?

Dan creía que debía invertir en inmuebles.

—Remodela un local. Si compras un almacén vacío en Shoreditch, yo podría reformarlo y convertirlo en un loft. Ahora es un buen momento, y podrías venderlo dentro de un par de años y ganar un dineral.



—¿Tú crees?

—Te lo aseguro, Gaz, los precios van a subir como la espuma en esa zona.

—Pero ¿por qué iba a querer vivir alguien en el puto Shoreditch? Cuando tú y yo éramos jóvenes, todo el mundo quería largarse del East End. Si tenían algo de sentido común.

—Bueno, es bastante céntrico. Y está de moda, Gaz. Se ha convertido en una zona de moda.

—Pero ¿con qué voy a comprar una propiedad? Ahora mismo estoy sin blanca.

—Bueno, podrías rehipotecar la casa de Essex, ¿no?

Tendría que hablarlo con Karen. Ella había vuelto a mudarse a la casa, pero no creía que hubiera ningún problema. La llamé y le comenté la idea.

—Bueno, hay unas cuantas cosas que tenemos que arreglar, Gaz —dijo—. Dame tu dirección. Tengo que mandarte algo.

Le dije dónde vivía.

—¿Cómo están las niñas?

—Están bien, Gaz.

—Tengo muchas ganas de verlas.

—Oye, te tengo que dejar.

Entonces surgió algo. Yo estaba trabajando de portero en un club del West End cuando un compañero llamado Sean me dijo que estaban buscando a gente para una película que se iba a rodar en los estudios Shepperton. Buscaban a tipos grandes con pinta de malos, y creía que yo podía dar la talla. Fuimos allí y, efectivamente, conseguí el papel. Hice de extra en una película de acción estadounidense titulada *Red Mercury*. Nuestra escena se desarrollaba en una central nuclear rusa, e interpretábamos a los esbirros de un ex coronel loco de la KGB que tenían rodeado al héroe, interpretado por la estrella de Hollywood Rick Sanchez. Por supuesto, se cargaba a todos nosotros, él solito. Eran tres semanas de trabajo, a cien libras el día más horas extras. Al principio no podía creer que se tardara tanto en rodar algo que solo iba a ocupar unos pocos minutos dentro de la película. Pero todo llevaba mucho tiempo. Pasábamos la mayor parte de la jornada esperando a que el equipo de rodaje preparase las cosas. Así que empecé a hablar con la gente. Había mucho trabajo. Los especialistas estaban bien pagados, pero no me apetecía dedicarme a aquello. Lo mío nunca fueron las hazañas. Los actores de verdad no solían mezclarse con los extras, y las estrellas vivían en su propio mundo, metidas en caravanas o sentadas en sillas con sus nombres escritos. Sean había hecho de extra en muchas películas. «Trabajo de tontos», lo llamaba.

—Tú solo agacha la cabeza, Gaz —me decía.

No estaba del todo seguro de lo que quería decir con eso.

Pero me gustaba mucho aquello. Estaba tirado. Normalmente empezábamos

temprano y nos recogían en un minibús en la estación de Charing Cross. Llegábamos justo cuando los del catering estaban sirviendo el desayuno. Luego pasábamos por el departamento de maquillaje y vestuario. Esperábamos a que nos llamaran al plató y Phil, el ayudante de dirección, nos decía lo que teníamos que hacer. Luego gritaban «acción», rodábamos muchas tomas, y después nos tocaba volver a esperar mientras movían la cámara o lo que fuera. Los miembros del equipo de rodaje parecían guardar bastante las distancias. Había entre ellos una jerarquía que yo no entendía, pero que tenía que ver con la lista de créditos del final de una película, cuando aparecen en la pantalla todas esas profesiones con esos nombres tan raros.

Y entonces, en mi cuarto día de trabajo en la película, descubrí a lo que se había referido Sean. Había una escena con primeros planos en la que aparecían Rick Sanchez y un par de los esbirros interpretados por actores de verdad con líneas de diálogo. Nosotros estábamos en el plató, al fondo. Phil, que había estado formando un corrillo con el director y el cámara, se nos acercó.

—Necesitamos a alguien que salga en el próximo plano —dijo.

Yo no quería hacerme notar, pero por algún motivo el resto de los extras se echaron un poco hacia atrás. Miré a Sean y me hizo un gesto con la cabeza, pero no supe lo que quería decir.

—Yo lo haré —le dije a Phil, y lo seguí.

—Muy bien —me dijo el director—. Quédate quieto y pon cara de peligroso. Estupendo.

Tengo que decir una cosa. Había visto a Ricky Sanchez en un par de películas, pero no me había dado cuenta de que fuera tan bajo. Aunque es un buen tipo. Simpático. Estuvo contando chistes entre toma y toma, y al acabar nos dijo: «Muchas gracias, chicos».

Cuando acabó el día estaba contentísimo. Se me iba a poder reconocer en esa película. Pero cuando vi a Sean en el vestuario a la hora de cambiarnos, se me quedó mirando y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Había venido un tipo con la lista de los extras para el día siguiente y mi nombre no aparecía en ella.

—Lo siento, Gaz —dijo Sean—. Pero te dije que agacharas la cabeza.

—No lo entiendo.

—Mira, eres un extra, ¿verdad? Si sales en plano en una escena no te pueden usar en otra.

—¿Por qué no?

—Porque si apareces en otra escena, el público pensará: «El tío ese que han matado hace unos minutos parece haber resucitado». Se llama «continuidad».

En el minibús de vuelta a Londres me sentía como un idiota. Pero también bastante satisfecho. Iba a aparecer en pantalla en aquella película, aunque fuera por unos segundos. Charlene y Donna podrían ver a su padre en una película de

Hollywood. Aunque teniendo en cuenta la cantidad de violencia que había en el filme, tardarían bastante tiempo en poder verla en el cine. Tal vez se la comprara cuando saliera en vídeo.

—No te preocupes, Gaz —me dijo Sean—. Habrá más trabajo. Puedo hablar con mi agente, si quieres.

—¿Tienes agente?

—Sí. Solo se ocupa de trabajos de extra, figurante y modelo. Los personajes fuertes son su especialidad. Ya sabes, los matones. Culturistas y tíos grandes con pinta de peligrosos como tú y yo.

La agencia de David Merriman tenía sus oficinas en una mansión de Streatham High Road. Abrió la puerta un tipo con aspecto hosco y el pelo teñido de rubio. Me hizo pasar a un gran salón lleno de muebles y adornos de lujo.

—David le atenderá enseguida —dijo, y desapareció.

Sean me había advertido sobre David Merriman.

—Es gay y le van los tíos muy grandes y muy machos. Así que ya sabes: sácale provecho.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, síguele el juego.

«Síguele el juego.» No me gustaba cómo sonaba. Eché un vistazo a la sala. Era como el puto *Antiques Roadshow*, como una tienda de antigüedades de lujo. Había figuritas de porcelana por todas partes. La puerta se abrió, y entró una reinona menuda y rechoncha de sonrisa inamovible, seguida de un pequeño perro salchicha que andaba como un pato. El hombre tenía un bronceado anaranjado, y su pelo parecía encaramado sobre su cara redonda como el nido de un pájaro. «Debe de ser una peluca», pensé.

—Hola —dijo con voz cantarina—. David Merriman.

Me tendió la mano y se la estreché. Era floja y húmeda.

—Gaz Kelly.

Sus ojos azul pálido me miraron intensamente como si me estuviera evaluando.

—Eres amigo de Sean.

—Así es.

El perrito empezó a ladrarme.

—Cállate, Portia —dijo él, dándole golpecitos en la cabeza—. Se pone celosa cuando presto mucha atención a alguien que no sea ella. Vaya, Sean no mentía sobre ti. Estás hecho un hombretón.

Me miró de arriba abajo.

—¿Buen cuerpo?

—¿Perdón?

—Tu cuerpo. ¿Está en forma?

—Sí —dije—. Supongo.

Y así lo creía. Desde Año Nuevo había ido al gimnasio todos los días.

—Bueno, pues vamos a echarle un vistazo.

—¿Qué?

—Por motivos estrictamente profesionales, Gary. No puedo tomarte como cliente si no sé a quién estoy representando.

La sonrisa fija se ensanchó. Me entraron ganas de dar un puñetazo a aquel hijo de puta, pero me acordé de lo que había dicho Sean. «Síguele el juego.»

—¿Dónde? ¿Aquí?

—No te preocupes, no nos interrumpirán.

Así que empecé a quitarme la ropa. Me preguntó si había trabajado mucho en el cine y le hablé de *Red Mercury*. Él frunció los labios.

—Bueno, no tocamos mucho el trabajo de extra. Un poco de modelaje. Figurantes y pequeños papeles.

Yo me había quedado en calzoncillos.

—Pero en tu caso... bueno, ¿quién sabe?

Sus ávidos ojillos miraban fijamente.

—En fin, ¿echamos una pequeña ojeada?

Tosí.

—No te importa, ¿verdad?

—Claro que no —mentí, y me quité también los calzoncillos.

—Oh, sí, muy bien.

La perra volvió a ladrar.

—¡Basta, Portia!

Le dio una palmada en el lomo, sin dejar de comerme con los ojos.

Suspiró.

—Bueno, ya puedes vestirme. Tengamos una pequeña charla.

Me senté con él en un sofá de cuero y se puso a repasar toda una serie de cosas que me harían falta. Tenía que hacerme fotografías. Y necesitaba la tarjeta del sindicato de actores.

—¿Cómo puedo conseguirla?

—Bueno, el cabaret es la mejor forma. ¿Sabes algún número? ¿Tienes algún talento especial?

—Esto... no.

—¿Sabes cantar?

—La verdad es que no.

—Pues podrías probar a hacer striptease. Sean la consiguió así. Habla con él.

—No me habías dicho nada de eso —le dije a Sean cuando volví a verlo.

—Bueno, tú no me preguntaste. Fue hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿ya no lo haces?

—No —dijo, dándose una palmada en la barriga—. Ya no estoy precisamente en

forma.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia. ¿Es que uno no se puede afiliarse a ese sindicato de los cojones y ya está?

—No. Necesitas contratos. Tienes que demostrar que eres un profesional.

—¿No se pueden falsificar?

—Sí, supongo. No sería la primera vez.

—¿Conoces a alguien que me lo pueda arreglar?

—Preguntaré por ahí.

Yo también empecé a pensar en ello. Seguramente Beardsley habría conocido a alguien. Y de repente me acordé de Fat Wally, que había sido socio suyo en los viejos tiempos. En el pasado Walter Peters había sido un pez gordo del negocio del porno en el Soho, pero ahora regentaba el Comedy Club, que había comenzado como espectáculo en el Stardust, el antiguo local de Starks, y ahora se había trasladado a Leicester Square. Wally había estado dieciocho meses en la cárcel por ayudar a un fugitivo cuando Starks se había escapado de la cárcel de Brixton y se había dado a la fuga a finales de los setenta. Yo sabía que todavía regentaba unas cuantas tiendas y espectáculos eróticos por Brewer Street, así que me dirigí hacia allí.

«CHICAS DESNUDAS EN VIVO», rezaba uno de los rótulos. En la puerta había una fulana para captar a la clientela.

—Solo cinco libras, cariño. Montones de chicas preciosas —dijo.

—¿Seguro que están vivas?

—Oh, un humorista. Vamos, cielo, ¿quieres ver un número? Va a empezar de un momento a otro.

—Quiero ver a Fat Wally.

—¿Fat Wally? ¿Quién es ese?

—Lo sabes de sobra.

—¿Y tú quién eres?

—Un amigo suyo.

Ella encogió los hombros descubiertos y ladeó la cabeza en dirección a un callejón situado calle arriba.

—Está en la tienda de Walker's Court.

Había un gran letrero en el que ponía «PRIVATE SHOP». En el escaparate había un surtido de ropa fetichista y fotos de tías medio desnudas con la boca abierta. Atravesé la cortina de plástico multicolor y al entrar en el local tenuemente iluminado vi a Wally, con su gordo culo encaramado a un taburete al fondo de la tienda. Me acerqué. Estaba hojeando los anuncios de segunda mano del *Loot*.

—Wally —dije.

Alzó la vista del periódico. Me miró con el ceño fruncido.

—Soy Gaz. Un amigo de Beardsley —mentí, esperando que no se hubiera enterado de lo ocurrido.

Entornó los ojos y luego asintió. Solo nos habíamos visto un par de veces.

—Ah, sí —dijo—. Gaz. ¿Qué puedo hacer por ti, Gaz?

—Me preguntaba si podrías falsificarme una cosa.

Los ojos de Wally recorrieron la tienda rápidamente de forma teatral. Solo había un pobre infeliz en un rincón, pero él se inclinó y me habló por la comisura de la boca.

—Vamos a mi despacho —susurró.

Saltó del taburete con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño.

—¡Eh! ¡Marcello! —gritó en dirección al sótano—. Sube a vigilar la tienda. Tengo que ocuparme de un asunto.

El despacho de Wally estaba encima de la tienda. Se sentó en el borde del escritorio. Encendió un cigarrillo y se puso a darle caladas frenéticamente.

—¿Qué tal está Beardsley?

—Bien.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quiero una tarjeta del sindicato de actores.

Wally estalló en carcajadas al oírlo. Su enorme barriga subía y bajaba sobre el escritorio.

—Hablo en serio. He oído que puedo solicitarla como artista de variedades si tengo suficientes contratos. Tú podrías falsificarme los contratos. Te compensaré.

—¿Así que te vas a dedicar a la interpretación, Gaz?

—Sí.

Wally se rió entre dientes un poco más y luego paró. Me miró de arriba abajo.

—Bueno, serías bueno haciendo de matón. Das muy bien para el papel.

—Eso tenía pensado. Ya he hecho una película en Shepperton.

—¿Sabes hacer monólogos?

—¿Qué?

—Ya sabes, monólogos cómicos.

—No. Mira, lo que quiero es falsificar los contratos para que parezca que he trabajado, pero sin haber trabajado.

—No te preocupes, es pan comido. Todos los cabrones que trabajan en mi club siempre están quejándose de lo difícil que es hacer monólogos. Menudos capullos. Lo único que hace falta son agallas. Creo que tú tienes un talento natural para eso.

—¿De qué estás hablando, Wally?

—Necesito un presentador para la noche de los martes. El hijo de puta que tenía se ha largado porque ha conseguido trabajo en la tele. Es un micro abierto, como en los viejos tiempos. Una oportunidad para cualquiera que quiera intentarlo. Y el ambiente se puede caldear un poco. Tú serías perfecto. Lo único que tendrías que hacer es presentar los números y mantener el orden entre los clientes. Así conseguirías la tarjeta del sindicato legalmente.

—No sé, Wally.

Wally dio una palmada sobre el escritorio.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Podrías ser una especie de gorila cómico. Sería como si estuvieras controlando la puerta de un local. Oye, inténtalo.

—Bueno...

—Te lo aseguro, Gaz, mucha gente consigue su gran oportunidad haciendo monólogos.

Me gustó cómo sonaba eso.

—Sí —dije—. De acuerdo.

—Estupendo.

—¿Y cómo va el negocio de la comedia? —continuó, con curiosidad.

—Muy bien. Acabo de abrir otro club en Manchester. Tengo planeado abrir más locales por todas partes. Ya sabes, en ciudades universitarias, a los estudiantes les encanta esa mierda. También estoy preparando una serie de televisión: *Noche de viernes en el Comedy Club*.

—Pero ¿sigues llevando los sex shops y los espectáculos de chicas?

Wally lanzó un profundo suspiro.

—Ah, Gaz, el Soho ya no es lo que era —se lamentó—. No te creerías lo que ganábamos con ese negocio en los viejos tiempos.

Se bajó del escritorio y se dirigió a una ventana cubierta de mugre. Apenas se distinguían las luces de Brewer Street.

—No —continuó—. Están limpiando todo el Soho. Tengo un par de tiendas, un cine X y un espectáculo erótico. El negocio va tirando, pero ya no hay tanta demanda como antes. ¿Sabes lo que he oído? Que la gente está haciendo pornografía casera. Ya sabes lo barato que sale un equipo de vídeo hoy día. O esa cosa nueva de los ordenadores, el puto internet. Diabólico. Está acabando con el comercio minorista. ¿Y sabes qué? Nos han hecho redadas por el porno, auténticas redadas. Nos han llevado a juicio y todo. Ya no se pueden hacer tratos con la poli. Es terrible. ¿Has visto cómo está ahora Old Compton Street?

Me encogí de hombros. Wally se iba acalorando.

—Se ha puesto de moda, joder. Está lleno de cafeterías de maricones. Es horrible.

Siguió así un rato. Yo pensé en la propuesta que me había hecho. Nunca me había imaginado haciendo comedia. Yo pensaba en papeles de tipo duro y todo eso. Wally y yo quedamos en vernos en el club al día siguiente para acabar de decidir lo que haría.

Al final el Tronco Gaz, el Gorila Cómico, se convirtió en un gran éxito. Yo prefería la palabra «portero» en lugar de «gorila», porque ningún portero que se precie se haría llamar gorila, pero Wally dijo que así era como nos llamaban los clientes y que sonaba mejor. Salía a escena con todo el atavío: abrigo de cuero negro, una gran cadena de oro, gafas envolventes, auricular y carpeta. Anunciaba las actuaciones como si estuvieran en la lista de invitados, y cuando abucheaban a los aspirantes a monologuistas, los sacaba del escenario como si los estuviera echando a la calle.

Tengo que reconocer que al principio estaba nervioso. Había muchas interrupciones y abucheos. Wally me dijo algunas frases típicas para acallar el alboroto, pero al final acabé soltando «cerrad el pico» o amenazando a los clientes como si estuviera controlando la puerta de un garito. A la gente pareció gustarle. Después Wally me dijo que había funcionado. «Meterse en el personaje», lo llamaba él. Lo cierto era que nadie esperaba que yo fuera gracioso, simplemente que presentara a aquellos pobres capullos y los sacara del escenario. Podía soltar algún que otro chiste o comentario gracioso, pero el de presentador era un papel autoritario, y el humor estaba en pasarse un poco a la hora de mantener al público a raya. A los clientes les encantaba que yo les diera órdenes, y luego se desquitaban con el siguiente desgraciado que subía al escenario.

De modo que conseguí una tarjeta provisional del sindicato de actores y empezó a salirme trabajo. Papeles de figurante, sobre todo. Hice de albañil en el café de *EastEnders*, de soldado en un drama histórico sobre la guerra civil inglesa para la BBC2, y de portero en un programa de sketches cómicos del Channel 4. David Merriman me conseguía mucho trabajo. Tal como Sean había dicho, tenía debilidad por los tíos grandes y musculosos, así que me convenía estar a buenas con él. Iba a verlo todas las semanas. La verdad es que estaba muy solo. La única compañía que tenía era la pequeña y gruñona Portia. Se ofreció a enseñarme a pronunciar líneas de diálogo y me pareció una tontería rechazarlo. Incluso me hizo cantar, diciéndome que era una buena forma de cultivar la voz. Se ponía conmigo un poco reinona, haciendo comentarios y recomendaciones en plan loca, y yo me mostraba bastante seco con él, cosa que parecía gustarle. Era una especie de juegucito tonto. No había nada malo en ello si me servía para conseguir trabajo.

Y mereció la pena. Me propuso para un pequeño papel en la serie policíaca *The Bill*. Haciendo de delincuente, por supuesto. Llegué a aparecer en tres escenas y salí bien. Estaba muy nervioso, pero la verdad es que no fue tan difícil. Después de todo, me estaba interpretando a mí mismo. Y recordaba lo que me había dicho Merriman sobre actuar ante la cámara, que no había que hacer gran cosa, solo concentrarse en lo que estaba pasando por la cabeza del personaje.

Y me sentía muy orgulloso. Charlene y Donna podrían ver a su padre por la tele. Aunque esa era la única forma de que me vieran. Hacía meses que no tenía trato con ellas. Había intentado enviar dinero a Karen y mantenerme en contacto con ella, pero las cosas no habían salido como yo quería. Lo cierto era que no estaba ganando mucho con la interpretación; me pasaba la mayor parte del tiempo esperando ofertas.

Dan me había encontrado un local junto a Old Street. Una «estructura», lo llamaba él. Poco más que una sección de un almacén abandonado. Un gran espacio abierto con columnas de hierro fundido y un área de carga y descarga. Fuimos a verlo con un agente inmobiliario.

—Tiene mucha personalidad —dijo aquel chico con granos, que llevaba un traje barato y demasiado fijador en el pelo—, muchos elementos industriales.



—¿Eso es bueno? —le susurré a Dan.

Él asintió.

«¿Elementos industriales?», recuerdo haber pensado. ¿Por qué iba a querer alguien un piso con elementos industriales?

Pedían noventa mil libras por él.

—Seguramente podrás conseguir que te lo rebajen a ochenta mil —me dijo Dan.

—Es mucha pasta para tratarse solo de una parte de un viejo almacén.

—Te lo aseguro, Gaz, dentro de un año o así valdrá el doble. Si consigues un gran depósito en efectivo, unas veinte o treinta mil, te darán la hipoteca sin aval y lo demás será coser y cantar.

Dios, ojalá no hubiera malgastado las treinta mil libras en aquel estúpido trato con Pat Tate. Por lo visto, hoy día podías ganar más dinero vendiendo propiedades que traficando con droga. Iba a tener que intentar rehipotecar la casa. O venderla. Traté de ponerme en contacto con Karen. Le dejé un mensaje en el móvil.

Entonces recibí algo de ella por correo. O, mejor dicho, de sus abogados. Así que para eso quería mi dirección. Era la demanda de divorcio. Los motivos que alegaba eran conducta poco razonable y abandono. Quería la custodia de las niñas. La llamé por teléfono.

—Gaz, quiero que se tramite a través de los abogados. No quiero hablar contigo del tema.

—Karen...

—Y te conviene buscarte un abogado. Si es que piensas recurrir.

—Pues claro que voy a recurrir.

—¿Contra qué, la «conducta poco razonable»? Buena suerte, Gaz.

—¿Y lo del abandono? Recuerda que fuiste tú quien me dejó.

—Sí, pero ahora estoy otra vez en casa. Y tú llevas fuera desde Navidad.

—Sí, pero tenía que salir de Essex, ¿no?

—¿Por qué no le cuentas eso al tribunal? Estoy segura de que les causará muy buena impresión.

—Por favor, Karen. No me impidas ver a las niñas. Por favor.

—Gaz, ¿no entiendes que es lo mejor? No quiero que crezcan rodeadas de gente como tú. Quiero que tengan una buena infancia.

—Hay otra persona, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con eso. Gaz, quiero solucionar este asunto por la vía legal. No pienso discutir más de esto contigo.

—Espera, Karen.

—Voy a colgar.

—Espera. Tengo que hablar contigo de algo.

—¿De qué?

—De la casa. Tenemos que venderla.

—¿Por qué?

- Para poder repartirnos el dinero. Mitad y mitad. Sería lo justo, ¿no?
- ¿Por qué iba a querer hacer eso, Gaz?
- Bueno, si vamos a repartirnos las cosas...
- Pero ¿por qué iba a querer vender mi casa?
- ¿Cómo? Querrás decir nuestra casa.
- No, Gaz. Quiero decir mi casa. Está todo a mi nombre, ¿recuerdas?
- Pero yo la compré.
- Sí, ¿con el dinero de quién?
- Con mi dinero, por supuesto.
- Pero no era tu dinero, ¿verdad, Gaz?
- ¿De qué estás hablando?
- Lo robaste. O lo ganaste vendiendo droga. Por eso la pusiste a mi nombre.
- Hay que joderse, Karen.
- No, escúchame. Me voy a quedar con todo lo que pueda. No puedo confiar en que vayas a pasarme la pensión alimenticia, ¿verdad? No puedo confiar en que no te vayan a meter en la cárcel. Quiero algo de lo que pueda estar segura para mí y las niñas. Así que me quedo con la casa.
- Zorra.
- Adiós, Gaz.

De modo que todo se había ido a la mierda. Al cabo de una semana cumplía cuarenta años y ¿qué había conseguido? No tenía nada a mi nombre salvo el coche, y tal y como estaban las cosas iba a tener que venderlo. Todo el dinero que había pasado por mis manos, ¿adónde había ido a parar? ¿Adónde había ido a parar todo aquel tiempo transcurrido?

Dan tenía una bonita casa y una familia, todo lo que me habían arrebatado a mí. Además, lo había conseguido todo legalmente. Pero yo no tenía mentalidad para eso. Trabajar siempre me había parecido cosa de pringados. Por eso había pensado que aquello de actuar sería algo bueno. Una forma de ganar mucho dinero sin trabajar demasiado. Pero las cosas no habían salido como yo quería. Y también había pensado que sería una manera de demostrar a Karen y las niñas que podía enmendarme, pero ella ya no me tomaba en serio.

«Tengo que hacer algo», pensé. Un trabajillo o dos para conseguir suficiente dinero con el que pagar el local, como me había recomendado Dan. Al menos entonces tendría algo. Meditaba sobre todas esas cosas mientras el número cuarenta se cernía amenazador sobre mí. No tenía ganas de hacer nada el día de mi cumpleaños. ¿Qué coño iba a celebrar? Pero Dan se acordó de la fecha y quería llevarme con él y Marcia a comer o algo así. Yo sabía que tenía buena intención, pero no quería que me volviera a invitar. Sería un recordatorio de la mala racha que estaba atravesando. Así que le dije que me tocaba a mí llevarlos a ellos de celebración.

Quería volver a sentirme importante. Era mi puto cumpleaños y quería que pareciera que yo todavía era alguien. De pronto me acordé de la discoteca de Holroyd-Carter, la Groove Corporation. Podía conseguir que nos dejaran entrar en la sala VIP y tal vez arreglarlo para que nos trataran como invitados de honor y todo eso. Llamé por teléfono a Holroyd-Carter. Pareció alegrarse de oírme y nos incluyó en la lista de invitados.

Esa noche fue todo un gustazo pasar por delante de la cola que había en la puerta principal y ver cómo retiraban el cordoncito para que pasáramos a la sala VIP. Era lo que siempre había querido: sentirme especial. Una camarera nos trajo una botella de champán.

—Cortesía del señor Holroyd-Carter —dijo.

Miré hacia donde estaba, en el extremo más alejado de la sala. Al verme, levantó su copa.

—Voy a acercarme un momento —les dije a Dan y Marcia.

Holroyd-Carter estaba hablando con un tipo con traje y corbata roja.

—Feliz cumpleaños, Gaz —dijo—. Este es Paul.

—¿Qué tal?

Lo saludé con un movimiento de cabeza.

—Encantado.

—Gaz es uno de tus votantes indecisos, Paul. Un auténtico hombre de Essex.

Holroyd-Carter se estaba cachondeando otra vez.

—No soy de Essex —dije.

—Paul trabaja para el Partido Laborista, ¿sabes?

—Creía que apoyabas a los otros, Ben —contesté.

—Bueno, pronto dejarán el gobierno. Y ahora el Partido Laborista promueve la libre empresa, ¿no es cierto, Paul?

—La libre empresa y la justicia social —afirmó el tal Paul.

—¿Qué opinas de eso, Gaz? —preguntó Holroyd-Carter.

—Suenan bien —dije.

—Me tengo que ir, Ben —dijo Paul—. Le diré a Peter que estás interesado.

—Díselo, Paul. Y dale recuerdos de mi parte.

Holroyd-Carter señaló hacia Paul con la cabeza cuando se marchaba.

—Hay que llevarse bien con los nuevos jefes. Sabes a lo que me refiero, ¿no, Gaz?

—Sí —dije—. Supongo.

—Quieren ir de jóvenes y enrollados, y yo puedo ayudarlos en eso. Ya sabes lo que se suele decir: favor por favor. Bueno, ¿cómo te va?

—Bien. Supongo.

—¿Cómo se siente uno con cuarenta años?

—No tengo ni puta idea.

La verdad era que me sentía como un fracasado, pero no iba a decirle eso.

—¿Y los negocios? —preguntó.  
—Estoy intentando enmendarme, Ben.  
—¿Sí? ¿Y cómo lo llevas?  
—Bueno, ya sabes.  
—A lo mejor te vendría bien un poco de capital.  
—¿A qué te refieres?  
—¿Recuerdas que te dije que podía surgir algo?  
—Sí.  
—Un amigo mío quiere que le hagan un trabajo.  
—¿Qué clase de trabajo?  
—Una pequeña entrega.  
—No sé...

Un empleado de la discoteca se acercó. Holroyd-Carter señaló con la cabeza en su dirección.

—Discúlpame, Gaz, te tengo que dejar. Pero piénsalo, ¿vale?

Volví con Dan y Marcia. Marcia se lo estaba pasando en grande. Acababa de charlar con alguien que salía en *EastEnders*. Dan empezó a hablar otra vez del inmueble.

—Te conviene darte prisa en hacer una oferta por el local que vimos, Gaz —me dijo.

—Sí —murmuré.

Eché un vistazo a la sala. Todos se lo estaban pasando en grande. Haciéndose los importantes. Al final de la noche encontré a Holroyd-Carter.

—Lo haré —le dije.

Me dio un trocito de papel.

—Llama a este número —respondió.

Dos semanas después estaba todo organizado. Parecía bastante sencillo. Entregar un paquete, cobrar un dinero y ya está. Pero había algo en todo aquello que no encajaba. Sin embargo, no me podía permitir rechazarlo. Había un par de miles de libras para mí. Por si acaso, decidí cubrirme un poco las espaldas.

Mandé al conductor que me recogiera a las diez y media de la noche en el Elephant and Castle. Previamente había ido a la Groove Corporation y me había asegurado de que las cámaras del circuito cerrado de televisión me grababan junto a la puerta principal. Sería mi coartada en caso de necesitar una. El vídeo mostraría la hora y la fecha. Más tarde volvería y me aseguraría de que me grababan marchándome para poder decir que había estado en la discoteca toda la noche. Atravesé el establecimiento y salí por una puerta de emergencia para dirigirme al punto de recogida.

Llegamos al lugar poco antes de las once. Era un piso situado en la planta baja de

una casa adosada en Tottenham. Me acerqué a la puerta principal y, al llamar, esta se movió un poco; la habían dejado abierta. Debería haberme largado de allí, pero sentí curiosidad.

Estupidez, más bien. Entré y avancé de puntillas por el pasillo. Oí la televisión a volumen alto en el salón. Di unos golpecitos en la puerta. Nada. La empujé y entré. Había un tipo espatarrado en el sofá con los ojos muy abiertos. Era Beardsley. Era el puto Simon Beardsley, mirándome fijamente. Al principio pensé que debía de estar colocado o algo así. No se movía ni pestañeaba. Entonces me di cuenta de que no me estaba mirando a mí. No estaba mirando nada. Estaba muerto. Tenía manchas de sangre en el pecho y había muchas más en el sofá y en el suelo.

Al principio no lo entendí. Luego oí las sirenas de la policía acercándose. Entonces supe que todo era una trampa y que yo era el puto pringado. Tenía que largarme. Tiré el paquete al suelo. Luego lo recogí. Tendría mis huellas por todas partes.

Un coche patrulla estaba doblando la esquina cuando llegué a la calzada. El conductor se había largado, claro, así que eché a correr y me choqué contra un viejo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Cuidado!

El coche de policía se acercaba chirriando por la calle tras de mí. Las manos huesudas del viejo me agarraron por los brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Lo siento, señor —le dije—. Soy agente de policía. Estamos persiguiendo a alguien.

Me soltó, lo aparté de un empujón y eché a correr todo lo deprisa que pude. Al doblar la esquina al final de la calle, oí puertas de coches cerrándose y voces gritando en la noche. Más adelante había un pub repleto de clientes de última hora. Me mezclé con la multitud borracha mientras otro coche patrulla pasaba disparado. Un tipo asiático que estaba junto a un coche destartado me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Quieres un taxi? —preguntó.

Yo estaba sin aliento. Asentí y me subí en la parte de atrás. Le dije que me llevara de vuelta al Elephant, a la Groove Corporation. Limpié bien el paquete y lo tiré por la ventanilla. Cuando llegué a la discoteca pensé en buscar a Holroyd-Carter. Tenía ganas de matar a aquel hijo de puta. Pero eso no me serviría de nada. Sabía que lo que tenía que hacer era asegurar mi coartada, así que entré con cautela y me cercioré de que me grababan saliendo de la discoteca hacia las dos de la madrugada.

Me detuvieron un par de días más tarde. Me hicieron un montón de preguntas, a las que me limité a contestar: «Sin comentarios». Luego me colocaron en una rueda de reconocimiento. El viejo al que casi había derribado tuvo tiempo de verme, pero había sido una noche bastante oscura. Me pusieron en una hilera con un montón de tipos que también tenían la cabeza pelada. Los polis debieron de divertirse mucho

reuniendo a aquel grupo. Tan solo esperaba que el viejo señalara por error a alguno de los otros skinheads.

Me volvieron a meter en la celda y allí tuve mucho tiempo para pensar. Necesitaba averiguar lo que podían tener contra mí. Una identificación, quizá. Habían sometido toda mi ropa a un examen forense, pero debería haber dado negativo. Lo más importante era el móvil. Ahí sí que me tenían bien pillado. Era de dominio público que Beardsley y yo nos la teníamos jurada. Alguien se había cargado a Beardsley y necesitaba un cabeza de turco. Y el muy cabrón de Holroyd-Carter me había señalado para el papel. Al final me llevaron a rastras a una sala de interrogatorio.

—Bueno, Gary —dijo un detective con una gran sonrisa de satisfacción dibujada en la boca—. Tenemos una identificación positiva tuya en la escena del crimen. ¿Tienes algo que decir?

—Sin comentarios.

—Debes tener en cuenta que, si te niegas a contestar o hacer comentarios ahora, eso podría invalidar cualquier prueba que aportes en el juicio. ¿Lo entiendes?

—Sin comentarios.

—Fuiste socio de Simon Beardsley, ¿verdad?

—Sin comentarios.

—Hasta finales de diciembre, claro. Tengo entendido que tuvisteis una disputa respecto a la gestión de la seguridad del club Tiffany's, en Southend. ¿Quieres contarnos algo al respecto?

—Sin comentarios.

—Muy bien, Gary. Te voy a refrescar un poco la memoria. Tenemos una declaración de Frank Whitehead, el encargado del citado club. No te la leeré toda ahora, sino que tan solo quiero llamar tu atención sobre el hecho de que en ella se afirma que el nueve de diciembre de mil novecientos noventa y cinco tuvo lugar en el club una grave discusión entre tú y el señor Beardsley. ¿Quieres darnos tu versión de lo ocurrido esa noche?

—Sin comentarios.

—De acuerdo. Según la declaración del señor Whitehead, la discusión alcanzó su punto álgido cuando tú le dijiste a Simon Beardsley, y cito textualmente: «Si vienes a por mí o me vuelves a dar problemas, te juro que te mato por mis cojones». ¿Tienes algo que decir a eso, Gary?

—Sin comentarios.

—Muy bien. Según mi reloj son las veintitrés y veinticinco, y quedas acusado formalmente del asesinato de Simon Beardsley. ¿Quieres decir algo?

Por supuesto que podría haberle dicho que me habían tendido una trampa, pero no se lo habrían creído. Aunque les hubiera contado que Holroyd-Carter me había puesto en contacto con esa gente, nunca habrían creído que yo no había cometido el asesinato. Eso solo habría servido para enmerdarme aún más. Necesitaba demostrar

que nunca había estado en el lugar de los hechos. Lo único que tenía era la coartada de las cámaras del circuito cerrado, pero tenía que ser listo. Las cintas estaban en manos de Holroyd-Carter, y si se enteraba de su existencia podía estropearlas, borrarlas misteriosamente o algo por el estilo.

—Sin comentarios —dije.

Me metieron en prisión preventiva en la cárcel de Belmarsh. Esa vez llegué a salir en los periódicos, porque el episodio de *The Bill* en el que aparecía había sido emitido esa misma semana y algún avisado periodista reparó en ello. «VILLANO TELEVISIVO ACUSADO DE ASESINATO», era el titular. La clase de publicidad que no necesitaba, pensé entonces.

Me catalogaron como preso de Categoría Doble A, lo cual era como hacernos saber a mí y al resto del mundo que se me consideraba un asesino profesional muy peligroso. La Unidad de Categoría Doble A de Belmarsh es como una prisión dentro de la prisión, y está destinada a los reos que el Estado considera los más peligrosos para el sistema. Conmigo había algunos de los grandes capos criminales, un par de jefazos de una organización mafiosa jamaicana, algunos terroristas del IRA y otros muchos pirados: un secuestrador, un activista de los derechos de los animales y un tipo que amenazaba con echar ántrax en el suministro general de agua. De modo que, desde el punto de vista criminal, había triunfado. Casi me sentía privilegiado. Pero el hecho de tener tanta seguridad alrededor solo puede resultar perjudicial de cara al juicio. El jurado va a verte entrar y salir del tribunal como si fueras el enemigo público número uno. No es precisamente el mejor comienzo para un proceso.

En mi unidad había mucha vigilancia por todas partes. Mi celda era austera y aséptica. Un lavabo de acero inoxidable, un espejo de acero inoxidable, una mesa de acero inoxidable, una silla de acero inoxidable. Como una condenada jaula. Cuando estás en la trena, te enteras de a quién tienes que pegarte rápidamente. Recuerdo que un viejo convicto me explicó que a finales de año contaba las tarjetas de Navidad para saber cuántos amigos le quedaban. Había cumplido ya cinco años y en el último recuento había recibido cuatro tarjetas. Dan venía de visita y mantenía el contacto conmigo, cosa que le agradecía mucho.

Por extraño que parezca, mi agente, David Merriman, también venía a verme. Pensé que querría desentenderse de mí cuando me acusaron, pero me apoyó mucho. A decir verdad, creo que le excitaban un poco aquellas visitas. Probablemente, la idea de ver juntos y encerrados a todos aquellos hombres peligrosos le ponía cachondo.

Llegó la primera audiencia del juicio. Me llevaron al juzgado de primera instancia contiguo a la cárcel. La policía presentó sus pruebas, que consistían en haber sido identificado en la escena del crimen y en unas escasas evidencias forenses. Dentro del bolsillo de mi chaqueta habían encontrado unas partículas que me relacionaban con el arma de fuego usada en el asesinato. Mi abogado parecía convencido de que podríamos poner en duda las dos pruebas. Pero lo más importante era mi coartada. Hasta entonces yo no había dicho una palabra del tema, pero ahora tenía solo siete

días para presentar una notificación de la coartada, que sería propuesta a juicio cuando el caso fuera a la audiencia provincial.

Tenía que conseguir las cintas, pero si se las pedíamos a Holroyd-Carter podría manipularlas. Comprendí que tenía que hacer alguna especie de trato con él. En la cárcel de Belmarsh es tremendamente difícil recibir o enviar mensajes, porque lo controlan todo. Al final utilicé a David Merriman como intermediario. Le dije que advirtiera a Holroyd-Carter de que si tocaba las cintas contaría toda la historia de lo que había pasado realmente, pero que si las entregaba cerraría la boca y, si salía sin cargos, no me vengaría de él.

Cuando Merriman venía a verme, teníamos un código para hablar de la prueba de las cámaras del circuito cerrado. La llamábamos la «cinta de muestra», que es como los actores llaman al vídeo con fragmentos de los trabajos que han hecho. Así, si alguien estaba escuchando, creería que estábamos hablando de mi carrera interpretativa.

—La cinta de muestra está lista, Gary —me dijo.

Y nos pusimos en marcha. Presenté las cintas como prueba y se fijó una fecha para el juicio. Empecé a escribir cartas a los famosos y figuras públicas con los que había contactado cuando había organizado el acto benéfico para Darren Tyler, el niño con leucemia. Algunos se acordaban de mí y me enviaron mensajes de apoyo. Dan y algunos amigos iniciaron una campaña bajo el lema «Gary Kelly es inocente». David Merriman les contó a muchos de sus amigos de las altas esferas que creía que me habían incriminado injustamente. De modo que se estaba generando mucha publicidad en torno a mi juicio.

Sin embargo, cuando estaba empezando a sentirme un poco más confiado y decidido respecto a mi situación, recibí la orden preliminar de divorcio. La había estado esperando, pero aun así fue todo un golpe. A decir verdad, me hundió por completo. Era como si todo el mundo fuera a por mí. Holroyd-Carter o quien fuera me había tendido una trampa, la policía me había incriminado con pruebas falsas, y ahora mi propia esposa me daba la puñalada. Casi perdí la cabeza. Estaba totalmente paranoico. A punto estuve de rendirme. Pensé en agachar la cabeza y declararme culpable. Acabar de una vez por todas. Fueron unos días terribles en los que llegué a plantearme el suicidio, algo casi imposible en la Unidad de Categoría Doble A de Belmarsh. No hay nada con lo que puedas matarte y estás vigilado prácticamente en todo momento. Era como si alguien se estuviera burlando de toda mi vida. Me sentía como el pringado sobre el escenario del que se ríe el mundo entero.



LONDRES LLAMA

Cuando volvimos de Tórtola procuramos no llamar la atención durante una temporada. Las cosas se habían desmadrado demasiado allí, y Eddie decía que necesitaba tiempo para pensar qué hacer a continuación.

—Ahora tengo que actuar con mucho cuidado —dijo.

—Sí, pero ahora sabes dónde está el oro, ¿no?

—Sé dónde puede estar. Mira, hay personas que podrían estar vigilándome. Esperando a ver lo que hago. No quiero llevar a nadie hasta el oro, ¿entiendes?

Pasaban las semanas y no ocurría nada. Empecé a sospechar que me estaba evitando o, peor aún, que se había olvidado por completo de mí. Después de todo lo que había hecho por él, aquello me molestaba mucho. La indiferencia es el peor agravio. Eddie tramaba algo, estaba seguro de ello, y me estaba excluyendo.

Además, le había tomado bastante afecto. Nunca ha sido fácil para mí conectar con alguien. Siento una especie de autismo hacia el mundo en general, pero me había visto atraído por Eddie Doyle. Él era lo opuesto a mí en muchos sentidos. Era un hombre de acción, lleno de vitalidad y pasión. Tal vez se debía a que, a través de él, podía sentir e implicarme en las cosas aunque fuera indirectamente. Tal vez me había convertido realmente en su fantasma de una forma que no había previsto.

Entonces llegó la noticia del asesinato de Beardsley. Me reuní con Eddie. Esperaba encontrarlo nervioso, pues había sido asesinada otra persona relacionada con el golpe de Hounslow, pero parecía tranquilo y sosegado.

—Muy bien —dijo—. Ahora ya sé lo que voy a hacer.

—¿Y te importaría decirme de qué se trata?

—Todo a su debido tiempo, Tony. Primero vamos a ir a ver a Manny.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Qué quieres decir? No me pasa nada. Estoy de buen humor, Tony.

—A eso mismo me refiero. Se han cargado a ese tal Beardsley y tú no pareces nada afectado. Un momento... No habrás tenido algo que ver, ¿verdad?

—Pues claro que no, Tony. ¿Por quién me tomas?

—No pareces preocupado.

—Me cubriré las espaldas. No te preocupes, todo va según el plan.

Se estaba cociendo algo. Y no tenía ni idea de lo que podía ser. Eddie se comportaba de forma extraña, eso seguro. Algo había cambiado en él desde que habíamos vuelto a Inglaterra. Parecía relajado, su agitación y paranoia habituales habían desaparecido, y mostraba una actitud y una conducta aparentemente despreocupadas, alegres incluso. Parecía tranquilo, algo impropio del Eddie Doyle que yo conocía, y eso me desconcertaba. Si no hubiera conocido la naturaleza humana, habría dicho que era feliz.

Manny Gould, en cambio, estaba de un humor totalmente distinto.

—Esperaba que vinieran a verme antes, caballeros.

—Lo siento, Manny —replicó Eddie—. Estábamos recuperándonos del pequeño lío en el que nos ha metido tu cliente.

—Era una situación compleja, desde luego, pero ¿no teníais que traerme unos documentos para que les echara un vistazo?

—No estaban allí, Manny. Solly no envió allí las ganancias del oro que desapareció. Nunca llegó a refundirse. Sigue aquí, en algún sitio de Londres. Y tú lo sabes. Y Starks también.

—Nunca estuvimos del todo seguros. Fue... digamos... —se encogió de hombros— un proceso de eliminación.

—Eliminación, sí. Muy buena, Manny. En eso ha consistido todo desde el principio, ¿verdad? Solo que lo que se ha eliminado han sido personas. ¿Qué ha pasado con Beardsley?

Manny se volvió a encoger de hombros.

—No lo sé. Los negocios de Essex, creo. Aquello es como el Salvaje Oeste.

—¿Estás seguro de que tu querido cliente no ha metido baza?

—Por supuesto que no.

—Está claro que Beardsley le tenía miedo a Harry.

—Él no ha tenido nada que ver en eso.

—En fin. La buena noticia es que puede que sepa dónde está el oro.

Los ojos de Manny se salieron de sus órbitas.

—¿Dónde? —preguntó.

—No tan deprisa, amigo. Esta vez haremos las cosas a mi manera. Dile a tu jefe que se lo puede quedar todo por un buen precio.

—¿Cuánto hay?

—Todavía no lo sabemos. Pregúntale cuánto está dispuesto a ofrecer y se lo podrá quedar todo. Un precio fijo. Solo quiero salir de esta con un poco de dinero por una vez.

Manny asintió cautelosamente.

—Está bien. Haré algunas indagaciones.

—Y dile que quiero encontrarme con él allí. Donde está escondido.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Le haré saber la hora y el sitio cuando esté listo.

—No esperarás que Harry entre en el país cuando a ti te dé la gana, ¿verdad?

—Es exactamente lo que espero.

—Pero tendrá que arriesgarse mucho.

—Bueno, todos nos hemos arriesgado. Él ya lo ha hecho antes. Dile también que quiero que venga solo.

—No lo entiendo —le dije a Eddie cuando salimos de la oficina de Manny—. ¿Por qué quieres meter a Starks en esto? Podrías quedarte con el oro, ¿no?

—¿Y no poder deshacerme del botín otra vez, Tony? Por favor...

—¿Y Frank Taylor? ¿Qué vas a hacer con él?

—Puedo arreglarlo. Hacer un trato, como en los viejos tiempos. Mientras tanto, estoy buscando una tapadera para la operación.

—A ver si me entero: vas a negociar con Starks y Taylor. No tiene sentido.

Eddie se echó a reír.

—Voy a hacer lo correcto, Tony.

No me gustaba cómo sonaba eso.

—No lo entiendo, Eddie.

—Al final todo se aclarará. Tú tendrás tu gran exclusiva, no te preocupes. Quieres tu historia, ¿no? Pues te aseguro que la tendrás.

Traté de entender lo que estaba diciendo Eddie, pero todo aquello me tenía desconcertado. Sin embargo, no tardé en descubrir cuál era su «tapadera». Estaba trabajando como asesor para una productora cinematográfica llamada Cutthroat Productions, aportando su experiencia a una película de gánsteres titulada *Bulldog de desguace*. Fui a verlo a la pequeña y destartada oficina de la compañía en el Soho.

Estaba repasando un fragmento de diálogo con un joven que me sonaba vagamente.

—Hola, Tony —dijo Eddie—. Te acuerdas de Piers, ¿verdad?

Traté de ubicarlo.

—¿Qué tal, colega? —dijo el joven—. Nos conocimos en el funeral de Ronnie Kray.

Entonces me acordé. Había trabajado en *Sorted*, la revista para niños de Groombridge.

—¿Cómo le va a Victor? —pregunté, estrechándole la mano.

Piers se rió entre dientes.

—Está muy cabreado contigo, colega.

El uso de «colega» me indignaba. ¿Dónde había quedado el maldito respeto? Y también que me recordara que mi supuesta carrera estaba de capa caída. Seguramente aquel joven me veía como un viejo escritorzuelo patético y acabado.

—¿Y qué estás haciendo aquí, Eddie? —pregunté.

—Eddie nos asesora en la película que vamos a rodar —intervino Piers—. Queremos que los detalles sean correctos. Ya sabes, la autenticidad de la obra.

—Me pagan por mi experiencia —dijo Eddie.

—Sí —dijo Piers—. Eddie es auténtico.

—Y que lo digas —murmuré.

En ese preciso instante entró una pareja en el despacho. Una pelirroja alta y un hombre rubio.

—Siempre podemos construir un decorado del almacén —estaba diciendo el rubio.

—Costará demasiado —replicó la pelirroja—. Oye, ya hemos hablado de esto. Será más fácil y más barato encontrar un sitio y rodar allí.

—Sí, no haces más que decir eso, pero aún no has encontrado ninguno, ¿verdad? —dijo el rubio.

—Es donde transcurre la parte principal de la acción. Supongo que querrás que el

sitio esté bien, ¿no?

—Claro que quiero que esté bien.

—Pues entonces puede que lleve un poco de tiempo encontrar el lugar adecuado.

—Pero si lo construyéramos no tendríamos que preocuparnos.

—Ya te lo he dicho, no podemos permitirnoslo. Tenemos que ajustamos al presupuesto.

El rubio suspiró.

—Yo no tendría que estar preocupándome por estas cosas, ¿sabes? —se quejó—. Encuentra un sitio pronto, ¿vale? Quiero saber cómo voy a rodar esta maldita película.

—Aquí está la pareja feliz —anunció Piers.

—¿Quién es este? —preguntó el rubio.

—Es amigo de Eddie —explicó Piers—. Tony, te presento a Jez Scott, el director. Y a Julie Kincaid, la coproductora.

—¿Qué tal, colega? —dijo Jez, echando la cabeza ligeramente hacia atrás para mostrar una cicatriz en la mejilla derecha.

—Encantada —dijo Julie.

Al tratar de mirarla a los ojos, reparé en que lanzaba una mirada nerviosa a Eddie.

—Bienvenido a Cutthroat Productions —dijo Piers—. Ahora ya conoces a todo el personal.

—Bueno —dijo Jez—. Eddie, si nos disculpas, tenemos que reunirnos.

—¿No quieres que me quede? —preguntó Eddie.

—No, solo Piers, Julie y yo. Puedes irte a comer si quieres.

—¿Qué te parece, Tony? Te invito a comer, y por una vez pagaré yo.

Cuando salíamos del despacho, Eddie mantuvo un rápido intercambio con la chica pelirroja. Tenía que ver con una cita para hablar de algo del guión. Los otros dos hombres ya estaban enfrascados en alguna conversación profunda y no prestaron atención a la extraña suerte de informal intensidad que había entre Eddie y Julie. No se percibía en las palabras que se estaban diciendo, sino más bien en la intimidad existente entre ellos. Vi cómo Eddie le tocaba el hombro muy suavemente al marcharse.

—Vaya, te has juntado con una panda de jovencitos —le dije a Eddie en el restaurante.

—Sí —replicó—. Supongo.

—Y esos chicos, Jez y Julie, ¿son pareja?

—Sí.

—Todo un negocio familiar, ¿eh?

—¿Qué quieres decir con eso? —me espetó Eddie.

—Nada —respondí.

Le he tocado donde duele, pensé. Eddie se sirvió más vino.

—Así que ya te lo imaginas, ¿no? —dijo.

Suspiré.

—El almacén de la película es el sitio donde está enterrado el oro.

—Sí. —Sonrió—. Bueno, ¿verdad?

—Brillante.

—Eso me dará tiempo a averiguar si realmente está allí. Y al ser la productora la que alquile la propiedad como escenario para el rodaje, nadie sospechará de lo que podamos estar haciendo y no habrá ningún indicio que me relacione.

—Y todo el mundo creerá que solo se va a usar para rodar una película.

—Sí, es una cinta de bajo presupuesto. ¿Sabes que les han dado una subvención de la lotería?

—¿En serio?

—Sí. Imagínatelo. Dinero de la lotería para una estúpida película de serie B.

—¿Eso es lo que es?

—¿*Bulldog de desguace*? Sí. A decir verdad, es un poco chorra. Imagínate a toda esa gente que se gasta el dinero en boletos de rascar para que se haga algo así. Se supone que yo debo poner la nota criminal realista en todo esto.

—Pues desde luego lo estás haciendo.

Eddie se rió.

—¿Y no tienen ni idea de lo realista que estás siendo?

—No. ¿Te crees que soy imbécil?

—Bueno, la chica parecía muy interesada en que se utilizara el almacén.

—Sí —dijo Eddie, un poco receloso—. Es una chica lista.

—Espero que no lo sea demasiado.

Eddie dejó su vaso.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, Eddie. Parece que lo tienes todo controlado. Solo que ya no estoy seguro de qué pinto yo aquí.

—Tendrás tu historia, no te preocupes.

—Eso ya me lo has dicho antes, pero ¿cómo?

—Lo descubrirás dentro de poco.

—Pareces muy seguro, Eddie.

—Lo estoy.

—Sí. Pareces... no sé... feliz.

—Lo estoy, Tony.

—Algo ha pasado.

Eddie sonrió.

—No seas tan desconfiado. ¿Es que uno no puede ser feliz?

«No —pensé—, él no puede ser feliz. Debe de traerse algo entre manos.» Disponía de tiempo, así que decidí averiguar lo que estaba pasando realmente. Ahora Eddie estaba

con la guardia baja. No era una persona fácil de vigilar, su instinto estaba muy aguzado. Pero logré seguir su coche cuando se dirigía al almacén del este de Londres del que Solly tenía las escrituras. La chica pelirroja, Julie, iba con él. «Buscar localizaciones», supongo que lo llamaba la gente del cine. Y Eddie estaba preparando su «tapadera», como él lo llamaba. Pero había algo raro en la forma en que los dos se comportaban entre ellos. Algo juguetón, travieso.

No había señales de que Frank Taylor lo estuviera siguiendo, así que tal vez Eddie hubiera hecho algún trato con él. Después de todo, Taylor no se había caracterizado precisamente por ser incorruptible cuando estaba en la policía. Empecé a vigilar el piso de Eddie. Vi a la chica llegar tarde por la noche y marcharse temprano por la mañana. Así que se trataba de eso. Había algo entre ellos. Por eso parecía tan feliz. El pobre y viejo idiota estaba enamorado.

Experimenté una extraña sensación de traición. De celos, incluso. Era patético, lo sé, pero parecía como una burla a la soledad y desolación de mi vida. Me sentía excluido. Pensé en enfrentarme a Eddie y pedirle explicaciones por su nueva aventurilla, pero decidí esperar. Quería averiguar todo lo que pudiera. Quería demostrar que era más listo que él, que podía superarle.

Me puse en contacto con Piers. Quedamos para tomar una copa. Le dije que quería que me aconsejara sobre cómo podía volver a trabajar con Victor. Debí de despertar su compasión. Dijo que lo comentaría, aunque no sabía muy bien qué podía significar eso. La conversación derivó rápidamente hacia su proyecto. La gente siempre quiere hablar de lo que está haciendo. Le pregunté por el director, Jez. Resultó que eran viejos amigos y que habían ido juntos al colegio. Entonces mencioné a Julie.

—Sí —explicó Piers—, era actriz, pero en esta película quiso involucrarse en el casting y otros temas. Yo no estaba seguro de que fuera a hacerlo bien, pero se le da estupendamente. Un tanto enigmática, la verdad.

—Y que lo digas.

Piers me miró con el ceño fruncido. Para entonces ya había bebido bastante.

—¿Quieres decir que sabes lo suyo? —murmuró.

Yo no sabía de qué iba aquello, de modo que me limité a encogerme de hombros y asentir.

—Mierda —continuó—. Lo sabes, ¿no?

Sonreí y fingí saber de lo que estaba hablando.

—Claro que lo sabes. Al fin y al cabo, fuiste periodista de sucesos.

¿Qué significaba eso? Dejé que prosiguiera.

—Le dije que la gente lo iba a descubrir. El caso es... —Suspiró—. Jez no lo sabe y ella quiere seguir ocultárselo.

—Bueno, es lo que quiere...

—Pero no entiendo por qué. Él se enterará tarde o temprano. Eddie lo sabe.

Me reí.

—Cómo no va a saberlo —dije.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Piers.

Y entonces me di cuenta de que estaba hablando de otra cosa. Pero ¿de qué? Pedí otra copa para Piers. Una grande.

—Entonces, ¿qué te dijo ella del tema? —traté de sonsacarle.

—Que se lo contaría a Jez a su debido tiempo. Oye, no debería estar hablando de esto. Se lo prometí a Julie. No se lo contarás a nadie, ¿verdad? Me refiero a alguien que no lo sepa. Creo que ella siempre ha querido dejar todo aquello atrás, ¿sabes? Debió de ser una época dura.

—Sí, supongo —contesté, mostrándome de acuerdo sin saber con qué.

Me planteé revelarle a Piers la aventura de Julie y Eddie. Eso enredaría aún más las cosas. Pero decidí no hacerlo. Contaba con la ventaja de saber algo que él no sabía y estar a punto de saber algo que él sabía. Ya habría tiempo de sobra para averiguar de qué se trataba.

Mientras tanto, me preparé para la gran historia. Tenía un grueso expediente sobre Harry Starks y montones de viejos recortes de periódico. Había escrito sobre él para *Murder Monthly* en los años ochenta. Además, contaba con todas las referencias que aparecían en los diarios de Teddy Thursby. Parte del contenido más jugoso había sido expurgado cuando él y Julian habían trabajado en la biografía oficial, pero había mucho material que podía utilizar. Solo tenía que encontrar una forma de incluirlo sin revelar la fuente.

Le llevaría la idea a Victor. En realidad no quería volver a tratar con Groombridge, pero todavía estaba en deuda con él por el adelanto del libro de Eddie y técnicamente tenía obligaciones contractuales con él. Pero sabía que podría renegociar una cantidad suculenta por un libro tan importante. Empecé a rumiar sobre los derechos de serialización y las posibilidades de llevarlo al cine y la televisión.

Eddie me había prometido la historia de Starks. Yo no tenía ni idea de cómo se las arreglaría para hacerlo, pero me aseguraría como fuera de que cumplía con su parte del trato. Había perdido gran parte de la confianza que tenía depositada en Eddie. Desde que se veía con aquella desgraciada me había visto totalmente excluido. Pensé que tal vez fuera ella la clave de lo que Eddie estaba planeando. Había algo en ella que me daba mala espina, aunque no podía averiguar el qué.

Tal vez estuviera simplemente obsesionado con la pérdida de la compañía de Eddie. No es que nos hubiéramos hecho amigos ni nada por el estilo. Pero había sido algo parecido a un contacto con un semejante. Me sentía estúpido y resentido por aquella debilidad.

Mi vida había sido una serie de tímidas adaptaciones a la soledad. Pero había conseguido evitar que nadie llegara nunca a mí.

Había sido totalmente implacable en el pasado. Había reprimido mis deseos. Los había asesinado. Ahora lo único que quedaba era el lento cese de las emociones. La vigilancia: eso era lo único que me quedaba. La capacidad de observar.



De modo que regresé a mi mundo gris de plácida y morbosa preocupación. Todas aquellas aventuras, aquel insensato correr de un lado a otro, no eran mi estilo en absoluto. Después de todo, había renunciado a la vida real. Era una pelea que había perdido hacía años. Descubrí que prefería la vida fantasma. Controlar los acontecimientos en la forma en que son registrados. Aquel era mi propio *crimenreal*.

El género estaba experimentando un gran crecimiento. Una tumefacta hinchazón en el mercado editorial. Tal como Victor había pronosticado, después de la muerte de Ronnie habían aparecido de la nada toda clase de socios y adláteres de los Kray. La editorial Groombridge estaba publicando hagiografías de maleantes de poca monta con un fervor casi religioso. Todas las semanas, otra alma simple dotada de milagrosas destrezas físicas se asomaba a las estanterías de las librerías. Cada foto de portada era un icono de la brutalidad acompañado de un simpático aforismo violento: *El Machacador: la historia de un rey del boxeo sin guantes: «¡Si voy a por ti, te enterarás!»*. Esos eran los Monstruos Impolutos de Victor.

Y entonces llegó la noticia de que el hombre detenido por el asesinato de Simon Beardsley había sido puesto en libertad porque las pruebas policiales habían sido refutadas en el juicio. La defensa alegó que las pruebas forenses podían haber sido falsificadas en la escena del crimen por uno de los agentes encargados del arresto, la identificación positiva del sospechoso planteaba serias dudas, y el acusado había aportado una coartada en forma de cinta de vídeo de circuito cerrado que lo situaba en una discoteca a la hora del crimen. El caso había recibido mucha atención mediática a raíz de un comentario hecho por el acusado al salir del tribunal. Gary Kelly había anunciado ante los reporteros que esperaban fuera, presumiblemente creyendo que ahora estaba protegido por la prohibición de doble enjuiciamiento: «Sí, lo hice yo». El *Sunday Illustrated* publicó una entrevista exclusiva con el «VILLANO TELEVISIVO» GAZ KELLY (al parecer, entre sus abyectas actividades había encontrado tiempo para la interpretación), en la que el individuo profería un sinfín de repugnantes bravuconadas.

Sentía una extraña envidia de aquel ridículo matón. Él podía reconocer sus crímenes. Podía alardear de noble ferocidad, exigir una venganza del mundo moderno que en el fondo todos anhelamos. En cambio, yo no podía reconocer los míos. ¿A quién le iban a interesar? Mis sórdidos secretillos. No había sido un psicópata especialmente exitoso. Tenía que salir impune, eso era todo.

Y además tenía un trabajo que hacer. Era un leal amanuense del *crimenreal*, debía dejar constancia de los pecados de los demás. Juzgaba la sed de maldad de los lectores a través de la sequedad de mi propio paladar. Todavía tenía cierto gusto por ello. Mientras investigaba la historia de Harry Starks, me seguía intrigando cuál sería el secreto, al que Piers había aludido, que Eddie conocía de aquella tal Julie. Entonces lo descubrí por casualidad. Me había pasado todo el día en la hemeroteca de Colindale cotejando datos, prácticamente ciego después de tantas horas de forzar la vista a la luz blanca de la máquina para leer microfilmes. Estaba leyendo los

reportajes sobre los asesinatos de la Costa del Sol cuando reparé en una fotografía en el *Daily Mirror*, una instantánea de la mujer y la hija de Jock McCluskey saliendo de su casa. La mujer tenía la cara tapada, pero la hija había sido retratada con el rostro descubierto, desconcertada pero con una media sonrisa en la cara, como si no pudiera evitar posar para la cámara. Una niña de diez años me miraba fijamente. La foto era de mala calidad, pero había algo en aquel rostro. El pie revelaba su nombre: Julie.

Confirmar el nombre real de alguien a partir de su nombre artístico es un proceso complicado. El sindicato de actores tiene un registro, pero posee unas normas de confidencialidad. Yo conocía a alguien especializado en esas lides de cuando trabajaba en el *Sunday Illustrated*. Le llevó un par de días, pero ahora estaba seguro de que Eddie y aquella chica estaban tramando algo: Julie Kincaid y Julie McCluskey eran la misma persona.

Había quedado para tomar otra copa con Piers. Quería presentarle el proyecto del libro de Starks a Victor y me parecía que él podía ser un buen intermediario entre Groombridge y yo ahora que nuestra relación se había roto por completo.

Piers venía de una sesión de casting cuando nos encontramos. Parecía poseído por una intensa y frenética energía que resultaba bastante perturbadora. Una especie de terrible animación. Tenía los ojos desorbitados y apretaba y retorció la mandíbula mecánicamente. Cocaína, concluí. La droga de los muñecos de ventrilocuo.

Acababan de contratar a aquel matón, Kelly, para que interpretara a un gorila en su estúpida película.

—Es genial, Tony —farfulló alegremente—. Tenemos a un verdadero delincuente haciendo de delincuente.

—Y me imagino que la publicidad que ha tenido el caso del asesinato no os vendrá mal.

—No. En absoluto. Todo lo contrario. Ya le he pedido que haga una columna para *Sorted*. Tiene un montón de historias estupendas.

—Pues yo tengo una historia muy buena, Piers. Quiero que le digas a Victor que tengo algo grande para él.

—Sí, sí. —Asintió—. Claro.

Sonrió como un idiota. Su boca era un horrible rictus. Noté que no me estaba escuchando.

—Claro que tu coproductora, Julie Kincaid —continué—, también tiene una historia muy buena, ¿no?

—Ya lo creo.

Miró a su alrededor, escudriñando el local distraídamente con sus ojos de colgado.

—Me refiero a lo del asesinato de su padre.

—Sí. —Continuó mascando—. Terrible.

—¿No crees que podrías utilizarlo? —le pregunté.

—Bueno, lo he intentado. En secreto, claro. Sería un enfoque estupendo. Pero ya

sabes cómo son las mujeres.

—No —dije enfáticamente.

—¿Qué?

Por un instante, su cara se petrificó en una expresión ceñuda.

—No tengo ni idea de cómo son las mujeres —dije.

Él estalló en risitas espasmódicas.

—No —chilló estridentemente—, yo tampoco.

Era el momento de enfrentarme a Eddie. Quedamos para almorzar en un restaurante italiano de Frith Street.

—Has estado evitándome, Eddie —dije cuando ya estábamos comiendo.

—Bueno, bueno, Tony —contestó en tono reprobatorio—. He estado ocupado. Ya lo sabes.

—Ya lo creo que has estado ocupado, Eddie. Yo también.

Dejó el cuchillo y el tenedor y me lanzó una mirada furibunda.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó.

—Lo sé —dije.

—¿Qué sabes exactamente?

—Sé lo tuyo y lo de esa chica.

—Serás...

—Y sé quién es ella.

—Déjame decirte algo.

—Menuda historia, ¿eh, Eddie?

—No sabes nada, Tony.

—Oh, lo entiendo. Una chica joven y atractiva como esa...

—¡Cállate! —susurró.

—Y su viejo liquidado por nuestro amigo el señor Starks.

Eddie se levantó de repente. Su silla chirrió al moverse hacia atrás, los cubiertos cayeron con gran estrépito, se derramó una copa de vino. La sala se sobresaltó ante el alboroto y se volvió al unísono en nuestra dirección. Un camarero se acercó.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó.

Eddie volvió a sentarse lentamente.

—Sí —murmuró—. Ningún problema.

Me miró por encima de la mesa. Los orificios nasales se le ensancharon ligeramente. Sus ojos de color azul grisáceo estaban llenos de desprecio. Me encogí de hombros.

—Lo siento —dije—. Solo quería saber lo que estaba pasando, nada más.

—¿Qué sacas tú de todo esto?

—Ahora sí que no te entiendo, Eddie.

—Fisgoneando por ahí. Para ti es solo una historia más, ¿verdad?

—Pues sí, Eddie, esa es la idea.

—Hay otro tipo de historias, ¿sabes? Buenas historias.

—Oh, sí. Vivieron felices y comieron perdices. Ahórrame los detalles. Me prometiste un final de otro tipo. Quiero saber cuál es.

—Estás enfermo, ¿lo sabes?

—Pues sí, lo sé.

—¿Qué?

—No soy una persona normal, Eddie. No he tenido una emoción normal en mi vida. He vivido a través de los demás. Siempre mirando, sin tomar parte nunca.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy intentando explicarme. Siento ser un poco insensible con tu... eh... aventura con esa chica. Es solo que yo no... —Suspiré—. Bueno, yo nunca...

Hice un fútil gesto con las manos. Eddie se me quedó mirando.

—Nunca... —Frunció el entrecejo—. ¿Nunca has tenido una relación?

Me eché a reír a carcajadas.

—¿Una relación? Qué palabra tan maravillosa... No, no en el sentido al que tú te refieres.

—No te creo. Tienes que haber tenido alguna.

—Oh, lo he intentado. —Recuerdos de aquellos espantosos momentos destellaron en mi mente—. Hice algunas cosas en el pasado, pero no se pueden considerar normales.

Eddie sacudió la cabeza tristemente.

—Es...

—¿Trágico? No. Es un chiste. Mi vida entera es un puto chiste. No quiero tu compasión, Eddie. He disfrutado de tu compañía. Ha sido emocionante. Pero ha sido un acuerdo. Es lo único con lo que me sé manejar. Los acuerdos. Y si se rompe un acuerdo, mi mundo se tambalea. ¿No lo entiendes?

Eddie suspiró y se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Estás tramando algo con esa tal Julie. Lo diré con otras palabras: has llegado a alguna especie de acuerdo con ella. ¿Me equivoco?

—Estoy enamorado de ella, Tony.

—Hmmm —asentí, esforzándome todo lo posible por mostrarme comprensivo.

—Ya sabes lo que le pasó a su padre. Ella quiere que se haga justicia.

—¿De veras?

—Así que el plan consiste en reunirnos con Starks para que recoja el oro y entonces entregarle a la policía.

—Es un hombre peligroso, Eddie.

—Ya lo sé. Puedo ocuparme de él.

—¿Y el oro?

—He hecho un trato con Frank Taylor. Lo voy a devolver. Todo.

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí. Y estoy harto de los lingotes. Han acabado con demasiadas vidas. Así que podrás estar presente, Tony. Cuando cojan a Starks. Al final tendrás tu historia.

## LA SESIÓN DE NOCHE

Me enamoré de Eddie, aunque no lo pretendía. Me pilló por sorpresa, que es como supongo que debía sucederme. Toda mi vida había parecido preestablecida hasta ese punto, determinada por una narración fija. Pero el amor es algo caprichoso. Al principio él solo era parte del plan, una persona más a la que estaba utilizando, otro actor en el drama. Pero entonces ocurrió. Descubrí que realmente me gustaba estar en su compañía, que con él podía relajarme. Creo que Eddie era la primera persona que conocía con la que podía ser yo misma. En el pasado mi vida había estado llena de falsedad, siempre había tenido que adoptar una fachada de cara al mundo exterior. Pero cuando Eddie y yo estábamos solos era como si nos ocultáramos de ellos, no de nosotros. Me sentía a salvo con él. Lo bastante para ser yo misma.

Tratamos de contárnoslo todo, y los dos teníamos mucho dentro que soltar. Todos los años que había pasado en la cárcel habían hecho mella en Eddie. Pero era como si los dos hubiéramos sido liberados. Había muchas cosas que yo no le había contado a nadie. Muchos temas de los que ahora podía hablar abiertamente, como se suponía que debería haber hecho en las sesiones de ayuda. Pero aquello no era terapia. Era amor.

Y no quería pensar en él y en mí en esos modernos términos analíticos. Sabía lo que opinaría un profesional de nuestra relación: que mi afecto por Eddie representaba la necesidad de una especie de sustituto paterno o algo parecido. Pero no era eso. Además, Eddie no se parecía en nada a mi padre. Había algo familiar entre nosotros, en cierto sentido estábamos conectados por nuestro pasado. Porque Ruby había sido como una tía para mí. Pero yo no veía nada incestuoso en lo que sentía por Eddie. Mi complejo de Electra era clásico, no freudiano. Solo quería vengar a mi padre. No buscaba ningún otro tipo de motivación, pero aun así empecé a preocuparme, porque no había previsto que algo así fuera a pasar. Y cuando descubrí que le quería sentí miedo. Miedo de mi retorcida psicología, quizá, pero sobre todo miedo de mi debilidad. No quería renunciar a mi ira. La necesitaba. Y no quería sentir que pudiera estar compensando de algún modo la ausencia de papá. Solo había una cosa que podría lograr eso.

Sin embargo, me entregué a Eddie. Él me amaba con mucha pasión. Al principio era algo abrumador, pero luego sentí que algo se encendía dentro de mí. Algo genuino. Nunca me había sentido así. El amor había consistido para mí en una atracción superficial, un deseo determinado por lo que consideraba que debía sentir. Era algo lógico. Había querido a Jez porque era la clase de chico que había querido querer. No quería querer a Eddie. No era lógico. Simplemente pasó.

Y no solo era un amor emocional. Descubrí que también deseaba a Eddie físicamente. Jez resultaba muy atractivo, pero había algo anodino e infantil en él. Un cuerpo tonificado en el gimnasio, la inevitable musculatura del ejercicio repetitivo. Su dureza física no significaba nada, solo una réplica de las imágenes de revistas como *GQ* o *Men's Health*. Incluso su cicatriz se había curado hasta convertirse en una elipse perfecta, como un elemento de diseño. Eddie era duro de verdad, aunque su

cuerpo fuera suave y flexible. Estaba lleno de marcas, surcado de arrugas y rayaba los sesenta, pero se mantenía en buena forma. La cárcel lo había mantenido delgado y tenía una energía especial, una agilidad que conservaba de la época en que robaba casas. La sonrisa triste de su atractivo rostro enjuto era capaz de partirme el corazón. Y tenía estilo, no vistosidad, no aquella afectación de machito, sino una elegancia sombría, una *éminence grise*.

Sin embargo, conmigo se mostraba cohibido respecto a su cuerpo, a su edad. A veces rehuía mis caricias y se replegaba en sí mismo. Pero yo quería verlo. Conocerlo.

Una noche, después de hacer el amor, encendí la luz y aparté las sábanas.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Déjame verte.

—Julie...

Recorrí con los dedos su piel curtida. Veteada de venas rotas y manchas de la vejez.

—Por el amor de Dios, chica. Soy un viejo.

Acaricié con los labios el contorno de su caja torácica.

—Eres mi viejo —dije.

—Soy tu viejo con suerte.

—Cuéntame una historia —le incité.

—Estoy cansado, nena.

—Venga.

—No sé. Ya te he contado las mejores.

—Pues invéntate algo.

—Bueno... —dijo, y suspiró.

—¿Qué?

—Apaga la luz, cariño. Me molesta en los ojos.

Encontré el interruptor. La habitación volvió a sumirse en la penumbra. Tan solo un resplandor lechoso de las farolas del exterior.

—Estaba pensando en algo —continuó.

—¿En qué?

—En un cuento. Solo me acuerdo un poco del principio.

—Cuéntamelo.

—Es de *Las mil y una noches*. Solo sé el comienzo. Un pescador se encuentra una botella, ¿vale? La abre y ¡zas! Sale un condenado genio enorme. El genio dice: «Voy a acabar contigo, hombrecillo», y el pescador contesta: «¡Por favor, no me mates! ¿Cómo es que quieres matarme si acabo de liberarte de la botella?». El genio le explica que lleva trescientos años encerrado en la botella. Y le dice que los primeros cien años juró que daría riquezas eternas a quien lo pusiera en libertad. Pasaron cien años y no apareció nadie. Cuando llevaba doscientos años de encierro, el genio prometió que desenterraría todos los tesoros ocultos de la Tierra y se los ofrecería a la



persona que lo liberara. Tampoco apareció nadie. De manera que, después de trescientos años, el genio ya se había hartado. Estaba lleno de rabia y furia, y dijo: «¡A la mierda! Voy a matar al primer hijo de puta que me libere». Así que...

Eddie se detuvo. Una sirena gimió a lo lejos.

—¿Sí? —susurré.

—Ya está.

—¿Qué le pasó al pescador?

—No me acuerdo. Solo estaba pensando en el principio del cuento. En lo que le pasa al genio cuando lleva tantos años encerrado en la botella. Me recuerda a cuando estuve en la cárcel. Al principio te engañas a ti mismo. «Puedo cumplir la condena — te dices—. Puedo cumplir cinco años, no hay problema.» Luego te niegan la condicional. Y luego otra vez. Pierdes todo el optimismo por la vida. Cuando sales estás lleno de amargura y odio hacia todo el mundo. Ya es demasiado tarde; en realidad, la fecha de tu puesta en libertad no llega nunca. Todas tus emociones siguen encerradas. Ya nunca más te sentirás bien por nada.

—¿Así es como te sientes?

—Es como me sentía, Julie. No podía hacerme ni la más remota idea de cuánta ira guardaba en mi interior. Era como si se hubiera endurecido o algo así. Jamás pensé que podría volver a ser feliz. Hasta... —Se le entrecortó la voz. Tragó saliva—. Hasta que te conocí.

Alargó el brazo hacia mí en la oscuridad. Le toqué la cara. Estaba empapada de lágrimas.

—Tú me has liberado —dijo—. Me has liberado de verdad.

Me besó.

—Y a cambio quiero darte todos los tesoros ocultos de la Tierra.

—Entonces, ¿no quieres matarme? —pregunté.

Eddie se rió.

—No —respondió. Luego su voz se volvió seca y fría de repente—. Quiero matar a otra persona.

—Chsss —dije, abrazándolo contra mí.

Había algo que me estaba callando. No le había contado que quería matar a Harry Starks. No quería ocultarle nada a Eddie, pero sabía que no podía contárselo porque intentaría detenerme. O algo peor. Intentaría hacerlo él. Otra temporada en la cárcel lo mataría. ¿Cuánto me caería a mí? Cadena perpetua con una petición de quince años de condena, en el peor de los casos. A cambio, obtendría la vida. Recuperaría mi vida. No me importaba pasar un tiempo en la cárcel de Holloway.

Pero sabía que eso disgustaría a Eddie. Puede que no siguiera con el plan si sabía cómo iba a acabar todo. Y yo necesitaba llegar hasta Starks. De modo que acordamos que el plan consistiría en entregar a Starks una vez que hubiéramos conseguido engatusarlo para que volviera al país. Y ya estaba todo prácticamente arreglado. Habíamos encontrado el lugar, el almacén donde estaba escondido el oro. Eddie había

hecho un trato con el policía retirado que trabajaba para la compañía aseguradora del oro. Lo único que faltaba era convencer a Jez de que usara el almacén como decorado.

Durante todo ese tiempo continué con mi relación con Jez. Necesitaba que siguiera funcionando como fuera. No podía permitir que fracasara, no en ese momento. Todo tenía que ir como la seda. Así que actué con mucha cautela y lo organicé todo cuidadosamente. Piers sospechaba, lo cual no resultaba de ayuda, pero Jez estaba muy ocupado ocultando su propia infidelidad y esforzándose por mantener las apariencias. Mentir nunca se le había dado tan bien como a mí.

Seguíamos acostándonos. Y era agradable desde el punto de vista del rendimiento físico. Empecé a detectar un elemento competitivo en el sexo. Tal vez siempre había estado ahí y no me había percatado antes. Pero yo seguía acabando encima. Jez oponía resistencia, pero yo sabía que era lo que le gustaba. Sospechaba que la frágil y menuda Georgina no lo complacía a ese respecto.

A Eddie no le gustaba que siguiera acostándome con Jez. Intenté hablarlo con él, pero no sirvió de nada. No podía explicarle a Eddie que lo que había entre nosotros era más profundo y auténtico que lo que ocurría entre Jez y yo. Era cuestión de entendimiento, pero no sabía cómo expresarlo con palabras. Entonces se me ocurrió: el uso que se da en la Biblia al verbo «conocer» para referirse al sexo. Así es como me sentía con Eddie. Era puro conocimiento. Era algo que él y nadie más que él podía ofrecerme. Había estado conociendo durante toda mi vida, no me había quedado más remedio. Pero ahora estaba siendo conocida. Y era algo maravilloso.

Por otra parte, tenía ganas de hablar con Jez; él también tenía derecho a saber lo mío. Decidí que se lo contaría en cuanto pudiera. Ya no podía faltar mucho. Mientras tanto, seguí con la engañosa apariencia de felicidad de muchas parejas jóvenes. Todavía sentía afecto por él y él todavía me necesitaba, más que nada por el apoyo que le daba. No solo en las cosas prácticas, sino también en el plano emocional. Él albergaba toda clase de inquietudes y dudas sobre la película, y se acercaba el momento en que iba a tener que demostrar su capacidad. Me daba la impresión de que aquella chica exigía demasiado su atención. Me preocupaba que no fuera adecuada para Jez.

Finalmente había llegado a entender a Jez. Supongo que ahora me sentía más distanciada y menos molesta con él de lo que lo había estado en el pasado. Cuando volví a repasar el guión, a petición de Piers, me sorprendió la cantidad de insultos relacionados con la sexualidad que había. Estaba lleno de hombres que se llamaban «maricones» o «nenazas»; en un determinado momento, un personaje hablaba de «tener que bajarme los calzoncillos». Al principio pensé simplemente: «Vaya, homofobia de colegio privado, qué gratuito». Pero luego comprendí que guardaba relación con la «crisis de la masculinidad» y la «feminización de la cultura» sobre las

que habían estado dando la tabarra algunos expertos en la prensa. Era algo que Piers expresaba vagamente, aunque seguía prefiriendo fingir que disfrutaba hablando de fútbol o de la semiótica de las películas de acción. Había creído que todo eso de la crisis de la masculinidad iba un poco en broma. Pensé en la generación de mi padre, en su mundo: a ellos no les habría venido mal un poco de eso. En aquel entonces habría parecido todo un lujo.

Pero Jez no intelectualizaba, era una encarnación instintiva de esas ideas contemporáneas. Tal vez fuera ahí donde residía realmente su talento. Yo había descubierto que se hacía el duro a causa de la tremenda sensibilidad que tenía que ocultar al mundo. En los días previos al rodaje se abrió conmigo respecto a sus años de colegio. Había sido un adolescente nervioso y bastante menudo. Debido a la dislexia, había tenido que recibir clases especiales. Los demás chicos lo llamaban «zoquete» o «Scott el Especial». Incluso los profesores se burlaban a su costa. Mi arrogancia de esforzada chica de clase obrera me había impedido ver que él también había sufrido. Y *Bulldog de desguace* iba a ser su venganza, al igual que la mía. Una venganza contra las personas que se habían burlado de él y lo habían humillado. La venganza del pobre chico torpón de clase media.

Fuimos a ver el almacén. Jez, Piers, Eddie y yo. Estaba muy preocupada por si a Jez no le gustaba. No dijo nada durante un buen rato. Se dedicó a dar vueltas por el lugar, mirándolo desde distintos ángulos. Alzó la vista hacia la luz que entraba a raudales por las claraboyas rotas, difuminándose a través de las motas de polvo que flotaban en el aire. Se plantó en el centro y miró a su alrededor una vez más. Entonces asintió muy despacio.

—Es genial —dijo.

—¿Verdad que sí? —murmuró Eddie irónicamente.

—Podemos rodar aquí como mínimo tres de las secuencias principales de interiores —le estaba diciendo Jez a Piers.

Busqué la mirada de Eddie. Vio la expresión de alivio en mi cara y me guiñó el ojo.

—¿Y cuál es el trato por el local? —preguntó Jez.

—Bueno... —Eddie se encogió de hombros—. Hemos hablado con la inmobiliaria. Cutthroat Productions podría conseguirlo por un alquiler muy razonable.

—¿Sí?

—Sí. Así que ¿qué opinas?

Eddie me dirigió una mirada nerviosa.

—Creo que vamos a utilizarlo —dijo Jez.

Guiñé el ojo a Eddie. Jez seguía en su mundo, caminando de aquí para allá, preparando planos.

—Es fantástico —dijo, moviendo nerviosamente sus ojos azules al tiempo que le asaltaban las ideas.

Estábamos casi a punto para rodar, y Jez había vuelto a la vida después de meses de cavilaciones. Me alegraba por él.

El rodaje de *Bulldog de desguace* comenzó el 2 de septiembre de 1996. Lo primero que se filmó fue una escena de una partida de póquer. Se trataba del cameo de Ruby Ryder en el papel de la repartidora de cartas Lady Manitas. El plató se montó en el almacén, y había poco más que una enorme mesa con fieltro verde y unas pantallas suspendidas sobre ella.

Cuando llegó Ruby se armó un gran revuelo. Nunca había sido una gran estrella, pero gozaba de esa clase de fama típicamente británica. Era una especie de icono, y yo sabía que había acertado al proponerla para el papel. Ella podía aportar el carisma adecuado a la película. Durante la comida, algunos miembros del reparto y del equipo se acercaron a pedirle autógrafos. Ruby bromeó al respecto.

—Soy una actriz de culto —anunció en voz alta con su afectado estilo camp—. Soy una auténtica actriz de culto.

Un joven atractivo aunque algo nervioso la acompañaba cuando llegó. Se llamaba Greg. Me pidió que me ocupara de él.

—Lo conocí haciendo el musical —me explicó.

—Parece agradable.

Ella suspiró.

—Oh, lo es, cielo. Muy agradable. Es un chico dulce y sensible. Cuando empezamos a salir fue algo maravilloso, pero está resultando duro para él. Tiene que lidiar con este legendario personaje mío. Últimamente no le dan papeles, y ya sabes cómo puede afectar eso a la confianza de uno en el mejor de los casos. Me preocupa estar castrándolo. Tampoco ayuda que Eddie esté aquí.

—Sabías que trabajaba de asesor en la película.

—Sí, pero no sabía que iba a estar en el plató.

Ruby y Eddie se acercaron el uno al otro con cautela. Pequeñas señales, educados gestos de cabeza y tentativos saludos. Entonces Eddie sonrió ampliamente, abrió mucho los brazos y la abrazó besándola en las mejillas.

—Estás fantástica, Ruby —dijo.

Ruby se puso un poco tensa ante su abrazo, luego sonrió y dejó caer los hombros.

—Sí, sí —dijo—. Cuidado con el maquillaje.

Debo confesar que sentí una punzada de celos al verlos riéndose. Había visto fotos de ellos cuando estaban juntos en los años sesenta. En aquel entonces formaban una pareja muy glamurosa.

El plató se iluminó y se encendió una máquina de humo.

—Oh, qué atmosférico —exclamó Ruby, y luego me susurró por la comisura de la boca—: No es precisamente una película de gran presupuesto, ¿eh?

Pero no se quejó en voz alta en ningún momento. Era una profesional de la vieja

escuela. Siempre sonriendo, nunca dando problemas ni mostrándose superior.

Para los primeros planos en que se barajaban y repartían las cartas en abanico se usó a un auténtico tahúr. Era un hombre, pero le habían maquillado las manos y puesto unas puntiagudas uñas postizas de color rosa en la punta de los dedos. Ruby salió del plató y charlamos un rato.

—Eddie parece feliz —dijo.

—Sí, supongo.

—No, digo muy feliz. Nunca lo he visto tan feliz. No desde...

Me miró a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—He visto cómo te ha mirado antes. Y me ha recordado algo. Me acuerdo de que hubo una época en que me miraba así.

En ese preciso instante se acercó Piers.

—Tenemos un problema con el repartidor de cartas —me dijo.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que afeitarle los antebrazos.

—¿Qué?

—Tiene demasiado pelo.

Ruby soltó una risita.

—Pues que se los afeiten —dije.

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Todavía no se lo he pedido. Me preguntaba si podrías pedírselo tú.

—Por el amor de Dios...

—He pensado que sería mejor que se lo dijeras tú.

Suspiré.

—Está bien —accedí—. Ahora voy.

—¡Y asegúrate de que no pide más dinero por eso! —gritó Piers mientras se alejaba.

—Ruby... —murmuré.

—Mira, ya sé que no es asunto mío, pero pasa algo, ¿verdad?

Me encogí de hombros y asentí.

—Bueno, sigue siendo un seductor.

«Sí —pensé—. Pero fui yo quien lo sedujo.»

—Eddie es problemático, ¿sabes? —dijo.

«No. Yo soy la problemática.»

Acabamos a eso de las ocho de la tarde. Había sido una buena jornada de trabajo y un buen comienzo de película. La presencia de Ruby había levantado los ánimos de todo el mundo. En el rodaje se respiraba un ambiente de gran acontecimiento. Una extraña sensación de que podíamos tener algo importante entre manos.

Jez felicitó a Ruby cuando se marchaba del plató. Parecía sobrecogido.

—Muchísimas gracias, Ruby —dijo—. Has estado fabulosa.

Por una vez su voz sonaba cortés y refinada; se mostró encantador.

Los acompañé a ella y a Greg al coche.

—Oye, cielo —me dijo mientras Greg se adelantaba—. No quería entrometerme.

—No pasa nada.

—Me refiero a que no soy la más indicada para hablar, con mi jovencito. — Señaló con la cabeza a Greg, que ya no podía oírnos—. Tiene treinta y dos años. Parece más joven, ¿verdad?

—Ruby...

—Sí, cielo.

—No se lo digas a mamá. Todavía no.

—Ni se me ocurriría, cielo. Tú ten cuidado con ese, nada más.

—Claro que lo tendré —mentí.

*Bulldog de desguace* tenía un calendario de rodaje apretado. Todos los miembros del equipo trabajaban mucho a cambio de poco dinero y escasas comodidades. Sesiones de rodaje en el almacén desde muy temprano, y alguna que otra de noche. Jez estaba utilizando toda clase de efectos especiales y modernos trucos de cámara que había aprendido rodando anuncios y vídeos musicales, planos tomados con steadicam ralentizados y acelerados. La mayor parte de la acción parecía transcurrir a cámara rápida o lenta, con llamativos colores saturados con un filtro marrón sucio. A los personajes se los presentaba con imagen congelada y voz en off. Los diálogos se sucedían en staccato, como en un número de variedades. Piers tenía razón: estaba tomando la forma de una comedia disparatada llena de ultraviolencia estilizada y bufonesca. Pero avanzaba con una vitalidad nerviosa y juvenil que compensaba con pura brillantez su falta de envidia.

Las interpretaciones, si es que las había, eran de diversa calidad. La actuación de Joe Patterson mostraba una seriedad que, por desgracia, desentonaba por completo con cuanto le rodeaba. Había un gran naturalismo en lo que hacía, era como si un personaje real se hubiera encontrado en medio de unos dibujos animados. Yo sospechaba que no se estaba entregando de verdad. Lo veía pelearse con el guión, tratando en vano de hallar algo en lo que pudiera creer. La mayoría de los demás miembros del reparto parecían modelos masculinos en una sesión fotográfica de moda especialmente frenética, con pistolas como accesorios de diseño; estaban deslumbrantes con abrigos Crombie, trajes y polos Gabicci que nunca parecían ensuciarse pese al caos que les rodeaba. Una vez más, Piers estaba en lo cierto: aquella imagen era idónea para el público de falsos chicos duros que pretendía captar. Un himno a la moda de ejecutivo y al acicalamiento masculino; verían en pantalla versiones más glamurosas de sí mismos, lo encontrarían sexy, un anuncio de sus

sueños más íntimos de brutalidad vestida de sastrería.

Pero la auténtica sorpresa de la película fue Gaz Kelly, que interpretaba al jefe de la banda. Cuando vimos los copiones, descubrimos algo asombroso en su encarnación de Big Lenny. Había un fulgor especial en su presencia, como si tuviera luz dentro. Una auténtica furia chispeante que saltaba del celuloide. Era una interpretación estilizada pero también instintiva. Un hiperrealismo acrecentado, una exagerada coreografía amenazadora que resultaba persuasiva y convincente, como Cagney o algo así. No se le daba muy bien pronunciar las líneas de diálogo, pero su animalidad captaba la atención como un imán.

La elección de Kelly había generado cierta preocupación. En el pasado había sido un auténtico delincuente y acababa de ser puesto en libertad tras ser absuelto de una acusación de asesinato. Pero Piers estaba convencido de que aquello sería una buena publicidad para la película. «Autenticidad», insistía por millonésima vez.

Eddie no estaba tan convencido con las credenciales delictivas de Gaz.

—No es uno de los muchachos —comentó—. Exagera mucho. Para mí, es más bien un imitador.

—Puede que sea por eso —dije, comprendiendo de repente por qué Gaz daba tan bien en pantalla—. Lleva interpretándolo toda la vida. Por eso transmite tanto.

Eddie y yo no tuvimos mucho tiempo para estar juntos durante el rodaje en el almacén. Y teníamos que concentrarnos en el plan. Él creía haber descubierto dónde estaba enterrado el oro. En una parte del suelo había una porción de cemento distinta del resto. Una noche la había examinado con un detector de metales, cuando el almacén estaba vacío. Una vez que concluyera el rodaje, nos reuniríamos allí con Starks y lo desenterraríamos.

Nos estábamos aproximando rápidamente a lo que Jez llamaba el «desenlace».

Jez estaba absorto en su trabajo, moviéndose por el lugar casi en estado de trance. Me sorprendí encontrándome en todo momento a su lado. Nos habíamos acostumbrado el uno al otro y podíamos trabajar codo con codo y entendernos sin necesidad de hablar. Pero yo quería saldar mi cuenta con él. Se lo debía.

Tras el último día de filmación en el almacén, fuimos a su casa. Estábamos quemados y exhaustos, pero acabamos teniendo una sesión de sexo vigoroso hasta altas horas de la madrugada. Se respiraba una especie de liberación, una sensación de abandono, de relajación.

—Tengo que contarte algo —dije más tarde.

—Estoy muy cansado, nena —gimió él.

—Es importante —insistí—. Te traeré una copa. Vas a necesitarla.

Cogí una botella de vino de la nevera y serví una copa para cada uno. Me senté en el borde de la cama.

—Sabes que mi verdadero apellido es McCluskey —comencé.

—Sí.

—¿Alguna vez te has preguntado quién era mi padre?

—Nunca has hablado de él, solo lo del accidente de tráfico. —Se incorporó en la cama—. ¿A qué viene esto, Julie?

—Mi padre era de Glasgow.

Suspiré. No sabía cómo contarle aquella historia. Lo cierto era que no quería hacerlo; solo quería que Jez la supiera. Así que cogí el libro *London Underworld* de un lado de la cama, busqué la referencia a mi padre y se lo pasé.

—Este es mi padre —le dije, señalando el pasaje relevante.

Jez lo leyó despacio, resiguiendo cada palabra con el dedo y frunciendo el ceño ante el texto.

—Está todo ahí —dije—. Big Jock McCluskey. Como uno de tus malditos personajes. No aparece ninguna mención a mi madre ni a mí, por supuesto. Pero a nadie le interesa eso, ¿verdad?

Jez alzó la vista del libro, boquiabierto por el asombro y la curiosidad.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo habría hecho si las cosas hubieran sido distintas. Llevo toda la vida intentando escapar de esa parte oscura de mi pasado. Y entonces descubro que mi novio de clase media está obsesionado con eso. No es precisamente tranquilizador para una chica, ¿sabes?

—Pero dijiste que te gustaba la película. Por Dios, pero si hasta has participado en ella.

—Jez, *Bulldog de desguace* no tiene mucho que ver con la realidad.

—¿No crees que sea buena?

Me eché a reír. Era muy típico de él pensar en su estúpida película incluso en aquel momento.

—No es un reflejo muy real —le dije—. Pero ¿a quién demonios le interesa la realidad? Yo quería que tuvieras éxito, Jez, por eso he ayudado en la película. Y creo que lo vas a tener. A todos les encantará y se lo tragarán, igual que tú.

Empecé a vestirme.

—Ahora tengo algo que hacer. Me marcho.

Jez se sentó en la cama.

—Me preocupaba por ti, ¿sabes? —dijo.

—Lo sé.

—Sabía que me escondías algo, pero nunca hablabas conmigo. Ojalá lo hubieras hecho.

—Lo siento.

Hizo un mohín malhumorado.

—No es agradable que te mientan.

—Bueno, hace tiempo que ninguno nos decimos la verdad, ¿no? Sé lo de Georgina.



—¿Qué?

—Sí.

—Puedo explicártelo.

—Por favor, Jez. No importa. No te culpo. Aunque no creo que te convenga. Es la clase de niña pija que yo quería ser antes. Pero un poco ñoña. Tú necesitas una mujer fuerte en tu vida. Alguien mayor, tal vez.

Mientras me preparaba para irme, Jez me siguió por el piso en un estado de perplejidad.

—¿Y qué va a pasar ahora? —dijo.

—Ya te lo he dicho. Me marchó. Adiós, Jez. Buena suerte con todo.

Llegué a la puerta y me volví para mirarlo por última vez. Sus ojos azules reflejaban indefensión. Un niño perdido.

—Todo irá bien, Jez —le dije, y lo besé en la mejilla.

Camino de casa de Eddie, pensé: «Eso es, voy a despedirme de todo el mundo». Pensé en mamá, en explicárselo todo. Pero ella lo entendería, medité. Después de todo, en parte estaba haciendo aquello por ella. De repente me dio un vuelco el estómago y comprendí que estaba asustada. Pero era un temor útil, como el miedo escénico. Me ayudaría a permanecer concentrada.

INTERIOR. UN ALMACÉN. NOCHE.

Perspectiva cenital. EDDIE está plantado bajo un foco de luz. Ruido de la puerta del almacén al abrirse, pasos. Al principio vemos la sombra de un hombre, luego HARRY STARKS entra caminando hasta situarse bajo la luz.

HARRY: Vaya, qué atmosférico, ¿no?

*No puedo evitar verlo así. He acusado a Jez de falta de realismo y ahora yo caigo en lo mismo. Tengo que concentrarme. Estoy oculta en la oscuridad, subida en una pasarela elevada junto a una zona de carga y descarga. El plató todavía no ha sido desmontado del todo y hemos utilizado uno de los focos de la película para iluminar el edificio. De modo que el local tiene un aspecto teatral, cinematográfico. Yo estoy esperando entre bastidores. Esperando mi entrada. Tengo la impresión de que debería estar meditando con claridad sobre el asunto que me ocupa, y no absorta en una ilusión del mismo. Tal vez se deba a todo este tiempo que he pasado en la maldita película. Me ha afectado. Pero tal vez esa sea la forma de enfrentarse a ello. Distanciarme para así poder seguir adelante...*

—Sí —contestó Eddie—. Hemos estado utilizando este lugar para una película.

—¿Así que esta era la tapadera?

—Algo por el estilo.

—He aparcado la furgoneta fuera. ¿Está aquí?

—Dentro de poco lo descubriremos.

Eddie había marcado un rectángulo en la porción de cemento desigual donde, según el detector de metales, podía estar escondido el oro. Alzó un pico.

—Me temo que vamos a tener que hacerlo a mano —dijo—. ¿Quieres empezar?

Starks se encogió de hombros. Eddie le pasó el pico.

—Ya era hora de que te mancharas las manos —le dijo.

Comenzaron a cavar. Se turnaron para resquebrajar el cemento con el pico. Extrajeron trozos con la mano. Cuando el agujero fue lo bastante grande, utilizaron también una pala. No sé cuánto tiempo pasó, hasta que por fin Eddie se detuvo y gritó:

—¡Espera!

Se tumbó en el suelo y metió el brazo en el agujero. Tiró de algo hacia arriba. No pudo moverlo. Se levantó y señaló una zona determinada de la excavación.

—Da otro golpe en esa parte —dijo.

Starks hizo caer el pico con fuerza. Esta vez Eddie metió el brazo y sacó algo que al principio parecía un ladrillo.

—Joder —gimió—. Me había olvidado de lo que pesan estas cosas.

Limpió el polvo del objeto, que refulgió bajo el reflejo de la luz.

—Hostia puta —exclamó Starks con voz entrecortada.

Comenzaron a sacar el resto.

—Nadie más sabe esto, ¿verdad? —dijo Starks.

Eddie negó con la cabeza.

—Están todos muertos, Harry.

—¿Está todo el oro?

—Eso parece.

—Muy bien. Pues vamos a cargarlo en la furgoneta.

Cuando hubieron terminado, Starks llevó una bolsa de viaje al almacén y la dejó caer en el suelo.

—¿Quieres contarlo? —le preguntó a Eddie.

—Le echaré un vistazo —contestó él.

Se agachó, abrió la cremallera de la bolsa y removié el contenido.

—Parece que está bien —dijo. Starks sonrió.

—Todo por un solo día de trabajo. Bueno, Eddie, entonces se acabó.

Avanzó hacia Eddie con la mano extendida. Eddie sacó la pistola y le apuntó con ella.

—No del todo, Harry.

—Pero ¿qué coño...?

Alzó las manos frente a él instintivamente.

—Mantén las manos en alto.

—No me jodas.

—Hablo totalmente en serio, Harry. Starks suspiró y sacudió la cabeza.

—Eddie, los dos estamos demasiado viejos para esto.

Eddie metió la mano en la parte delantera de la chaqueta de Starks y sacó una pistola.

—Vaya, los dos hemos venido preparados, ¿verdad, Harry? —dijo, retrocediendo

lentamente.

—Escucha, hablémoslo con calma.

—Y ahora las llaves, Harry.

—¿Qué?

—Las llaves de la furgoneta. Tíramelas.

Starks se las lanzó y cayeron tintineando en el suelo de hormigón.

—Estás cometiendo un grave error, Eddie. No te saldrás con la tuya.

—No tengo esa intención.

—¿Qué?

—Ya lo descubrirás. Hay alguien que quiere hablar contigo.

Esa era mi señal. Bajé la escalera y me dirigí hacia la luz. Por primera vez pude echar un buen vistazo a Starks. Desde arriba, encuadrado por las densas sombras, parecía imponente. De cerca, a la luz deslumbrante del foco, se le veía ajado. No había envejecido tan bien como Eddie. Sus facciones estaban hundidas y la zona de alrededor de los ojos, hinchada. Tenía un aire angustiado. Yo esperaba encontrarme con un monstruo, pero me hallaba cara a cara con un triste hombrecillo.

—Esta es Julie —anunció Eddie—. Julie McCluskey.

—¿Ah, sí?

Tenía que despejar de mi mente todo sentimiento de compasión o empatía. Tenía que concentrarme en lo despiadado que él había sido.

—Ni siquiera sabes quién soy, ¿verdad? —pregunté—. Dudo que te acuerdes.

—Lo siento, preciosa, no he tenido el placer. Oye, Eddie, ¿puedes decirme qué cojones está pasando?

Eddie me entregó la pistola de Starks y se sacó el móvil del bolsillo. Llamó a Taylor, el ex policía, y a Tony, el periodista al que conocí aquella vez en la oficina, para decirles que estábamos listos. Apunté a Starks con el arma. «Estaría bien matarlo con su propia pistola», pensé.

—Oye, cariño, ¿te importa no apuntarme con eso?

—Cállate —dije, sintiendo el peso del arma, sosteniéndola firmemente con las dos manos—. Quiero que pienses muy detenidamente. Quiero que recuerdes lo que hiciste.

—No sé de lo que estás hablando, cariño —dijo.

—Pues piénsalo, ¿vale?

Me miró con el ceño fruncido. Eddie había acabado de hablar por teléfono. Lo apagó y se lo guardó en el bolsillo.

—Están de camino —dijo.

—¿Quiénes? ¿Tienes un equipo esperando para acabar conmigo? No pensaba que ese fuera tu estilo, Ed.

—Voy a hacer algo todavía menos propio de mí. Voy a devolver el oro.

—¿Devolverlo? ¿A quién se lo vas a devolver?

—A quien le pertenece.

—Pobre imbécil... ¿Por qué coño ibas a querer hacer eso?

—Quiero hacer lo correcto por una vez.

Starks se echó a reír.

—Joder, Eddie, esto sí que es la monda.

—Sí. Pues hay algo todavía más gracioso. Vamos a entregarte.

—Un momento...

—Esta es Julie McCluskey. Ya sabes, la hija de Jock.

Por un instante Starks se quedó boquiabierto y con los ojos como platos. Me miró fijamente.

—Coño —exclamó entre dientes.

—Sí —dije yo—. Una más de tus víctimas. Lo que le hiciste a mi padre me ha marcado toda la vida. Quiero que pienses en ello.

—¿Y me vas a entregar por eso? Bueno, escucha...

—No —repliqué—. Escucha tú. No te vamos a entregar. —Volví a sostener firmemente la pistola, apuntando a su cara de incredulidad—. Voy a matarte.

—¡Julie! —exclamó Eddie.

—Como tú hiciste con mi padre.

—Julie —dijo Eddie—, espera.

Sabía que, cuanto más tardara, más me costaría apretar el gatillo. Pero antes de matarlo quería que supiera lo que había hecho.

—Quiero que pienses en ello. Me arruinaste la vida, Harry Starks.

—Baja la pistola, Julie —dijo Eddie.

—No. Así es como se hace, ¿no? Sin acudir a la policía ni preocuparse por las consecuencias de matar a otro ser humano. Así es como se hizo entonces, ¿no?

—Julie, van a llegar en cualquier momento —continuó Eddie—. Baja la pistola, por el amor de Dios.

—No me preocupa que me cojan. Me da igual ir a la cárcel. Solo quiero que sepa lo que hizo y por qué va a morir.

En ese momento Starks se abalanzó hacia delante. Eddie se volvió y le puso la zancadilla. Starks tropezó y cayó al suelo a cuatro patas.

—Lo siento, Harry —dijo Eddie—. Julie, por favor, no lo hagas.

—Cállate, Eddie. Quiero vengarme de una puta vez. —Apunté con la pistola a la figura que se arrastraba por el suelo—. No te levantes —le dije.

—¡Me cago en Dios! —escupió Starks, alzando la vista hacia mí—. Mira, chica, ¡yo no lo hice!

Necesitaba que reconociera lo que había hecho. Necesitaba oírlo de su boca.

—¡Mentiroso! —grité—. Me arrebataste la vida. Ahora vas a pagar por ello.

Starks se incorporó hacia atrás, apoyándose en las rodillas.

—Pues venga, adelante, chica. Dispárame —dijo encogiéndose de hombros.

—Julie, por favor —suplicó Eddie.

Le apunté a la cabeza con la pistola. «Dispárale», pensé. Pero quería que se

viniera abajo y confesara, y no lo estaba haciendo.

—Pero yo no soy el que mató a tu padre —continuó Starks.

—No te creo.

—Entonces dispárame. Acaba de una vez. De todas formas, soy hombre muerto.

Empecé a imaginar cómo sería disparar a alguien. ¿Sería como en una película de Tarantino o en una de esas extrañas y violentas películas de gánsteres japonesas que tanto le gustaban a Jez? Sería más fácil imaginarlo de esa forma que enfrentarse al verdadero horror del acto. Pero entonces estaría haciendo exactamente lo que había criticado de Jez: glorificar la violencia. ¿Era eso lo que estaba haciendo? «No, no —pensé—, no debo dudar ahora. Hazlo, no pienses en ello, acaba de una vez.» Justo en ese momento, Taylor y Tony entraron en el almacén.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó el ex policía con expresión conmocionada.

El periodista permanecía a su lado con una sonrisa perpleja.

—Quiere matarme —anunció Starks.

—Las cosas se han desmadrado un poco —explicó Eddie.

—Solo quiero que lo admitas —le dije a Starks.

—Pero no estaría diciendo la verdad, querida.

Taylor se acercó a mí lentamente.

—Tranquila, muchacha —dijo—. ¿Que admita qué exactamente?

—Que mató a mi padre.

—¿A quién?

—Jock McCluskey.

—Yo no lo hice —insistió Starks.

—¿Big Jock? —preguntó el ex policía—. ¿Eres la hija de Big Jock?

—Sí —respondí—. Escuchadme bien, todos vosotros. Soy la pequeña Julie. Soy la niña a la que le quitaron el padre y a la que indemnizaron pagándole las clases de interpretación. ¿A qué vino eso?

—Fue lo que quiso tu madre.

—¿Por qué? ¿Porque te sentías culpable? ¿Para compensar lo que hiciste?

—Espera un momento —dijo Taylor.

—No fue nada de eso. Jock pertenecía a la organización. Era una responsabilidad.

—¿Responsabilidad? Tú no sabes lo que significa esa palabra.

—Espera —insistió Taylor.

—Quiero que entiendas lo que es la responsabilidad. Admítelo.

—Él no mató a tu padre —dijo Taylor.

—¿Qué? —pregunté.

—Cálmate un momento y déjame que te lo explique.

—¿Y quién coño eres tú? —preguntó Starks.

—Frank Taylor. Trabajé en el cuerpo, ¿te acuerdas? Nos vimos un par de veces. Starks lo miró entornando los ojos.

—¿Trabajaste para Vic Sayles?

—Sí. Y formé parte del equipo que te trincó en el sesenta y nueve.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Me dieron una distinción.

—Siento interrumpir la reunión, caballeros —dije—. Pero ha dicho que él no mató a mi padre. ¿Cómo lo sabe?

—También trabajé para George Mooney. Era el detective retirado al que mataron en la misma época que a tu padre.

—Sí, sé lo que le pasó. Continúe.

—Trabajé con él en una investigación interna sobre la corrupción entre los agentes del sur de Londres. La Operación Llave. En realidad era una tapadera: queríamos evitar que la corruptela generalizada en el cuerpo llegara a ser de dominio público... ya sabéis, lo de la «organización dentro de la organización» y todo eso, y conseguimos limitar la investigación a tres detectives de rango inferior que iban a cargar con la culpa. El caso es que un tipo, un oficial de policía llamado O'Neill, no quería agachar la cabeza y amenazó con empezar a cantar historias muy feas. Así que Mooney se encargó de que le pagaran para que se largara del país. Acabó en Marruecos un tiempo y luego en la Costa del Sol, cuando se eliminó la extradición. Hizo algunos negocios con Mooney cuando este se jubiló allí. En fin, en los ochenta O'Neill volvió y se entregó. Pasó un tiempo a la sombra y contó todo tipo de historias. Y, según una de ellas, Mooney había sido quien había matado a Jock McCluskey y le había cargado el muerto a Harry.

—¿Cómo sabe que decía la verdad?

Taylor se encogió de hombros.

—Bueno, le guardaba rencor a la policía de Londres, eso seguro, pero nos dio ciertos detalles, de los que nadie más podía estar al tanto, que coincidían con la investigación realizada por la policía española. Pero nadie quería volver a desenterrar todo el asunto, habría dado mala impresión. Así que nos ceñimos a la línea oficial: que lo había hecho Starks.

—Muchas gracias —murmuró Starks.

—Bueno, al fin y al cabo, tú mataste a Mooney —dijo Taylor.

—Tampoco hice eso, amigo.

—¿De veras? Entonces, ¿quién...?

—No me creerías si te lo dijera.

—¡Basta! —grité—. No me lo creo. No voy a creerme eso.

Volví a apuntar con la pistola. Me temblaba el pulso. Starks levantó las manos suplicante. Parecía un mártir demente arrodillado en el suelo.

—Entonces dispárame —dijo—. Me harás un favor.

Estaban intentando arrebatarme aquello. Tenía que hacerlo enseguida. Me temblaba el dedo contra el gatillo.

—De todas formas, soy hombre muerto.

—Eso ya lo has dicho antes. ¿A qué te refieres?

—Tengo cáncer. Inoperable. Me queda un año. Dos, quizá. No va a ser un bonito final. Tal vez sería bueno acabar de una vez. —Suspiró—. A decir verdad, estoy harto de huir. Siempre he querido morir en mi tierra natal. Nací aquí cerca, un poco más arriba, ¿sabes?

Me eché a temblar.

—Julie —dijo Eddie suavemente.

Dejé caer los brazos. No era justo. Ya no habría venganza. Ni desagravio. Y nada tendría significado. Otro crimen más sin resolver. Otra vida sin resolver.

—¿Por qué? —Comencé a sollozar—. ¿Por qué no puedes ser el hombre al que quiero matar?

Las lágrimas brotaron. Eddie se acercó y me rodeó con el brazo.

—Chsss —susurró—. Está bien.

—¡No, no lo está! —gemí—. Yo no estoy bien. Ya nunca estaré bien.

Harry Starks se levantó del suelo y se sacudió un poco. Eddie se giró hacia él y le apuntó con la pistola.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Quieres entregarme? —preguntó Starks.

—¿Julie? —preguntó Eddie.

—Solo quiero que te largues —le dije a Starks.

—¿Frank?

—Estoy retirado, Eddie. No necesito más distinciones. Pero sí quiero el oro.

Eddie se agachó y recogió las llaves de la furgoneta. Se las entregó a Taylor.

—Llévate la furgoneta a otra parte, ¿de acuerdo? Para que el oro se pueda recuperar oficialmente lejos de aquí. No quiero que nadie se vea implicado.

—Está bien —dijo él—. Gracias, Eddie. Hasta la vista, Harry.

Y se marchó.

—Bueno —dijo Starks, acercándose a la bolsa—. Recogeré mis cosas y me iré.

—No, no. —Eddie levantó la pistola—. Creo que eso es mío.

—Va, sé razonable, Eddie.

—Creo que me lo merezco después de todo lo que he pasado.

Starks se quedó quieto y pensativo un momento. Se encogió de hombros.

—Bueno, déjame quedarme con algo. A decir verdad, ando un poco corto de dinero.

Eddie hizo un gesto con la pistola.

—Adelante. Sírvete.

Starks cogió un par de fajos y se los metió en los bolsillos.

—Tenía un plan para el oro con el que podría habérmelas arreglado hasta que me llegue el fin —dijo—. Ahora ya he quemado todos mis contactos en el Caribe. Para serte sincero, estoy recogiendo las migajas.

—¿Adónde piensas ir ahora? —preguntó Eddie.

—Al norte de Chipre, supongo. Allí no hay extradición. Verás, Julie —me dijo—.

Yo... siento mucho lo de tu padre, pero...

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Qué?

—Era lo que ibas a decir, ¿no? Es lo que dice todo el mundo. Fue hace mucho tiempo. Toda una vida. Mi vida.

Lo miré. Tenía la mirada cansada de un hombre acosado. Pero había algo en sus ojos. Todavía ardía en ellos una especie de energía, el encanto del que todo el mundo hablaba. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarme engañar. Puede que no hubiera matado a mi padre, pero desde luego había matado a los padres de otras personas.

—Mira, lo que quiero decir... —comenzó él.

—Por favor —lo interrumpí—. Márchate.

—Muy bien —dijo.

—Un momento —intervino Tony de repente—. No vas a dejar que se vaya así, ¿verdad?

—¿Quién es este gilipollas? —preguntó Starks.

—¿Y qué hay de mi historia?

—Es un escritor —dijo Eddie.

Starks rompió a reír.

—¿Un escritor? Esa sí que es buena. Pues esta noche has presenciado una gran historia. Lástima que nadie vaya a creerte.

Empezó a alejarse. A lo lejos se oyó el ruido de la furgoneta al arrancar.

—Espera —dijo Tony.

—¡Que tengáis suerte! —gritó Starks al salir.

—¿Eddie? —insistió Tony.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ir detrás de él?

—Pero...

—Déjalo, Tony. Se acabó.

Eddie me quitó la pistola de Starks y la metió en la bolsa. Cerró la cremallera.

—Venga, cariño —dijo.

Me sequé la cara.

—¿Qué?

—Vamos.

—¿Vamos? ¿Adónde voy a ir ahora?

—Dame la pistola, Eddie —dijo Tony.

—¿Qué?

—Dame la pistola, aún puedo cogerlo. Todavía hay tiempo.

—No seas ridículo.

Los oí discutir detrás de mí mientras salía del almacén. Ya nada tenía sentido. ¿Adónde iba a ir ahora? No lo sabía. Eché a andar.

Un amanecer púrpura veteaba el cielo sobre las callejuelas del East End. El lucero del alba brillaba bajo e intenso por encima de la ciudad.



—¡Julie! —gritó Eddie detrás de mí.

Pero seguí caminando. Me sentía como un fantasma, vacía, perdida en el inmenso vacío de la mañana. Lo que yo había imaginado como una tragedia había resultado ser una farsa. Una broma de mal gusto en la que resonaba la risa cruel de la comedia. Había sido muy estúpida. No había final, ni resolución, ni desenlace. Me había creído jodidamente lista, pero había acabado interpretando lo que pensaba que despreciaba. Me había engañado pensando que mi vida era un gran drama clásico, y se había convertido en una escena de una película de gánsteres barata.

Creía que tenía una respuesta, que había encontrado un nombre para mi dolor. Y ahora me lo habían arrebatado y solo quedaba el dolor. Dentro de mí se había consumido la ira y no había dejado mucho atrás. ¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer ahora?

Había llegado a Victoria Park cuando Eddie me alcanzó cargado con la bolsa. El sol estaba saliendo tras los bloques de pisos de Hackney.

—Julie. —Jadeaba sin resuello—. Un momento.

Durante un rato nos limitamos a caminar juntos en silencio.

—Espera —dijo entonces—. Tengo que hacer una cosa.

Se acercó al canal y arrojó las armas a las turbias aguas.

—Mira —dijo al volver—, no espero que te sientas...

—Por favor, Eddie, ahora no.

—Solo quiero que sepas que te quiero.

No supe qué decir. Ya no sabía lo que podía sentir por otra persona. ¿Qué podían significar ahora mis sentimientos por Eddie? Quizá eso también fuera parte del problema; quizá me estaba aferrando al pasado del que creía que quería escapar; quizá por ese motivo yo también había buscado un poco de estúpida «autenticidad».

—Aquí hay mucho dinero, nena. Tal vez podríamos empezar una nueva vida en alguna parte.

—¿Una nueva vida?

—Sí, ya sabes...

—No puedo hacer planes, Eddie. No puedo empezar una nueva vida en ninguna parte. Por el amor de Dios, ya no sé quién soy ni qué voy a hacer.

—Lo siento. ¿Quieres que me vaya?

—Ni siquiera sé eso, Eddie.

—Está bien —dijo él, y nos quedamos en silencio una vez más.

Londres se estaba despertando. Por el parque empezaban a verse personas corriendo y paseando a sus perros. Era solo otro día más, y en toda la ciudad la gente se estaba preparando para la nueva jornada. Gente con su íntimo dolor y su infancia truncada, con su pequeño y solitario sentimiento de desesperación.

—Hay algo que podemos hacer —dijo Eddie.

—Por favor...

—No, nada serio, cariño. De veras. Simplemente estaba pensando.

—¿Qué?

—Que podemos ir a desayunar a algún sitio —dijo con una triste sonrisa—. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

LA VOZ DE LA SOCIEDAD

No tenía planeado decir lo que dije ante la prensa después del juicio, simplemente pasó. Me sentía aliviado de que me fueran a soltar, eso seguro, pero todavía estaba muy cabreado por todo. Y allí fuera había un montón de reporteros. Todos aquellos micrófonos y cámaras apuntando contra mi cara. No es que me importara que me prestaran toda esa atención, pero pensé: «Ahora me toca a mí, cabrones». Me habían jodido mucho en los últimos meses. Ahora me tocaba a mí joderles a ellos. Así que cuando un capullo me preguntó cómo había ido el juicio, solté:

—Para mí muy bien, porque lo hice yo.

Se armó un pequeño revuelo al oír aquello.

—¿Quiere decir que reconoce haber asesinado a Simon Beardsley? —preguntó otro.

Sé que no te pueden juzgar dos veces por algo de lo que te han absuelto. Es la prohibición de doble enjuiciamiento. Y pensé: «Sí, esto les dará algo a lo que hincarle el diente».

—Sí —dije—. Lo hice yo.

La prensa se puso las botas. Aparecí en todos los periódicos. Por lo visto, la cuestión llegó incluso hasta la Cámara de los Comunes. El *Sunday Illustrated* publicó una gran entrevista exclusiva de dos páginas. Me la hizo el tal Keith, el tipo al que le había contado aquella trola en Essex. Iba acompañada de un gran reportaje fotográfico, una especie de salón de la infamia. Había fotografías mías en el acto benéfico que había organizado, al lado de algunos peces gordos. Había otra en la que salía con Tony Tucker y Pat Tate, tomada en el Club de Campo de Epping Forest. Una foto borrosa junto a Reggie Kray, que había hecho a escondidas cuando fui a visitarlo una vez a la cárcel de Maidstone. Incluso consiguieron una vieja foto mía con pinta de skinhead de la época de Earthquake. Me presentaron como un gánster peligroso y bien relacionado. Por supuesto, tenían que condenarme y todo el rollo. Pero eso no hizo más que mejorar las cosas. Me había hecho famoso, un delincuente popular.

Y todo por algo que en realidad no había hecho.

La policía solicitó una entrevista informal conmigo. Yo no tenía nada que perder, así que accedí. Fue muy raro, con todos aquellos polis con cara de circunstancias. La cara de «no estoy enfadado sino decepcionado» que solía encontrarme en el despacho del director del colegio. Solo que esta vez no iba a agachar la cabeza.

—No sabemos por qué lo has hecho, Gary —dijo uno—. Has hecho quedar mal a todo el mundo.

—No, colega —repliqué—. Creo que yo he quedado de puta madre.

Hubo muchas sacudidas de cabeza y chasqueos reprobatorios. Un agente de rango superior siguió diciendo, de forma bastante directa, que en adelante me controlarían muy de cerca, vigilarían cada movimiento que hiciera, etcétera. Me tenían fichado, ¿no? Siguieron dando la tabarra con lo del «interés público» y todo eso. Una cosa estaba clara: iba a tener que andarme con cuidado. Había pensado vengarme de la

sabandija de Holroyd-Carter, pero iba a tener que tomármelo con calma. Esperar mi momento, quizá. Pero cuando los polis hubieron acabado conmigo, no pude resistirme a soltar un último chiste a su costa.

—Bueno, ya sé que no tengo que firmar ninguna declaración, pero ¿alguien quiere que le firme un autógrafo, caballeros?

David Merriman estaba más que contento conmigo. Empezaron a llegar un montón de ofertas. Me contó que aquel escritor marica, Oscar Wilde, había dicho en una ocasión que no existe la mala publicidad. Me dieron un pequeño papel en un drama de la BBC haciendo de camello. El programa de sketches de Channel 4 para el que había interpretado el personaje de un portero, rodó una serie de escenas en las que yo aparecía en el set de una celda despotricando como un energúmeno. Luego salió un papel en una película.

Al principio Merriman no las tenía todas consigo respecto a *Bulldog de desguace*. Era una película de bajo presupuesto y solo me ofrecían lo que se llamaban «pagos diferidos», que significaba que si la cosa fracasaba podíamos acabar sin un puto penique. Al final negoció un pequeño porcentaje sobre la taquilla, lo que resultó ser una maniobra muy inteligente por su parte.

Mi papel en la película no era muy grande, pero era bueno. Tenía un par de escenas importantes y mi personaje era el que dominaba en cierto modo la película. Interpretaba a un cabronazo llamado Big Lenny. Y todos los que participaban en el filme parecieron quedar contentos con mi actuación.

El rodaje fue bastante precario. Como el presupuesto era tan bajo, había que rodar sin apenas tiempo para parar. A veces teníamos el fin de semana libre porque no había dinero suficiente para filmar el sábado. Había momentos en que la mayoría del equipo creía que la película no podría terminarse. Pero el director, un tipo joven llamado Jez Scott, tenía mucho empuje. Una seguridad en sí mismo que yo respetaba.

Al principio les costó mucho conseguir un canal de distribución, pero luego empezó a armarse un gran revuelo en torno a la película. *Bulldog de desguace* se estrenó en la primavera de 1997. El estreno fue todo un acontecimiento al que asistieron muchas estrellas. Yo no me lo podía creer. Después del pase, todos aquellos actores famosos se me acercaron para felicitarme. Hubo críticas de todo tipo, pero en muchas, incluso en las malas, decían que yo era lo mejor de la película.

Aquel fue mi auténtico despegue. Estaba en todas partes. Ya tenía una pequeña columna en la revista *Sorted*: «Palabra de Tronco». En realidad no la escribía yo. Todos los meses me sentaba con un periodista y me ponía a hablarle de los viejos tiempos, los detalles más escabrosos del pasado, historias de la época de las raves, cosas por el estilo. Y luego... ¡zas! Mi columna aparecía con una foto mía con cara de malo.

*Bulldog de desguace* se convirtió en un gran éxito: recaudó más de doce millones de libras, sin incluir las previsiones de ventas en vídeo. De modo que iba a salir ganando con el asunto ese de los porcentajes. Todo el mundo me quería para algo.

Hice sesiones de fotos para las revistas *Esquire* y *GQ*. Entrevistas con *Arena* y *Maxim*. Incluso aparecí en la tele, en el *TFI Friday* con Chris Evans. No paraban de llegar ofertas de anuncios y promociones.

Acabé yendo a Estados Unidos para el estreno norteamericano. La película no funcionó tan bien como en Gran Bretaña, pero las perspectivas para el mercado de vídeo eran buenas. Lo importante fue que conocí a algunos de los agentes de casting más influyentes de Hollywood. He tenido entrevistas para un papel en una nueva película de acción titulada *Hotwire*. No tiene líneas de diálogo propiamente dichas, pero como señaló David Merriman: «Lo que buscan es tu fuerza como personaje».

A mi regreso de Estados Unidos me ha surgido un espectáculo teatral, una función de variedades titulada *Una noche con el Tronco*. Y Merriman no para de hablar de algo nuevo llamado «telerrealidad». No sé lo que es, pero él cree que se me daría bien.

Así que ahora soy famoso. Estoy en la sala VIP de la vida. Lo mejor del éxito es que todos tus fracasos también pasan a formar parte de él. Como si fueran parte de los esfuerzos por llegar a lo más alto.

Y el hecho de estar bien situado económicamente me ha permitido llegar a un acuerdo con Karen. Ya no me puede impedir ver a las niñas. Y aunque no las veo tanto como me gustaría, ahora crecerán sabiendo quién soy, porque soy famoso. Tienen un padre al que pueden mirar con orgullo. A Karen le ha tocado de refilón el rollo este de la fama, y aunque ella no lo reconocería ni en un millón de años, creo que no le importa en absoluto.

Y tengo que cuidar mi personaje. Prefiero el estilo antes que la moda. Últimamente me decanto por trajes de Versace, camisas de seda con el cuello por fuera de la chaqueta y muchas joyas. Pero con buen gusto. Lo importante no es fardar de todo lo que tienes, sino mostrar un aire de refinamiento. Siempre digo que la clase no se compra, solo se compra la ostentación.

Lo mejor de ser una celebridad es que tienes oportunidad de conocer a otras muchas celebridades. Al principio te echa un poco para atrás, porque de pronto te ves al lado de alguien famoso. Pero luego te acostumbras. Te das cuenta de que estáis en el mismo barco. No eres como un fan que los mira boquiabierto desde lejos. Tu sitio está allí. Puedes mantener una conversación normal con ellos. Se sorprenden de verte tanto como tú a ellos. Y consigues respeto. Solo por ser famoso. Hoy día no parece importar mucho por qué eres famoso. Es solo cuestión de celebridad, y todo el mundo la quiere.

Y resulta curioso que te reconozcan, en la calle, al salir por ahí, en cualquier parte. También te acostumbras a eso. A veces es un rollo cuando alguien quiere que te pares para decirte algo o se acerca a saludarte. Incluso el hecho de sentirte observado todo el rato puede llegar a consumirte la energía. Tu vida se vuelve pública. Ahí es

donde existes ahora. Donde te vuelves real. Pero tengo que decir algo: cuando más te preocupas es cuando no se fijan en ti. Eso te hace sentir un poco de miedo, en lo más profundo de tu ser, a que de repente te hayas vuelto invisible otra vez.

Todavía pienso de vez en cuando en los malos tiempos. Para ser sincero, me dan miedo. Tengo suerte de haber logrado salir de ese mundo cuando lo hice. Ahora tengo el estilo de vida de un gánster de primera sin correr ninguno de los peligros que conlleva. O eso espero. Todavía lanzo miradas por encima del hombro. Hay muchos tipos ahí fuera con cuentas que saldar. Polis vigilando para cargarme algún muerto. Pienso en los tipos a los que acribillaron en el Range Rover. Veo la cara de Beardsley mirando al vacío, en medio de un charco de su propia sangre.

Y no soy el gran y peligroso gánster en que me ha convertido la gente. Nunca lo he sido, ni de lejos. Pero exagero para el público. No soy el más malo, pero para esos pringados, para la gente corriente, soy el mejor malo que van a tener nunca. Y les encanta.

A veces me pregunto por qué. Soy como la voz de algo que les asusta pero que al mismo tiempo quieren oír. Vivo un sueño porque vivo su pesadilla. Y ellos pueden dormir tranquilamente en sus camas sabiendo que yo estoy representando ese papel por ellos.

Por eso la gente se me acerca con toda confianza. Personas normales, aburridas y honradas quieren estrecharme la mano, tocarme, porque soy auténtico para ellas. Más auténtico que sus propias vidas. Para ellos, el Tronco no tiene dudas, ni temores, ni preocupaciones cotidianas. Están llenos de frustraciones. Cuando algo les va mal, o tienen un problema con el director del banco, o una riña con el jefe, se imaginan cómo manejaría el asunto alguien como yo. Y hoy día todo el mundo parece querer actuar como el Tronco. Para la mayoría de los tipos que se quejan en esos cursilones bares que han aparecido por todo Londres, el Tronco es su temor más profundo y su mayor fantasía.

Algunas personas hablan de rollo antiautoritario, pero yo no me lo trago. Yo no soy antiautoritario. Joder, pero si cuando hacía de portero o cobraba deudas yo representaba a la autoridad. Eso es un gánster: una figura de autoridad. Pues no, algunas personas siguen teniendo esa idea del delincuente como una especie de Robin Hood. Reparto de la riqueza o algo así. Gilipolleces. No he conocido a ningún delincuente de verdad que actuara así. Ni siquiera estoy muy seguro de que el propio Robin Hood tuviera ese modus operandi. En las películas no se le suele ver mucho repartiendo el botín entre los campesinos, ¿no? ¿Qué coño hacía, pedirles un extracto de ingresos o algo así? No, no es más que otro pretexto. Y uno muy útil. Impide que la gente se acuerde de que el crimen importante —no los chanchullos de poca monta, sino el mundo en el que yo estaba metido— consiste en hacerse rico y poderoso, y que la mayoría de las víctimas son los pobres.

A todo el mundo le gusta la idea de conseguir algo a cambio de nada. El dinero, el botín, las joyas. Pero hay algo más en todo ello. Recuerdo aquella excursión que hicimos de niños al museo de Madame Tussaud, cuando Dan bromeaba diciéndome que yo acabaría en la cámara de los horrores. Bueno, pues las cosas no han acabado exactamente así. En vez de eso soy más bien uno de los guías, que va enseñando el lugar a la gente. Solo que la cámara es un pequeño cuarto en sus cabezas donde se acumula todo lo malo. Yo permito a la gente que tenga esos malos pensamientos. Pensamientos de ambición y codicia. Pensamientos de violencia. Yo soy su voz.

Todo cambió para mí en 1997. Pasaron muchas cosas. Pero también se estaban sucediendo todo tipo de acontecimientos a mi alrededor. Tony Blair llegó al poder e invitó a toda esa gente moderna y glamurosa a Downing Street. Estrellas de rock, cómicos y toda la pesca. No, a mí no me invitaron, pero ¿a quién vi en una foto del periódico al lado del nuevo primer ministro, con una copa de champán en la mano y una sonrisa de suficiencia en la cara? A Ben Holroyd-Carter. Supongo que ahora está tan bien relacionado y tiene tanto poder que es intocable. Tampoco es que me lo haya planteado en serio ni por un instante.

Sin embargo, todavía pienso en el asesinato de Beardsley. ¿Estuvo Holroyd-Carter directamente implicado? ¿Fue una organización de Essex o tuvo algo que ver con el golpe de los lingotes de Hounslow? Supongo que ahora nunca lo sabremos. El oro perdido apareció al final. La policía lo recuperó en una furgoneta abandonada en el East End poco después de que termináramos de rodar *Bulldog de desguace*. Qué curioso, ¿no?

Harry Starks se entregó a la justicia británica en septiembre. Sufre un cáncer en fase terminal. Había estado escondido en el norte de Chipre, pero cuando enfermó gravemente no le gustó el sistema sanitario de allí. Dijo que quería morir en suelo británico, así que se entregó. Actualmente está en el pabellón del hospital de la cárcel de Belmarsh, listo para graznar sus últimas palabras.

Dan tenía razón en lo del boom inmobiliario. Es una locura lo que piden hoy día por un piso en el East End. Se ha hecho muy rico y volvemos a ser amigos después de todo este tiempo. Todavía se sigue burlando un poco a mi costa, pero dice que lo necesito. Cree que hay demasiadas personas diciéndome lo estupendo que soy.

También me he hecho buen amigo de Jez Scott. Hace poco fui con él y otros miembros de la película a cazar un fin de semana. Resulta que sabe manejar bastante bien una escopeta, aunque no una recortada, ojo, sino los modelos deportivos. Me lo pasé estupendamente cazando faisanes. Fue un fin de semana en el campo como Dios manda, con comida fabulosa y mucho alcohol en una gran mansión antigua. Y doy fe de que disparar a esos pajaritos es muy divertido. Parece imposible que sea legal pasárselo tan bien con un arma de fuego. Jez está preparando una nueva película, pero esta vez con un presupuesto decente. Tiene un papel reservado para mí.



Y para rematarlo todo, voy a escribir un libro. Sí, quién lo iba a decir, un puto libro. Gaz Kelly, expulsado del instituto a los quince años sin ni siquiera el título de secundaria, va a convertirse en un puto autor. Estoy deseando que se publique para poder enseñárselo a todos los profesores que creían que era un gamberro analfabeto.

Por supuesto, va a tener que colaborar conmigo un escritor. He estado un poco preocupado por el tema, por cómo iba a ir la cosa. Pero mi editor, Victor Groombridge, me lo ha aclarado todo.

—No te preocupes por el escritor —me ha dicho—. Los escritores no son lo importante. La mayoría de ellos solo son gacetilleros de tres al cuarto. No, Gaz, lo importante es el tema. Y tú eres un tema fantástico, te lo aseguro.

Eso me ha tranquilizado. Quiero que mi historia se cuente como es debido. Quiero controlar el material, no sé si me explico. Algunas cosas que me han pasado en la vida y que... bueno, preferiría dejar al margen. La ruptura de mi matrimonio, por ejemplo, sobre todo el asunto de la orden judicial. Mi adicción a las drogas, algunas de mis actividades criminales que no han salido a la luz, cosas así. Y quiero que refleje que la violencia se utilizaba siempre contra las personas que se lo habían buscado.

Victor opina lo mismo que yo. He recibido un jugoso adelanto por el libro. Se va a titular *El Tronco*. El departamento artístico ya ha hecho una maqueta de la portada. Una gran foto mía con cara de pocos amigos, la cabeza afeitada y un elegante traje blanco de lana asargada que había encargado confeccionar hacía poco.

Así que Victor ha concertado una cita con el escritor con el que voy a trabajar en la editorial Groombridge. Llego un poco pronto y espero fuera de su despacho mientras charla con el tipo. Se oyen las voces, así que me acerco a la puerta para escuchar. Las viejas costumbres nunca mueren. Capto la conversación.

—Déjame escribir el libro de Starks, Victor.

—Ya te lo he dicho, no.

—Pero, por el amor de Dios, está a punto de morir. Podría acabarlo rápido. Podríamos tenerlo impreso para el funeral.

—Ya me estoy imaginando tu espantoso estilo recargado. Como aquel libro de Porter que no se vendió nada. Se te da mejor hacer de negro. Confía en mí, Tony.

—Pero tengo información que nadie más conoce. Información que no podrías ni creer.

—Ya he oído eso antes. De todas formas, ya tengo a alguien trabajando en un libro sobre Starks. No, tú harás este. Me jodiste, Tony. Pues ahora lo vas a pagar. Todavía me debes el adelanto, ¿sabes?

—Lo sé, Victor. Pero, por favor, esto no.

—Considéralo una penitencia.

—Pero *El Tronco*... Es como ese otro libro que publicaste, *El Machacador*. Parecen títulos de cómics.

—Empiezo a estar muy cansado de tu actitud de superioridad, ¿sabes? Tú

tampoco tienes un gran talento literario. ¿Y sabes cuántos ejemplares de *El Machacador* hemos vendido? ¿En tapa dura? Más de cien mil, joder. Y *El Tronco* se va a vender todavía más. Estoy sacando mucho dinero con esto de los crímenes reales, Tony. Y te estoy ofreciendo la oportunidad de formar parte de ello.

—¿Por qué?

—Porque tienes el instinto de la prensa amarilla. Todas esas pretensiones tuyas son patéticas. Para lo que realmente sirves es para esto. Creo que harás un buen trabajo. Sí, lo odiarás, por supuesto. Pero te enriquecerá como persona. A lo mejor aprendes un poco de humildad.

—¿Y si digo que no?

—Mañana tendrás una carta de mi abogado acerca de la recuperación de un suculento adelanto.

—Entiendo.

—Entonces estamos de acuerdo. Ea, venga esa mano, anda. ¿Ves como la edición es un negocio civilizado? Bueno, voy a buscar a nuestro noble sujeto.

Lo oigo acercarse y me vuelvo a sentar. La puerta se abre.

—Ah, Gaz —dice Victor—. Pasa, por favor.

El escritor se levanta cuando entro.

—Gaz —continúa Victor—, te presento a Tony Meehan, tu negro.

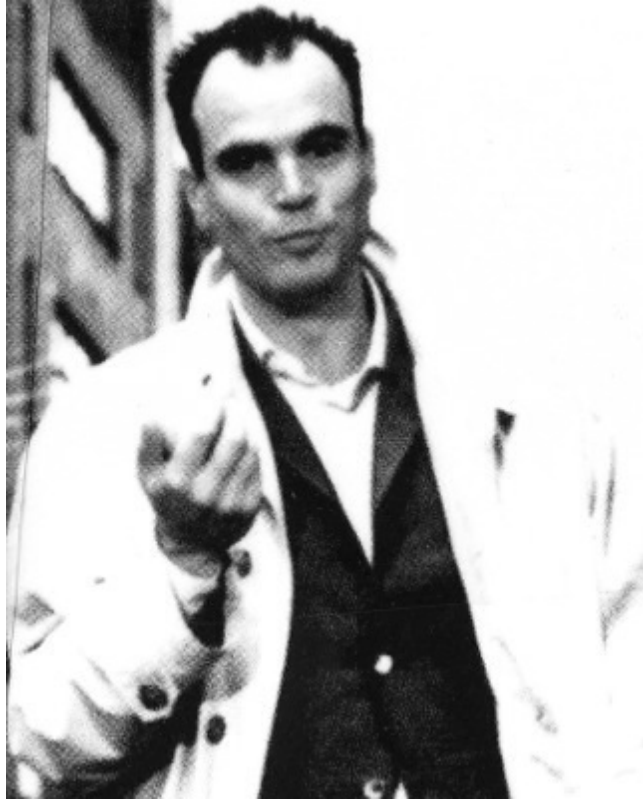
Me estrecha la mano con una pequeña sonrisa, pero no parece muy contento.

—He pensado que tal vez podríais iros conociendo un poco —dice Victor—. Una especie de sesión preliminar. Podéis utilizar la sala de juntas. Luego podemos ir a comer todos a algún sitio.

Tony y yo pasamos a una sala con una larga mesa y sillas alrededor. Parece que no ha tenido muy buen día, así que empiezo a contarle algunas cosas para intentar animarlo. Ya sabes, pequeñas bromas y comentarios que creo que podrían venirle bien al libro. Él asiente y sonrío, y tengo claro que voy por el buen camino. Una de las chicas del departamento de publicidad nos trae café y finalmente nos sentamos a un extremo de la mesa. Tony saca un bloc y una pequeña grabadora.

Suspira y la enciende.

—Muy bien, ¿empezamos?



JAKE ARNOTT nació en Londres en 1961. Su primera novela, *Delitos a largo plazo*, fue un éxito de crítica y de ventas y se convirtió en una miniserie de la BBC. *Canciones de sangre* repitió el éxito de la anterior y consagró a Arnott como novelista. *Crímenes de película* es su tercera novela y la que cierra su trilogía sobre el glamuroso mundo de los gánsteres de Londres.

# Notas

[1] La persona a la que se hace referencia como «H.» aquí y en otras partes es claramente H. Starks. Véase la prueba que lo confirma en la siguiente nota. <<

[2] Jefe de banda al que se hace referencia en los diarios de Thursby el 12 de febrero de 1965: «[Harry Starks] había estado en Tánger en los años cincuenta, cuando trabajaba para Billy Hill, el rey de las bandas dedicadas a las apuestas de caballos».

<<

[3] Una clara referencia al golpe de los lingotes de oro de Hounslow. <<

[4] George Greeves (1900-1984), corresponsal en Marruecos de la agencia Reuters, famoso pederasta y chismoso empedernido. «Sus anécdotas son interminables. Es capaz de soltar una sarta continua de comentarios groseros sobre vivos y muertos, nadie se salva» (Joe Orton). <<



[5] ¿A quién se refiere Starks aquí? ¿A Manny Gould? <<

[6] ¿Es *La isla del tesoro* una pista? ¿Qué puede significar esto? Nota: releer a R. L. Stevenson. <<